

UN EXILIO

ADRIANA BÓRQUEZ ADRIAZOLA

EDICIONES INUBICALISTAS

INTRODUCCIÓN

Con motivo del “Año del Exilio”, decretado en el 2014 por UNESCO, he creído interesante volver a publicar “Un Exilio”, que salió a la luz en Talca en 1998, en forma auteditada. El público local lo agotó en unos meses y es así como, en mi deseo de contribuir con material referente al tema, en el marco de las actividades pertinentes, he solicitado al Museo de la Memoria y al Instituto Nacional de los Derechos Humanos, el patrocinio de esta nueva edición, corregida y modificada, esto último desde el punto de vista del narrador.

En este aspecto, a medida que hube de hacer la relectura del libro, fueron despertando recuerdos y emociones dormidas a lo largo del tiempo. Reviví minuto a minuto la historia que marcó nuestras vidas indeleblemente; la de mi pueblo, la mía, la de mi familia. No debía seguir ignorando la intensidad con que se conmovía mi mundo y es así cómo, de la impersonal tercera persona del relato original, asumí la primera persona de lo inevitablemente íntimo.

Desde el comienzo de esta “odisea real” supe que su conocimiento no me pertenece para ser ocultado en el secreto

de lo que se intenta superar escapando de la memoria dolorosa. Mi exilio es uno de tantos, es el extrañamiento de todos los desplazados del mundo, con los matices propios de las diferencias culturales y circunstanciales; mi exilio es el exilio de la humanidad desterrada, es nuestro exilio, el de cualquiera de los que somos expulsados del concierto de los poderes dominantes.

En la perspectiva que da el tiempo, constato la vigencia de lo que entonces escribí y que refleja no sólo “un” exilio, sino las vivencias universales de soledades y desamparo y falta de adecuación en las circunstancias del extrañamiento. El exilio es ruptura y abandono; es truncar la propia historia; en el exilio imperan el desconcierto y la incertidumbre frente a un futuro sin proyecto continuo.

Sin embargo, en el exilio chileno, consecuencia de la represión política, hay la tónica particular de una solidaridad venida desde organizaciones sociales de base extranjeras, con el involucramiento profundo de sus miembros, así como el apoyo efectivo de los países a donde llegó la diáspora.

Revisando el viejo texto, he vuelto a encontrarme con la acogida abierta y cálida de nuestros anfitriones. Por sus páginas desfilan rostros y situaciones borroneadas por los años. Quisiera que esta reedición sea un saludo agradecido desde el fondo del alma: les debemos la reconstrucción de nuestras vidas. No los nombraré porque caería en la desventura de no citarlos a todos; pero, ellos están en estas páginas para saldar esa deuda.

A todos y cada uno, a los amigos y compañeros de otras latitudes, a sus organizaciones y sociedades, a sus asociaciones y gremios, la gratitud de mi pueblo errante. Debo decirles que estamos en la tierra amada, de pie, dueños de nuestro propio destino otra vez.

A los compañeros del “Centro de Documentación e Investigación sobre Detenidos Desaparecidos en Latinoamérica” mi infinito cariño, recuerdo y gratitud. Ahora que la libertad permite que se desempolven papeles, sé que nuestro trabajo en “Búsqueda” fue importante y que sí contribuyó a la reconstrucción de la verdad.

Debemos estar orgullosos de ese aporte nuestro porque somos parte de la historia de la humanidad. Hoy, piezas del archivo que construimos con tanto esfuerzo y amor, es patrimonio del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, donde podrán ser consultados por los estudiosos y curiosos del saber.

Adriana Bórquez
Talca, 2014

UNO

Sentada en la orilla de aquella cama, mantenía la vista fija más allá de la amplia ventana, abstraída, sumida en mi dolor desconcertado y en recuerdos difusos, mientras el trozo de cielo gris que asomaba sobre los techos de otras casas iba tomando tonalidades rosadas y amarillentas. La pieza era de paredes altas, con molduras rococó cerca del cielo, amplia. Los muebles que la equipaban formaban una colección de estilos; sólo las camas exhibían rasgos comunes. Completaban el mobiliario una mesa junto al ventanal, sillas diversas, el ropero de gran medialuna. En el cielo raso, una misteriosa caja redonda, adherida cerca de la lámpara de centro, me sobresaltaba angustiosamente: la imaginaba un receptor que recogía mi voz, o una cámara que espía mis movimientos y que, quizás, hasta llegaba a introducirse en el pensamiento —más adelante me enteraría que no era más que una alarma contra incendios—. Había recogido las piernas entre los brazos y me balanceaba levemente, perdida en un mundo interior incomunicable. Era la imagen más absoluta de la desolación.

Caía la primera tarde de mi destierro; mi primer atardecer en país de otros. Sentía una soledad inmensa, vacía de esperanza. Mi vida parecía no pertenecerme; había sido depositada en esa orilla del mismo modo que pudo haber ido a parar a cualquier otra. Mi vida era esta muerte que sentía desde que sequé las lágrimas y me tragué los sollozos, para no seguir escandalizando a los demás pasajeros, en el bus que nos trasladaba desde Heathrow

al corazón de Londres. Pocas veces, en los años por atravesar, volvería a perder la compostura; no me lo permitiría, porque un instante de debilidad podría significar el desmoronamiento de la coraza que me protegía para mantenerme en pie.

Empero, ¿era, acaso, recién ayer que había comenzado mi exilio? ¿No se inició, más bien, esa noche cuando me fueron a aprehender, a casa, un año atrás? Extrañamiento, que es sinónimo de destierro, también lo es de privación “de”. Había sido privada de todo —¡de todo!—, hasta del control de mis funciones fisiológicas, desde el momento en que la puerta fue sacudida por los golpes de la policía secreta. Ese fue un extrañamiento experimentado a nivel del alma; éste era concreto, objetivo, ineludible.

Traté de rearmar el mundo dentro de mi mente, para poder romper desde allí el marasmo que me dominaba. A pesar del esfuerzo denodado, no lograba encajar las piezas de mi universo roto; era como si me faltaran pedazos de mi existencia, otros sobran; me perdía en el laberinto de mi amnesia selectiva, de mis pesadillas recurrentes. Los pensamientos se me evadían, escapando hacia una nada donde se disolvían los espectros del pasado reciente, que me acosaban sin tregua. Esa era mi disyuntiva: el cúmulo inconexo de mis sufrimientos, o el vacío aterrador de mi mente en blanco. Parecía no haber más alternativas.

Mi cuerpo oscilaba de atrás para adelante, de adelante hacia atrás, en aceleración progresiva, hasta que su misma vivacidad me remeció del estupor. El cuarto estaba en penumbras, ahora. En el recuadro superior de la ventana se perfilaba un dorado hilo curvo, que debía ser la creciente lunar. Sentí frío, no obstante la calefacción graduada al máximo.

Pasos ligeros sofocados por alfombras me sacudieron; debía ser la pequeña Selva que regresaba de sus exploraciones por la nueva

jungla. Mi corazón se encogió de ternura y ansiedad.

La amplia puerta blanca se abrió lentamente, como si pesara demasiado para la figurita que la empujaba. Mi niña rubia miró indagadora, pero, esta vez, no encontró las temidas lágrimas que tanto la afligían, sino la bruma de tristeza que, en el presente, era la expresión invariable del rostro cansado de su madre. Sin palabras, se me acercó cuando esbocé un ademán de acogida con los brazos, y se acurrucó en mi seno para entregarme su tibieza inocente.

—¿Qué haces, mamita, a oscuras?

—Nada, linda, nada.

—¿No llorabas?

—No, queridita, no lloraba; no te preocupes. Trataré de no llorar más; no seré más tontita.

—¿Qué bueno! Pero, ¿Ya no estás con penita, mamá?

—No, linda, ya no hay que tener pena.

—Pero tú sigues con tristeza.

—Es que la tristeza demora en irse, linda.

—Yo te ayudaré a que se vaya, mamita.

Y nos quedamos en silencio, abrazadas, escuchando los sonidos que llegaban desde todos los rincones del hotel de refugiados chilenos en Sinclair Road, en el barrio de Sheperdsbush, en el suroeste de Londres; gritos de niños, tonos más graves de adultos, risas esporádicas, ruido de cacharros y servicio desde la cocina —en el piso semisubterráneo de la casona victoriana—, pasos, carreras, el silbido galante de un hombre y la fingida protesta de una joven voz femenina. Más allá, se oía el paso de vehículos por la calle arbolada, el ladrido de un perro y los rumores desconocidos del entorno extraño.

Otros pasos se acercaron a la puerta, abierta bruscamente. Mi hija adolescente irrumpió en el recogimiento de la habitación.

—¡Mamá! Todos están reunidos abajo, en el comedor, esperándote para empezar.

—¿Empezar qué, Lichita?

—¡Cómo que qué! ¡La reunión del hotel, pues! Anoche, cuando llegamos, te avisaron que hay reunión obligatoria todas las tardes, para planificar y organizar.

—¡Ah! ¡Ay, estoy tan cansada...!

—No, pues, mamá, tienes que ir. Los compañeros dicen...

—Ya, hija, ya. Ya voy.

—No, mamá; al tiro. Todos te están esperando... Y tú, aquí, sin hacer nada, a oscuras, regaloneando a esta niñita. ¡Si ni siquiera sabe jugar con los demás!

—¿Pasó algo? ¿Qué pasó, linda? —pregunté preocupada, indagando primero en los ojos de Selva y luego en los de Lichi.

Las hermanas se miraron de reojo y no replicaron. La mayor no quería más demora; la pequeña, evitar disgustos a la mamá.

Titubeante aún, me alcé de la orilla de la cama y partí tras mis hijas por el estrecho pasillo y la escalera que llevaba al subsuelo —el antiguo espacio de la servidumbre, en épocas pasadas. Entré en la sala que ahora servía de comedor, enterándome que ciertamente todos estaban allí: hombres, mujeres y niños. Expectantes, ocupaban las sillas acomodadas en círculo; era el momento de calibrar a los viajeros llegados la noche anterior y de recoger sus datos: militancia, lugar de procedencia, situación represiva, motivos de refugio. Luego, había que incorporarlos al grupo y asignarles tareas inmediatas, tanto para la marcha diaria del hotel, como en el quehacer público de denuncia en los círculos políticos y de derechos humanos del país. De la inserción en el sistema social de atención y servicio a los asilados se preocupaban “los gringos”. Lo que importaba era captar aguas para cada molino partidario representado en la directiva de los refugiados chilenos.

Se hizo un silencio inquisidor a nuestra llegada y sólo cuando tomamos asiento con las niñas, el hombre situado detrás de una mesa, golpeó con el mango de un cuchillo un vaso con agua.

–Bienvenida, ¿Compañera...?

–Adriana Bórquez, compañero.

–A-dri-a-na-Bór-quez, –iba murmurando mientras anotaba en un cuaderno.

–¿Con ge o con cu, compañera?

–Con cu de queso, zeta final y acento en la o, compañero –aclaré con voz apagada.

–¡Ya! Está bien; yo le pregunté por la cu, no más. ¿Militancia?

–Si, compañero, militaba.

–¿Cómo que mi-li-ta-ba? ¿No milita ya?

–Bueno, en realidad... Estuve detenida, aislada ¡desaparecida, compañero! y luego, me refugió la Iglesia... estuve prófuga todo este tiempo... No tuve contacto con el partido.

–¡Cómo! ¿No tu-vo-con-tac-to-con-el-par-ti-do! ¿Y cómo es que se vino, entonces?

–La Iglesia nos ayudó...

–¡La Iglesia! ¿Y su partido? ¿no pidió ser contactada con su partido? ¿Quién le dio el pase para la iglesia?

Estaba confundida; cada vez más confundida. Me sentía ultrajada por el descomedido interrogatorio público, por la carencia de humanidad, de fraternidad. Me sentía humillada, como acusada de quién sabe qué. Y estaba tan cansada... y tan adolorida; tan sola entre esos implacables jueces inesperados. Como muchas veces a lo largo de mi existencia, me supe nuevamente transgresora de alguna ley incógnita, establecida por alguien en las sombras.

El golpe militar que derrocó al presidente Allende tuvo el efecto de un quiebre dramático en las vidas de miles de chilenos. Para

mí, además del aplastamiento cruel de los ideales pisoteados, por los que me había dado entera, significó, desde muy pronto, tener que enfrentarme a solucionar situaciones de emergencia de muchos que me rodeaban, y que sufrían los embates de la represión desenfrenada.

Así fue cómo, buscando ayuda, llegué, a través de amistades, a las organizaciones de iglesia que surgieron con el fin de socorrer a los perseguidos y víctimas de la tiranía. Trabajé tras bambalinas, discretamente, en procura de alivio al desamparado, de refugio para los prófugos, de vías de escape para aquellos en peligro. Las tareas que me encomendaba clandestinamente el partido sólo podía realizarlas con el apoyo de curas, monjas y laicos. Canalizaba las necesidades de los acosados hacia los organismos humanitarios del obispado y, aunque éste no me aceptaba abiertamente como parte de su equipo, me reconocía como nexo importante con sus beneficiarios; a la par, se fortificaban los lazos de amistad con los religiosos que frecuentaba.

Cuando me llegó el turno de caer en el armadijo de la policía secreta, mis amigos de la Iglesia protegieron a mi pequeña e hicieron cuánto fue posible para encontrar mi rastro en los vericuetos del aparato represivo. Nada pudieron conseguir, excepto saber que, en un momento dado, me habían visto con vida en un campo encubierto de torturas. Con la esperanza de verme aparecer un día, prepararon la red protectora que eventualmente me acogería. Fue de ese modo que, en cuanto fui puesta en la calle como señuelo para capturar a otros, los contactos establecidos funcionaron matemáticamente y logré ser deslizada hasta el submundo de la existencia clandestina. Seis meses y medio viví amparada por el amor del prójimo. Fueron meses terribles, transcurridos en peregrinación constante de un convento a otro. Aunque siempre fui acogida con especial cariño por los distintos grupos religiosos que se iban responsabilizando por mi segu-

ridad, tratada con respeto y consideración, aunque en ningún momento dejé de sentirme perseguida, a punto de caer otra vez en las fauces monstruosas de la DINA; terribles, porque cada uno de los once cambios que debí enfrentar se debieron a que los agentes habían conseguido localizarme otra vez y había tenido que salir huyendo, con la muerte en el alma y mordéndome los talones.

La Iglesia estuvo en todo momento abrigándome y tratando de encontrar la salida más prudente. Que no era posible retomar mi existencia pasada, era indiscutible. Durante el largo cautiverio había sido testigo forzado de demasiados detalles secretos de mis captores. Aprendí a identificar lugares, estructuras organizacionales, modos de operar, individuos, planificaciones. La DINA arriesgaba demasiado dejándome viva si no lograba sumarme a sus filas, doblegada por el terror o por intereses bastardos. La experiencia de los organismos de derechos humanos ya conocía de los métodos de que se valía el aparato represivo para conseguir finalmente la colaboración de sus víctimas. Con mis protectores, sabíamos que no habría otra oportunidad de escapar antes que fuera tarde, así es que la única alternativa era abandonar el país de alguna forma, junto a las niñas –que debieron reunirse conmigo por el riesgo que corrían de ser raptadas, para así forzarme a entregarme.

Entonces, no se debió a la decisión de un partido político el que se me brindara protección y ayuda hasta conseguir sacarnos de Chile por alguno de los estrechos resquicios de la seguridad estatal, sino que a la determinación de personas entregadas a la tarea de salvar víctimas de la dictadura militar. Más aún: en una oportunidad en que llegó a refugiarse al lugar, en que nos encontrábamos por esos días, un alto dirigente político y éste se enterara de los trámites en que se empeñaban los curas para procurarnos visas, tuvo la desfachatez de cuestionar mi salida

por no haber sido consultada al partido. A pesar del estado de aniquilamiento en que me encontraba, fui capaz de indignarme y mandarlo a la misma mierda.

¿Cómo explicar todo esto al nuevo inquisidor, en unas pocas palabras? Porque, al parecer, mi parte del diálogo fraterno estaba programado en respuestas directas y concisas. La Iglesia no parecía gozar de mucha deferencia en este grupo, por otra parte, a pesar que la migración a Gran Bretaña estaba coordinada con exclusividad por los organismos eclesiales y otro académico, que también trabajaba con la Iglesia. Se podía deducir que los presentes habían desembarcado en Inglaterra por mediación de la Vicaría de la Solidaridad, FASIC o de FLACSO, a través de CIME. Por ello, me lastimó constatar la altanera ingratitud y me encerré en un taimado silencio.

Se me designó turno en la “Comisión Compras y Cocina”, para el día siguiente.

En mi segundo día de exilio fui requerida, a las siete de la mañana con unos discretos golpecitos en la puerta, por una mujer chilena algo más joven, con aires de “sabérselas todas”.

—¡Ya!, vamos, compañera. Hay tareas por realizar, no hay tiempo pa’ flojeritis.

—Buenos días, compañera —susurré en el silencio del hotel dormido—. Estoy lista y esperaba que alguien viniera a buscarme porque yo no sé lo que hay que hacer.

—¡El desayuno, pues, compañera! —fue la impaciente respuesta—. Debe estar a punto a las ocho. Hasta las nueve se atiende a todos los habitantes de este “cité”. Si alguno no se levanta a tiempo,

se queda sin nada. Aquí hay orden, compañera –me advirtió, en un tono de sorna que no entendí–. Después iremos al Lipton a hacer las compras para la alimentación del día. El resto de la mañana, se cocina... Servimos de la una a las dos. Lavamos la loza y descansamos hasta las seis. Ahí, bajamos para preparar la cena, que se sirve a las siete, para estar terminadas a tiempo de la reunión de la noche.

Cumplí con ahínco su parte del trabajo. Pedí a la compañera que me permitiera quedarme en la cocina debido a mi dificultad para movilizarme. Preparé panes para cincuenta comensales; serví cincuenta tazas de diferentes formas: café solo, café con leche; lo mismo el té, puro y con leche; leche sola, con azúcar, sin azúcar...inacabables. “¿Una cucharada más?”, “Quedó re dulce, poh, ¿me lo puede cambiar?”, “Puchas, apúrese poh’, compañera, ¿o cree que todavía viene volando”. La hostilidad me era inexplicable. Lavé la loza mientras la otra se acomodó a fumar un cigarrillo y después otro; estaba cansada, dijo, con el trajín del comedor. Me costaba seguir lavando junto al resumidero, pero nada objeté.

–Debo ir a hablar con las señoritas inglesas por lo de nuestros papeles y la seguridad social.

–No, pues, compañera. Ahora mismo nos vamos al “super”. Verá que es lindo; le va a gustar.

–Es que... Bueno, pero antes veré si las niñitas...

–Deje a sus chicas tranquilas, compañera. Aquí no les pasa nada. ¿No ve que estamos entre compañeros? ¡Vamos, no más!

Me dejé llevar sin más protestas; ya arreglaría los asuntos personales. Partimos al trote por calles residenciales, hasta salir a una ancha avenida, que cruzamos por una pasarela en altura. Al otro lado, en un enredo de callejuelas, o así me pareció, terminamos frente a las vidrieras del Lipton. Iba extenuada por la rápida ca-

minata con mi pierna a la rastra; hubiera querido descansar un momento en un banco invitador a la entrada del supermercado, pero, la compañera tenía prisa y no quedaba más que seguirla —no fuera a ser cosa que pensara que no tenía voluntad de integrarme a los ritmos del exilio.

Venía de una ciudad provinciana, con un comercio tradicional. Había estado largos meses cesante, lo que significó que, además, no tuve acceso a los esbozos de supermercados a escala que por allí ya comenzaban a brotar en la década de los setentas. El impacto que me produjo el enorme establecimiento fue fulminante. Las estanterías repletas de los más diversos alimentos y artículos para uso doméstico se prolongaban por pasillos interminables, y se repetían en sentidos opuestos, cual prodigiosos cuernos de abundancia. Se me encogió el corazón; acababa de dejar la patria, donde el hambre estragaba a los niños, adultos y viejos. La cesantía post-golpe era espantosa, tanto por su extensión como por su selectividad; la clase trabajadora estaba reducida a la sumisión por la necesidad, y los primeros en ser despojados de su fuente laboral fueron aquellos reconocidos, o denunciados, como antiguos simpatizantes del gobierno popular. También las venganzas y rivalidades personales, en esos tiempos, se resolvían haciendo acusaciones de corte político en el oído ancho de la policía de la dictadura. El hambre tenía mucho que ver con la posición ideológica de los afectados. Yo había alcanzado a formar parte del entramado solidario que procuraba alimentar a los empobrecidos chilenos de las poblaciones y de los cordones marginales, con el reparto de canastas familiares, ollas comunes y comedores abiertos de parroquias y capillas. Había pasado hambre en los meses de cesantía previos a la detención; no sólo hambre de justicia, sino que de la otra, de la que corroe

los intestinos, ¡Había sufrido de tanta hambre en el cautiverio...!

Era difícil permanecer impávida ante ese derroche impúdico de víveres y artículos superfluos y, cuando la otra chilena se ufanaba en mostrarme la exuberancia del país en que había tenido “la suerte de caer parada”, señalándome la sección de alimentos para perros, gatos y pájaros, no pude contener un sollozo y que las lágrimas me inundaran el rostro.

—No sea tonta, compañera. ¿Para qué llora? Más bien esté contenta de haber dejado atrás la pobreza. Yo la llevaré a mirar cosas lindas a la feria del sábado, ya verá. Cuando le llegue su plata de la seguridad social, no la entregue toda al comité de finanzas del hotel, para poder comprarse algún caprichito.

Me enjuagué el rostro y no puse mayor atención a la última frase de la compañera.

En la tarde, a la hora del descanso, me acerqué con timidez a la oficina de las inglesas, en el hotel. Eran las funcionarias del Home Office (Ministerio del Interior) encargadas del programa de acogida a refugiados políticos chilenos. Apenas las había divisado anteriormente, puesto que en la noche de nuestra llegada ya habían partido; el primer día lo pasé en la pieza y hoy había estado ocupada hasta esa hora. A mi llamado, me franqueó el paso una joven alta y delgada, de largo cabello de miel.

El ademán de bienvenida y la sonrisa que me dedicara me emocionaron. Me parecía muy largo el tiempo transcurrido desde que recibiera la última sonrisa y un gesto cálido, tres días antes, en Pudahuel, donde Pilar y Consuelo nos habían estrechado en el adiós postrero, salpicado de eses y “¡vamos, ále, arriba ese

ánimo, chica; os queremos mucho; que seáis felices!” Me había abrazado al cuello de las misioneras españolas que habían velado por nuestro bienestar en esos meses de fuga, rogándoles que fueran prudentes, que se cuidaran... “No os preocupéis, bonitas –habían contestado a coro–, que el Pinocho ese no se atreverá con un par de monjas extranjeras”. No querían admitir el peligro a que se exponían día a día socorriendo a los prófugos de la dictadura; a esas alturas, el tirano ya tenía a su haber el asesinato y el desaparecimiento de varios curas extranjeros.

–¡Hola! Pasa, pasa. Eres Adriana, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, demasiado intimidada para responder.

–Vengo... perdone que moleste a esta hora; no tuve tiempo antes...

–Sí, sí; ya sabemos; no te preocupes. Pero... siéntate.

Me acerqué con trabajo por entre rumas de papeles, Mugs a medio vaciar, libros y zapatos por el suelo, hasta la silla que me señalaba.

–¿Cómo está tu pierna? ¿Cómo te sientes? ¿Estás cómoda en tu habitación?

¡Un ser humano, allí, estaba preguntándome cómo me sentía! Hasta ese momento, entre los chilenos, había sentido que mi obligación era estar bien, ser fuerte, funcionar como revolucionaria endurecida. No había recibido gestos amables, sino sólo miradas hoscas, escrutadoras. Agaché la cabeza para esconder el temblor de boca y la humedad de mis ojos. “Le prometí a mi chiquitita que no volvería a llorar” –me dije –, pero fue en vano; sentada en el canto de la silla se derrumbó mi propósito y sollocé sin control hasta que la otra joven se me acercó con un jarro de té y me acarició el cabello.

Allí me explicaron, por primera vez, nuestra situación de refugiadas; los trámites que había que completar para acogerse al

sistema social que cubriría las necesidades de supervivencia, vivienda, salud, educación –para mí y para las niñas–, clases de idioma, en fin, ¡todo! Sólo cuando estuviera suficientemente preparada, se esperaba que decidiera entre vivir de lo que ofrecía el estado benefactor (por ser madre sola me correspondía), optar a una beca de estudios de post-grado o trabajar en lo que viniera –sin calificaciones de standard europeo, sería difícil aspirar más allá de labores de aseo o cuidado domiciliario de niños–. Lo más importante, por el momento, era inscribirse en el sistema, pero ya estaba previsto: esa misma tarde vendría al hotel un funcionario del departamento correspondiente a registrar a los recién llegados. Mañana estaría por aquí una profesora del idioma para conversar con cada uno y recomendar la mejor opción en la oferta del sistema educacional. ¿Y bien, qué pasaba con mi salud?

–Usted ve: tengo dificultades para caminar; me duele la pierna...
 –Sí, ¿pero, lo demás? Ya nos llegó el informe de la Vicaría. Debes ver un médico internista, pensamos. Tú estás con varios tratamientos pendientes, amiga...
 –Un ginecólogo, claro... se me acabaron los medicamentos que me prescribieron “allá”; tengo mucho sangramiento... Susan, ya casi no me quedan toallas higiénicas...
 –¡Tontita! Debiste decirlo antes. Entre tanto llegue tu asignación social, nosotras somos tus mamás; para eso estamos aquí. ¿Qué más te falta? ¡Ah, pero si ustedes carecen de ropa!

Sonreí avergonzada, como si fuera mi falta e irresponsabilidad no tener ropa de recambio para las niñas y para mí. Habían abordado el avión con lo puesto y un pequeño bolso porta-equipo, de esos en que los escolares de la época solían acarrear la vestimenta de gimnasia; contenía dos mudas de ropa interior para cada una y tres chompas del ropero de la Vicaría. El mayor tesoro que llevaba lo constituía el Nuevo Testamento que “él” me regalara poco antes de la detención; una vieja Biblia de Jerusalén, también obsequio de un amigo querido, y el cartucho de papel con

tierra y astillas de la cabaña de Pablo Neruda, construida con restos de naufragio, en la loma cercana a Punta de Tralca. Por suerte, el padre Mariano, cuando nos encontró en la casa del mar, nos había llevado lana artesanal, regalo de la comunidad de Villa Francia, con la que tejí gruesos chaquetones para las tres. Con ellos habíamos viajado y, como aún no habíamos salido del hotel –salvo la sofocante incursión al “Listón”, esa mañana–, no imaginaba lo necesario que sería contar con ropa de abrigo para enfrentar ese fin de invierno en Londres.

–¡Vaya! Iremos inmediatamente a buscar ropa para las tres, si te parece. Llamaremos a las niñas. Es sólo a unos pasos de aquí, en una casa desocupada que usamos como bodega o como anexo del hotel, cuando hay exceso de refugiados. A veces, llegan en aviones seguidos, no dejándonos tiempo para reubicar a los que ya están aquí, en viviendas municipales o en provincias. ¡Hemos tenido hasta ochenta refugiados juntos!

Las niñas se entusiasmaron eligiendo de entre pilas de ropas de lana, pantalones y faldas, blusas y casacas de forro peludo y capuchones que apenas dejaban asomar las caritas sonrosadas por el filoso aire del atardecer –a las tres y media de la tarde ya se iban prendiendo las luces en las calles del Londres invernal–. Yo pedía medida, lo contrario de Susan y Cindy que las incitaban a probarse una y otra prenda, mientras ellas modelaban adoptando tiesas posturas de pasarela. Ver la alegría inocente de mis hijas me emocionó y desde el fondo del alma agradecí la gentileza de las anfitrionas, como si fuese algo inesperado e inmerecido. No podía adivinar que en los años por venir, esa sería la actitud más frecuente de los británicos con que me encontraría.

De regreso al hotel, me esperaban dos chilenos jóvenes, compa-

ñeros de partido, que dijeron querían “conversar con la compañera”... “porque era compañera, ¿sí?”... “En privado”, exigieron, cuando les indiqué dirigirse al comedor.

Me sentí atemorizada. Nadie nos había presentado, ningún otro chileno se entreveía por los pasillos y escaleras. ¿Serían quienes decían ser? Al pasar frente a la oficina, inventé una excusa para ver a Susan y Cindy, quienes me tranquilizaron. Aún no lograba asimilar que ya no estaba en Chile, que estaba a miles de kilómetros de mis perseguidores, que estaba a salvo. El trauma de la huída durante tantos meses de vida clandestina me marcaría por muchos años. Me era difícil confiar, de buenas a primeras, en desconocidos —chilenos, sobre todo—; sentía que la zarpa de la DINA podía ser larga, muy larga. Los compañeros habían sido requeridos con urgencia por la comisión política del hotel, para averiguar la situación “real” de la compañera. Esta había mostrado bastantes rasgos pequeño-burgueses, ¡podría ser una infiltrada de los servicios secretos! ¡La resistencia en exilio podría estar en gran peligro!

—¡Qué! ¡Cómo se les puede ocurrir!

—Es que es bien lógico, compañera Bórquez; nadie la conoce aquí, ni nadie avisó su llegada.

—¿Cómo que nadie...? ¿No vine, acaso, junto a otros refugiados del CIME? ¿No ha recibido, ya, el Home Office, el informe de la Vicaría? ¡Qué les pasa! Todos están locos.

—Ni tanto, ni tan poco, compañera. Ahora, usted debe informarnos en detalle su situación, para así poner claridad respecto a su persona ante los demás compañeros.

Terminó de caer la noche, no concurrí al turno de la cocina pidiendo ser reemplazada; pasó la hora de la cena y todavía seguía dando cuenta de mi vida y militancia ante la grabadora colocada sobre la cama. Exponía con exasperación los datos que pudieran convencer de su autenticidad a los compañeros y para que me

dieran pase a la “honorabilidad revolucionaria”. ¡Por supuesto que la gente que venía de Tres o Cuatro Álamos no me había visto allí!, puesto que estuve cautiva en otros lugares; ni que socialistas, miristas o comunistas de Santiago no me reconocieran, si sólo era una militante de provincia trabajando en la clandestinidad local. ¿Era esto una nueva pesadilla? Finalmente, los jóvenes se fueron relajando, prometiendo comunicarse apenas hubieran chequeado lo declarado. Y ahora, “¿sería tan amable de hacer algunas declaraciones para Radio Moscú?” No supe negarme, a pesar del agotamiento físico y psíquico.

—¿Así es que Ud. fue torturada por los esbirros del dictador?

—Sí.

—¿En qué consistieron esas torturas?

Una nube dolorosa empañó mi mente; me rehusaba a recordar.

—... Torturas —musité.

—¡Claro! Pero, ¿qué torturas?

—Lo... usual, supongo; golpes, electricidad... otras cosas... drogas, amenazas.

Sentía que no sería capaz de resistir este nuevo interrogatorio.

—Sí, pero, ¿cómo, dónde? —insistía el entrevistador.

—En el cuerpo... y en el alma.

—¡Ah, no! Esto no sirve, pues, compañera. Detalles, detalles...

Ya no respondí. Logré refugiarme en el marasmo de mi mente en blanco, una vez más.

Cuando las niñas volvieron y entraron donde me habían dejado los compañeros, me balanceaba en mi postura acostumbrada, con la mirada perdida en la lejanía de mi mundo incomunicable.

Días después, llegó el primer giro de la seguridad social, que

pude cambiar en la oficina con Susan y Cindy. A la salida, al lado de afuera de la puerta, aguardaba el comité de finanzas.

—Debe entregar ese dinero para su alimentación y la mantención del hotel, compañera.

—¡Pero...!

—No hay pero, compañera. ¿Cómo se imagina que se financia esto?

—No... no lo había pensado. Yo creí... Pensé que podría disponer de ese dinero para comprarnos algunas cosas, ropa interior...

—¿No sacó suficiente de la bodega? Vaya a buscar ahí todo lo que desee, todas las veces que desee. Cosa de hablar con “las gringas”.

—Sí... ¡No! Quiero comprar ropa interior nueva, sin uso... Calzones... No me gusta usar ropa interior de otras...

—¡Qué delicada, compañera! ¿No dice que estuvo detenida? ¿Cómo se las arregló entonces?

La intensión malévola de las palabras me hicieron reaccionar:

—Perdone, señor. Sucede que aquí no estoy detenida y que nadie puede forzarme a ponerme calzones ajenos.

—Como se las arregle es cosa suya. Lo que es el dinero, es para el comité de finanzas. Todos aquí lo entregan y usted es el primer caso de alguien que se niega a colaborar con el bienestar común. Aquí la cuestión funciona en socialismo, doña Adriana Bórquez.

Sentí que no tenía argumentos válidos para ese contrincante obtuso y abusivo. Me pregunté por qué ese hombre me aborrecía así. ¿Dónde diablos estaba, por dios? Me sentí amedrentada, confundida y transgresora, una vez más, de códigos desconocidos. Llena de dudas, alargué el sobre con todo el dinero y me marché a la habitación.

En la noche, Lichi llegó con cigarrillos al dormitorio. ¿De dónde habrían salido? Tenía conocimiento que en Inglaterra eran bastante caros. La niña explicó que los había comprado con su

plata, puesto que ella, habiendo cumplido ya 16 años, era considerada individuo independiente de la familia para los efectos del beneficio social. La verdad es que no me había percatado del detalle del dinero recibido, así es que presumí que correspondía a la asignación de todo el grupo familiar.

—¿Y tú, queridita, no lo entregaste al comité de finanzas?

—No, pues, mamá. Para eso cancelaste tú —fue la insólita respuesta.

El día entero resonaban a todo dar, en el hotel, las viejas canciones de protesta de tiempos de la Unidad Popular, hasta entrada la madrugada, mientras en el comedor se seguían debatiendo las estrategias de lucha contra la dictadura o las responsabilidades sectoriales en el descalabro, al compás de La Batea, Hemos dicho Basta y Venceremos. Lichi ya no se aparecía por la habitación que debía compartir con su familia y procuraba no encontrarse conmigo y su hermanita menor a las horas de comida. Vivía, prácticamente, en las otras piezas, escuchando embobada el discurso trasnochado de todos esos “comandantes” de pacotilla y cantando acompañada de una guitarra los extemporáneos himnos combativos. Mi hija menor jugaba cada vez menos en los pasillos con los otros chicos. A mis preguntas respondía que se sentía mal de no tener golosinas en los bolsillos, como ellos, para compartir con los demás, lo que provocaba burlas y desprecios en su contra. ¿De dónde obtendrían el dinero para comprarlas, si sus padres debían entregar la asignación familiar al comité de finanzas? Una amarga sospecha se me atravesó en el alma.

Después de meditarlo largamente, decidí comunicar este estado de cosas a las funcionarias del Home Office; más, aún, cuando Lichi retiró sus posesiones de la habitación familiar y no volvió más a dormir allí.

—Nosotros no podemos intervenir ni en los problemas de admi-

nistración de los chilenos, ni en las diferencias familiares –dijeron–. Para eso está la organización que se han dado los refugiados. Son cuestiones de raíz cultural y no debemos interferir.

–¡Pero si son ellos mismos quienes me han despojado de los recursos que me proporciona este Estado, y son ellos mismos los que han alejado a mi hija mayor de nosotras!

–Respecto al dinero, no lo entregues más; cancela la cuota para la mantención del hotel en esta oficina. Eso sí: deberás prescindir de la alimentación que se prepara para todos; deberás arreglártelas por tu cuenta. Nosotras te haremos un préstamo, para tu mantención, mientras tanto llega el próximo giro de seguridad social. En cuanto a tu hija adolescente, es cierto que a su edad ella puede, legalmente, en este país, independizarse de la familia.

Nada me restaba por hacer. Estaba terriblemente cansada, enferma e incapaz de defender mis derechos, mis criterios y a mi familia. Una vez más, en esos primeros días de exilio, entre quienes era lógico suponer que serían mi apoyo y consuelo, me sentí tocando el fondo de un de un sórdido y lóbrego pozo. Como un sarcasmo, me repetía mentalmente las palabras de la compañera de la Comisión Cocina: “Aquí nada puede pasarles... porque estamos entre compañeros”.

Las funcionarias del Home Office y otros británicos que cooperaban en la acogida de los chilenos me brindaron apoyo y compañía. Visité médico, me sometieron a exámenes y tomaron radiografías; después de tantos meses, pude tener el resultado luego de una evaluación rigurosa del estado de mi salud física. Se readecuaron los tratamientos que, un poco a tientas –por las circunstancias de clandestinaje en que permanecía– había indicado la joven doctora de la Vicaría que me visitara en uno de los conventos que nos cobijaron.

Los días los pasábamos en la habitación, dedicadas a estudiar inglés con la pequeña, siguiendo las indicaciones de la profesora que concurría, de tanto en tanto, a reforzarnos. Salíamos frecuentemente a recorrer el barrio e íbamos al Lipton caminando lentamente, a comprar las vituallas diarias. Descubrimos un hermoso parque, no demasiado lejos de Sinclair Road, a donde, cuando asomaba el pálido sol promisorio del fin del invierno, pasábamos las horas; yo, meditabunda, sentada en una banca; la niña, correteando tras las palomas o acercándose tímidamente a otros niños, rubios como ella o de motudo cabello negro como su tez, pero que hablaban esa extraña lengua.

Uno de los compañeros del partido, que me visitara el segundo día de nuestra llegada, volvió para comunicarme que mi situación se había aclarado, y “¿tendría la gentileza de ir a pasar el día con su familia, a su casa, el próximo domingo?” Suspiré aliviada con la idea de no estar considerada ya una proscrita del partido —aunque en el hotel seguían las miradas de reojos, quizás abochornados de su actitud anterior—, y acepté encantada ante la perspectiva de un cambio de entorno y rutina. Temprano emprendimos el viaje, la pequeñita y yo, a través de la inmensa y desconocida metrópolis, siguiendo las indicaciones del compañero. Finalmente, arribamos al terminal de buses, en las afueras de Londres. Nos esperaban la pareja y sus dos niños. A poco andar, estábamos en la casa, típica de los suburbios obreros de Inglaterra, de estrecho antejardín y alta y ancha ventana sobresaliente en semicírculo, de ladrillo sin pintar y enmaderamiento blanco.

Me llamó la atención el piso completamente cubierto de alfombra; después aprendería que el clima lo exigía y que no constituía un lujo. Entraba el sol por las ventanas cerradas; el ambiente estaba inundado del cálido aroma de comida en preparación; la tibieza irradiada por la calefacción completaba la sensación

de bienestar. En la salita, una profusión de cojines y jarrones de greda —¡de Paine!— con arreglos florales se distribuían por el suelo; un moderno equipo de música ocupaba la única mesita baja; juguetes y más juguetes estaban diseminados por todos los rincones. Era un Hogar. Con profunda melancolía pensé en el nuestro, perdido... como perdida estaba mi familia, que aquí había terminado de desperdigarse. Al atardecer, iniciamos el camino de vuelta al hotel.

Sabía que el trayecto hasta donde debían descender demoraría algo más de una hora; lo reconocería. Las calles se iban llenando de luces y sombras y trajines que hasta ahora no conociera y que, por lo mismo, me intranquilizaban. Por fin, llegamos al término del recorrido, pero, a la bajada del bus, no distinguí el lugar. Tomé una dirección, creyendo que era la adecuada. Con la niña prendida de mi mano, comencé a caminar, sin encontrar los hitos familiares. Recorrimos cuadras y más cuadras, tratando de identificar el nombre de las calles, sin lograr ubicarme. Intenté preguntar por la dirección correcta, vanamente; nadie logró comprender lo que decía. Buscaba la presencia de un policía, a pesar del miedo cerval a los hombres uniformados que había desarrollado en Chile mi pequeña, para pedir socorro. Miles de historias de hechos truculentos, acaecidos en la oscuridad nocturna de las calles londinenses, se me venían a la memoria. El recuerdo de las novelas de Agatha Christie me estremecía. La pequeña se me aferraba trémula, callando para no angustiarme más. La calle comenzó a repletarse de personas que marchaban apresuradas. Me dirigí a varias suplicando “¡Help!”, pero tampoco entendieron para qué pedía ayuda. La calle, poco a poco, volvió a quedar desierta. Al fondo de ella se perfilaba un gran edificio. Me di cuenta que estaban frente a un estadio; un letrero luminoso decía “White City”. Recién entonces me percaté que nos habíamos dirigido en sentido contrario al hotel, ya que en el tren subterráneo había observado el trazado de la línea, y así

terminé por ubicarme. No restaba más que desandar el largo camino hecho. Al cabo de nuestras fuerzas, llegamos al punto de partida, de dónde, esta vez, nos orientamos en el rumbo correcto. Era la una de la madrugada cuando alcanzamos, exhaustas, el hotel. La mampara entornada nos permitió pasar inadvertidas al dormitorio. Desde el corredor llegaba la dulce voz de Lichi, acompañada de su guitarra, cantando Alfonsina y el Mar.

Susan golpeó suavemente a la puerta.

—¿Puedo pasar, Adriana? Creo que te traigo buenas noticias. Hoy nos han comunicado desde Oxford que una señora cuáquera ofrece acoger en su casa a una familia chilena. ¿Qué te parece?

—¿Cuáquera? ¿Qué es...? Bueno, sí; ya sé que los cuáqueros llegaron a Norteamérica y que usaban unos sombreros puntiagudos y que no bailaban, ni fumaban y eran muy severos —me atreví a bromear— ¿Dónde queda Oxford?

—Ven, vamos a la oficina; allí te explicaremos más.

En los días previos al traslado, sufrí mi última experiencia traumática en Londres. Dado el informe de la Vicaría, quienes trabajaban en el Chile Committe for Human Rights (el C.C.H.R, por su sigla inglesa, traducido como Comité por los Derechos Humanos en Chile) —una organización británica no gubernamental— consideraron de interés recoger mi testimonio. Una mañana fueron a buscarme para llevarme a las oficinas, instaladas frente al Regents Park, no muy lejos de la Embajada chilena. En la sala de conferencias me esperaba Wendy, la directora del C.C.H.R. Con el informe en la mano, fue precisando detalles y lugares e identificando agentes. La entrevista se llevó a cabo en un ambiente cordial, con extrema delicadeza cuando se tocaban puntos sensibles. Por primera vez pude narrar con entera confianza la penosa experiencia, sin temor a ser juzgada, ni estar presionada

por expectativas utilitarias. No me sentí ni medida, ni tasada, ni evaluada, sino que escuchada y atendida por mi mera calidad de persona. Eso me agradó y pensé que con gente así podría llegar a dialogar íntimamente. El contraste de la actitud respetuosa de los ingleses con el trato abusivo de mis compatriotas y compañeros en el hotel, hacía esto último aún más doloroso. Esperaba vehementemente encontrar en el futuro otra calidad de chilenos, lo que efectivamente sucedió. Indudablemente, por esa época, habían coincidido en el hotel varios grupos que se constituyeron en una verdadera mafia, lo que estuvo a punto de hacer fracasar todo el programa de primera acogida en Londres.

Para el regreso a Sinclair Road, Wendy hizo contratar un taxi en que debía viajar sola. Enfrentar situaciones que no podía controlar me ponía nerviosa. Pero, como tenía el firme propósito de ir venciendo mi desajuste al entorno extraño, no discutí la decisión, no obstante mis recelos. Además, no quería estropear la buena impresión que pudiera haber causado. Tantos meses tratando de evitar las iras de mis carceleros, me habían enseñado a no oponerme a las determinaciones tomadas por otros.

El taxi no era de aquellos típicos, negros y cuadrados, que yo conocía, sino que un modelo de automóvil común. Me habían dejado sola esperándolo en la puerta del edificio, por lo que no tenía manera de averiguar nada. Todo fue bien hasta que oí intermitentemente transmisiones en el receptor del vehículo y observara al chofer cogiendo el micrófono para dialogar en inglés. En mi mente atormentada todo se confundió: La noche en que fui transferida desde Colonia Dignidad a mi nueva prisión en Santiago, en la cabina de una camioneta, durante el viaje los agentes de la DINA estuvieron comunicándose con una central del servicio secreto, del mismo modo.

El presente se la llenó de fantasmas y me creí atrapada nueva-

mente por los secuestradores. Trataba de encontrar la oportunidad de arrojarme fuera del vehículo en marcha, pero éste iba por avenidas de alta velocidad. Quería decir algo al chofer, pero no conocía el idioma para comunicarme. Por fin entramos a la City, donde el tránsito se hace más lento por la congestión; quise abrir la puerta, pero estaba asegurada. Comencé a sudar frío y a temblar, la garganta se me apretaba y me costaba respirar: era un verdadero ataque de pánico lo que estaba sufriendo.

No supe cómo ni en cuánto tiempo el auto se detuvo. El conductor bajó para abrirme la puerta del vehículo y, sonriente, me tendió la mano para ayudarme a bajar. Yo actuaba como autó-mata, igual a tantas veces en que obedecí las órdenes de mis captores cuando me conducían a la cámara de torturas. De pronto, mientras el vehículo arrancaba, me di cuenta que me encontraba al pie de la escalinata de acceso al hotel. Me desplomé a la entrada de la mampara, en los brazos de Gordon, que salía de conversar con Cindy.

Dos

Había logrado reunir algo de ropa para ambas, que coloqué en un bolso, parecido a aquellos de conscripto en campaña, encontrado también en la bodega del hotel.

Susan, Cindy y Gordon nos condujeron a Victoria Station, la famosa estación de buses; nos entregaron los boletos de viaje y nos acomodaron en los elevados asientos, desde donde nos despedimos. Lichi quedaba atrás, extraviada en la maraña de Londres y la engañosa camaradería de los revolucionarios de pacotilla.

El bus cerró las puertas hidráulicas suavemente y comenzó a retroceder para tomar la salida del enorme recinto, repleto de gente y lleno de palomas que revoloteaban bajo su alta techumbre transparente. Un miedo inevitable me dominaba al alejarnos de las personas con las que podíamos comunicarnos en ese país extraño. Ni siquiera me había atrevido a inquirir detalles sobre el viaje y la llegada, por timidez de mostrar mi inseguridad. La manito de mi hija transpiraba dentro de la mía; iba asustada, intuyendo la tremenda angustia de su madre.

Cuando después del trayecto –lleno de incertidumbres–, que nos pareció interminable, desembocamos en un terminal de buses, comprendí que había llegado el momento de enfrentar lo desconocido.

A la bajada, dos mujeres jóvenes, una trigueña –evidentemente chilena– y la otra, rubia –de grandes y claros ojos pardos–, se nos acercaron. Se presentaron como Inés y Diana respectivamente.

–¿Adriana y... Selva? –preguntó la chilena.

–Sí –murmuré, aliviada de escuchar el acento conocido.

Entonces nos abrazamos. Diana se hizo cargo de la pequeña, hablándole dulcemente cosas de niños, con un marcado acento británico, mientras Inés me ponía al tanto de los arreglos que se habían realizado para recibirnos. En taxi desanduvimos calles que ya habíamos atravesado en el bus, hasta la rotonda de ingreso a la ciudad y nos adentramos por las callejuelas de un apacible suburbio, hasta Downside Road. Las pulcras casas de dos pisos, bien cuidados antejardines, separados por setos, los trinos de los pájaros, las matas abriendo sus flores, fueron una apropiada antesala al hogar cuya puerta nos abrió una menuda mujer de ensortijado cabello blanco-amarillo, ojos celestes y piel blanquísima: Dorothy, en sus ropas color pastel, que recordaré por siempre como una delicada pieza de porcelana y firme textura inglesa.

Éste era el primer hogar inglés al que entrábamos. No cesaba de asombrarme de los pisos totalmente alfombrados; en Chile sería un lujo fuera del alcance del común de los hogares. Diana nos acompañó al dormitorio en el segundo piso, que daba sobre el jardincito de la calle. Una ancha y blanda cama aguardaba como promesa de un tibio nido, toda velos y estampados de florecillas silvestres, en colores claros y géneros suaves. Un lecho abrigado y limpio que seguía conmoviéndome, en contraste del recuerdo de los meses en que debía echarme sobre un jergón inmundado, arrebujada en harapos pestilentes, en medio del presidio.

Ésta era la casa de Dorothy: con un olor dulzón a compota de frutas y masitas esponjosas flotando entre sus paredes empapeladas con diáfanos motivos; amable, discreta, íntima. La casa ERA Dorothy.

La señora de la casa no hablaba una palabra de castellano y las recién llegadas apenas si nos atrevíamos a pronunciar defectuosamente las palabras sueltas que íbamos recogiendo. Sin embargo, en los anocheceres, cuando Dorothy daba por terminado su trabajo en la oficinita instalada en el jardín posterior y se venía a estar unas horas con sus huéspedes, sosteníamos interesantes diálogos, ayudadas con gestos, dibujos esquemáticos, diccionario, sonrisas y mucha paciencia. A veces callábamos, porque los ojos y la voz se nos habían empañado con los recuerdos de situaciones dolorosas. Selvita se enfrascaba en la contemplación de la televisión, sentada a los pies de las nuevas amigas.

Diana, que era la funcionaria del Home Office encargada de los refugiados en Oxford, realizó para nosotras los trámites referentes al bienestar e inserción social y cultural; la niña comenzó a asistir a la escuela del barrio, a cursos de los pequeñines mientras iba aprendiendo el idioma a través de la convivencia con ellos en sus actividades propias de la edad, como cantos, rondas y trabajos manuales; por mi parte concurría a cursos de inglés para extranjeros en una academia estatal para adultos, el C.F.E. (College of Further Education).

En el camino al C.F.E. se encontraba la modesta oficina de Diana, en Castle Street. Era mi parada obligada, cada mediodía, de vuelta de clases, para ver esa simpática y amigable cara, para conversar un rato ayudándole así con su cómico español chapurreado, e irme encontrando poco a poco también con los demás chilenos refugiados, que, al igual que yo, recalaban allí en medio de sus trajines diarios.

Sin embargo esos encuentros con los compatriotas me entristecían. Invariablemente, la presentación iba acompañaba por

un escrutinio detallado de las experiencias de represión de cada cual: arresto, torturas, inculpaciones, cárcel o campo de concentración, relegaciones. La extensión del tiempo en detención cobraba enorme importancia, así como la especificación de cada tormento soportado, como si el sufrimiento humano tuviera coordenadas de tiempo y procedimientos, más que de intensidad y la huella que deja la experiencia. En cambio, yo defendía el derecho a ser acogida en cuanto a mi identidad total. Mi reticencia a asumir el rol de víctima me hacía sentir distinta y me fui apartando de la convivencia con la comunidad chilena, a través de los años.

De todos modos, la oficina de Castle Street fue el lugar a donde iba a buscar compañía. Cuando se discontinuó el programa estatal de acogida, al par de años, y comenzaron las oleadas de otros perseguidos en procura de asilo político, la recepción y apoyo se implementó desde organizaciones voluntarias o privadas de chilenos y británicos.

Mi rápido aprendizaje del inglés, la buena disposición a colaborar en cualquier actividad de apoyo a quienes iban llegando, mi inquietud intelectual y política y la base cultural que poseía, me granjearon el aprecio de los británicos que desarrollaban actividades solidarias con los chilenos y otros latinoamericanos y, más adelante, con los prófugos de diversas partes de África.

Ya en las primeras semanas de establecida en Oxford, la organización filial de C.C.H.R. de Londres —el Chile Solidarity and Human Rights Joint Committee (Ch.S.H.R.J.C.) de Oxford— me requirió para conversaciones con la prensa y radios locales, a fin de animar la campaña de denuncia de los crímenes de la Junta Militar chilena y, por ende, sensibilizar a la ciudadanía sobre la realidad de ese grupo de extranjeros que llegaban a residir entre ellos. No vacilé en participar, pero no podía impedirme sentir

recelo y ansiedad acerca de la seguridad, tanto de los seres que amaba —y que habían quedado en la patria—, como por las hijas que estaban en el exilio, y de la propia. Con todo, era ese mismo “sentir temor” lo que me impelía a no restarme, ya que me sabía depositaria de verdades que otros no habían percibido; por lo tanto, era necesario exponerse al revelar al mundo las atrocidades que se cometían en contra de nuestro pueblo.

En mi primera entrevista, me identificaron con el nombre de “María” —nombre código usado en ese entonces por la resistencia en el exilio, para todas las mujeres que salieran a la luz pública—, destacando mi voluntad de seguir luchando contra la tiranía que arrasaba con la dignidad de mi nación. Con el tiempo comprendería que la dignidad de un pueblo no se la puede quitar nadie, a no ser que él mismo renuncie a ella o la olvide.

Se acercaba el verano. Dorothy partió de vacaciones a Grecia, a visitar amigos que le debían la vida; en su momento, ella fue gestora de fructíferas campañas solidarias para los prisioneros políticos de ese país, durante la Dictadura de los Coroneles. Quedamos, por primera vez desde la llegada al exilio, completamente solas en una vivienda; siendo, en un principio, una experiencia aterradora.

La niña asistía a la escuela, mientras que yo salía a clases todas las mañanas. Regresaba por el mediodía a la casa solitaria, a esperar la vuelta de la pequeña a media tarde. Subía en puntillas al dormitorio y ahí permanecía, sentada junto a la ventana, mirando la calle y los jardines vecinos. En la casa del lado florecía un gran magnolio, cuyo perfume inundaba el aire en los días soleados. Lo contemplaba largamente, recordando, siempre recordando. Recuerdo que mi melancolía era profunda; me era imposible

reencontrarme con la alegría de vivir, que me había caracterizado antaño.

Había hechos cotidianos que me alarmaban hasta el absurdo. Se me desarrollaban fobias que, en un principio, no se me habían manifestado —Quizás por las estresantes situaciones a que estuve sometida esos meses prófuga en Chile—, sino hasta ahora. No era capaz de accionar la electricidad, ni el conmutador de la luz, ni el televisor, ni la plancha, nada. Tampoco me atrevía a contestar el teléfono: en la fracción de segundos entre mi “hello!” y la voz que respondía por la línea, un pánico irracional de escuchar una de “esas voces” —de los agentes y los torturadores de la DINA—, me secaba la garganta y detenía los latidos de mi corazón; una mirada escudriñadora, natural por mi apariencia evidentemente de extranjera, en la calle, me paralizaba. Era como si la necesidad de cruzar por los meses de fuga, hubiera contenido el desborde del pánico y que, ahora, huérfano de una presencia protectora, el subconsciente se permitía relajarse en dramáticas secuelas del pánico padecido. Sin embargo, por encima de todo, me imponía la obligación de no ensombrecer a la niña con lo que calificaba “mis loqueras”, en mi afán de trivializar mis traumas. De alguna manera, conseguía sobreponerme a tiempo para recibirla con normalidad y a sus demostraciones de ternura.

En esa época, la comunicación con mi pequeña era casi sólo física. Conversábamos escasamente, pero permanecíamos estrechamente unidas, cogidas de la mano o abrazadas. Hubo ocasiones en que la niña se lamentó:

—¿Por qué no me cantas como antes, mamita? Y, antes, tú me contabas cuentos.

Ese “antes” adquiría en boca de la niña, una dimensión dolorosa de dicha irrecuperable. No obstante, le prometía:

—Ya, mi amor, ten paciencia. Espera un poco, que volveré a contarte cuentos a la hora de dormir, y te cantaré.

(¿Cómo sembrar belleza y dulzura en mi hija –me preguntaba– cuando aún el dolor y la monstruosidad de la crueldad bestial me mordían el alma?)

Otras veces, Selvita se me quedaba mirando y suspiraba:

–¿Qué te hicieron “los hombres que te cuidaban”? Lo único que me dejaron de mi mamá de antes es tu cariñito.

Comprendí que tenía que esforzarme aún más por superar mi estado de ánimo, por el bien de mi hijita, forzada a madurar prematuramente a la sombra del dolor.

Traté de interesarme por lo que me rodeaba, empezando por retomar la actividad política.

Por ese entonces, ya conocía muchos británicos simpatizantes con la causa de los derechos humanos en Chile. Eran personas que cruzaban gran parte del espectro social: académico, profesionales, estudiantes, intelectuales, gente de iglesia –cuáqueros, católicos, de denominaciones protestantes–, jóvenes y maduros, hombres y mujeres. Entre ellos, destacaban irlandeses y escoceses, quienes estaban genuinamente comprometidos con las causas de los oprimidos del mundo, con los que se identificaban históricamente. Junto a los chilenos, se animaban en peñas folklóricas o marchaban por las calles de Oxford tras los lienzos que acusaban los crímenes de Pinochet, llenaban los salones universitarios de conferencias, la sede de la Unión de Sindicatos (TUC), o participaban en actos litúrgicos ofrecidos por los torturados, ejecutados y desaparecidos. Más que amigos, se hicieron hermanos, trascendiendo las barreras idiomáticas, culturales, sociales e ideológicas, en torno a las banderas libertarias del Chile del exilio.

Conocí al párroco metodista del barrio –Sidney Hinks–. En la urgencia de “hacer campaña” entre los británicos y de unir a los

chilenos, se organizó una misa a la chilena del corte que trajeron consigo la teología de la Liberación y el Vaticano Segundo. Entre los refugiados, algunos cantaban y bailaban los aires y tonadas apropiadas; otros tradujeron los cantos y oraciones, para que los amigos ingleses pudieran comprender el momento que se vivía. En la tarde señalada, la iglesia rebalsaba.

Desde un rincón, se alzó la suave voz de Lichi —quién había vuelto a ponerse al habla con nosotras, con ocasión del décimo cumpleaños de Selvita—, entonando la Plegaria del Labrador. Había gargantas apretadas y ojos anegados: era la reunión del pueblo disperso por el mundo en las canciones que habían acompañado la conquista del gobierno popular, la caída y los tiempos aciagos de la persecución; todos se identificaron con los que habían quedado atrás, en la patria perdida.

En esos tiempos se realizaban frecuentes actividades sociales, cuyo objetivo era reunir dinero para ser enviado a diversas organizaciones de ayuda mutua que sostenía la iglesia católica chilena: centros abiertos, comedores infantiles, policlínicos populares, talleres de artesanías.

Entretanto, Dorothy hacía crecer su red solidaria de adopciones de familias de presos políticos por parte de la feligresía cuáquera, con los contactos que los refugiados les procuraban con los potenciales correspondientes.

El verano avanzaba; las clases estaban suspendidas. Por entonces, lentamente, ya había establecido contacto epistolar con nuestros protectores en Chile y con el padre de mis hijas menores. Cada carta recibida era causa de preocupaciones y angustias, de nostalgia, de remordimientos de no estar allá: traían noticias de nuevas aprehensiones, de la miseria que asolaba las poblaciones,

de amigos prófugos a lo largo y ancho de la geografía del país vuelto inhóspito para muchos, de acciones heroicas en las que le hubiera gustado ser partícipe, de pequeños triunfos y grandes dolores colectivos.

“Debí haberme quedado”, me decía, “aún a costa de la vida”. Pero, sabía que estaba opinando desde la emocionalidad, porque, racionalmente, estaba cierta que habría sido imposible hacerlo sin arriesgar también la vida de las niñas y al resto de los camaradas: yo era un “error de evaluación” de la DINA, por dejarme ir sin prever que no estaba lista para pasarme a sus filas, lo que me había convertido en una fugitiva por siempre.

¿Fue en esos meses que llegó la primera carta de “él”? Ese hombre había sido la luz que alumbró los días grises de la tarea clandestina, la sonrisa que entibió el frío de mis tristezas. Significó tanto, que lo protegí con la vida –mi silencio, mi tortura, mi agonía–. Luego, “él” fue la esperanza resurgida... y, ahora, el vacío sin límite de mi soledad hecha de fantasmas de lo que se tuvo, de lo perdido, de ilusión desvanecida. ¡Y ya no estaba! Ni volvería a estar nunca, aunque hubiera esa carta, a pesar del recuerdo. Aún eso tan íntimo me lo había arrebatado la dictadura. Lloré hasta el cansancio por la felicidad abortada, porque creí que así lograría lavar mi alma. Sin embargo, desde esa carta, al dolor de lo irremediable se le añadió al duelo del destierro.

–Adriana... ¡Adriana! Are you at home?

La voz de Diana me llegó al rincón del jardín de Dorothy, donde estudiaba mi lección de inglés. Contesté también a gritos, temerosa que mi invisibilidad alejara a mi amiga. Una vez saludadas, Diana explicó: –My friend, I... yo vengo a proponerte algo que, a lo mejor, te agrada: los camaradas del partido británico te

ofrecen la vivienda deshabitada, en los altos del antiguo local de la librería de la colectividad. ¿Qué te parece?

No podía creer mi buena fortuna, pues ya estaba sintiendo que debía reconquistar una cierta independencia. Días más tarde, Selva y yo nos despedimos cariñosamente de Dorothy y, provisionadas del menaje reunido entre los ayudistas al grupo de chilenos, partimos a tomar posesión del nuevo sitio, para convertirlo en hogar.

El modesto departamento del segundo piso nos pareció palaciego. La ancha ventana de la salita se abría sobre Cowley Road, una calle transitada por buses, furgones de carga y muchos automóviles. Esta sección era barrio residencial, con pequeños negocios de menestras y varios pubs. En el tope alto, muchas cuadras más allá, se encontraba la entrada a la grande y famosa fábrica de vehículos Leyland.

Era el pleno verano del 76, uno de los más calurosos y secos de que se tenía memoria. Se había decretado racionamiento de agua cada tantos días y la gente, con gran responsabilidad contribuía a amortiguar la amenaza de catástrofe que se cernía sobre la zona, imponiéndose restricciones adicionales de economía.

Los británicos y chilenos instalados ya un tiempo, aprovechaban el período de vacaciones para escapar de las dificultades circunstanciales, yéndose al continente por unas semanas. Nosotras no teníamos el hábito de salir de paseo, tal vez debido a que nunca hubo recursos suficientes, o a que siempre me hallaba demasiado ocupada arreglando el mundo, por lo que no nos pasó por la mente la idea de partir. Aún aquí, lo consideraba un lujo fuera de lugar; en mi calidad de refugiada política estimaba que sería una inconsecuencia salir a divertirse, mientras los hermanos chilenos sufrían “allá” privaciones y persecución.

Cuando Diana partió a Thurso, en el extremo norte de Escocia, nos dejó su televisor. En Chile, siempre me opuse a permitir la “intromisión” de uno en nuestro hogar; sin embargo, pensando en el aislamiento de la pequeña y buscándole entretenimiento, acepté agradecida el préstamo. Por esos días se efectuaban las Olimpiadas de Montreal. La novedad de deportes nunca vistos anteriormente, como el patinaje sobre hielo y las rutinas de las gimnastas juveniles, fascinó a la niña, quién ejecutaba a la par las piruetas sobre la alfombra, cual muñequita de goma.

Unos meses atrás había arribado a Oxford una nueva familia de asilados: Padre, madre, dos niñas y dos muchachos. Me tocó ser la encargada de guiarlos por el laberinto burocrático, por lo que debí frecuentarlos. Ni con toda mi buena voluntad y solidaridad en acción, logré simpatizar con la familia, a excepción del padre, con el cual fui descubriendo que compartía situaciones, experiencias y sensibilidades. La incomunicación de Antón con los suyos hacía su soledad tan absoluta como la mía. Ambos habíamos sufrido la represión con igual profundidad sensorial y emocional y la dimensión de nuestro análisis de la experiencia era desde lo personal, más que de corte militante. En el caso de él, las presiones familiares le impedían superar el estado de aislamiento psicológico y social; en el mío, era la ausencia de apoyo de una familia lo que dificultaba mi reinserción en el medio. Solíamos encontrarnos en apartes en las reuniones, en un entendimiento mutuo que no necesitaba de muchas palabras; era compañerismo espontáneo. Fue una amistad que atravesó a lo largo de nuestros exilios, inalterable en la fraternidad y sencillez.

Este buen amigo sufría el bochorno de los desatinos de su parentela, que se daba ínfulas de grandeza que no correspondían a su realidad anterior de funcionario estatal y militante de base,

ni se compadecían con su actual puesto de obrero de línea en la fábrica de vehículos Leyland. Sus retoños, por ejemplo, hicieron correr la voz, entre sus amistades británicas, que él había sido embajador y ministro del gobierno popular. La mujer, por su parte, aprovechaba su colocación de aseo en una multitienda para explotar a otros asilados y emigrantes ilegales. Antón, hubiera querido desaparecer entre las tuercas, que ajustaba en su trabajo de robot en la línea de producción de la Leyland, por estos desatinos.

De una u otra manera, Antón se fue mezclando en mi vida. En esa primera Navidad se ofreció gentilmente a procurarme de una buena bicicleta de segunda mano, para Selvita, y así cumplirle un silencioso deseo. En ocasiones me pasaba a buscar para llevarme a control médico. Otras veces, me invitaba a dar un paseo por los alrededores campestres de Oxford, a la salida del turno de la fábrica, cuando la nostalgia le acicateaba el alma y buscaba con quién compartir esos momentos de añoranza del terruño lejano. En silenciosa comunión contemplábamos desde lo alto de alguna colina, en el abrigo del automóvil, las puestas de sol sobre los valles circundantes. En la memoria nos iban quedando plasmados esos paisajes, cual acuarelas de colección. A veces, dábamos cortas caminatas por los patios de las antiquísimas iglesias rurales, leyendo las losas de las tumbas centenarias; o explorábamos senderos perdidos entre arbustos, que nunca terminábamos de recorrer, porque me cansaba. Entonces, él me levantaba en sus brazos o me ayudaba para llegar al vehículo, donde charlábamos un rato, fumando y ¡riendo! Con Antón, reaprendí la risa amable de la camaradería, volví a sentirme mimada y creí nuevamente ser joven.

Nos hicimos amantes, porque éramos buenos amigos, porque acompañábamos nuestras soledades, porque ambos éramos cura mutua para nuestras heridas, porque nuestro diálogo no necesi-

taba de explicaciones, ni excusas. Nos reuníamos cuando nos era posible, sin urgencias. Si Antón lograba armar un buen cuento, para justificar su ausencia de casa, partíamos por las aldeas aleñañas, alojando en posadas de campo, donde tomábamos desayuno inglés con jugo de frutas y mucha mermelada de naranjas. Algunas veces, lo acompañé a Londres, en ocasión de reuniones de su partido. Él asistía a sus conferencias, yo vagaba por los alrededores de Victoria, o me encerraba en la habitación del modesto hotel con un libro, o, simplemente, a pensar. No era LA felicidad, pero, para ambos, era lo más cercano a ella que imaginábamos poder llegar.

A la vuelta del receso de verano, Diana habló de la posibilidad de ingresar a la Universidad de Oxford, siempre y cuando mi capacidad de comprensión y comunicación en inglés así lo permitiera.

Estudí con empeño, dispuesta a ganar esa beca, porque, más que el brillo de un título de postgrado, necesitaba demostrarme a mí misma que mi intelecto podía recuperarse de los daños sufridos durante el cautiverio. Salir adelante pasó a significar no haber sido aniquilada; triunfaría, de esta manera, sobre los que intentaron destruirme. Selva había comenzado su escolarización regular, en una escuela cercana al nuevo domicilio; de este modo, yo disponía de espacio y tiempo para dedicarme al estudio. A pesar que mi capacidad de concentración estaba prácticamente anulada ya que tenía un gran bloqueo de asimilación, ésta era una batalla que no estaba dispuesta a perder, pues en ella estaba comprometido mi bienestar psíquico y espiritual.

En algo más de un mes llegó el día de presentarme ante la comisión evaluadora de la universidad. Temblaba en la antesala; Dia-

na, a mi lado, intentaba reconfortarme. Mil dudas me asaltaban, parecía no recordar nada: los conocidos síntomas del miedo me dominaban cuando me llamaron. Por buena disposición de los profesores, por solidaridad, por un soplo de buena fortuna, por lo que fuera, fui aceptada. Sólo supe que no había entendido nada, que había dado respuestas estúpidas y que mi inglés atarzanado era mísero. Luego concurrí a la entrevista con el jefe del Departamento de Educación. Elegí al azar una asignatura administrativa y me encontré matriculada en SDES, con equivalencia a grado de Master, en la famosa Universidad de Oxford.

La angustia por la falta de seguridad en mí misma y el estudio urgido, hicieron su labor: estaba exhausta. En esos episodios de crisis, las pesadillas se repetían cada noche, retrayéndome a la persecución y a las torturas padecidas.

Diana hizo arreglos para llevarme a descansar a casa de un matrimonio de chilenos refugiados en Worthing, a orillas del Canal de la Mancha, siempre dispuestos a socorrer a sus compatriotas. Ubicó a Selva en casa de conocidos chilenos, en Oxford, donde estaría bien cuidada por unos días. Según su costumbre, la niña aceptó el arreglo sin cuestionarlo, pendiente del bien de su mamá.

Acompañada de Diana, partí a Londres, para coger en Victoria Station el bus que me llevaría a la costa. Allí, vestida con amplia túnica india, de trasnochada moda adoptada por los hippies chilenos de la ultra-izquierda del hotel de Sinclair Road, esperaba Lichi. En los escasos minutos entre la llegada y la partida de los buses, me comunicó que esperaba un hijo. Quedé helada: mi hija, tan niña...mi hija tan sola... tan sola como yo misma cuando, a mi vez, la había esperado. Abrí los brazos, la acuné en

mi hombro y le pregunté:

–¿Qué piensas hacer?

–Tenerlo, mamá.

–¿Y quién es...?

–Alfredo, ¿te acuerdas en el hotel?

–Pues, claro ¿cómo es él?

–Es bueno.

No quise profundizar en que de tan “bueno” era aquel Alfredo, había alejado a una hija de su madre, se había aprovechado de su rebeldía e inexperiencia juvenil para convertirla en su enfermera –era un hombre lisiado que la doblaba en edad–, su doncella doméstica y su manceba, siendo hombre casado.

–¿Seguirás junto a él?

–Sí, mamá; hasta que nazca la guagua.

–¿Y después?

–Después... Pronto llegará desde Chile su familia: su mujer y sus hijos...

–¡Lichi! ¡Vuélvete a casa! Por favor... Nadie te echó; la puerta está abierta, hijita. ¿Por qué esperar a ser más humillada? Tú puedes tener a tu hijo con nosotras, en Oxford. Estoy segura que Selva... que yo... ¡estaremos felices!

–No, mamá; me quedaré en Londres hasta que nazca mi niño.

El bus estaba por partir; Diana nos hacía señas desesperadas.

Nos abrazaron, sin más, y nos separamos.

–Mantente en contacto, Lichita. Ven a vernos –invité.

Me desplomé, abrumada, en el asiento; helada de pena y de ira: ¡Ese desgraciado, “revolucionario marihuanero”...! Y mi niña, ¡tan caprichosa! ¡Qué manera de hacérsele difícil la vida! Los compañeros del hotel tendrían que responderme por esto... ¡Pungas! Y mi niña metida en ese medio... Temí no poder sobreponerme a este nuevo golpe, pero debía sacar fuerzas no sabía de dónde, porque estaba Selva por quién debía velar, y porque ella debía ser consecuente con mi actitud de vida: lo personal no

debía, jamás, trastornar los objetivos políticos. En el presente, se trataba de luchar contra la dictadura, cualquiera fuera el escenario en que se encontrara, y éste, ahora, era el exilio, la denuncia, prepararse para el retorno. Ya habría tiempo para calmarse en casa de Florencio y Puppy, en Worthing.

Me llamaron por teléfono del C.C.H.R . de Londres:

–Adriana, se está viendo el “caso chileno” en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en Ginebra. Necesitamos que entregues tu testimonio.

–Pero, Wendy, yo... no sé... ¿Qué puedo decir yo?

–Lo que viste, my dear. Simplemente eso.

–¿Sabré hacerlo?

–Sabrás. Deja hablar a tus recuerdos y tu dolor.

–¡Ay!, no seré capaz... no sabré cómo.

–Es importante, Adriana. Tu testimonio ES importante. Hay tan pocos que pueden exhibir las certezas que tú posees. Hay tantos que no pueden llegar hasta acá. ¡Hay tantos que nunca podrán contarnos sobre los crímenes a los que sucumbieron!

–Tú dices: ¿hablar por todos ellos, mis compañeros caídos?

–Sí, eso digo. Para que los crímenes no queden ignorados.

–¡Wendy...! No sé... Mi palabra es tan pobre... estoy tan tonta para decir las cosas en forma inteligente...

–My dear, se lo dejo a tu corazón; tú decidirás.

Pero ante esta clase de requerimientos, no había que dudar: mi deber moral era participar. Me angustiaba, sin embargo, el desconocimiento de lo que debía enfrentar, así como la posibilidad de ser detectada por la DINA –por ridículo que ello pudiera parecer desde la perspectiva del tiempo, este miedo a la larga garra de la policía secreta de Pinochet, era un elemento real y siempre presente, en los primeros años del exilio chileno.

Empero, el partido no daba tregua a sus militantes y fue en la persona de un camarada, especialmente enviado desde Londres para convencerme, que ejerció las presiones decisivas, sugiriendo, una vez más un cuestionamiento a mi lealtad a la organización. Esto, siempre pendiendo sobre mi, me desbastaba. ¡Por dios, si había sido leal al partido hasta las últimas consecuencias!: no entregué ni un nombre, ni comprometí la seguridad de la organización, aún cuando otros camaradas, incapaces de resistir más, me delataban en las cámaras de tortura... estando yo a unos pasos. Aunque nadie más quisiera reconocerlo, eso era mi orgullo secreto, el espíritu que quería heredarles a mis hijas.

El ambiente de desconfianza mutua que campeaba entre los refugiados era una presión más para no negarse. “Somos seres sin pasado para los demás” –pensaba–, “no nos conocemos de antes, Ignoramos el verdadero valor e intensidad del otro por la falta de experiencia histórica compartida a la largo del tiempo. Aquí vale lo que se muestra en el acto realizado hoy frente a la comunidad.”

Por todo ello, accedí. El camarada me aseguró que sería cuidada y atendida por otros militantes en Ginebra. “Estarás con los NUESTROS”, como si eso garantizara un paraíso. También me indicó que el dinero de viático, que me asignaría la ONU, debía entregarlo a las arcas del partido... pero “ya, está bien, compañera, déjese unas libras que dice que necesita para adquirir una grabadora para cuando vaya a la universidad”. Así lo hice, estrictamente. Si no hubiera sido por la atención de Claudio (Teitelboin, que más adelante resultó ser realmente Bunster), mi joven cicerone en Ginebra, que en el aeropuerto, de regreso, me compró una barra de chocolate suizo para Selva y seis postales de recuerdo, habría regresado con las manos vacías.

En Londres, Wendy me embarcó con todas las prevenciones imaginables, para reconfortarme. En Ginebra me recogió una mujer urgida, lacónica y misteriosa, que me endosó a un grupo que esperaba en un automóvil conversando entre sí en lenguaje codificado. Me sentí ajena y al margen. Me instalaron en un departamento situado en lo alto de una torre –inmensa para una provinciana tercermundista como yo–, sin abundar en explicaciones: quedaría sola, hasta más tarde, porque todos andaban ocupados; si sentía hambre, podía ver en el frigidaire por algo de comer. “¡Ah!, sí: ese río, allá abajo, es el Ródano”.

Y sola quedé, sumida en mis interrogantes, en mis reflexiones y desconcierto. Por propio convencimiento de la necesidad de dirigirme a una instancia superior había acudido a denunciar los horrores de que había sido testigo; era mi decencia la que se sublevaba ante el abuso de poder y el crimen político; porque el silencio me estaría haciendo cómplice de actos inhumanos. Pero, no dejaba de ser amargo sentirse tratada como objeto, inmerecedora de gestos solidarios y amables, como una igual.

Anohecía. Me asomé a la ventana a contemplar el paisaje a mis pies: el Ródano. ¡Cuántos años había hablado a mis alumnos acerca de ese río fabuloso! Recién hoy lo venía a divisar, desde la altura de ese enorme edificio, tan inalcanzable como antes para mí, tan lejano... desde esta nueva prisión en donde el desconocimiento de lo que me rodeaba era mi carcelero. Mi pensamiento se fue deslizado al recuerdo de mis queridos discípulos, a la entrega que había puesto en acompañar a la juventud de mi patria, al amor que sentía por mi profesión. Me invadió la tristeza del “nunca más”. En eso me encontró uno de los compañeros que me habían depositado allí, un tal Sergio.

–¿No ha comido, compañera?

–No; no siento hambre.

–No, compañera; eso no está bien. Ud. debe comer, pues ma-

ñana será un día duro. Venga, preparemos algunos sanguchitos.

Lo seguí a una bonita cocina-comedor.

—Ya, compañera; hágase unos sanguchitos ricos pa' los dos, con queso y chanchito.

Y el Sergio, ese, se acomodó en una silla a leer el diario que traía bajo el brazo, dándome, de vez en cuando, unas ojeadas, a ver si la compañera estaba cumpliendo con la tarea asignada —pues atender a los compañeros era el rol que el machismo inveterado en el partido le asignaba a las mujeres—. Pero, “la compañera”, inesperada e increíblemente, suspendió la preparación de los panes. Dando media vuelta, y lo más dignamente que me permitía la renguera, partí de regreso a la ventana de donde me había sacado la invitación del anfitrión, “¡un verdadero exabrupto, él de esta mujer!” Lo que no supo el camarada era que había logrado, con gran esfuerzo, una vez más, romper el reflejo condicionado de obediencia que me habían implantado mis carceleros. En toda la larga jornada, éste fue mi “gran momento”.

Poco dormí, en espera de los acontecimientos por venir; me levanté temprano y cuando, finalmente, la dueña de la casa dio la voz de partida, ya estaba inquieta por la demora en el desayuno de los demás.

Me sentí intimidada ante el edificio del Palacio de las Naciones y su hermosa escultura del globo terráqueo... y muy sola y muy pequeña. Era yo frente al mundo; mi verdad contra la mentira oficial del régimen militar chileno. Casi no podía hacer los simples gestos de entregar mis credenciales, de seguir al ujier, de volverme para despedirme de Claudio con un ademán, que quedó de pie, mirándome desde el lado exterior de la puerta de cristal.

El recorrido del ancho pasillo me pareció larguísimo. Por fin, el guía se detuvo frente a una sólida puerta de madera oscura; me

franqueó el paso a una sala, ocupada en el centro por una mesa rectangular, en torno a la cual se hallaban sentados los miembros investigadores del “caso chileno”, con sus ternos impecables y su olor a finos perfumes. Con una señal me indicaron que tomara asiento. Confundida, muy consciente de mi apariencia disminuida –abrigada con el chaquetón de lana artesanal que me tejiera en Punta de Tralca– y de mi cortedad, tomé mi lugar y esperé muy quieta, hasta que me pidieran que diera comienzo a mi declaración.

Expuse los hechos, sin emitir juicios ni calificativos; según yo, bastaba el horror de lo acaecido. Hubo silencio; ni un gesto de aliento o de desaprobación. Sentí que había fracasado, que había malgastado la oportunidad. Ahora me observaban interrogantes, como molestos por la pérdida de tiempo. Un señor hizo además de despedida. Fue entonces que reaccioné, porque aún no terminaba: mi propio padecimiento no era lo que importaba sino el de Bill, el joven desaparecido con que compartí la prisión cuando fui trasladada a “La Discothèque”, también conocida como la “Venda Sexy”. Angustiada, me dirigí al representante ecuatoriano –quien entendía mi castellano, ya que mi inglés no había bastado para interesar al auditorio– suplicante:

–Señor, escúcheme. Es sobre un desaparecido, señor...

El hombre se volvió hacia mí con aire amable y acogedor en el rostro. Levantó una mano, imperioso, y algo dijo en inglés a sus colegas. Estos se dispusieron a volver a atenderme. Hablé esta vez sin timidez, sin temor al ridículo de mi lenguaje o de mis emociones –nada estaba reclamando para mí–, para abogar por el derecho a la vida de mi compañero de prisión. Me parecía que de este modo le estaba tendiendo la soga salvadora que lo rescataría del torrente amenazador. Que lo reclamaran, las Naciones Unidas, que exigieran a la Junta dar razón de su paradero. Yo sabía que estaba detenido, que la DINA lo tenía en su poder, por

más que el régimen militar lo negara –como negó, por tantos años, las atrocidades de la represión–. ¡Yo había estado con Bill! El ecuatoriano me alentaba con la mirada; ya no me sentía observada con escepticismo. Pude hablar de Colonia Dignidad, de la casa de la DINA en Santiago, del torturador conocido como El Doctor o El Brujo, de los agentes, de los guardias. Como por milagro, se precipitaba el raudal de nuevas informaciones.

Salí agotada del edificio por el esfuerzo y el impacto emocional de haber tenido que enfrentar mis memorias. Afuera esperaba Claudio, con su cara bondadosa y su tartamudeo, para hacerse cómplice de mi fragilidad y de mi hambruna: desde la partida de Londres no había comido; nadie, en el departamento, me había tomado en cuenta. Me llevó a un café chiquito, medio escondido por el brillo de otras tiendas.

–Aquí sirven masitas y tartas deliciosas, las más ricas que he probado en este país de dulzuras.

–¿Cierto? Mmmmmm, me encantan los pasteles y ahora ¡tengo un hambre...!

Era fácil relacionarse con la sencillez de Claudio. Por la avenida, me indicó el Mont Blanc y me contó que, cuando estaba nostálgico de la cordillera santiaguina, se instalaba allí “a matar el chuncho”.

Me dejó a la entrada del departamento, donde había una reunión en torno a una mujer joven: Gladys Marín comparecería esa tarde ante la Comisión para denunciar la detención de su esposo y de otros dirigentes del partido. Alguien preguntó:

–¿Le fue bien, compañera?

–Sí –respondí y no alcancé a agregar más, pues la otra ya le había vuelto la espalda.

Fui a instalarme a mi sitio, junto a la ventana.

Cerca del atardecer, Claudio pasó a recogerme para conducirme

al aeropuerto. En la penumbra, al paso del largo puente, vi un sorprendente chorro de agua que se lanzaba como una saeta hacia el cielo.

Ginebra: ¡adiós!

TRES

El departamento de Cowley Road nos procuró una libertad de movimientos a las que las vicisitudes de los últimos años nos habían desacostumbrado. Nos llenábamos de visitantes, tanto chilenos como británicos que íbamos encontrando en las actividades solidarias: Patricio y Violeta y las niñas, el Luis, el Dr. González con Susana y sus hijitas, la dulce Inés con su pequeño Cristian, Vanessa, Phil, Martin, Wilfred y Rita, Tina. Nada de esto, sin embargo, lograba sacudirme el sentimiento de honda soledad que me embargaba. Me faltaban mis alumnos, mis colegas, los compañeros del partido, mis amigas, las vecinas de la población. Me faltaban todos y cada uno, pero más aún, me faltaba la causa a la cual había entregado toda la energía, el entusiasmo y la creatividad de mis años jóvenes.

El golpe de estado me había dejado “sin piso”, en un momento; fueron las necesidades de mis alumnos las que me dieron las primeras luces y me enseñaron un camino a seguir. Me confiaron sus secretos, aflicciones y conflictos: padres desaparecidos, madres encarceladas, hermanos torturados, la familia completa despedida de sus fuentes laborales; hambre, frío, miedo. No evadí la responsabilidad a que esas confidencias apelaban y busqué ayuda para aliviar esos dolores. Cuando, a su vez, fui la víctima del despido ignominioso del Liceo, ellos estuvieron a mi lado, brindándome el apoyo y la compañía que me negaron cobardemente los colegas y muchos de los que habían dicho ser mis amigos. La

cesantía me permitió destinar todo el tiempo a la actividad solidaria con los pobladores arrinconados por la pobreza, así como a la tarea encubierta de la incipiente resistencia civil... hasta la aciaga madrugada de mi detención. Ahora no estaban aquellos que habían dado a mi existencia el sentido último de ser. Lo había expresado tantas veces: “Soy, en tanto lo sea con los demás”.

En el trabajo clandestino experimenté muchas veces la soledad objetiva de no contar más que conmigo misma y con mi buena intención, para salvar una vida, dar apoyo efectivo en el dolor. En el cautiverio, debí enfrentar sola la soledad insondable de la muerte acechando. La soledad del presente era diferente, estaba hecha de no estar, de no saber; era, también, la desconfianza inevitable en quienes me rodeaban –secuela inevitable de mi historia reciente– porque alguien debió delatarme, alguien tuvo que inculparme, alguien me había canjeado a cambio de un beneficio personal: protegerse, conseguir una prebenda, garantizar la seguridad de otro, detener la mano que torturaba. ¿Quién, cuándo, dónde? Nunca más podría confiar sin reservas en otro ser humano.

De ahí, la tremenda soledad, que cargaba como un lastre en los trajines por la ciudad, en los parques, en las aulas, en las reuniones, en la biblioteca, en sus incursiones por las tiendas, buscando evadir este lastre; o cuando reposaba la cabeza en el hombro de Antón, o acariciaba el cabello de mi niña; al escuchar música o al pintar; frente a una audiencia o mirando a las cámaras. Supe que estaba irreversiblemente marcada por la soledad.

Llegó septiembre, un mes pleno de significación para los chilenos.

El exilio chileno en Oxford recordó el aniversario del día en que Allende fue elegido presidente. Se condenó la toma del poder por los militares, el día 11. Hubo reuniones políticas y ceremonias litúrgicas para explicar estos acontecimientos y honrar a los caídos. Hortensia de Allende estuvo en el St. Catherine's College, invitada por el "Comité". Luego vino la celebración de las fiestas nacionales, con peñas folklóricas y actos culturales; en cada hogar se prepararon empanadas con sabor a lágrimas y se destaparon vinos chilenos, adquiridos a precios altísimos en las tiendas locales, aunque estaban castigados con boicot por los exiliados y los ayudistas británicos. Hubo mucha nostalgia. Pasó de largo "el 18", dejándonos a los desterrados la tristeza de las ilusiones tronchadas.

Sin embargo, casi de inmediato, nos sacudió una noticia demoleadora: Orlando Letelier, ex-ministro y embajador de Allende, había sido brutalmente asesinado en Washington. Hacía apenas unas semanas habíamos estado compartiendo juntos en una mesa redonda en el Centro Latinoamericano del St. Anthony's. No nos cupo duda sobre la autoría del crimen.

Nos reunimos en la oficina de Castle Street a proponer líneas de acción, en conjunto con el Comité Británico. Al día siguiente estábamos en vigilia, con pancartas y volantes, frente al Monumento de los Mártires, en el corazón de Oxford. Enviamos cables de protesta al gobierno militar y a su embajada en Londres, responsabilizándolo del crimen, y al Home Office, planteando la probada certeza del terrorismo a escala internacional que practicaba la Junta. El grupo quedó profundamente afectado.

Llegó el día de ingreso a la universidad. La inseguridad volvió a asediarme: ¡jamás! sería capaz de dominar lo suficiente ese endemoniado idioma, creía mis facultades intelectuales muy dañadas.

das por el estrés de la tortura y hacía años que no había hecho práctica académica. Definitivamente, otros podrían sacar mayor provecho de esta oportunidad... El día anterior no pude comer, ni dormir esa noche. Partí temprano en la mañana neblinosa de mediados de otoño. El Departamento de Educación funcionaba en varias residencias antiguas que bordeaban el University Park. La callejuela en herradura, con espesos antejardines y casonas cubiertas de hiedra, estaba siempre llena de trinos, aún en el oscuro invierno, cuando eran los cuervos los que venían a adueñarse del parque con sus graznidos e incursionaban confiados por el vecindario. Encontré el aula y me instalé a esperar al catedrático.

A los pocos días debí admitir que había errado en la elección de especialidad y solicité cambiarla. Lo que buscaba era llegar a entender el problema educacional más allá de las cuestiones circunstanciales de la contingencia política de los pueblos.

Me inscribí en el posgrado de Sociología de la Educación. Nuevamente sin éxito, procuré integrarme al grupo de alumnos de ultramar, que habían venido por este curso con el fin de capacitarse para funciones educacionales en las respectivas administraciones gubernamentales, y que representaban el establishment de sus respectivos países. En sus actitudes y atuendos se traducían la importancia que cada una de esas personas se asignaba a sí misma, contrastando con el trajinado chaquetón y mi apariencia retraída y modesta.

Era opositora empedernida de la práctica pedagógica del actual estado chileno y encarnaba la marginalidad de una voz disidente. Mi referente demostrativo se alternaba entre la alabanza de lo que el gobierno popular intentó realizar y lo que la educación fascista de los militares estaba imponiendo. Por una parte, pecaba de idealización, y por otro, de ciega hostilidad. Fue un período de “blanco o negro”, sin matices intermedios, de intransigencia, de juicios valóricos rotundos. Nada de lo dicho ayuda-

ba a romper mi aislamiento. En todo caso, mi presencia activa en las discusiones de taller y en los seminarios, introdujo una sana dosis de inquietud en la generalizada autocomplacencia del urbano ambiente académico. Por lo demás, no hay que olvidar que los alumnos del postgrado estaban representando a la flor y nata de la intelectualidad de los gobiernos instalados en el país de origen. Lo que menos campeaba por esas aulas era el espíritu crítico y de renovación.

Con el transcurso de los meses, la progresiva comprensión de las nuevas materias –gracias al generoso apoyo de mi tutor académico, Mr. George Perry– reafirmó mi confianza en sí, a medida que adquiría la capacidad de elaborar tesis novedosas. El estudio abrió la puerta a la cura de mi espíritu. Los mejores momentos los disfrutaba en el silencio de la abarrotada biblioteca del Departamento, así como en la paz del patio de la iglesia cercana, meditando mientras me servía el modesto refrigerio del mediodía, sentada sobre una tumba del medioevo, ajena a los colegas que almorzaban en la cantina universitaria.

El invierno se precipitó con cielos encapotados, frío trasminante y los primeros embelesos con las nevazones. La calefacción del departamento de Cowley Road solía no funcionar. Después de cenar, Selva y yo estudiábamos juntas, envueltas en frazadas, cada una sus asuntos; muchas veces, la pequeña me solucionaba problemas lingüísticos abrumadores ya que su inglés progresaba más rápido que el mío; en unos meses, lo había aprendido casi a la perfección.

Seguían llegando nuevos refugiados. Una tarde llegaron Inés y Cristian, acompañados de Héctor, un hombre de mediana edad, apuesto y retraído.

–Te presento a mi marido –dijo Inés–. El papá de Cristian.

Habían estado separados algunos años, pero, cuando Inés conoció de la persecución de que era objeto Héctor, pidió a las Naciones Unidas la reunión con su esposo, lo que permitió que él pudiera abandonar Chile. Les demandó tiempo y esfuerzo consolidar finalmente el matrimonio, pero lo lograron.

Entretanto, un sinnúmero de parejas se separaban y volvían a juntar, reiteradamente, hasta establecerse en nuevas relaciones que, las más de las veces, repitieron el mismo patrón. Era el desajuste inherente al desarraigo y al choque cultural, social, político y económico que conlleva la inserción en un hábitat extraño, lo que, de suyo, agregaba gran sobrecarga al constante proceso de ajuste entre dos personas. Otro tanto aportaron las situaciones dispares que a muchos les tocó vivir en Chile y que marcaron diferencias insalvables en lo que se refiere a escala de valores, prioridades y disposiciones. El exilio desequilibra y se agudizan los problemas de convivencia, poniéndolos en crisis.

Con Héctor e Inés, me sentía a gusto; no obstante, esa amistad era distante, aunque llena de respeto y consideraciones mutuas.

Apareció Diana, según acostumbraba, a pedir auxilio para atender un nuevo caso:

—Adriana, please, ¿Puedes acompañarme, mañana, a recibir a unos chicos que vendrán en bus desde Londres?

—Desde luego; tú sabes que siempre estoy dispuesta a recibir a los que vienen llegando.

—Éstos son chicos muy jóvenes, que arribaron la semana pasada, directo desde la cárcel de Osorno. Hay otro que queda hospitalizado en Londres; tiene tuberculosis... por eso la Junta le permitió la salida.

Del bus descendieron indecisos tres adolescentes flacos, pálidos, desmelenados, con profundas ojeras azulosas, con ropas que les colgaban del cuerpo como de un perchero. Su extrema juventud

y la facha esmirriada conmovían. ¡Eran sólo niños, perdidos lejos del calor de mamá, después de casi tres años en prisión, estos enemigos del gobierno militar de Chile!

Quedaron instalados en casa de Sylvia Baker, una ayudista inglesa. Gradualmente, fueron encontrando los aleros que más se avenían con sus respectivos caracteres para irse arrimando y armando un remedo de familia. A nuestra casa llegaban con frecuencia Pedro y Farit, cuando les venía la nostalgia del perfume del pan horneado, de sopaipillas o pancutras. Ellos también, como yo, venían de la zona sur de Chile. Asomaban, provistos de los ingredientes, a reiterar el rito de la preparación de esos alimentos que los llevaban un poco de vuelta al terruño. Pero, sobre todo, buscaban con afán, la imagen maternal de una mujer curtida, de experiencia paralela, a quien confidenciar sus penas de niños y sus dolores de hombres. Se hizo costumbre, en la casa, guardarles de la comida especial o un trozo de postre “por si los chiquillos aparecen”. A finales de año, se les unió Jaime, ya dado de alta en el hospital londinense.

La Navidad se vino encima, recién mudadas a un nuevo domicilio asignado por el municipio. Lo recordé de este modo en un escrito de años atrás:

“Una Pascua de tarjeta navideña: nieve por doquier, las noches largas y oscuras; las tiendas rebosantes de luces, los escaparates llenos de fantasías; anocheciendo, los coros callejeros cantando villancicos en las tardes previas al 24.

“Contagiadas por el ambiente, adquirimos un árbol grande con sus adornos; Selva tendría la bicicleta soñada y Lichi recibiría las chucherías que anhelaba. Se compró lo necesario para preparar la cena tradicional.

“Desde la mañana temprano comenzaron a tocar a la puerta los ingleses que habíamos ido encontrando a lo largo de los meses que llevábamos en exilio. Todos llegaban con su sonrisa, su tarjeta y su regalo. “Happy Christmas!” y partían. Venían otros y también se iban.

Los paquetes se fueron apilando alrededor del árbol junto a la chimenea. ¡Si hasta chimenea había, para completar el cuadro! Y afuera caía la nieve, como un milagro de algodón silencioso.

“A las siete, ya de noche cerrada, pasó el compañero cómplice a dejar la bicicleta que había ocultado en su casa para sorprender a Selva. A las 7.30 llegó el único invitado: un muchacho exiliado, tan solo como nosotras.

“La mesa estaba puesta, el pollo en el horno, las golosinas en las bandejas y nosotras vestidas con las mejores ropas. Pusimos el “White Christmas” cantado por Elvis y llamamos a Selva al living. Todavía veo su carita de asombro cuando entró y vio los paquetes y la bicicleta afirmada en un rincón. Se acercó lentamente, incrédula y tímida, preguntando: “¿Y todo esto... todo esto es para nosotras? ¿La bicicleta... es mía?”

“Esa noche lloré en el refugio de mi pieza. Esta Navidad había sido un cuerno de abundancia. Yo sabía que teníamos amigos aquí, que no nos dejaron olvidadas. Hubo pollo y serpentinas... pero no estuvieron otros niños correteando encantados, ni las compañeras riendo, ni viejos relatando aventuras, como en las fiestas de Pascua en la población. Hubo muchos regalos... pero, sobre todo, hubo demasiada ausencia”.

El mes de enero de 1977 cubrió todo de nieve. Lichi, con su frondosa barriguita, se vino unos días a Oxford, para cuidar de Selva mientras me hospitalizaban para una operación a las piernas. Diana había conseguido incluirme en un programa de casos urgentes, de modo que antes del año de residir en el Reino Unido, ya sería posible esperar un futuro mejor respecto a mis problemas de salud, libre de la mortificación constante de los dolores en las caderas y columna. Pasé el día de mi cumpleaños en la salita de estar de mi cuadra en el hospital, acompañada de Dorothy, las niñas y sus ingenuos regalos: un cerdito de vidrio relleno de bombones y una familia de ardillitas de losa, “para que no te sientas solita, cuando no podamos estar contigo, mamá”. Al día siguiente me pasaron al quirófano.

Desperté en medio de atroces dolores, acentuados por mi incapacidad de expresarlos en inglés —el que olvidé completamente en el trance—. El efecto de los calmantes fue dramático; no teniendo total control de mi mente, los fantasmas comenzaron a escapárseme del subconsciente, confundíendome entre el presente y el pasado. Los dolores de la intervención quirúrgica pasaron a ser los padecimientos de la tortura; las enfermeras y médicos que me rodeaban con diligencia se convirtieron en sombras amenazantes que en cualquier momento me volverían a conducir a “la parrilla” o al “pau de arara”; las voces en inglés se transformaron en el alemán de mis torturadores del pasado. Este martirio persistió hasta que un doctor experimentado en el trato con pacientes traumatizados por tortura supo dilucidar lo que me estaba sucediendo y supo ayudarme.

En esos días de semi-inconsciencia y desvaríos, creía sentir la presencia del compañero querido quedado en la patria lejana —de “él”— junto a mi lecho, y sus caricias reconfortantes, brotadas de la nostalgia, la soledad y sus anhelos. Soñaba estar recuperada, hermosa, caminando ligera al encuentro del amado, para perma-

necer siempre unidos en un mundo sin zozobras. Me negaba a regresar al entorno real; mi mente debilitada se resistía a retomar el sendero abrupto de mi existencia. Sin embargo, cada día que transcurría, advertía mejor las visitas de Lichi y Selva; me aferré a la vida y a la cordura por ellas y por la criatura por nacer. Despedí las fantasías sabiendo que no tenía derecho a evadirme del mundo concreto imaginando un futuro imposible.

Otro reclamo vino a imponerse en esos días: mis padres habían llegado a Londres. Una mañana, la enfermera me acercó el teléfono a la cama:

– Mistress Bórquez, a phone call from London, for you.

Con sorpresa escuché la voz de mi padre comunicándome que estaban allí, muy molestos por las incomodidades del hotel para asilados. Recordando la propia experiencia, lo urgí a trasladarse a Oxford, ya que la casa que nos habían asignado recientemente consideraba espacio para todos.

Había esperado que mi padre se interesara por mi estado, cuatro días apenas después de la cirugía soportada, pero, la verdad era que la relación con la familia se caracterizó, desde niña, por una seguidilla de desencuentros. Había dejado el hogar parental para casarme a pesar de la desaprobación de ellos. El matrimonio fracasó rotundamente y ellos manipularon de tal forma las circunstancias, que, con artimañas, hicieron lo posible para quedarse con mi hija menor, producto de esa unión, y nunca más pude recuperarla. Apelando al programa de reunificación familiar de la ONU, para traer a los viejos y a mi hija, ya adolescente, ahora intentaba recobrarla.

Al día siguiente al atardecer, cuando aguardaba la visita de mis niñas, apareció sólo Selva acompañada de los abuelos y la nueva hermana. Lichi había partido precipitadamente de regreso a Londres.

Lentamente fui recuperando la vitalidad y, a fuerza de ejercicios y terapias, comencé a caminar nuevamente. Parte de ese tiempo en el hospital lo ocupaba estudiando con el material escrito y grabado que Diana recogía en la universidad. Mi conocimiento del idioma avanzaba rápidamente, incorporando el lenguaje corriente cotidiano al académico y literario que había practicado hasta ahora.

No había día sin visitas, pero la estadía en el hospital se dilataba más allá de mi paciencia, de modo que la llegada, una tarde, de Selvita con ojos llorosos y la voz temblorosa no hizo sino precipitar mi determinación de regresar a casa. Logré convencer al médico de turno que la situación de mi hijita era insostenible y partí, ayudada por la pequeña y las muletas. Nuestra llegada intempestiva desconcertó a la familia reunida a nuestro alrededor en la entrada.

Todo estaba cambiado: los adornos, la disposición de los muebles. La pieza reservada para Lichi y su guagüita, cuando llegara el momento, había sido ocupada por Nana, quién se negaba a compartir dormitorio con Selva. La ropa blanca de cama estaba toda en el canasto de ropa sucia sin haber sido preparada para mi eventual llegada: no habían pensado sino en el propio bienestar. Ayudada por mi pequeña, estuve lavando a mano lo necesario, hasta la madrugada. Por otra parte, durante esas semanas de mi ausencia, los abuelos habían hostigado a la niña con críticas y sarcasmos cuya ironía hiriente ella ni siquiera alcanzaba a comprender, mortificándola en su inocencia. La emigración de mis padres había tenido que ver más con la oportunidad para recuperar a Nana, que con el deseo de acercármeles. A la vez, representaba un salvataje para la familia en Chile, ya que la dictadura había exonerado al viejo de su empleo por razones políticas y el resto de la parentela carecía de la voluntad de ayudarlos a subsis-

tir. En cambio, la malhadada suerte les había hecho dar conmigo, “la hija rebelde” y menospreciada.

Esa noche, alegando cansancio, me retiré a mi dormitorio con la pequeña. Nos dormimos abrazadas y hambrientas; Selvita sintiéndose protegida, yo, lastimada por el abuso despiadado y la desconsideración e imaginando bien la causa de la partida de Lichi. Esa noche, volví a cantarle y a arrullar a mi hija menor.

Pleno invierno. Se cumplió el primer aniversario del aterrizaje en tierras extrañas. Muchas cosas habíamos aprendido ya para la convivencia fluida con el medio, aunque muchas otras continuaban incomprendidas. A pesar de la añoranza lacerante que me tocaba a ramalazos con un aroma, un color, un sonido o un rostro al pasar, como los otros refugiados, iba encontrando mi nicho en la nueva sociedad.

Las actividades orientadas a la solidaridad con “los chilenos en Chile” cohesionaban al grupo y brindaban el sentimiento de ser parte de la lucha para derrotar a la dictadura. Llegaban nuevos asilados que prontamente eran incorporados al quehacer político, social y cultural. Se entendía que el exilio era trinchera de una misma lucha y que no podían, ni debían sustraerse a las tareas de denuncia, por una parte, y a la ayuda material que fuera posible enviar al país (al “interior”), por otra. La solidaridad con Chile fluía de fuentes variadas y todo era enviado a receptores responsables en la patria —o, por lo menos, eso era lo que se suponía—; el tiempo reveló que parte de ese esfuerzo quedó enredada en los bolsillos de más de un “vivo”. Con todo, sin la actividad de los exiliados, el mundo no habría sabido repudiar tan firmemente los crímenes de la dictadura militar.

Los chilenos que se mantuvieron fiel a su vocación libertaria, fueron respetados doquiera que fueran: en la fábrica y en la academia, en la iglesia y en los partidos políticos. Los refugiados que se hicieron de la calidad de tales gracias al oportunismo y a la desvergüenza, fueron claramente señalados según ameritaran. La cárcel de Reading –famosa por haber albergado a Oscar Wilde– fue lugar conocido por los chilenos delincuentes que se valieron de la ocasión para usufructuar de la calidad de refugiados políticos para ejercer el oficio de ladronzuelos, estafadores, traficantes de drogas y tratantes de blancas. Ellos no lograron macular el grueso del exilio político.

En esta realidad se hallaba incorporada nuestra existencia: rearmando una difícil convivencia familiar, estudiando, reponiéndose de secuelas, físicas y psíquicas, de la represión sufrida en Chile, buscando la reunión filial de las tres hijas que compartían mi destino. Por otro lado, estaba mi participación plena en las campañas de denuncia, en el trabajo de investigación social y científica de la represión, emprendido por entidades británicas, y la reanudación de la militancia partidaria. Mi recuperación, ardua de suyo, era más dificultosa aún en el ambiente tenso del hogar compartido con mis padres. Sin embargo, hubo alegrías, como el nacimiento del bebé de Lichi, que resultó ser una hermosa niña de enormes ojos de mirada profunda, piel de leche y cabello oscuro: Silvia Salema Adriana –traducida en la poesía del alma como Bosque de Paz de la Mujer del Mar–. Unas semanas después, Lichi y Silvia llegaron a Oxford, ante el inminente arribo de la familia de Alfredo.

Hasta donde podía, trataba de recuperar el tiempo académico perdido durante mi estadía en el hospital. La inclusión de Lichi y de Silva en el grupo familiar empeoró la situación en casa, por

lo que el Departamento de Educación se convirtió en un nuevo refugio para mí. Regresaba a casa a tiempo para recibir a Selva de vuelta de la escuela y a Lichi con Silvita, que también regresaban a esa hora de los cursos de inglés en el C.F.E. A pesar de la oposición del abuelo, Nana también asistía a cursos de inglés, aunque muy prevenida de no intimar con otros chilenos, ya que todos eran “carne de prisión”, según los calificaba el viejo. Las relaciones entre mi madre y yo eran superficiales, como siempre lo habían sido, pues había tal abismo cultural y social entre ambas, que nuestras conversaciones eran verdaderos diálogos de sordos. Los abuelos por su parte, impedían mañosamente cualquier acercamiento, cocinando aparte, comiendo en el dormitorio, o, si Nana acudía a compartir un rato conmigo y sus hermanas, en las noches, era conminada rápidamente a recogerse a dormir. Empero, Lichi, y Selva y yo procurábamos mantener un ritmo de vida normal, haciendo caso omiso a las ofensas e incomodidades que nos provocaban los abuelos.

Así las cosas, fui llamada desde Alemania para activar la denuncia y la solidaridad con el pueblo chileno, además de concurrir a una invitación del Parlamento Alemán, para ser escuchada antes de ser trazada la línea política en las relaciones con la dictadura. Era una oportunidad importante porque, además, se estudiaba la posibilidad de responder a una querrela interpuesta por Colonia Dignidad a la Sección Alemana de Amnesty International, por supuesta difamación –Amnesty había establecido y denunciado la evidencia de un centro de detención de la DINA en el predio de la Colonia, al interior de Parral–. Yo tenía la certeza de haber estado detenida allí y de haber sufrido allí las horribles torturas de que fuera objeto. ¡En consecuencia, no iba a dejar pasar esta ocasión!

En el aeropuerto de Bonn fui retenida minutos eternos por las autoridades en una revisión minuciosa de mi pasaporte chileno. Ciertamente, había sido una imprudencia estar viajando con ese documento, que fue acondicionado sólo para salir de Chile. La intervención de Wendy y de Helmut Frenz, que me aguardaban, solucionó el inconveniente, pero, el susto de esos minutos de espera no fue para ser repetido. Imaginé mil motivos para esa retención; en todos y cada uno, naturalmente, estaba la DINA. El espectro de la policía secreta de Pinochet seguía acosando mi sobresaltada existencia. Cualquier episodio de ese tipo me dejaba extenuada y sólo con gran esfuerzo lograba remontar la pendiente del terror. Tan paralizante era este miedo que, para el regreso, Helmut decidió volar conmigo a Londres. De inmediato, se solicitó un documento de viaje de las Naciones Unidas.

Cumplí con el programa trazado de antemano. Alojada en el departamento de Wendy, todo llamaba mi atención: el equipamiento doméstico, el confort. Bonn con sus limpiísimas avenidas y plazas, el indisimulado interés de los alemanes por el “caso chileno”, el Rin con sus lanchones, Köln y su catedral, la casa de Beethoven, la Universidad, me procuraron delicia estética y agrado espiritual. Conocí a muchas personas y en el esfuerzo de comunicarme directamente con ellas, fui recordando el idioma de mi infancia; al cabo de una semana, ya conseguía mantener pausadas conversaciones en alemán.

La visita al Parlamento Alemán estuvo impregnada de emociones, a las que no me permití ceder, al igual que en mi viaje anterior, al Palacio de las Naciones. Respaldada por la presencia de Wendy, Helmut y otros amigos y la ayuda de un intérprete entré al salón a dónde se hallaban los parlamentarios de la Comisión de Derechos Humanos, alrededor de una de esas mesas grandes donde se definen los destinos del mundo. Con la reconfortante impresión de encontrarme en un ambiente favorablemente dis-

puesto, mi cortedad y mis recelos se esfumaron pronto y pude relatar y responder a todo lo que mis interlocutores quisieron pormenorizar. A la salida de la sesión, me esperaba la sonrisa aprobadora de mis anfitriones: había orientado correctamente mi discurso, mis palabras habían sido convincentes; había cumplido bien mi misión.

En el amplio comedor donde los funcionarios tomaban el refrigerio del mediodía, los periodistas se allegaron a la mesa donde compartía con los amigos. En diferentes idiomas me pedían precisar detalles o confirmar datos. Me sentía confundida, acosada, como a punto de caer en una trampa; con la mirada pedía ayuda; mis amigos comprendieron y rápidamente, nos retiramos del lugar. La inesperada conferencia de prensa me dejó incómoda y preocupada, pues carecía de experiencia para ello y porque parte importante del bombardeo de preguntas había escapado de mi exacta comprensión.

Ya no quedaba más por hacer en Bonn. El compromiso para comparecer como testigo de descargo por Amnistía Internacional en el proceso que se iniciaría en la Corte, se había decidido. La sesión en el Parlamento me había servido para familiarizarme con el entorno que debería enfrentar más adelante. Se afinaron pormenores de procedimiento y al día siguiente partí de regreso a Inglaterra acompañada de Helmut.

Algo me decía que debía llegar pronto a casa. Alcancé a abordar el último bus nocturno a Oxford. Cerca de la una de la madrugada introducía la llave en la cerradura de la puerta de mi hogar. Se abrió desde el interior y me encontré frente a Nana, que tomaba mi bolso y me guiaba a la salita, haciendo un gesto

de silencio con el índice sobre los labios. Extrañada, vi en la semipenumbra de las luces de la calle y del fuego de la chimenea a mis hijas llorosas, agazapadas cerca de la lumbre. Silvita dormía plácidamente en los brazos de su madre.

—¿Qué pasa, niñas? ¿Me esperaban? ¿Cómo supieron que llegaría ahora?

Por un instante, no hubo respuesta, hasta que Selva musitó:

—No sabíamos que llegarías, mamita, ¡pero teníamos tanto susto, mamá! No nos atrevimos a separarnos, ni ir a dormir arriba.

—¿Qué sucede, niñitas?

Mi alarma ya había tomado cuerpo.

—El abuelo...

—¿Qué le pasó al abuelo? ¿Le pasó algo malo?

—No, mamá; a él no le pasó nada —explicó Nana—. Es que estuvo en Londres y volvió como loco de allá, vociferando e insultando a Lichi. Le quiso pegar... Fue terrible, mamá... ¡Por fin llegaste!

Así fueron desgranándose los detalles, como cascada de aguas turbias. El viejo, efectivamente, había estado en Londres por unos trámites en el consulado —nunca entendió que su referente lógico, siendo refugiado, debían ser las organizaciones de derechos humanos, y no los representantes oficiales de la dictadura militar—. Se había encontrado con un chileno con quien había hecho buenas migas en su paso por el hotel. El hombre era intrigante y le encantaba la maledicencia; se encargó de informarle de la “conducta inmoral” de su nieta Lichi, mientras vivió allí con Alfredo y su grupo. El viejo se enfureció sobremanera; regresó descontrolado a Oxford a officiar de juez ante la niña, tan vulnerable a sus recién cumplidos dieciocho años, desprotegida en ausencia de la madre, y a denigrar groseramente en su ofuscamiento a la hija que lo había salvado de la difícil situación de cesantía en que se encontraba, para recogerlo en su hogar de exiliada, a pesar del despojo artero de una hijita, años atrás. Había intentado golpear a la nieta “pecadora”, pero las hermanas

se interpusieron para evitarlo, mientras la bebita lloraba alterada por el escándalo. Finalmente, la abuela consiguió llevarlo al dormitorio en el segundo piso, mientras las niñas se refugiaban en la sala del primero.

No pude soportar más atropellos. Entré abruptamente al aposento de mis padres y les notifiqué que, apenas aclarara, los pondría en la calle. Nana decidiría si los seguía o se quedaba conmigo y sus hermanas. Temprano llamé a Diana para pedirle ayuda. Afortunadamente, el Servicio Social contaba, en ese preciso momento, con un departamento disponible. A media mañana, los viejos partían, llevando los muebles y ropas de casa que puse a su disposición, con tal de no tener que soportar ni un minuto más que la actitud beligerante del viejo siguiera socavando la estabilidad del hogar que tanto me costaba rearmar. Nana partió con ellos, para no dejar a la abuela abandonada a la tiranía y abuso de su esposo.

Mientras miraba desde la ventana de la sala alejarse el vehículo con mis padres y Diana —que se había hecho cargo de la situación—, la puerta de acceso al hall se abrió para dar paso a Dorothy. Las palabras sobran para que nos entendiéramos: sólo una semana atrás, Lichi había ido a dar con la guagua a su casa, en una de las embestidas de agravio del abuelo. Había estado allí hasta que el viejo prometiera que dejaría vivir tranquila a la familia. ¡No había durado mucho la promesa!

Alertada por Diana, Dorothy estuvo en la casa, atenta a cualquier eventualidad, desde muy temprano, sin que yo reparara en su presencia. El estado de ansiedad, después de ese nuevo traspie, era insostenible. Mi amiga me tendió el abrigo y me invitó: "Let's go, dear", conduciéndome gentilmente a un automóvil detenido a la puerta. Pronto me encontré en la consulta de mi médico

de familia, quién ya había sido advertido de los sucesos. En mi estado de postración, dejé hacer a los que me rodeaban, incapaz de decidir u oponerme a nada. De vuelta a casa, obedientemente ingerí las tabletas que me ofrecían, me metí a la cama y dormí, dormí y dormí, durante varios días, interrumpiendo el descanso sólo para alimentarme e ir al baño. Otro facultativo se hizo cargo de ir retirando gradualmente los fármacos. Emergí de esta cura de sueño con la mente clara, aliviada y con renovada energía para continuar adelante. No obstante, una honda tristeza empañaba nuevamente mi vida por el fracaso desastroso de mi ingenuo intento de socorrer a mis padres. Parecía que nunca lograría remontar completamente mi pesadumbre.

CUATRO

A esas alturas del año lectivo –promediaba el último período de clases– era ilusorio pensar que podría completar con éxito el curso de postgrado en el plazo establecido. Retomaría el curso en la temporada venidera. Todo sería más fácil más adelante, debido al progreso de mi manejo del idioma y el entrenamiento académico ya experimentado.

Por ahora disponía de más tiempo para dedicar a mi joven familia. Sabía que mi congoja por la ausencia de Isolda y Fidel, mis hijos quedados en Chile al cuidado de los abuelos paternos, sería vana, puesto que nada podía hacer para cambiar ese estado de cosas, y que en nada ayudaba a la existencia en el destierro. Sin embargo, extrañaba no conocer su cotidianidad, su crecer y madurar la adolescencia. Muy de tarde en tarde, recibía noticias de ellos, indirectamente, o una que otra carta. Evitaba escribirles a menudo por temor a comprometer su seguridad, conociendo por propia experiencia que la correspondencia era revisada por los censores de la dictadura.

En casa se celebraban reuniones, tanto del partido, como del Comité de Chilenos. También la frecuentaban los nuevos amigos británicos. Allí éstos aprendieron que los cambios en Chile no se gestaron de un día para otro, sino que la lucha por la conquista del poder había sido larga y dramática para el pueblo. De igual forma, descubrieron que la música del país era más

que las canciones revolucionarias y que la pintura chilena no estaba reducida a los murales combativos. El exilio chileno, por largo tiempo, mostró una cultura jibarizada, panfletaria, por lo que era buen ejercicio rescatarla en la totalidad de su riqueza. Mientras los otros refugiados de nivel académico se encerraron en sus círculos, esta casa era centro de irradiación de los rasgos distintivos de su nación, de su ethos.

A pesar de todo ello, no dejaba de sentirme sola.

Otro verano fue transcurriendo entre esperanzas y desilusiones. Las familias de Chile compartían con la comunidad de refugiados sus casorios, separaciones, nacimientos, peleas y reconciliaciones. Las cartas, portadoras de penas y alegrías, hablaban siempre de lejanía.

Lichi había retomado contacto con un chico algo mayor, Raúl, con el que soñaba desde la época de colegiala. Ayudó a gestionar su asilo en Inglaterra, luego que fuera expulsado de la universidad por sus ideas izquierdistas y amenazado por los servicios secretos, acusado de actividades subversivas. Cuando arribó a Inglaterra, naturalmente, lo invitamos a compartir la casa que, desde la salida de los abuelos y Nana, estaba medio vacía. Lichi, después de tantas vicisitudes, volvió a estar contenta.

En octubre, me reintegré a la universidad. Mr. Perry seguía siendo mi tutor académico. Aconsejada por él, desistí del tema que había escogido —sobre el proceso de cambios y castraciones del sistema educacional en Chile, desde que se impusiera el régimen dictatorial—, eligiendo otro que me permitiera, en cambio, mayor objetividad en el análisis. Emprendí uno acerca de las características de la educación en la Alemania nazi, y una exposición del proceso socio-cultural y educacional de inspiración cristiana-socialista de Tanzania, desde su independencia en 1961.

Entretanto, había desafiado los improprios y extravagancias de mi padre, hasta conseguir que Nana aprovechara la oportunidad que le ofrecía mi status de refugiada política, para acceder a una beca en una academia de enseñanza secundaria privada de alto nivel.

En cuanto a Lichi, Raúl y Selva, estaban dedicados a sus respectivos estudios: de idioma para los jóvenes; la escuela, para la pequeña, y Silvita pasaba la jornada con una cuidadora del Servicio Social.

Al atardecer, íbamos retornando al hogar, para iluminar la casa entera, encender la chimenea y preparar la cena entre todos. Si hubiera sido posible la felicidad para nosotros, las condiciones materiales y sociales para ello estaban dadas, pero —con la excepción de Selva y la guagua— la historia de desgarramientos y ausencias que nos acompañaban nos impedía la alegría plena.

1978. Se rumoreaba que la Junta estaba a punto de desplomarse: “Éste es el año decisivo”, decían (¡Hubo tantos “años decisivos”!). Los chilenos vivían, literalmente, “sentados sobre las malletas hechas”, siempre prestos a partir, en cuanto el tirano cayera. ¿De dónde y por qué se originaban estos rumores? Radio Moscú —que era audición obligada para todos a lo largo y ancho del exilio en el mundo— y otras emisoras, los alentaban; los partidos atribuían dimensiones desproporcionadas a cualquier episodio insurreccional. El análisis que se retenía era aquel que respondía mejor a los íntimos deseos de cada cual; eran análisis emocionales, nada seriamente documentado en la realidad objetiva y global. Se caracterizaba el exilio por una gran inestabilidad, en todo sentido: emocional, social, etc.; se vivía en emergencia, en situación pasajera; se creía firmemente que “mañana” podría es-

tar llegando a su fin el destierro. Esta sensación se reafirmaba con los reiterados fichajes y encuestas que los partidos –considerados los únicos referentes válidos– hacían a sus militantes en las repetidas “campañas de retorno”.

Necesitaba estabilizar mi existencia, por un tiempo, al menos, y cesar de vivir en la incertidumbre y que fueran otros quienes instigaran mis decisiones. La familia había ido adaptando al nuevo entorno: Selva crecía contenta en el ambiente de la escuela; cada cual, en la casa, realizaba su propia actividad; nada nos hacía falta para satisfacer los requerimientos esenciales en un país desarrollado. No era cuestión de que alguien desde algún punto ignoto del planeta chasqueara los dedos para que yo obedeciera ciegamente partir a una existencia clandestina y nuevamente arriesgara la vida de los míos. Mientras mis hijas me precisaran, no consideraría esa opción. Por ahora, había que obtener ese título de postgrado... ¡aunque hubiera de ser “sentada arriba de la maleta”! Fue don Edgardo quien me ayudó a hacerme claridad al respecto.

Entre los refugiados de Oxford, destacó la presencia del ex Ministro de Educación y ex rector de la Universidad de Concepción y médico, Edgardo Enríquez Fröden. Su alta y delgada figura, sobria y serena, daba cuenta del temple de ese hombre extraordinario.

Su familia de nietos fue creciendo a su alrededor en la misma medida que sus hijos iban cayendo bajo la represión de la tiranía en Chile. Fue apoyo sólido para su hija y para las nueras enviudadas prematuramente, para su esposa traspasada por el dolor de la muerte de dos hijos y un yerno. Se imponía su fuerza interior, emanada de la dignidad del sabio. Ocupó los más altos foros de Gran Bretaña, Europa y las Américas, denunciando los crímenes de la Junta y clamando justicia, siempre con decoro,

con el vigor de la sinceridad; fue acogido por la Universidad para que escribiera su nuevo tratado de anatomía. No obstante, se le podía ver, al inicio de la jornada, cumpliendo tareas domésticas y conduciendo a sus nietos a la escuela pública. Respetado por todos, cada golpe que le asestaba la Junta era dolor compartido por cada chileno y británico que lo conociera. Don Edgardo y doña Raquel representaban los valores y las emociones más profundas de la sociedad que el pueblo chileno tuvo la osadía de soñar para sí; él, un patriarca aunque no lo deseara; ella, la noble compañera a su medida.

Como todos, como cualquiera en la pequeña comunidad, estuve muchas veces sentada en el rincón del living que Don Edgardo llamaba “el escritorio”, donde, en la incertidumbre del acontecer político, buscaba escuchar sus opiniones. La objetividad de su análisis y la mesura de sus juicios eran un bálsamo en medio de la caótica obcecación de ese período, en que las pasiones chocaban entre sí a porfía y el desconcierto enfervorizaba el discurso, en busca de certezas. Don Edgardo nunca indicaba, nunca recomendaba; él sólo reflexionaba en voz alta. Era a cada cual sacar sus propias conclusiones y resolver el camino hacia adelante. Fue así que tomé la decisión de no dejarme arrastrar por las presiones de las “campañas por el retorno”, y supe que era la determinación correcta en ese momento.

Corría mayo. La prensa internacional informaba de la escalada de protestas destinada a impedir la tramitación de una Ley de Amnistía en Chile que, aparentemente, liberaría a una centena de presos políticos, con lo cual, según voceros del gobierno militar, se acabaría con la totalidad de estos detenidos, en Chile. La verdad detrás de este telón desplegado para calmar la presión mundial de condenación a la política represiva de la Junta Mi-

litar era que el beneficio de libertad era una cruel permuta de la pena de cárcel por el extrañamiento definitivo, y que la Ley beneficiaría con creces a los agentes de Estado que hubieran cometido actos criminales ordenados por el gobierno.

Por el 24 de mayo se supo de la huelga de hambre mantenida por familiares y amigos de los detenidos desaparecidos (DD.DD.), en Santiago de Chile. Se organizó una vigilia frente a la Embajada en Londres, en señal de protesta por la represión y en apoyo a los huelguistas de Santiago y Concepción. Los lienzos y carteles de los manifestantes decían: “Where are They? We want to know the Truth”. ¿Dónde están? Queremos saber la verdad.

El 25 de mayo, los diarios anuncian las cinco primeras ciudades en el Reino Unido, donde se habían iniciado sendas huelgas de chilenos refugiados y sus colaboradores nacionales: Londres, Oxford, Bristol, Cambridge y Newcastle-upon-Tyne, a la par con las huelgas en otras ciudades del mundo: Roma, París, Nueva York, Washington, Ciudad de México, Winnipeg, Frankfurt; en Suecia y en Suiza.

El 30 de mayo, se daba cuenta del apoyo de la Iglesia Católica de Gran Bretaña, con las declaraciones del cardenal Hume y gestos tales como abrir los recintos de catedrales, parroquias y monasterios para albergar a los manifestantes, al igual que lo hicieron los Cuáqueros –Society of Friends– y otras denominaciones, junto con gremios de trabajadores, las universidades, a medida que, en el transcurso de los días, más y más grupos iban adhiriendo a la protesta en otras ciudades: Sheffield, Norwich, Swansea, Bradford, Newcastle, Northampton, Liverpool. Ese 30, las personas ayunantes en apoyo a la acción de los familiares, habitaban en dieciocho países diversos. Escocia, con Glasgow, Stirling, Dundee y Edimburgo, alcanzó a plegarse en los últimos días.

La tremenda presión mundial de todos los sectores sociales, la-

borales, políticos y eclesiales, se hizo insostenible para la Junta. El 8 y 9 de junio, se conoce de la promesa con que el gobierno se comprometía ante el Cardenal Raúl Silva Henríquez, de investigar 500 casos de desaparecimientos y de admitir la visita de un grupo de investigadores de violaciones de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, a cambio de la cesación de la huelga. Se le concedió un plazo de 30 días para evacuar su informe y dar cumplimiento a los puntos en cuestión. La Junta jamás cumplió. Hasta hoy, esporádicamente, se continúan descubriendo entierros clandestinos de osamentas humanas con data correspondiente a los años de la dictadura, para los cuales las fuerzas armadas chilenas no ofrecen explicación alguna.

Era fines del año lectivo. Se estaba en la etapa de entrega de trabajos académicos: ensayos, pruebas, desarrollo de proyectos prácticos, informes.

Sabía muy bien que no podía permitirme postergar nuevamente el año académico, o renunciar, después de tanto esfuerzo y sacrificio, estando tan cerca de la meta. Necesitaba la prueba material de mi victoria: la cartulina con grandes letras impresas, con mi nombre caligrafiado en oscura tinta azul y los sellos de la Universidad de Oxford rodeando la rúbrica de la autoridad académica. Lo necesitaba para tener a dónde dirigir la mirada cuando estuviera por darme por vencida en la lucha que me esperaba para volver a ser plenamente persona, a pesar de mis miedos, a pesar de mi tristeza, a pesar del dolor solitario que cargaba. El diploma me diría que, si había sido capaz de salir adelante una vez, lo sería en todas las ocasiones que me lo propusiera, porque ahí estaba la muestra de que no habían logrado destruirme. Pero, también sentía el deber moral de participar en la huelga que se iniciaría al día siguiente.

De Castle Street, donde estaban reunidos los chilenos, me dirigí al departamento de Educación, a los aposentos de Mr. Perry. Golpeé la puerta deseando que no se hubiera retirado aún, para tener la oportunidad de comentar juntos dicha encrucijada y buscar alguna solución. Confiaba en mi “maestro”.

–Come in, please! The door is open.

–Good evening, Mr. Perry. Is it convenient...?

–Oh, yes, my dear! Absolutely!

Los ojos azules afectuosos me sonreían debajo de las espesas cejas blancas. Me sentí acogida y reconfortada. Ese constante temor a no ser bien recibida parecía ser una rémora de los días de cautiverio, cuando nunca podía prever la actitud de mis vigilantes y estaba, además, el menosprecio que me manifestaba mi padre, desde que me rebelara ante su despotismo patriarcal. Tomé asiento en unos de los viejos y sobados sillones de cuero de la estancia, paseé la vista con placer por las estanterías de libros y las ya familiares rumas de archivos, carpetas, revistas y papeles sueltos distribuidos por la alfombra entre los muebles. Pensé para sí con picardía: “El saber, definitivamente, ocupa espacio”. Mr. Perry me invitó a hablar con un amable:

–Yes, my dear?

Explicué en detalle la situación, mis inquietudes, mi dilema: la necesidad de tomar parte en la huelga de hambre en Oxford y así estar en comunión con mis hermanos en la lucha y, al mismo tiempo, la importancia que revestía para mí obtener el título.

Él preguntaba de tanto en tanto, para aclarar conceptos, detalles y datos. La pieza iba quedando en penumbras y los mirlos que revoloteaban por los añosos árboles del barrio se iban silenciando. Mr. Perry callaba, con la vista perdida en los techos que asomaban por la ventana del ático. Yo esperaba. Finalmente, el generoso profesor comenzó con su habitual:

–It Strikes me... Se me ocurre que...

Tres días serían suficientes para terminar de entregar el material pendiente, incluyendo los últimos comentarios sobre la bibliografía recibida a principios de mes.

—¿Le sería posible?

En cuanto al proyecto de investigación, era posible desarrollarlo a partir de la observación de conductas de los mismos huelguistas con quienes compartiría más adelante. ¡Sería muy interesante y novedoso! ¿No le parecía? Dejaríamos, entre ambos, lista la tramitación previa a la rendición del “vivere” (vaiver), es decir, el examen oral en que debía defender mi tesis en público. Con eso, estaría en condiciones de unirme a la huelga sin arriesgar el postgrado. En cuanto al ayuno, ese era un gesto personal y privado. Era factible no ingerir alimento a partir del momento en que oficialmente se iniciara el movimiento. Ciertamente, todo eso era posible, con la ayuda de mi tutor académico: él me devolvía la confianza en mí misma.

A las ocho de la mañana, el grupo se había reunido en los Blackfriars, el monasterio de los dominicos de la calle St. Giles. Después de la liturgia en la capilla de imponente nave y hermoso Vía Crucis, los huelguistas y sus amigos se instalaron en el amplio recibidor-biblioteca. Por ratos, aparecían algunos monjes que hablaban castellano y otros que sólo sabían comunicarse con el lenguaje de los gestos solidarios.

Había seis chilenos y tres británicos comprometidos en la huelga permanente. Otros, con obligaciones laborales o estudiantiles, se asomaban al lugar para acompañarlos unas horas. Los médicos refugiados se hicieron cargo del control de la salud de los ayunantes, con la supervisión de facultativos británicos, pues los primeros aún no obtenían la validación del título para ejercer

en Gran Bretaña. Los participantes asumieron el compromiso con seriedad y profunda convicción, como si estuviesen en Chile mismo; no era juego, ni mero gesto, era la vida por la justicia y la verdad.

Los primeros días pasaron volando, acompañados por visitantes y manifestaciones solidarias de diversas organizaciones inglesas. En la tranquilidad de la noche, todos debían reconocer que el vacío del estómago los había urgido con reclamos apremiantes. A partir del tercer día comenzaron a exhalar el olor característico de los ayunantes. El aseo personal se iba transformando en verdadero rito de purificación, para la mayoría.

Me afanaba entre mis varios “papers” inconclusos, los libros por informar, la secretaría de la universidad, entrevistas pendientes con diversos profesores. Por otra parte, había que dejar planificada la continuidad de la rutina del hogar: Lichi y Raúl se habían casado, por lo que compartirían la responsabilidad de cuidar de Silvia y Selva, cuando yo me instalara definitivamente con los huelguistas.

Al cuarto día, luego de despedirme de Selva en la puerta de la escuela y darle las últimas recomendaciones, pedaleé en mi triciclo a recluirme con los demás. No había ingerido alimento en esos tres días en que aún circulaba por las calles; en casa debí vencer la tentación de paliar los retortijones de los intestinos, argumentándome que no podía brindarles a mis hijas ese ejemplo de hipocresía.

Ese día mis amigas Dorothy y Tina hacían su turno de ayuno con los refugiados. Varios académicos de la Universidad y del Politécnico, donde estudiaban algunos chilenos, venían a saludar a sus discípulos y a comentar las noticias que traía la prensa acerca de esta movilización mundial de repudio a la sangrienta

dictadura de Pinochet. Los gremios representados en la TUC (Trade Unions Congress) local también adherían con declaraciones públicas. Jim, Rob, Diana, Delly, Mike, Joan, Sue, eran los rostros de los trabajadores que un refugiado bien nacido, de esa época, no podrá olvidar, aunque los nombres se confundan.

El ayuno cumplía su primera semana. Los Blackfriars sólo podían facilitar el local por ese plazo. Había que mudarse a otro sitio. La casa de los Cuákeros, situada a unos pasos del monasterio, nos fue facilitada, por intervención de Dorothy y Wilfred. La prolongación del movimiento estaba acarreado consigo diversos efectos: ostensible desmejoramiento físico y psicológico de los ayunantes permanentes, por una parte, y por otra, la merma de la atención pública en torno al hecho, con el consecuente aislamiento político. Ante la disyuntiva de desistir de la huelga o de reactivar su presencia en el acontecer urbano, se optó por lo último, para lo cual se programó una salida por las calles del centro de Oxford.

Por diferentes razones, no se logró obtener vehículo para transportar los carteles y a los compañeros más debilitados. Hasta último momento se esperó que apareciera algún chileno con su “cacharro” para socorrerlos; Héctor y Antón servían sus respectivos turnos en la Leyland y los demás que poseían auto, desaparecieron. ¡Por tan poco no se iban a amilanar! El grupo se organizó alrededor de mi triciclo con el material de propaganda y los compañeros más endebles apoyados en su estructura. ¡Un cuadro! Sin embargo, el fervor y el convencimiento de estar en lo correcto, mitigó cualquier sentido del ridículo, o la conciencia de nuestra fragilidad física o el sentimiento de sentirnos abandonados por nuestros pares, que nos dominara poco antes de iniciar la marcha hasta el atrio de la iglesia St. Mary, en High Street, a través del barrio universitario y las arterias centrales de comercio.

Cuando los peatones comenzaron a detenerse al paso de la estrafalaria caravana y a aplaudirnos calurosamente al identificarnos, la emoción nos empañó la vista. Llegó la prensa, llegó la radio. Temblorosos en el pórtico de St. Mary hicimos que la Huelga de Hambre de los Familiares de Detenidos Desaparecidos en Chile, volviera a ser noticia en Oxford. El regreso lo hicimos en vehículos puestos a nuestra disposición por desconocidos voluntarios, espectadores de la calle. Por la tarde, ya se había corrido la voz de la aventura: locura, para unos; proeza, para otros; imprudencia, para los demás.

Como consecuencia de este lance, otros chilenos se sumaron a reforzar el ayuno, entre ellos, Antón, quien había acumulado varios días libres, cumpliendo turnos adelantados en la fábrica, al igual que Héctor. La actitud de mi amigo me hacía sentir su respaldo y la comunión en el compromiso político. No era sólo el compañero entretenido que me había ayudado a remontar los traumas que las vejaciones sufridas habían dejado en mi cuerpo y en mi alma, sino que alguien con quien compartía la lucha.

El jueves 8 por la noche, ya se rumoreaba el fin de la huelga en Santiago. La gente en Londres esperaba el comunicado definitivo para avisar a los grupos en las diversas ciudades de Gran Bretaña. La sensación de hambre, ante la inminencia de un sabroso caldo o un vaso de leche tibia, volvió a arrebatar el sueño a los “oxfordianos”: Hasta tarde conversamos en susurros desde nuestros respectivos lugares en los sacos de dormir extendidos en el salón de los Cuákeros, lucubrando sobre los probables efectos de la huelga en las políticas represivas reales de la Junta, y en los resultados respecto a la clarificación del destino final de los desaparecidos. Lejos de la escena misma de los hechos, volvíamos a sentirnos separados del tronco, solos y a la deriva, ahora que

se desdibujaba el factor común que nos unía a “los de allá-los del interior”. Así nos encontró el siguiente amanecer primaveral: macilentos, agotados y tristes.

Aunque extenuados por los catorce días de abstinencia, como siempre atendíamos nuestras mutuas necesidades: como siempre alguien cantó, otro leyó un poema, el de más allá hojeó los diarios para informar a los demás; como siempre llegaron visitantes. Bajo los actos rutinarios, sin embargo, estaba la impaciencia, la angustia de la espera.

—¿No habrán llamado de Londres?

—No, compañero; Diana ya nos habría venido a avisar.

Pasó el mediodía, comenzó la siesta, cuando, por fin, apareció Diana junto a otros chilenos y británicos, con muestras de júbilo y alivio en el rostro. Londres acababa de telefonar: la huelga de hambre había sido suspendida por treinta días, para dar plazo al gobierno militar a que cumpliera sus promesas. Los ayunantes nos miramos entre sí, como buscando apoyarnos mutuamente unos en otros, inciertos aún. Y nos abrazamos, con la emoción de haber llegado a la meta; sentíamos que de esta prueba salíamos más dignificados, más fortalecidos.

Contra toda advertencia de los médicos y entendidos, luego de recoger nuestras prendas y ordenar el recinto, partimos retozones al café de la esquina de Pusey Lanee, donde procedimos a despachar una opípara once con pasteles y masitas diversas. El resultado de tamaña irresponsabilidad fue una descomunal indigestión colectiva que, afortunadamente, no pasó a mayores.

El coronamiento de la huelga de hambre del 78, en Gran Bretaña, fue una multitudinaria marcha el 9 de junio en Londres, por los 2.500 Desaparecidos en Chile debido a la acción de agentes del Estado. Los volantes y lienzos exhibían un clavel blanco, símbolo de la huelga en Chile. Junto a los ayunantes de Oxford

marcharon decenas de amigos que nos habían acompañado a lo largo de esos catorce días.

En abril de ese año se había abierto el proceso entre Colonia Dignidad y Amnistía Internacional, en la Corte de Bonn, en el cual se debía confirmar las denuncias sobre el uso del fundo de los alemanes, por parte de la DINA, como centro de torturas y detención. A finales de la huelga de hambre, recibí una citación para comparecer en calidad de testigo de Amnistía, los días 20 y 21 de junio. En esos días también vencía el plazo para presentar mi último informe académico, aquel del estudio del desarrollo de la huelga y los modelos conductuales observados ahí. A la vuelta de Bonn me presentaría al examen de defensa de mi tesis. ¡Este estaba siendo un comienzo de verano bastante agitado!

En el aeropuerto de Bonn esperaban Wendy, Helmut y tres talquinos que también atestiguarían en esa fecha. A pesar del aislamiento en que se nos mantenía en la detención, habíamos logrado identificarnos. Yo había sabido de Iván por reconocerle la voz en las grabaciones de sesiones de torturas con que me atormentaban haciéndomelas escuchar reiteradamente entre viaje y viaje a la cámara de tormentos; Iván había identificado a los otros.

De lejos reconocí las figuras de mis compañeros de partido; Gerardo, ahora con 21 años, el muchachito de las Juventudes que también fuera mi alumno en el Liceo Nocturno, y Manuel, el recio dirigente obrero de la fábrica local de cerveza. Los tres nos fundimos en abrazo de hermanos. Ahí estábamos, tratando de contener el desborde de emociones, cuando de detrás de un pilar surgió la cara simpática y sonriente de Iván. Wendy y Helmut

asistían conmovidos al encuentro. Más allá, un joven alto y flaco, de chalas ajadas y bolso peruano terciado en bandolera, también observaba con gesto enternecido. A la hora de las presentaciones, supimos que se trataba de Dieter, quien trabajaba junto a Wendy y Helmut en Amnesty; sería el encargado de guiar al grupo en Bonn.

Quedamos instalados en un hotelito familiar en un tranquilo barrio suburbano, en piezas contiguas y comunicadas, lo que redundó en que gran parte de las noches nos pasáramos de pieza en pieza, comentando, recordando, confirmando impresiones, explicando situaciones. Mientras, después de la Colonia, Manuel había sido devuelto a su hogar, Iván y Gerardo fueron a dar a los centros de TRES y Cuatro Álamos y, luego, al campo de concentración de Puchuncaví, y yo había sido llevada a “reponerme” a un centro de torturas de triste fama, en Santiago, La Discothèque también conocido como la Venda Sexy, en calle Irán con Los Plátanos. Los cuatro habíamos tenido que partir al destierro, en diferentes latitudes.

Contábamos con un día completo para prepararnos anímicamente para la dura jornada subsiguiente. Vimos detalles de procedimiento, nos familiarizamos con el entorno, paseamos por las calles del centro de Bonn, Wendy nos invitó a una Bierstube a servirnos Shop y salchichas.

El 20, pasó Dieter a buscarnos muy temprano, acompañado de otro joven testigo, Erick, cogido en una redada anterior y conducido a Colonia Dignidad, desde Valparaíso.

Quedé a la espera instalada en una banqueta frente a la sala de visitas del proceso, en la penumbra apenas iluminada por una

bombilla de bajo poder. No me sentía amedrentada; estaba tan absolutamente segura de la evidencia de cada pormenor de mi experiencia, que no había cabida para el temor.

Ese día y el siguiente, declaramos los cuatro talquinos, uno a uno, en esa Corte extranjera que buscaba probar la verdad que en la patria se negaba. Lo más difícil para mí fue enfrentarme a la mirada fría y filuda como daga del siniestro personero de la Colonia, que estaba presente, Hans-Jürgen Blanck. Asimismo, me impresionó la entrada de dos mujeres viejas de la Colonia, adustas en sus anticuados moños de abuelas campesinas de las décadas de pre-guerra. Por un momento me sentí intimidada por sus presencias nefandas, pero dominé mi sobresalto y, cuando el juez se dirigió a mí con su aire impersonal, inquiriendo y hurgando en mis recuerdos, contesté con entereza y convicción, mirándolo a los ojos, completamente dueña de la verdad que venía a exponer.

De regreso a Oxford, solicité rendir mi examen en privado: carecía de dinero para adquirir la toga y el birrete de rigor para aparecer “disfrazada” ante un público que, sabía, me cohibiría. De sólo pensarlo, los sudores del miedo me inundaban —eso aún estaba lejos de controlarlo: la estocada que hirió mi autoestima había sido demasiado profunda—. En consecuencia, una tarde de cielo azul moteada de cúmulos blanquecinos, comparecí ante la junta de académicos. Después de los tartamudeos y vacilaciones iniciales, logré ganar mi batalla privada contra la dictadura, aún a miles de millas de distancia, sin especial brillantez, pero, para el propósito, me bastaba con haber aprobado.

Me fui a deambular por los senderos del Parque Universitario, orillando el río Cherwell, por detrás de los campos deportivos, hasta olvidar la realidad concreta, para sumirme en la ensoña-

ción de mis recónditos anhelos: estar sentada en esa ribera junto al hombre que había amado tanto, con la juventud recobrada para ofrendársela. La ilusión de la presencia amada era tan intensa que perdí noción del tiempo y sólo retorné a casa entrado el anochecer estival. Selva y Lichi me aguardaban alborozadas e impacientes: a media tarde había llegado un telegrama anunciando “su” inminente llegada. ¡“Él” estaría allí; su voz, sus ojos, sus manos, su sonrisa y su calor, al alcance de mis sentidos! No podía creerlo. Después de tanto tiempo, de tanto extrañarlo, de haber aceptado la idea que nunca más volvería a verlo...

Olvidé mis pudores y me acurruqué sollozando en uno de los sillones de la salita, ante el desconcierto de mis hijas. Cuando días después oí desde el segundo piso la exclamación de acogida de Lichi al abrir la puerta de calle, supe que los sueños, a veces, se hacen realidad, aunque sea por tiempo efímero. “Él” volvió a partir, una mañana, hacia la incógnita del futuro. Quedé sumida en el silencio y una soledad más honda. Quise recrear en la magia del recuerdo los días dichosos, pero sólo encontré el vacío de la ausencia. Con todo, había que seguir viviendo; siempre hay un mañana hacia adonde avanzar.

¿Y ahora, qué? Durante dos años mi vida había estado ordenada por el estudio. Me sentía fuerte, nuevamente, y la discapacidad física había disminuido notablemente gracias a la operación a la que fuera sometida. A pesar del afecto con que fuera acogida por los británicos, me sentía absolutamente ajena en dicha sociedad de problemáticas tan diferentes a las de la propia. No me sentía útil allí, en ese mundo en que la abundancia derivada del sistema permitía la autosuficiencia de cada cual, mientras que compartir y dar era la forma de vida conocida, hasta entonces, por mí. Sabía que regresar a Chile aún, evidentemente, no era posible. Es-

perar el momento, de manos cruzadas, gozando de los beneficios del asilo político a cambio de nada, me parecía poco decente.

Para el desarrollo de mi tesis de postgrado había tomado un interés especial en el proceso global de transformación social de Tanzania a partir de la independencia. La lectura del pensamiento de su artífice y actual presidente, Julius Nyerere, me sugería un camino de convergente con la sociedad que un día había creído poder ayudar a construir. Se me ocurrió que allá podría tener significado mi aporte, en un país del Tercer Mundo donde todo estaba por hacerse. Así lo creí. Una vez más busqué el consejo de mi “maestro” y con él me informé sobre vías que me acercaran a indagar más al respecto.

En ese verano del 78 visité varias veces la modesta sede diplomática de Tanzania, situada en una callejuela abigarrada, de Londres, que arrancaba a un costado del lujoso Hotel Hilton, cerca de Hyde Park. El representante tanzanio consideró oportuno y afortunado mi ofrecimiento, por lo que me extendió un contrato con el gobierno, por dos años, para trabajar en el campo de la educación, en Dar-es-Salaam. Se proyectaba estudiar e implementar una reforma curricular y metodológica, con urgencia.” ¿Podría Ms. Bórquez partir en un plazo corto a asumir su cargo?” ¡Ms. Bórquez estaba ansiosa por hacerlo! A pesar de ello, pasaron meses sin que se concretara la partida. Los pasajes aéreos eran prometidos para un pronto que nunca llegaba, cada vez que inquiría por ellos.

Selva regresó a la escuela a retomar sus clases, cuando éstas se reiniciaron en octubre. Busqué alguna buena causa a la cual dedicarme en el intertanto, encontrándola en el refugio para los “sin casa” (los Homeless), que administraba un buen amigo británico, la conocida “Simon’s House”. Dedicaba gran parte de mis días a cumplir turnos de voluntariado. De algún modo, el

contacto con la miseria material y humana que me rodeaba ahí me acercaba a los necesitados de la patria lejana. Aunque me era difícil entender la jerga del submundo de la calle, para mi oído familiarizado con el acento y el lenguaje culto del mundo académico, fui haciéndome un espacio en el afecto de esos desamparados y eso, para mí, era lo más importante. Regresaba agotada por el trabajo del día, sumado al esfuerzo de pedalear colina arriba para alcanzar Wood Farm, donde se hallaba nuestro hogar. Según las niñas, yo y mis ropas olíamos a desinfectante y a emanaciones de borracho, por lo que me esperaban a la entrada de la casa, para taparme con pullas y ayudarme a despojarme de las prendas ofensivas. A esa hora, el uso de la toilette me estaba reservado con exclusividad, para tomar un largo y reparador baño en la tina perfumada de sales y espumas. Así y todo, la espera para volar al África se hacía eterna.

CINCO

Las nevazones de ese invierno fueron abundantísimas. A pesar de ello, en las tardes previas a la víspera de Navidad, los coros de niños y adultos cantaron, como siempre, frente a las casas iluminadas los “carols” tradicionales. Silvita, en brazos de su tía Selva, miraba maravillada afuera de la ventana el grupo alumbrado por farolitos que simulaban ser antiguos, mientras el fuego crepitaba en el hogar. Era fiesta con dejos melancólicos de adioses; en el próximo diciembre no estaríamos todos juntos. Si no partíamos al África, serían otros destinos, porque había decidido que mi tiempo en el primer mundo ya estaba agotado. Hasta los viejos, a quienes habíamos vuelto a visitar y atender en sus necesidades, sentían la impotencia de atar las alas a esta hija rebelde. La soberbia del viejo ahorró discusiones estériles y el valiente silencio de mi madre, consciente de haber obrado equivocadamente, evitó tener que justificar agotadoramente mi determinación, que, por lo demás, la anciana no comprendería. Con la nieve más arriba de los pretilos de las ventanas y diez grados bajo cero, Raúl y Lichi debieron abrir un pasaje desde la puerta a la calle, para poder seguir con los trajines diarios e ir a visitar a los abuelos. Las heladas posteriores habían endurecido el grueso manto blanco, de modo que, aunque hubo días de claro sol, la capa de nieve permanecía, para deleite de Selva.

Por fin llegaron noticias de disponibilidad de lugares en el avión para Dar-es-Salaam, para la semana entrante. Se precipitaron las

despedidas a los conocidos, las últimas visitas a los viejos, el atesorar los momentos encantados con Silvita. Dos días antes de la partida, bajo el sol transparente de la media tarde, Lichi, Selva y yo salimos a los alrededores, como tantas veces en la patria lejanos habíamos inventado excursiones para pasear juntas. Nos metimos en la profundidad del bosque que orillaba un costado de Wood Farm, jugando a las escondidas y alborotando a los animalitos que asomaban de sus refugios de invierno. Vimos las últimas ardillas saltando por las ramas e, incluso, encontramos a un erizo aterido bajo el tronco volteado de un roble, al que adoptamos por unanimidad para ser cuidado en casa por el resto de la estación. Metiendo y sacando trabajosamente las botas de la nieve, disfrutamos de esta última caminata juntas.

El día subsiguiente, gris y neblinoso, cerca de las doce, pasó Antón a recogernos para llevarnos hasta el Terminal 4 de Heathrow, de partida hacia el continente africano y el Lejano Oriente. El viaje lo iniciábamos preñado de incertidumbres silenciosas. África podría ser el reencuentro con la entrega a construir el ideal de justicia que había quedado trunco. ¡Pero, África –hasta entonces– había sido tan remota, tan desconocida!

Luego del paso por el Terminal 4, con su gentío exótico partiendo y viniendo de allende el Mediterráneo y los Urales, la última visión inmediata de Europa fue el rostro apenado de Antón y los largos pasillos luminosos del aeropuerto. En el avión, unos pocos blancos ocupaban sus asientos sin aspavientos y se sumían en la lectura de diarios, revistas y libros, mientras el resto del pasaje, chillón y heterogéneo, no acababa de instalarse, enredado en la maraña de las sedas de los saris y los algodones de las kangas multicolores.

La puesta de sol nos sorprendió suspendidas sobre el Canal de la Mancha. Desde lo alto, hacia el noreste, se veía la penumbra del continente europeo iluminándose paulatinamente con las guirnaldas y ramilletes de lentejuelas titilantes de las carreteras y ciudades, vistiéndose para la noche. Inmediatamente debajo de las alas del aeroplano las aguas, todavía azules, eran surcadas por incontables barquitos de juguete que iban dejando sus estelas grabadas cual ralladuras en la superficie lisa de un vidrio. La cola del aparato, estaba desprendiéndose de la orilla británica y la trompa, agarrándose a la costa francesa. Rápidamente, fuimos adentrándonos en la noche. Volábamos alto en un océano atmosférico calmo, ennegrecido por las luces del interior de la nave.

Mis pensamientos también estaban oscurecidos por una amargura cierta; había buscado definir mi situación militante, puesto que surgían intransables diferencias entre mi juicio personal y la línea política y la práctica del partido. Rebalsó mi medida la crítica obtusa a mi traslado a Tanzania. Estaba harta de carecer de la posibilidad real de ser escuchada con respeto. Tanzania me ofrecía la oportunidad de ganarme el sustento con mi trabajo. Resolví poner fin a la dependencia orgánica de las estructuras partidarias, que no me interpretaban, ya hacía bastante tiempo.

Desperté de mi modorra con el descenso de la máquina. Planeábamos sobre una masa oscura, moteada por débiles luces a la distancia. Luego, una línea de puntos separados uniformemente señalando una pista; el altavoz, en un susurro discreto, para no molestar a los durmientes, anunció una corta detención para abastecimiento en Addis Abeba, la capital de Etiopía. Al abrirse las escotillas, una bocanada de aire caliente ahogó el aire acondicionado del interior. Hubo actividades de carga y descarga, voces que rompían el silencio sibilante de los motores en marcha, figuras en sayos blancos que cruzaban por debajo de la panza del

avión, ruido de escotillas que se cierran, la vibración del despegue, el zumbido regular del pájaro metálico: el primer contacto con África, en medio del sueño de la noche.

En una carta a Lichi contaba más adelante:

“La azafata nos despertó con el desayuno, cuando pasábamos frente al Kilimanjaro, exactamente en la línea ecuatorial. Los ojos se nos hicieron pocos para ir desentrañando las ondulantes tierras rojizas, matizadas con las negras arañas invertidas de las copas de los árboles, que parecían arabescos dislocados, desde el aire. De pronto, a nuestra izquierda, el cielo apareció más celeste y luminoso y más vasto; era el mar que se le había unido. Bordaíamos la costa oriental de África y ante nosotras se desplegaba el Océano Índico”.

El avión volaba a baja altura, permitiendo una vista clara del paisaje que se deslizaba abajo. La aridez y la erosión de la parda cáscara reseca del suelo se destacaba contrastando con los manchones de verdes terrosos y ocre empolvados de la vegetación de la sabana. Manadas de animales inidentificables galopaban en estampida por las llanuras, mientras el aparato los iba dejando rezagados en su desbandada. Más allá, tajos de verdor señalaban cursos de agua invisibles desde arriba. El sol proyectaba la sombra de grandes nubes blancas sobre la tierra, así como el paso de la nave aérea. Aquí y allá era posible distinguir viviendas humanas en grupos de chozas casi mimetizadas con el entorno salvaje. Pastores solitarios cuidaban rebaños heterogéneos de reses y cabras. La superficie bruñida del mar refulgía a la izquierda, bajo el sol. Nosotras contemplábamos excitadas el mundo nuevo que nos aguardaba.

Al descenso, en Dar-es Salaam, apenas salimos al exterior, nos

golpeó un ramalazo de aire caliente y pegajoso. Yo vacilaba en lo alto de la escalerilla, interminable hasta la loza del aeropuerto; me costaba dejar atrás el entorno cultural conocido, por otro del cual ignoraba todo. Cierta que había tenido tiempo de leer cuanto libro, folleto o documento se me atravesara, para informarme sobre Tanzania, y que había dedicado toda mi capacidad intelectual a estudiar, en los meses recientes, el extraño idioma del África del Este; pero, cuando, en vez del “Jambo” del texto nos saludaron “¡Habari!”, debí reconocer que los conocimientos librescos de poco iban a servirnos. Otros viajeros esperaban mi primer paso hacia la conquista del continente, para seguirme en el descenso, así es que debí decidirme y comenzar a bajar, con Selva a mis talones.

Sentí, más que vi, que una multitud nos rodeaba desde el pie de la escalera hasta la entrada a una fea y chata construcción de concreto en bruto, donde nos vimos empujadas hacia la masa humana agolpada frente a una ventanilla. Mientras esperábamos ser atendidas, tuve tiempo de observar a mi alrededor; Selva, detrás mío, parecía haber crecido de golpe, indicándome lo que debía hacer: era lo único que tenía dónde apoyarme en el momento, en todo el mundo –mi hija, ¡quien no ha mucho cumpliera los 12 años de edad!–. Por sobre las barreras del paso por policía aduanera, un negro grande, en traje color caqui, nos hacía señales interrogantes de reconocimiento. Supuse que sería un funcionario encargado de recibirnos, por lo que le hice una venia, con alivio.

El hombre se dirigió a la ventanilla de policía, habló en esa lengua extrañamente musical y el mar humano se abrió para dejarnos pasar hasta la salida, seguidas de mil miradas y comentarios incomprensibles. El trámite de retiro del equipaje fue realizado de igual manera expedita. Empapadas de sudor y arrebatadas por la muchedumbre que nos zarandeaba ofreciendo sus servicios,

llegamos hasta un destartado jeep, verdoso en los sitios donde la herrumbre no campeaba todavía. Las maletas aparecieron milagrosamente en la parte trasera; fuimos acomodadas en los asientos desvencijados, con igual rumbo que si nos ofreciesen una carroza real, lo que nos hacía sonreír con deleite.

En el trayecto al hotel nos enteramos que el Ndugu (camarada), era el encargado de facilitar la inserción social y laboral de los extranjeros contratados por el Ministerio de Educación. Su jornada se iniciaba a la 7 A.M. y terminaba a las 5 P.M., hora en que se presentaba al comité de su área para realizar entrenamiento militar; como la mayoría de los trabajadores tanzanios de los centros urbanos, era miliciano voluntario.

A la bajada del jeep, una nueva turba de hombres y muchachos zarrapastrosos se nos vino encima, arrebatándonos el equipaje para llevarlo al hotel. El ndugu aseguró que no había de qué preocuparse, pero una vez instaladas en la habitación de un tercer piso, comprobamos el descerrajamiento del maletín de mano y la falta de varios objetos personales. Ndugu Paul quedó de recogerlos al día siguiente de mañana para visitar el Ministerio y recibir instrucciones; el resto del día quedaba para reponerse del viaje.

Todo era extraño e imprevisto, pero no nos mortificaba: era tanto el anhelo de haber encontrado el seno que nos cobijaría hasta que pudiéramos emprender el retorno a la patria.

Manteníamos una actitud de abierta curiosidad, con la voluntad dispuesta a querer entender. Ordenamos el equipaje, inspeccionamos el entorno, mudamos las ropas invernales y partimos a almorzar al comedor, como nos habían instruido, luego de haber asegurado la puerta con llave. Ignorábamos, por entonces, que todas las cerraduras del establecimiento eran iguales. Ordena-

mos al camarero lo que nos pareció más familiar, pero, en verdad, iba a tener que pasar bastante tiempo antes que lográramos acostumbrarnos al sabor de la comida en Tanzania.

Pasamos el resto de la jornada tendidas en la pieza del hotel, cerca del aire acondicionado, añorando la casa del 63 de Masons' Road, en Wood Farm, recordando a Nana, tan ajena, y a los viejos, desamparados en el aislamiento en que los situaban su intransigencia y altanería. ¡Chile nos parecía tan lejano, tan inaccesible desde este lado de África!

Esa primera noche, luego de otra poco digerible cena en el comedor del hotel, donde divisamos a otros dos blancos entre los comensales y varios indios, subimos nuevamente a la habitación a resguardarnos del calor insoportable. El cansancio terminó por cerrarnos los ojos, a pesar del vocerío y los bocinazos que subían del exterior.

Desperté sobresaltada, arrancada del pesado sueño por un clamor estremecedor, semejante al aullido plañidero de un moribundo, de tristeza infinita, modulado en lentas escalas ascendentes y descendentes, prolongado en la tenue neblina blanco-dorada del frescor matutino. De un salto estuve abriendo el balcón, sobre-cogida y anhelante. Se hizo un instante de silencio y, una vez más, planeó sobre los techos de Dar-es Salaam el llamado del almuecín asomado en lo alto del minarete, que distinguía desde mi balcón del África Motel. Una bandada de aves blancas –¡palomas, quizás?– danzaba por los aires en hechicera coreografía. Agaché la vista hasta las aceras y las calzadas que culebreaban a mis pies y vi un rebaño apresurado de hombres, en faldas cuadrículadas o blancas, tocados con un pequeño y extraño gorro, que convergían silenciosos hacia la mezquita, cuya entrada se

me ocultaba desde mi puesto de observación. Desde diversos ángulos del contorno escuché similar algarabía. Sólo entonces comprendí que se trataba de la convocatoria matinal a la oración musulmana. Temblé de encantamiento ante la insólita experiencia: África comenzaba a abrirseme como un botón multicolor ante los ojos sedientos de asombro. Cerré suavemente el balcón, contemplé con ternura a mi niña dormida y partí a ducharme al baño contiguo para iniciar refrescada la jornada.

Ndugu Paul puntualmente nos trasladó hasta el Ministerio de Educación, a través de avenidas anchas y onduladas calles bordeadas de frondosos árboles, hasta que el jeep se detuvo con rechinar de fierros y corcoveos frente a un amplio edificio cuadrado de varios pisos. Por pasillos y escaleras llegamos al departamento correspondiente al asunto por tratar. En una gran sala se aglomeraban escritorios cubiertos de papeles y cartapacios, en pilas de inestable equilibrio y lenta agilización que poco a poco iban acumulando capas de polvo y tomando el tono amarillo, característico del papel expuesto largo tiempo a la luz solar. Detrás de cada mueble, un funcionario, hombre o mujer, de facciones brillosas ya a esas tempranas horas, inclinaba la cabeza sobre misteriosas páginas, en lectura concentrada o cuidadosa caligrafía. A nuestro paso nadie levantó la vista, pero, apenas hubimos alcanzado el extremo de la amplia sala, para trasponer una puerta de astillados vidrios, se oyó un revuelo a nuestras espaldas y el murmullo de voces ahogadas. En dicha oficina conferenciamos con un funcionario de mayor rango y Ndugu Paul recibió instrucciones sobre los próximos pasos a cumplir. Como el financiamiento del proyecto para el cual había sido contratada aún no llegaba desde las agencias extranjeras, seguiríamos esperando en el hotel. Entretanto, nos iríamos acostumbrando al nuevo entorno, pasearíamos con Mr. Paul —desde luego— por la ciudad; estaríamos muy bien atendidas y distraídas, mientras se finiquitaba la documentación laboral y la tramitación de extran-

jería, sin lo cual no podríamos circular libremente por Tanzania. Karibu sana / muy bienvenidas, y hasta pronto. Quedábamos en buenas manos y “por favor, tenga a bien aceptar este adelanto de su salario, para gastos personales”.

Antes de la partida, “él” me había hecho llegar un número telefónico de amistades en Dar-es-Salaam. Así, pues, luego de varios intentos fallidos, logramos comunicarnos con Ann, una monja de Maryknoll. Esa tarde apareció por la habitación una gringa altísima, de rostro agraciado y amable. Con Ann y sus hermanas, una vez en poder de la indispensable documentación, conocimos rincones de la capital que solas no habríamos sabido descubrir: la librería de textos en inglés y francés, detrás de la catedral, la fuente de soda adyacente, donde expendían helados —con propaganda de Walt Disney, desde luego—, algunos elegantes bares naturistas y de los otros, frecuentados principalmente por blancos, restaurantes de cocina europea. Casi todas las tardes, a la hora en que acababan sus actividades misioneras, pasaban a buscarnos para una entretenida salida a recorrer calles céntricas, donde nos iban señalando los sitios relevantes.

También Ndugu Paul contribuía a calmar mi impaciencia en largos peregrinajes por el centro de la ciudad y contestando con largueza a nuestras preguntas curiosas sobre costumbres y prácticas sociales de los tanzanios. Abundaba sobre la historia de la colonización bajo los poderes europeos, responsabilizándolos indiscriminadamente de todos los males y errores del presente; comentaba con simpatía sobre sucesos del golpe militar que derrocara al gobierno popular chileno. Sin embargo, pronto comprendí que la actualidad política era tema tabú, en el que no valía la pena insistir so pena de acreditarse miradas inquisitoriales y desconfianza de parte del cicerone.

Con él conocimos, desde afuera, la residencia presidencial y pu-

dimos permanecer un rato en la avenida de acceso, escuchando los gritos destemplados de los pavos reales que adornaban sus jardines. También pudimos alcanzar hasta las afueras de la universidad, pero no nos fue posible recorrer el blanco recinto ni las aulas, de las que se hablaba con tanto orgullo, porque en esos días los estudiantes efectuaban movimientos de protesta contra el sistema educacional vigente. Nos sorprendió la multitud de peatones que circulaban por las calzadas a la entrada de la ciudad, algunos vestidos a la europea, los más a la usanza africana. Parecía un pueblo de caminantes, siempre en movimiento, como una marea lenta, abrumado por el sol inclemente. Una tarde, el guía nos llevó a presenciar los ejercicios de los milicianos. Me conmoví hasta las lágrimas: muchos de esos jóvenes –hombres y mujeres– iban descalzos marchando por el ardiente alquitrán de la calle, con palos al hombro para hacer el peso de un arma inexistente. La expresión de sus rostros reflejaba la firme decisión de no dejarse amilantar por la falta de avíos que el Estado no podía procurarles, puesto que Tanzania los necesitaba con urgencia en el frente para mantener la lucha contra Idi Amin Dada, quien amenazaba invadir el país por el norte.

Los días transcurrían con lentitud aplastante, obligadas, por el escaso conocimiento del idioma, a abstenernos de salir solas a conocer la “otra” ciudad, la que nadie parecía dispuesto a querer mostrarnos. Pero, de a poco, iniciamos incursiones fuera de la protección del ndugu o de Ann y sus amigas. Del comedor donde desayunábamos, nos deslizábamos subrepticamente –desde que un empleado intentara impedirnos el paso– a la salida del hotel, y de ahí, a la esquina que doblábamos apresuradas para escapar de la vigilancia que recelábamos.

En la carta antes citada, relataba:

“Nos hallamos cruzando por los portales abarrotados de gente tendida en el suelo, lo que dificultaba nuestros pasos; era el

pueblo pordiosero que exhibía sus deformaciones y llagas cual trofeos, a cambio de unas monedas. Posteriormente, supimos que eran leprosos escapados de las instituciones estatales que los guardaban. Seguimos por la suave pendiente hacia el mar. Un olor pútrido, nauseabundo, inundó nuestras narices y agarrotaba nuestras gargantas, acentuándose a medida que alcanzábamos la costanera. Allí entendimos la causa de la fetidez insoportable: las aguas que chocaban contra el muro de contención de la avenida bullían espesas de desperdicios orgánicos, chatarra, peces muertos, excrementos humanos, aceite quemado de las embarcaciones, etc. El hermoso color azul que avistábamos desde el balcón del hotel se había convertido en un asqueroso líquido viscoso. Los 40° C agregaban lo suyo al ambiente”.

Así fuimos conociendo la realidad sin caretas. Desde los vehículos en que nos solían pasear, habíamos visto amplios ventanales, detrás de los cuales se percibían hileras de trolés y estanterías de supermercados, vitrinas de tiendas de género, ferreterías, farmacias. Caminando apegadas a los edificios, se nos revelaron las repisas vacías y sucias, la inexistencia casi absoluta de mercaderías, la pobreza de medicamentos; la ruina y la decadencia mal encubiertas por las fachadas oxidadas y manchadas de hongos. Constantemente éramos asediadas por los rostros suplicantes y las manos retorcidas de los omnipresentes mendigos.

Nuevamente, fui citada al Ministerio. Todo allí dentro continuaba tan estancado como en el principio. El secretario se tomaba la libertad de molestarme para darme un recado importante del Sr. Ministro: el dinero de Canadá, o Suecia?, aún no llegaba; “quizás si no sería más conveniente para ndugu Bórquez regresar a casa en el Reino Unido”, a esperar cómodamente a que ellos me avisaran cuando los inconvenientes estuvieran superados...
 –Mr. Secretario del Ministro, la verdad es que no tengo casa adonde regresar. Mis escasas pertenencias vienen navegando

rumbo a Tanga desde Inglaterra y mi intención es no volver más a Europa. Puesto que este contrato tiene que ver con una reforma del sistema educacional, ¿no sería ésta una oportunidad, aunque no visualizada de antemano, para conocer de primera fuente lo que se desea que colabore a transformar? Siendo mi profesión original la de profesora de Francés, ¿no habrá en algún lugar de este vasto y hermoso país un cargo docente que yo pueda servir? El Sr. Secretario lo consultaría; desde ya, la sugerencia le parecía extraordinariamente interesante.

Esa noche, los pensamientos no me permitían conciliar el sueño. Como acostumbraba, escondí mi preocupación a la pequeña e inventé un paseo por la heladería, poco antes del atardecer; por mucho que nos las diéramos de valientes, sabíamos que la ciudad mal alumbrada ofrecía poca seguridad a dos mujeres blancas sin acompañante masculino. Por una parte, aquí estábamos experimentando el racismo de Europa al revés, y por otra, cualquiera apariencia de afluencia extranjera despertaba los apetitos de los pobres de Dar-es-Salaam; el asalto a Msungus –blancos– era parte de la crónica policial diaria. Después de los exquisitos helados –tal vez, de los más ricos que habíamos probado por el ancho mundo, según nosotras– pasamos a revisar novedades en la librería aldeaña; compramos unas obsoletas revistas populares recién llegadas de Inglaterra y regresamos justo a tiempo para la cena. Luego de haber probado toda la oferta de la cocina del África Motel, nos habíamos resignado a perpetuidad al pollo con papas fritas, coca-cola y bananas con miel. Ya en la habitación, Selva se entretuvo un rato con las revistas y luego se durmió. Yo pude concentrarme en la pospuesta reflexión sobre mi entrevista de la mañana.

No quería regresar a Europa; allá había cumplido una etapa del camino del retorno a la patria. Por ahora, Selva seguía necesítandome, pero, en los años presupuestados de permanencia en Tan-

zanía, ella crecería lo suficiente para poder decidir si seguirme o quedarse en Europa. Estaría bien, cuando el momento llegara... De sólo pensar en ello, me dolía el alma, porque la lejanía de la menor de mis hijas era lo único verdaderamente insoportable de siquiera considerar.

¿Qué iría a suceder a la mañana siguiente en el Ministerio? Había planificado rigurosamente los próximos dos años, contando con la estadía en África; el servicio en Tanzania lo asumía como una misión solidaria, en cuanto a entregar mis conocimientos y experiencia a un pueblo hermano en el subdesarrollo. Estos dos años serían el paréntesis sin urgencias, sin presiones, suficiente para visualizar lo que realmente habría de querer para el futuro. ¿Quién podría asegurar que no elegiría el camino de tantos Albert Schweitzers que África esconde en los repliegues de su geografía humana fascinante? Ahora, de lo que el Sr. Ministro considerara conveniente y adecuado... y eso, no podía deducirlo a partir de mi propia lógica, porque ya me había percatado que los juicios funcionaban por vías muy distintas en estas tierras. ¡Si por ahorrar unas semanas de nuestro mantenimiento en el hotel, eran capaces de pensar en gastar en pasajes de ida y vuelta a Europa...! En fin, el día que se acercaba por la bruma del oriente hacia esta costa del Índico, respondería a mis inquietas interrogantes; más valía cerrar el balcón y tenderme sobre la cama, cubierta apenas con una leve sábana percutida. El vocerío del almuecín me remeció como todos los amaneceres, sin que hubiera conseguido pegar los ojos en toda la larga y húmeda noche africana.

El Sr. Ministro consideró positivamente mi propuesta. Había un cargo vacante en la escuela secundaria de niñas de Korogwe, la capital del distrito del mismo nombre, en el norte del país. Se harían los arreglos para nuestro pronto traslado, entretanto, Ndugu Paul seguiría velando por nosotras.

Estuvimos tres semanas atascadas en el África Motel. Nos llegamos a familiarizar con la colección de lagartijas de todos tamaños y colores que trepaban por las paredes de la habitación, cuando el sol de la mañana alumbraba el interior. La ociosa presencia de la caja descompuesta del aire acondicionado ya no nos molestaba, sino que la asumíamos como anticipo de lo que se nos iba evidenciando con mayor fuerza, a medida que aprendíamos a leer los signos de decadencia de esta nueva nación, que todavía no descubriría cómo retener lo positivo dejado por los colonizadores de ayer.

En ese largo y tedioso intervalo, hicimos amistad con la recepcionista del hotel, Sisi, una hermosa muchacha del norte, cuya mayor ambición era salir a Europa, casarse con un Msungu, tener linda ropa e intimar con los blancos que pasaran por el establecimiento. Se sentía ahogada por la estrechez del horizonte que la rodeaba y su espíritu ingenuo le sugería mil maneras de escapar a su destino de africana pobre en un país tan necesitado. En varias ocasiones, en los días libres de Sisi, salimos con ella a conocer el Dar-es-Salaam de esparcimiento de la clase media baja tanzania, deslucido y patético remedo de los lugares de diversión frecuentados por los blancos residentes y la clase dirigente africana.

Selva parecía disfrutar de tenerme para sí, por primera vez en muchos años. Yo gozaba de compartir la experiencia de convivir con la pequeña, asistir al desarrollo de su espíritu crítico y opinante, conversar y contar con ella en esos momentos, después de haber habido un tiempo en que creí que nunca más volvería a sentir el cosquilleo de su pelito dorado en el cuerpo, cuando se acurrucaba a mi lado. Lo único que nos intranquilizaba era la imposibilidad de comunicarse con la familia en Oxford y el desconocimiento de lo que estuviera acaeciendo en Chile. A esto

se agregaba la impaciencia por el estancamiento en que nos hallábamos.

Por fin, nos llegó el aviso de partida. Salimos de madrugada, en bus, hacia Korogwe. Nuevamente íbamos a lo desconocido; sentíamos que juntas podríamos lograrlo.

La larga jornada en el vehículo destartado y bamboleante nos llevó al pueblo-crucero de Korogwe, un lugar donde confluían diferentes caminos desde diferentes direcciones. Hacia el este, estaba la ruta a Tanga, el primer puerto tanzanio desde el norte; hacia el oeste seguía el camino que unía todo el norte del país con la capital; del sur llegaba la vía que habíamos recorrido desde Dar-es-Salaam.

En el puente esperaban un hombre y una mujer, quienes detuvieron el bus para dirigirse a nosotras y explicarnos en inglés que debíamos apearnos pues nos encontrábamos a la entrada de Korogwe. Inesperadamente, la “ciudad” se nos encogió en un caserío de barro y paja, miserable y menguado. Ellos eran el Sr. y la Sra. Msemakweli: ella, directora del colegio; él, su esposo y profesor de matemáticas del establecimiento.

Algunas niñas mayorcitas, en uniforme color naranja y blanco, ayudaron con el traslado del equipaje hacia la colina, donde las últimas luces diurnas mostraban una pequeña ciudadela de casas de cemento: el campus de la “Korogwe Girls Secondary School”. Guardando cierta distancia entre sí, estaban ubicadas las casas de los profesores y funcionarios. A un lado del sendero se divisaban varios pabellones de salas de clases, el edificio administrativo, la biblioteca, el laboratorio, los “Hogares” de las alumnas, la enfermería y otros que no alcanzaron a indicarnos. En lo alto, un bungalow de características europeas, se abrió para nosotras.

Luego de servirnos un refrigerio en casa de los Msemakweli, nos instalaron en lo que sería su hogar en ese país extranjero. Nos acomodamos improvisadamente en las camas polvorientas, a oscuras para sustraernos a las miradas curiosas, puesto que las ventanas estaban desprovistas de cortinas. El silencio de la noche, tan cerca del ecuador terrestre, estaba hecho de infinitos rumores: chasquidos, aleteos, gritos destemplados de aves y animales, el latido de tambores lejanos, pisadas bruscas sobre la hojarasca exterior, o el suave deslizarse de reptiles invisibles o imaginarios. El calor era aún peor que en la capital. Me preguntaba si seríamos capaces de soportarlo. La niña vivía la experiencia con naturalidad y pronto se durmió rendida, bajo mi mirada vigilante. En cambio yo, sin radio, sin luz, con las maletas a medio vaciar sobre el suelo de cemento tosco, en ese entorno misterioso y hostil, rodeada de sombras, me sentí a merced de elementos incontrolables y temí, por Selva, haberme equivocado. Me supe sola en el mundo para protegerla, en esta empresa que había acometido sin conocer las implicaciones anexas.

Gradualmente nos fuimos ajustando al estilo de vida que imponían las condiciones naturales, materiales y culturales en que nos hallábamos inmersas. Debimos aceptar que la posibilidad de dedicarnos, en forma siquiera medianamente eficiente a la escuela —una estudiando, la otra enseñando—, estaba sujeta a contar con alguien para el servicio doméstico. Así apareció Omari en nuestras vidas, quién había estado desde el principio al servicio de los extranjeros blancos que llegaban al colegio. Sabía suficiente inglés como para comprender las instrucciones, tenía voluntad de oro y fuerza de animal de carga para acarrear el agua desde el río Pangani, cuando la bomba extractora se descomponía por semanas y el pueblo quedaba seco. Con él aprendimos algunas de las costumbres locales, conocimos los centros clandestinos de

abastecimiento para comprar azúcar, papel higiénico o jabón, artículos que estaban destinados en exclusividad al frente que combatía a Idi Amin. Por él nos enterábamos del paso por Korogwe de tropas hacia el Lago Victoria. También nos instruyó sobre frutos y raíces que nos ayudaban a paliar la monotonía de la dieta de maíz y porotos infectados de gorgojos. Omari se deslizaba silencioso detrás nuestro, indicándonos los peligros de destruir a tontas y a locas un panal de avispas o de caminar por el pastizal sin escudriñarlo para descubrir serpientes agazapadas, de no cerrar firmemente las puertas y ventanas cuando se escuchaban los aullidos de los monos dedicados al pillaje en las shambas (huertos) cercanas.

Selva fue acogida por las seiscientas alumnas de la escuela en calidad de maravillosa princesa o extraterrestre encantada. Su sencillez y bondad la acomodó en la curiosa ternura de las niñas, que jugaban con sus manos rosadas y su largo cabello dorado, mientras ella las dejaba hacer. Compartían las horas de estudio después de clases, los trabajos de la granja —la Korogwe Girls Secondary School se autosustentaba, como todas las escuelas rurales de Tanzania—, los recreos, los juegos, peinados artísticos de minuciosos trenzados, el hermoso maquillaje realizado con Henna, los vestidos de Selva y las kangas de las niñas, las golosinas que desaparecían indefectiblemente de la alacena de la casa. A veces, un par de compañeritas lograba escurrirse por los maizales del fondo hasta nuestro hogar, para extasiarse con las camas protegidas por mosquiteros, o la música envasada en cassettes y los platos y tazas individuales colocados sobre la mesa para tomar el té: yo pasaba grandes apuros para encubrir estas escapadas prohibidas por los reglamentos de la escuela, pero lo hacía con gusto para brindar alegría a mi niña y la oportunidad de conocer costumbres diferentes, a las jóvenes tanzanias.

El trato de los profesores era más cauto. Resentían cualquier in-

trusión en su quehacer, aunque conocían la calidad de observadora de esta nueva colega. Temían el cuestionamiento a sus prácticas, disciplinarias; los castigos corporales aplicados indiscriminadamente, aún a las alumnas ciegas, eran feroces y, a veces, con visos claros de sadismo; se imponían trabajos forzados como medidas coercitivas y extorsión constante sobre las alumnas. El quehacer de los profesores se ceñía al menor esfuerzo exigible. El tráfico de influencias y el abuso de poder iban a la par con manejos de mercado negro.

En mi mentalidad comprometida en lo político, social y educacional no cabían tales vicios; ni siquiera las explicaciones sociológicas que me ofrecía el flamante post-grado, conseguían atenuar mi indignación y desencanto. Los años de combate por trasegar la balanza del poder y ponerlo a beneficio de los más postergados, la responsabilidad personal que cada cual en mi generación había asumido para conseguir los cambios, el subyacente e indispensable sentido solidario de toda acción emprendida, no me permitían tolerar callada lo que veía a mi alrededor. Mis opiniones tajantes me colocaron en la mira recelosa de los colegas africanos y me fueron aislando en la comunidad docente. Lamentablemente, la Sra. Msemakweli, que coincidía en la mayoría de sus críticas, partió por el resto del año a cursos de perfeccionamiento a la capital y el colegio quedó a cargo de Miss Chisongella, quién padecía de los típicos síntomas de despotismo de los mediocres; con ella, el diálogo era difícil, por decir lo menos. No obstante, conseguí autorización para encargarme de la reorganización y reparación de los libros desechados de la biblioteca, herencia despreciada de los tiempos en que la escuela pertenecía a una congregación misionera, antes de la independencia del país. Así completaba la jornada que me habían asignado y que estimaba en demasía con el sueldo que el Estado pagaba a los funcionarios extranjeros. De este modo, sentía que contribuía decentemente a la lucha de este pueblo para salir del subdesarrollo, sin profitar

de ventajas inmerecidas.

La amistad del profesor de Literatura, Mr. Mwaipopo, de la familia del profesor indio Bagalkote –su esposa Munira y el pequeño Samir–, el club de francés con las niñas de los cursos superiores, los talleres de tejido a crochet, el grupo que daba los primeros pasos en pintura con acuarela, no bastaban para mitigar la soledad inmensa que me ahogaba lejos de mi cultura, lejos de mi propia lucha, lejos del contacto con el acontecer en Chile. Con nuestras pertenencias arribadas por barco a Tanga, llegó el preciado aparato de radio que me permitía sintonizar en las noches noticias en inglés transmitidas desde Sud-África; pero esto sólo conseguía realzar mi ajenidad; escuchar en medio de la oscuridad calurosa el desgrane de notas del gorjeo del ave, que era su característica, reforzaba mi pertenencia a otro mundo, lo que me embargaba de melancolía y desesperanza. El 1 de mayo, fecha tan importante para los trabajadores del mundo, tuve el regalo de lograr coger las ondas de una emisora de Angola. Pude dilucidar parte de la maraña de la transmisión en portugués, lo que constituyó un verdadero hito en la rutina de mi existencia. Por otra parte, las cartas llegaban atrasadas, muy de vez en cuando, abiertas, destrozadas. ¡Aquí también funcionaba la censura, como en el Chile de la dictadura! Había ido a dar a un estado policial embozado, en el que la hipocresía del discurso oficialista era desmentida por la práctica.

A esta tensión, de suyo dura, se sumaba la inquietud por la situación de Fidel e Isolda en Chile. Mi consuelo era la convicción de estar construyendo la posibilidad de poder regresar dentro del plazo de dos años a estrecharlos y velar por ellos, aunque fuera a distancia, desde la clandestinidad. De las pocas cartas que recibí en esos tiempos del padre de Isolda, inferí que comprendía poco y nada de las circunstancias históricas de nuestras vidas. Ya no me importó; sólo el interés de volver a recuperar a mi hija, me

inducía a mantener ese contacto. En cuanto al muchacho, sabía que estaba cuidado por las tías y abuela, en el sur.

Por la casa, constantemente pasaban visitantes Msungus; ya se había corrido la voz de nuestra presencia en Korogwe. La perspectiva de ampliar el círculo de conocidos de lengua y cultura similar, atraía a cuánto misionero o funcionario blanco anduviera por esos pagos. Siendo Korogwe un vértice de caminos, por donde debían trajinar forzosamente quienes servían en el norte, todos se detenían allí. Conocimos a Mary y sus hermanas religiosas, que residían en Lushoto, en los Montes Usambara; a unos cuantos curas norteamericanos y franceses que venían del “bush”, a un ingeniero alemán, apostado en Same, en la ruta a Moshi; a los misioneros españoles Pepe y Antonio, Marta y Remedios, establecidos en medio del territorio masai, en la estepa de Simanjiro, al suroeste de Arusha. Fue gran alegría encontrarse especialmente con ellos; cada vez que pasaban por Korogwe en los viajes a aprovisionarse o a retirar de Tanga implementos para el hospitalito que mantenían en la estepa, descansaban un rato departiendo con nosotras, hasta el oscurecer, cuando la temperatura cedía un tanto y podían seguir viaje

Cuando arreciaban las épocas de lluvias, quedábamos aisladas, pues nadie que no tuviera una emergencia se hubiera atrevido a viajar bajo el agua torrencial que arrasaba con puentes y caminos, desencadenaba terribles tempestades eléctricas que fraccionaban el firmamento en incontables trizaduras simultáneas, cual esquirlas de los truenos y relámpagos, y desbocaba las manadas de animales salvajes que siempre merodeaban cerca de la carretera vertebral.

Fue en una y otra de esas ocasiones que ocurrieron dos episo-

dios de enfermedad aterradoros. A pesar de la ingestión diaria de cloroquinina a que nos habíamos resignado para precaver la malaria, sufrí el primer ataque incontrolable de fiebre palúdica en una de esas inclemencias. El estado del tiempo no permitía siquiera acudir al pobre hospitalejo de Manundu, en el Pueblo Nuevo de Korogwe. Con las cataplasmas preparadas por Omari y los consejos de Mwaipopo, Selva debió luchar contra mis tercianas y mis delirios, en medio de la cortina cerrada de agua que cegaba la luz diurna y abrazaba la casa en estrépito de cataratas. Con sus trece años recién cumplidos, desafió los elementos y el miedo a la muerte y logró que despertara un día a un sol, emergente limpio de las lluvias, sin temperatura, debilitada, pero con el juicio recuperado.

Recobrada a duras penas y siempre con la amenaza de la recurrencia de la crisis, una nueva prueba nos aguardaba. Esta vez sería Selva la víctima de las insalubres condiciones ambientales.

No siempre se contaba con agua potable en Korogwe, por lo que Omari la acarreaba del río para acumularla en grandes tastos de plástico, desde que descubriéramos que en el almacenamiento en la tina de baño se había establecido un criadero de mosquitos anofeles, en el medio mismo del hogar. Los tastos seguramente se contaminaron en el trayecto del Pangani a la casa, o el agua de beber no se hirvió lo suficiente, o no fue convenientemente filtrada, en fin, Por algún resquicio higiénico se coló un bicho portador de algún tipo de tifus. Luego de un período de síntomas molestos, la niña inició un alza continuada de temperatura, vómitos, diarreas, aparición de manchas rojas por el cuerpo, gran debilidad y alucinaciones.

Afuera llovía sin parar. Yo colocaba compresas frías de hierbas aromáticas en la cabeza de Selva tratando de frenar una posible inflamación de meninges. Era tarde en la noche, nadie transita-

ba por el campus, ni el rasgido monocorde de las chicharras se escuchaba, para avisar que había vida más allá de la riada, que amenazaba con anegar la vivienda en su carrera desde las laderas del cerro por los terrenos del campus al camino público. No me atreví a dejar ni un instante a mi niña para ir a pedir socorro en el vecindario, por temor a que en mi ausencia... Mucho tiempo hacía que no invocaba a un poder divino en demanda de ayuda. Esa noche sentada en el borde del lecho donde mi hijita se abrazaba, recé a todos los santos de la corte celestial, con unción desesperada, sollozando a ratos, con lágrimas inagotables escurriéndome por el rostro consumido. Nuevamente, la terrible duda se hizo presente: ¿no habría sido imprudencia, irresponsabilidad, aventurerismo, evasión...? No encontraba palabras para calificarme, ante el riesgo cierto a que había expuesto a la niña, perdidas en un confín de África, lejos de la seguridad que ofrecía Oxford. En esas horas, me arrepentí mil veces no haber seguido jamás la senda complaciente que mi clase de origen proporcionaba.

El temporal amainó gradualmente y al despuntar el alba, sólo quedaban sus señas en los ganchos desgajados, los riachuelos que se deslizaban loma abajo por los zanjones horadados por las aguas y los enormes goterones pendientes de las hojas lustrosas de los bananos, reluciendo al sol que asomaba por los picachos de los montes Usambara. Selva descansaba exangüe entre las sábanas sudadas, sin fiebre, extremadamente pálida. Corrí hasta la casa de James Mwaipopo.

En menos de una hora, amontonados en el interior de un viejo y derrengado automóvil conseguido por el urafiki (amigo), con Selva envuelta en kangas, llegamos al paupérrimo hospital de Manundu. Sorteando los cuerpos de los pacientes tendidos en el suelo, alcanzamos el consultorio médico.

“Tifus –decretó el profesional indio–; ha habido muchísimos casos recientemente. Debe ser el agua del Pangani que se está usando, a donde, acarreadas por las lluvias, han llegado las basuras del pueblo y las excretas diseminadas por los eriales. ¡No entiendo cómo esta gente no es capaz de mantener funcionando la bomba extractora de agua y el filtro purificador! ¡Se las arreglan para destrozarnos cada quince días!”.

Recetó una inyección que ahí mismo le colocarían, y reposo y mantener controlada la temperatura. Nos abrimos paso hasta la sala de curaciones: Una silla y una pequeña mesa metálica corroídas por el óxido, el esqueleto de una camilla, un mechero para desinfectar los instrumentos mohosos, una palangana con agua. En un rincón de la mesa, el estuche con las jeringas. De sólo verles el tamaño, el grosor y el moho, Selva perdió los sentidos. Sostenida por mí y Mwaipopo, ofrendamos sus nalgas al enfermero tanzanio, quién la inyectó con deleite: ¡pocas oportunidades se le ofrecían de vengarse de la opresión de los Msungus en la tersa redondez de una nalga blanca! A la salida, otro amigo de James nos llevó de regreso a Korogwe.

Selva se fue recuperando lentamente. Sus compañeritas de la escuela iban a visitarla a escondidas de Chisongella. Comencé a detestar el atraso y el resentimiento indiscriminado que nos rodeaba. En contraste, la niña hacía ejercicio constante de su buen humor: en las mañanas, que comenzaban con la hora interminable que tomaba la tetera para hervir sobre el fundido plato de la ruinosa cocina eléctrica, nos sentábamos a desayunar té, acompañado de las eternas bananas fritas y maní triturado; Selva desplegaba frente a su puesto los dos o tres libros europeos de recetas culinarias, hojeando uno y otro, para anunciar alegremente la carta del día:

–Mamy, hoy ordenaremos waffles con Golden Syrup, brioches rellenos de pasta de langostinos mediterráneos y café a la turca,

con acompañamiento de mermeladas variadas y masitas danesas. No podía menos que reír, mientras se me hacía agua la boca.

Por junio pasaron Ann, Mary y otras religiosas a invitarme a participar en el Encuentro Bianual que tendría la congregación y que se realizaría, esta vez, en Tanzania, en Mwanza, en la ribera sur del lago Victoria. El tema en torno al cual se realizaría esta conferencia sería “Derechos Humanos en el Tercer Mundo”. No habría imaginado jamás que en África se me pudiera ofrecer una oportunidad tal de denuncia y reflexión, ante un grupo humano que convergía desde diferentes rincones del planeta y que, por tanto, mi mensaje sería conocido en las comunidades cristianas, tanto de las Américas, como de África, Asia y Oceanía.

Preparé mi intervención con bastante antelación, para poder disfrutar sin urgencias de última hora de un viaje relajado hacia el norte, atravesando lugares de conservación a los que me sería difícil acceder de otro modo. Conté con el tiempo necesario, debido a que se había decretado una nueva cuarentena por cólera, y las alumnas fueron enviadas a sus hogares, muchos de ellas en el otro extremo del país, de manera que no estaba sujeta al horario de mis obligaciones docentes. Esas semanas también sirvieron para que acabáramos de reponernos de nuestros traspiés de salud. Selva no quiso acompañarme; adujo que de vuelta de esas imprevistas vacaciones se realizarían pruebas, para las que no había recogido aún la materia tras la ausencia de clases por su enfermedad, y que aún se sentía débil y cansada, pero:

—Mamá, tú no tienes por qué quedarte. Yo estaré bien y quiero que vayas; sé que es importante para ti. Yo prefiero estar cerca de mis amigas. Seguramente me aburriría en ese viaje con puras “viejas”.

—¿Y quién cuidará de ti?

—Conversemos con los Bagalkote, ¿te parece, mamita?

Así lo hicimos. Munira estuvo encantada con la idea de tener una hija por unos días, una hija crecida a quién podría adornar con sus joyas y probarle sus saris fastuosos. ¡Lo pasarían muy bien! Mr. Bagalkote accedió gustoso, al ver tan contenta e ilusionada a su mujer. Samir ofreció su camita para acoger a Selva. Hube de sospechar que había habido conversaciones previas, sin que me percatara. (¡Las muy pícaras!).

Recién reiniciadas las clases, Miss Chisongella no vio con buenos ojos la ausencia de la irreverente profesora extranjera que, realmente, conseguía intimidarla: yo parecía la única persona en la escuela que no se doblegaba ante sus berrinches y confrontaba sus órdenes, cuando eran arbitrarias. Para evitar malentendidos, verbi gracia: intrigas y denuncias tergiversadas —que era lo que se estilaba en la “era-Chisongella”—, envié una carta al Ministerio de Educación en Dar-es Salaam, explicando la importancia de que mi voz alcanzara continentes tan lejanos y diversos, por lo que no querría desperdiciar la oportunidad. Obtuve autorización amplia, por escrito, y Chisongella se vio obligada a acatar.

De mañana partimos con Ann, quién venía viajando desde la capital en automóvil, rumbo a Arusha, donde se reunirían en una de las casas de la congregación con el resto de las hermanas cuyo trayecto pasaba por allí. Se juntó un grupo de mujeres conversadoras, afectuosas y solidarias entre sí. Partimos al tercer día, de madrugada, en dos Land-Rovers repletos de risas y cantos, cada cual resarciéndose de los meses de aislamiento en que les tocaba vivir su misión. Cruzamos las mesetas y sabanas que albergaban las reservas naturales, quizás las más hermosas de esa parte del continente. Las monjas me indicaban los lugares más señeros, como la Garganta de Oldubai, los lagos de Manyara (donde habitaba un sacerdote ermitaño) y Eyasi. Nos internamos por el

Parque Nacional de Serengeti, y subimos hasta el borde de la boca del cráter del Ngorongoro, con su bellissimo lago interior habitado por infinidad de flamencos rosados, en procura del hostel, donde yo pudiera acomodarme para contener la hemorragia menstrual que me afligía. Un pinchazo en medio del parque casi nos condenó a pasar allí la noche, rodeadas de búfalos, ñus, cebras, gacelas, leones, hienas, jirafas, rinocerontes, jabalíes, babuinos, avestruces, pájaros secretarios, grullas, buitres y otras aves de todos tamaños y colores. Habría sido una aventura bastante inquietante por la peligrosidad de la mayoría de los animales salvajes, pero, afortunadamente, la pericia de nueve mujeres juntas pudo más que los vericuetos de tuercas y fierros. Llegamos a medianoche a Mwanza, cansadas, hambrientas, sudorosas y empolvadas. Yo seguía menstruando copiosamente.

En la penúltima jornada me correspondió hacer mi exposición. Comencé con una rápida historia de los acontecimientos políticos que desencadenaron el golpe militar, para centrarme en las violaciones a los derechos humanos cometidos por la dictadura de Pinochet, y terminar con una reflexión desde el ángulo cristiano. La ovación de pie que me brindaron las casi cien delegadas a la Conferencia me emocionó hasta las lágrimas, asumiendo que ese homenaje no era para mí, sino para mi pueblo en lucha por la libertad y la dignidad humana.

SEIS

A medida que nos alejábamos de África, el servicio del avión mejoraba. La primera colación servida en el aire, sobrevolando Kenya y Etiopia, consistió en un pilau desabrido y rebanadas de paw-paw de postre. En Ankara cambiaron a los gordos y canosos sobrecargos por hermosas muchachas esbeltas y perfumadas. El desayuno continental con variedad de panecillos, mermeladas, embutidos y quesos, rompió nuestro dique de nostalgia de exiliadas, que volvíamos a Europa como quien retorna al hogar. La ansiedad por pisar suelo británico nos crecía en proporción a la distancia que disminuía. “Home, sweet home”.

Largo rato debimos esperar a que las maletas aparecieran en la rueda de equipajes. Todavía allí nos rodeaban el colorido y las voces de África, pero... ¡estábamos de vuelta en Inglaterra! Para alcanzar Oxford había buses directos desde el aeropuerto a la ciudad, así es que no sería gran problema trasladarnos. En las oficinas del hall de Heathrow averiguaríamos todo y aquí sí que nos proporcionarían las indicaciones precisas con eficiencia... por fin recogimos las valijas, dos de ellas descerrajadas y medio vacías, pero ya no importaba, ¡ya estábamos en casa! ¡Para qué reclamar! Bien sabíamos que el robo debió ocurrir en Kilimanjaro; ya nos habían advertido sobre las prácticas habituales en los aeropuertos de ese lado del mundo.

Empujando los trolés con bultos avanzamos hacia la salida. Era

un mar de gente esperando. Rostros y más rostros, manos alzadas en saludo, carteles con grandes letras mostrando el nombre de la persona por encontrar Al final del pasillo que abría la multitud para permitir avanzar a los viajeros, de improviso, identificamos la estampa alta y bien plantada de Antón ¡Había ido a esperarnos! Seguramente Lichi le había comunicado el regreso. Con la timidez acostumbrada, nos saludó, murmurando confusamente una bienvenida, encontrando a Selva muy crecida y a mí, muy delgada y pálida.

—Es que hace un mes que me operaron.

—No debiste viajar tan pronto.

—Ya no resistía un día más allá.

—Pero, tú buscabas eso...

—Cierto. Errores se cometen muchos en la vida y éste fue uno de ellos.

—Me alegro... de veras, me alegro que estés de vuelta. Temí no volver a verte.

—¡Sht!

El trayecto en auto entre Heathrow y Oxford fue un parloteo incesante. Selva trataba de contarle “todo” de una vez al tío, él reía y nos interrogaba. Volvíamos a contar otra anécdota y, por último, los tres hablábamos al mismo tiempo. Fue una hora feliz, hecha de muchas felicidades pequeñas. Me di cuenta de cuánta falta me había hecho el amigo, él siempre dispuesto a ayudarme, sin condiciones, sin preguntas, sin cuestionarla, sólo dichoso de compartir lo que yo quisiera entregarle.

Durante nuestra ausencia, la familia de Lichi y Raúl había crecido con la llegada de Victoria un mes después que partiéramos a Tanzania. Ahora la pequeña ya caminaba... y lloraba día y noche. Por su parte Silvita reconocía nuestras muestras de ternura

y disfrutaba de los mimos que le prodigábamos. En la pancita de Lichi se incubaba su tercera criatura, la segunda de la pareja.

Los días que siguieron fueron de afanosos trajines: visitar a los viejos, reinsertarnos en el sistema estatal de ayuda social —pues no contábamos con otro medio de subsistencia—, ver al médico para chequear alguna de las molestias que acarreamos desde África: parásitos intestinales, erupciones cutáneas, las secuelas y rémoras de mi malaria y del tifus de Selva. Por unas semanas, permaneceríamos en la casa de Lichi —que ya no era la de Masons' Road, sino en el barrio de Rose Hill—, sobre todo para ayudarla con las labores domésticas que se le estaban haciendo demasiado pesadas en su estado. De este modo, dispondríamos de tiempo para buscar con calma algún departamentito donde instalarnos independientes, en el futuro.

El treinta de mayo nació Daniel, un bebe paciente y sanito, que trajo alegría sobre todo a Silvita. Lichi tuvo una difícil recuperación con una profunda depresión postparto. No me habría atrevido a dejarla sin nuestra ayuda, a pesar de mis propias fuerzas debilitadas por la operación en Moshi y de la que no había tenido oportunidad de reponerme. Por su parte Selva se sentía confundida con el disgusto constante de su hermana por sus hábitos adquiridos en Tanzania; la hostilidad creciente de Lichi y su mal genio permanente indicaron que el momento de hacerse de un hogar propio había llegado con gran urgencia. Raúl, ausente durante todo el día en el Politécnico donde estudiaba, no comprendía nuestro apuro por alejarnos; habíamos mantenido siempre relaciones cordiales y, desde luego, no se percataba de la molestia indefinible de su esposa. Yo conocía con demasía el carácter de mi hija mayor, por lo que quise evitar que la convivencia se deteriorara a extremos irreparables. Entendía que sentía invadida su privacidad e interferida en su intimidad, molesta por la colaboración insuficiente que le brindábamos, recelosa de

la espontaneidad y lozanía de su hermana menor.

Con la ayuda de Pedro , que en esos días se mudaba de su “bed-sit” en una casa repleta de estudiantes extranjeros a otro lugar más tranquilo, hicimos los arreglos para instalarnos por nuestra cuenta. Poco y nada poseíamos; Lichi había quedado con los enseres y muebles de la casa de Masons’ Road y lo que llevamos a África, allí se quedó. Afortunadamente, esas habitaciones que combinan espacio para dormir, estar y cocinar, se arriendan con un equipamiento mínimo. Por lo menos, teníamos cocinilla y un pequeño refrigerador, amén de olla, vajillas y servicios. Con crédito por catálogos pudimos hacernos de ropa de cama y cubrir otras necesidades. Parecía tan difícil volver a empezar, pero ambas afrontamos los aprietos con optimismo y buen humor. Establecernos permitía que Selva se ubicara en la escuela del barrio que le correspondía y así regularizar su escolaridad, ahora que el verano llegaba a su fin y que se iniciara el año de clases.

Así, pues, llegamos a Summertown en el norte de Oxford. Poco a poco nos fuimos fabricando un quehacer cotidiano retomando contactos con la comunidad de exiliados chilenos y otros latinoamericanos, reanudando amistades, recorriendo los tan añorados rincones de la ciudad. Nos sentíamos más unidas que nunca, pues la compartida experiencia africana nos había enajenado por igual, de una cierta manera, de la sociedad a la que regresábamos; los antecedentes referenciales de ambas sólo obtenían respuesta de la una a la otra; el resto no podía comprenderlos. Confiábamos en que, gradualmente, seríamos capaces de volver a construir un lenguaje con datos comunes al entorno social en el que nos hallábamos.

En ese tiempo fuimos visitadas con frecuencia por los jóvenes

exiliados, que no cesaban de inquirir detalles sobre ese continente de fábula al que la compañera había tenido la osadía de ir a trabajar —y sin marido— (de ahí la “osadía”). Selva se encontró otra vez con su amiguito Cristian, buscó a sus antiguas amigas de escuela, fue a Coventry a ver a su entrañable amiga Valentina, hija también de una refugiada con quien yo había coincidido en varios lugares donde la ocultara la Iglesia antes de nuestra salida de Chile. Se me iba el día tratando de rearmar la vida en torno a intereses humanos, políticos, sociales y culturales. También, buscaba trabajo, aunque no me había recuperado completamente.

Llegó a mis manos una modesta revista publicada por la comunidad latinoamericana en exilio, en Londres, “El Chasqui”. Comencé a colaborar con cortos comentarios y simples poemas sobre la realidad que se vivía en esas circunstancias. Participar en dicha publicación me entregaba un sentido de pertenencia del que, hasta la fecha, había carecido desde el arribo al destierro. Por algún motivo relacionado con mis escritos, debí mandar una carta al director de “El Chasqui”. Inesperadamente, recibí respuesta y así se inició un diálogo sobre temas sociales y políticos. Haber llegado a personalizar la problemática de otros refugiados de diferente nacionalidad, me permitió descubrir en dimensión más íntima la tragedia común que, hasta entonces, sólo había atribuido a los chilenos y vivencíé la universalidad del drama humano derivado de las ideologías imperantes a sangre y fuego.

En el otoño, Selva ingresó a la Cherwell Secondary School. Las necesidades eran tantas, que apenas hubo dinero para adquirir una única blusa para ir a clase. La familia, en esta circunstancia, fue ciega y sorda: ni mis padres, ni las hijas mayores quisieron percatarse de la situación de extrema estrechez por la que pasábamos. Felizmente, cuando empezaba a arreciar el frío, llegó al

banco de Oxford el depósito de ahorro hechos en Tanzania seis meses atrás. Salimos a apertrecharnos de ropas gruesas y botines para hacer frente a la nieve que ya comenzaba a caer con la lluvia.

El tiempo en África nos había puesto más que un paréntesis en nuestras vidas de exiliadas. Aunque no lo hubiéramos elaborado intelectualmente, el roce con esa cultura tan diferente, en que los valores ancestrales subyacían bajo la capa corruptora del barniz occidental distorsionadamente adoptado, había distanciado más aún nuestra visión del mundo de aquella común de los demás chilenos. La mezquindad del diario vivir, el comentario pequeño, la curiosidad malsana de conocer la intimidad ajena, si antes no orientaron nuestras actitudes, ahora menos nos interesaban. Habíamos adquirido más serenidad a través de la perspectiva de lo verdaderamente importante para la existencia humana. Fue la rigurosa experiencia de África la que nos los mostró.

Así, la convivencia con el ruido ininterrumpido de los estudiantes iraníes, venezolanos y chinos en la casa de Summertown, aunque nos privó de muchas horas de sueño, no logró sacarnos de casillas. En esa complicidad tan especial que había nacido entre ambas, podíamos bromear durante nuestros insomnios sobre el desorden reinante en el edificio, más allá de la puerta cerrada de nuestro bed-sit. No era el mejor sitio del mundo para vivir, pero era Oxford, otro Oxford que no habíamos conocido antes, en un barrio residencial de clase media, con una calle principal llena de restaurantes especializados en comida fina, tiendas de menestras de lujo y almacenes de artículos exóticos, Bambury Road.

A fines de octubre, los “chiquillos” llegaron entusiasmados a proponernos mudarnos a la casa en donde Pedro arrendaba una pieza. En el primer piso se desocupaba una habitación en esos días. Allí vivía menos gente que en donde estábamos ahora y no todos eran estudiantes, y si lo eran, no tenían padres adinerados,

circunstancia que condicionaban de manera drástica la conductas sociales de la juventud de la casa de Summertown. El 7 de noviembre del 80, cargamos nuestros cachivaches en el auto de Farit en un día resplandeciente de sol sobre la primera alfombra de nieve compacta de ese invierno.

La casa de Kingston Road era una antigua residencia victoriana, de arquitectura típica. El dueño del inmueble era el viejo John, un inglés bajito, calvo, de despejados ojos celestes, guiñando bondadosamente detrás de sus gafas redondas de metal dorado. A la llegada de las chilenas salió de su madriguera con el manojito de llaves abultándole el bolsillo lateral del pantalón arrugado. Nos explicó el manejo de los artefactos y contadores individuales de luz y gas: todo funcionaba con monedas con que el usuario debía alimentar los medidores.

La habitación era alargada; al fondo, la ancha ventana daba a un jardín de añosos árboles, prado y flores rodeados de una gruesa pared de ladrillos cubiertos de musgo. No era una pieza hermosa pero sí de gran carácter.

Los meses de inviernos fueron bastantes crudos; el jardín se cubrió muchas veces de nieve. Hice amistad con un petirrojo rezañado que solía pasear saltando vivazmente sobre el murallón, a la expectativa de semillas milagrosamente ocultas entre los ladrillos y de insectos refugiados bajo la corteza agrietada del tronco del manzano. Yo levantaba un tanto la guillotina de la ventana para dejarle migas sobre el alféizar. El ave se acercaba a saltitos volteando la cabecita en todas direcciones, presto a huir.

Diana ya no estaba en Oxford. A la caída del gobierno laborista en 1979 cesó el programa de apoyo a los refugiados latinoame-

ricos. Diana quedó cesante, por lo que retomó estudios en la universidad de Sussex. No obstante, seguíamos en contacto esporádico. Suplía, lo mejor que se podía, el servicio de Diana —con la ayuda de Inés y Héctor—, ayudando en simples tareas de orientación por la maraña burocrática a los nuevos exiliados que iban llegando.

A mis padres los visitaba varias veces a la semana; había reasumido mi rol de acompañante e intérprete para ellos, ya que Nana estaba en Grecia, casada con un joven profesor que conoció a su paso por Oxford. El viejo estaba tan desagradable y negativo como de costumbre. Lo que me preocupaba era la soledad de mi madre, el aislamiento al que la condenaba la agresividad verbal y la actitud antipática del marido hacia los demás chilenos; sobre todo, me inquietaba saberla a merced de las humillaciones, burlas y el menosprecio que él le prodigaba a diario. No lograba desentrañar el misterio del profundo resentimiento que separaba, desde que tenía recuerdos, a esos dos seres que ya llevaban casi seis décadas unidos... y peleando sordamente.

Las actividades solidarias eran escasas. La lucha contra la dictadura se daba principalmente en Londres. Sin embargo, cada vez que se daba la oportunidad, se salía a las calles de Oxford, se asistía a foros con trabajadores, o a debates de estudiantes o de las iglesias. Yo tomaba parte activa de ellos porque el “caso chileno” había que mantenerlo en la mira pública para no permitir que decayera el boicot a Pinochet. Manteníamos viva la llama con la ayuda de programaciones de Films chilenos en clubes de cine. En esos años se volvieron a dar películas que marcaron época, como “El Chacal de Nahueltoro”, o “Estado de Sitio” —donde el padre de Selva había hecho un rol de extra, lo que le permitió a la niña “conocerlo— o documentales filmados clandestinamente sobre la situación post golpe, y el magnífico “La Batalla Por Chile” .

En los años transcurridos, siempre estuve escribiéndome con mis compañeros de procesos en Bonn. Con Manuel hablamos de la posibilidad de escribir un libro sobre la experiencia sufrida en Colonia Dignidad. Me entusiasmó la idea, pues le daría un sentido inmediato a mi existencia, que iba un poco a la deriva.

Quedé de ir a visitar a Manuel a Berlín.

Por la primavera del 81 me llegó una invitación para dictar charlas en actos solidarios a realizarse en Berlín. Selva se podía quedar en casa de su hermana, gracias a que las relaciones interfamiliares se habían compuesto satisfactoriamente; John cuidaría de las plantas de interior que adornaban nuestra pieza; los pasajes los pagarían las organizaciones invitantes.

—Mamita debes ir a Berlín. De mi no te preocupes; yo estaré bien.

—¿Estarás segura, queridita? Tú sabes lo difícil que puede ponerse tu hermana.

—¡Psh! Te prometo que no haré nada que la disguste. Le ayudaré con las cosas, no opinaré jamás y me borraré del mapa cuando llegue Raúl: confía en mí: ya voy aprendiendo a mantenerme a flote con Lichi. Anda, mamá. Total, es por una semana solamente y las dos sobreviviremos a la separación —bromeó.

Una vez más esta joven hija mía me alentaba a seguir mi camino, allanándome los inconvenientes, poniéndose en segundo plano, no pidiendo nada para sí. Con razón la adoraba.

Berlín me fascinó desde la llegada a Tegel: las anchas avenidas, los viejos edificios llenos de historia, los vastos parques en esa isla amurallada, el Grünewald, las ruinas, los museos, los barrios de emigrantes, la U-Bahn la puerta de Brandenburgo, la Alexander Platz, el Reichstag, Charlottenburg, el Wannsee, Spandau con

su Rudolf Hess tras los muros grises.

Todo se instaló en mi mente en confuso desorden de sentimientos. Por una parte, los lejanos ancestros germanos despertaban en mi espíritu una nostalgia inesperada. Por otra, antipatía instintiva producida por el contacto con la cultura represiva del colegio de mi infancia, el repudio indignado de los crímenes de guerra de ese pueblo, y la repugnancia adolorida que me inspiraba la existencia de una Colonia Dignidad, me hacían rechazar cualquier afección como una debilidad culpable. No obstante, tenía que admitir que los ciudadanos alemanes con que me había encontrado en la lucha por establecer la verdad y conseguir que se hiciera justicia eran decentes y generosos. No era cuestión de raza o nacionalidad; era asunto de ideología y carácter. Los símbolos que me ofrecía Berlín eran de significación controvertida.

Las conferencias y encuentros con grupos de derechos humanos berlineses se sucedieron unos tras otros a lo largo de la semana. Fue interesante dialogar con mucha gente joven y con alemanes de gran sensibilidad por la tragedia de otros pueblos, en memoria de su propia historia. Me llamó la atención que estuvieran convencidos que el caso de Chile se trataba de otro Yakarta, cuyas víctimas fueron sólo los comunistas. Me di cuenta que el discurso de los compañeros exiliados en Berlín había reducido la epopeya emprendida por todo el espectro de la izquierda chilena, a una lucha propia y exclusiva de comunistas. Con firmeza traté de hacer claridad, en nombre de la honestidad y la justicia.

Alojé en casa de Manuel. Conocí a su compañera y a sus pequeños hijos. Paseé con ellos y fuimos de compras a la feria del barrio. Conversamos hasta tarde por las noches, cocinamos juntos, recordamos. También soñamos con un mundo mejor. Ana, Anita y Luis Emilio: eran ellos los que habían rearmado el puzzle

de la vida de Manuel, después de la persecución que padeciera en su patria.

Lo del libro quedó sellado: lo escribiría según mi propio criterio, con la colaboración que solicitaría a mis compañeros de padecimientos. El Partido se encargaría de la publicación, desde “el otro lado” (de la Cortina de Hierro!!)”

A la vuelta me instalé a planificar el trabajo sobre Colonia Dignidad. Quería producir algo distinto de la denuncia panfletaria que caracterizaba a la mayoría de los documentos emanados del exilio en ese tiempo. De alguna manera, intentaba reflejar el salvajismo desproporcionado de la represión sobre ciudadanos corrientes, vecinos entre sus vecinos, jóvenes o maduros, estudiantes, obreros o profesionales –cuya gran culpa era tener una visión de sociedad diferente, protegerse de la opresión del sistema y solidarizar con los perseguidos del régimen–, sin recurrir a los clichés ni al lenguaje propios de la literatura testimonial de la izquierda. También buscaba explicar, y explicarme, la causa que hacía posible la existencia de un enclave como el de los colonos alemanes en Parral, en el corazón de mi “patria tan amada”. Para ello, necesitaba hacer historia y para hacer historia había que investigar.

Mi paso por la Universidad de Oxford me brindaba la posibilidad permanente de hacer uso de sus archivos y bibliotecas. Me dirigí al Latin American Centre –un importante centro de estudios del tema latinoamericano–, dependiente del Saint Anthony’s College. El director, un leal amigo de los chilenos, había estado en Chile en un centro de estudios sociales, durante el gobierno de la Unidad Popular. Allan Angel fue importante impulsor de las políticas de acogida del gobierno laborista británico a asilados

políticos chilenos, desde que buscó medios para salvar y proteger a sus ex-colegas en peligro, después del golpe militar. Todo refugiado que necesitara su apoyo académico siempre encontró expedito el acceso a su oficina.

Con Allan discutí mi proyecto. El aportó sus opiniones, su aliento y las facilidades para hacer uso de libros y documentos, y de un rincón permanente en la biblioteca del Centro. Hice un acucioso recorrido por la historia de mi país, desde los ancestros mapuches, pasando por los conquistadores españoles, la colonización europea, hasta la instalación de inmigrantes alemanes en el sur y su rol de apoyo a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Luego, la llegada, en los años 60, de los nuevos colonos de Parral, que instalaron un mundo propio y exclusivo en medio del territorio nacional y levantaron un nuevo imperio económico insospechado. Fue un estudio largo y cuidadoso, de descubrimiento de raíces, de estupor, también, ante la revelación de las artimañas del poder, que nunca antes me había dado a conocer la historia oficial. Entendí la racionalidad de la existencia de una Colonia Dignidad y de su involucramiento a mansalva en la vida cívica de la nación, en la lógica del esquema socio-cultural, económico y político de las estructuras de poder de la sociedad “occidental y cristiana” –como tanto gustaba definirse a los defensores del feroz capitalismo en expansión.

Pasaba días enteros entre las estanterías de las diferentes bibliotecas de Oxford, pues no sólo frecuentaba las de la universidad, sino que acudía a cuanto espacio cultural pudiera proporcionarme el conocimiento que necesitaba. Por las tardes llegaba a tiempo para recibir a Selva con una buena cena caliente que compartíamos junto con las novedades del día. De un lado, era el mundo juvenil de la vida escolar; del otro, la materia que se iba acumulando en fichas bibliográficas rigurosamente ordenadas. Me esforzaba por extender nuestras vidas hacia el resto de la pa-

rentela y cumplíamos con los deberes familiares con la responsabilidad propia de una consciencia política y social consecuente. A veces, hubiéramos preferido pasar la tarde bajo el manzano del jardín de Kingston Road, ya entrado el verano, escuchando las vibraciones de la naturaleza a su rededor, o tendidas en la cama alienándonos con televisión; pero, partíamos en sendas bicicletas (lo primero que adquirimos apenas reunimos el dinero necesario, de vuelta de África) a visitar a los abuelos o a Lichi y su prole, u organizábamos imaginativos pic-nics en los prados de los respectivos domicilios. Mi anciana madre sonreía con melancólica nostalgia con las fantasías de esta hija que no terminaba de conocer, y eso compensaba con creces mis renunciadas. Los niños de Lichi gozaban de las gracias de la tía Selvita y con los cuentos de la granny, como de un fabuloso recreo dentro de sus viditas correctamente estructuradas por su madre, lo que a “estas locas” llenaba de pícara alegría.

En esos meses, Marta escribió desde Alemania; por múltiples razones, había debido alejarse de Simanjiro y partir de regreso a Europa.

A los tres días, al atardecer, sonó el timbre de la puerta principal y ahí estaba ella, con sus maletas en el suelo y las alforjas colgando de sus hombros llenas de trastos asomando por cada resquicio, con sus doloridos ojos claros interrogantes bajo los mechones ensortijados de la melena de color melado. Algo tremendo, que no quiso contar, había de haberla empujado lejos de África. Estuvo con nosotras alrededor de un mes, con sus “eses” y sus “cees” extrañas, meditando con la cabeza gacha sobre sus trabajos de artesanía, o ausente durante toda la jornada, para entrar rendida por la tarde, de tanto hurgar por los bazares de cosas usadas en busca de rarezas, o perdida por quién sabe qué recodos de las callejuelas medievales.

Una mañana nos avisó que partía, que ya estaba curada de su pesar, y se fue, más cargada que a la llegada y con los ojos con el mismo dolor.

Selva tenía un motivo particular para recordarla con cariño y gratitud: con sus argumentos calmados y lógicos había conseguido lo que sus ruegos de muchos meses no habían logrado: el permiso maternal para trabajar en tareas domésticas menores, como era lo habitual entre los estudiantes europeos, costumbre que yo aún no quería aceptar.

Por ese tiempo, había estado en el médico, quién me derivó al departamento de oncología del Churchill Hospital. Debía operarme con urgencia de un tumor superficial en la mama. Como de costumbre, nada dije a la familia; sólo arreglé con la amiga de Coventry que invitara a Selva por unos días.

Cuando llegó el momento, partí temprano en el triciclo a la parte alta de la ciudad, donde era la cita. En la mañana me prepararon, al mediodía entré a pabellón. En menos de treinta minutos, el equipo médico exhibía ante mis ojos un racimo blanco de minúsculos gránulos, extraído de mi pecho. Descansé en la sala, mientras controlaban mis reacciones a la anestesia local y a la manipulación de la intervención. Luego, me vestí, fui al aparcadero del establecimiento, cogí el triciclo y pedaleé a través de la ciudad. Ya cerca de Kingston Road, el efecto de los analgésicos había desaparecido y las últimas cuerdas fueron difíciles de superar. Me tendí en la cama cuando el sol llegaba al ocaso, tiñendo las paredes de la habitación de sangre y oro. Sentía como si el peso del mundo abrumara mi vida, sola, sin apoyo, sin consuelo, sin esperanza. Al día siguiente, después de ir a la curación de la herida, me detuve frente al monasterio de los Blackfriars.

Me atendió el hermano portero, Kevin:

–I think you should see one of the Fathers, my dear. Wait a moment, please, dear.

Y Herbert, que pasaba en ese instante por el corredor, apareció en mi vida. Le conté mi reciente experiencia, de mi sentimiento de orfandad, de mi incapacidad de comunicarse con dios y con los hombres y de cómo extrañaba el regazo protector de la religión como la había conocido en Chile. Le hablé de soledades, de desesperanzas, de mis miedos, del vacío inmenso de mi existencia sin propósito trascendental.

El tiempo transcurrió como si nada; al final de la entrevista sentí el alma aliviada; la simple acogida afectuosa había quitado mucho de la carga que me oprimía.

–Ahora iré yo a verla –prometió el monje–. Si no insisto, seguramente Ud. no volverá. ¿A qué hora descansa de escribir? No quisiera interrumpirla.

Pensé que ciertamente le había desbaratado todos los planes de esa mañana al religioso y comencé a disculparme. Herbert sonrió con su bonachón aire irlandés y contestó con sinceridad:

–Cierto; pero, dígame: se supone que los curas estamos, ante todo, para escuchar a los otros, ¿o no?

No sólo cumplió con aparecer periódicamente por Kingston Road, sino que, además, envió a una de sus discípulas de la cátedra de teología a visitarme: Mary. Ambas simpatizamos de inmediato. No obstante, a pesar de todo, no logré reencontrarme ni con dios ni con los hombres. La religión del pasado parecía haberse agotado en la materialidad del presente. El diálogo con los otros se producía solamente en determinadas oportunidades y en planos generales... y esos “otros” eran muy escasos.

Amnesty International, en Londres, con quienes colaboraba estrechamente en la denuncia de violaciones de derechos humanos de la dictadura militar, me puso en contacto con los productores del canal de televisión de la BBC. Se proyectaba una serie de programas sobre el tema, que se titularía “Prisioneros de Conciencia”. Habían elegido dramatizar, entre otros, el caso del joven anglo-chileno William Beausire, mi desaparecido compañero de prisión en “La Discothèque”. Querían conocer los detalles cotidianos de esas semanas que pasamos juntos en poder de la policía secreta chilena.

Por ese motivo, me reencontré con Dick, un investigador de Amnesty, con quién había trabajado en varias oportunidades; también participaba en la realización del film. Este fue un hecho afortunado, ya que para mí se hacía cada vez más difícil enfrentar el pasado que con tanto empeño había tratado de enterrar. Contar con Dick, quien conocía la profundidad de mi experiencia, significaba un apoyo y un alivio inigualables. Sin él, no habría sido capaz de atravesar, una vez más, mi “desierto”.

Este programa televisivo trajo la reactualización del tema de la violación de los derechos humanos en Chile, en la perspectiva de las nuevas alianzas industriales, comerciales y de material bélico que se gestaban entre los gobiernos de Pinochet y Thatcher. Fue una época de gran demanda para cubrir conferencias y charlas informativas a grupos de Amnesty en universidades e iglesias, en toda Inglaterra. Como los refugiados dispuestos a perturbar sus vidas con este tipo de actividades eran pocos, me hice acopio de coraje para salir a este frente nuevamente, a exponer mi privacidad, mi tranquilidad, mis emociones: estimaba que era mi deber hacerlo.

Era buena conferencista y me solicitaban constantemente. En mis intervenciones siempre trataba la globalidad del problema en Latinoamérica y en Chile, y no dejaba de denunciar la existencia de Colonia Dignidad y otros centros de torturas, así como tampoco esquivaba tocar el origen de las causas políticas de dichas violaciones.

El recuerdo del compromiso adquirido con Bill, de buscarnos mutuamente en el caso que alguno de los dos “apareciera”, me atormentaba sin cesar; desde África, nada había hecho por el compañero de penurias. A medida que avanzaba en la investigación de Colonia Dignidad, la idea de que Bill podría encontrarse en el enclave de los colonos alemanes en Parral, fue tomando cuerpo. Compartí mi inquietud con Dick y entre ambos concluimos que esta investigación debía ser impulsada desde su dimensión particular a otra más general, y para ello era necesario contar con una infraestructura mínima adecuada.

Entretanto, el libro iba tomando cuerpo. Me había comunicado con los otros testigos en el proceso de Bonn –Gerardo, Iván y Manuel–, quienes grabaron las respuestas a sus preguntas para una imaginaria entrevista, en que relataban su vivencia interior del paso por Colonia Dignidad; intentaba esbozar el perfil humano de mis compañeros de calvario. Me tomó varios meses completar los datos requeridos, con cartas que iban y venían de Oxford y los lugares donde se encontraba cada uno de ellos.

Era éste un trabajo penoso, en que sentía que cada día un jirón más se iba desgarrando de mi alma. No sólo cargaba con mis propios recuerdos y traumas, sino que me echaba encima la experiencia de los otros, y el peso de tanto dolor iba oscureciendo el horizonte de mi existencia, a la vez que me apartaba del resto

de los seres humanos. En ese tiempo corté mi relación con Antón; tuve algunos encuentros ocasionales con dos o tres hombres que pasaron a mi vera, pero no pudo, o no quise, consolidar nada serio porque nada ni nadie conseguía conformarme. A los demás chilenos casi no los veía y si sucedía, no lograba traspasar la coraza de mi enajenación. Cumplía con las visitas a mis padres y a Lichi y su familia sin lograr distraerme de mi inquietud fundamental.

Selva me mantenía unida al mundo circundante, en el deber que me imponía a mí misma de no desatenderla y de no perturbarla con mi angustia. Sí, Selva y el recogimiento frente a las cosas sencillas que me ofrendaba la vida: los paseos solitarios por las márgenes agrestes del Isis —nombre que toma el Támesis a su paso por Oxford—, o por la pradera oculta que se extendía detrás de la urbanización de Kingston Road hasta la ribera del río. También en las largas noches sin sueño, solía asomarme, a la proximidad del alba, a la ventana que daba a la calle, a oler el perfume íntimo del pan recién horneado que sacaba a esa hora la panadería vecina. Me arropaba bien, calzaba las botas gruesas, para deslizarme bajo los copos de nieve hasta la puerta de la trastienda y comprar una hogaza crujiente, que subía a compartir en secreta complicidad en la habitación de Pedro. Para ambos era como buscar en la miga caliente, rebañada en la mantequilla derretida, el olor y el sabor de la madre tierra, extraviada con tanta civilización. Cuchicheábamos entre risas sofocadas, para no despertar al resto de la casa, mientras dábamos cuenta de la merienda clandestina, hasta que de improviso se abría silenciosamente la puerta y aparecía Selva en camisón, reclamando su parte del banquete. Selva, los paseos por la naturaleza, el pan y Pedro me anclaban a la orilla de la realidad.

Otro llamado a lo cotidiano fue la operación de cataratas de mi padre. Ello significó suspender por unos días el enclaustramiento

to. Además de la tramitación del caso, hube de acompañarlo a su internación y, luego, estar a mano para officiar de intérprete cada vez que fuera necesario. Con la excusa de la cercanía del hospital a nuestro domicilio, pude convencer a mi madre de quedarse unos días con nosotras en Kingston Road. Dos veces al día caminábamos lentamente, del brazo, hasta la Radcliffe Infirmary, a visitar al paciente. El viejo hacía alarde de su fortaleza, mientras la anciana se desvivía acomodándole las sábanas y ofreciéndole alguna golosina, a la par que le hacía mil recomendaciones y reconvenciones. De regreso a la casona victoriana, mi madre tomaba asiento junto a la ventana de la calle y desde allí disfrutaba del panorama humano que transcurría tras la vidriera, comentando y dicharacheando, recordando otra calle, otra gente, otro mundo: su rincón osornino. Me conmovía ante esa alma que se iba volviendo niña otra vez, tan endeble y vulnerable, que me hacía experimentar una triste ternura y piedad.

Los ficheros repletos de tarjetas, los papeles escritos ordenados en carpetas, libros con señalizadores regados por repisas, mesas y camas, hablaban del cúmulo de trabajo ya realizado. Era tiempo de acabar esta tarea: había sido absorbente y ya estaba cobrando un costo alto en mi salud; estaba agotada, pero contenta de haberme dedicado a ella a conciencia. La redacción final no tomó mucho y a principios de ese invierno, a fines del 81 e inicios del 82, pude cerrar, aunque no más fuera por un tiempo, ese capítulo de mi vida. No quedaba sino esperar la opinión de la gente de Berlín, para saber coronado mi esfuerzo.

La proximidad del fin de año nos trajo otros cambios; el Municipio nos asignó una vivienda individual. Era un pequeño departamento, en otro barrio de Oxford, apropiado para acomodarnos confortablemente. Selva tendría su propio dormitorio y

por fin contaríamos con baño privado; la cocina-comedor y la salita de estar con amplios ventanales tenían buena calefacción. La noche del día que fuimos a ver la nueva “casa”, nos dormimos tarde, haciendo planes, sacando cuentas, viendo como obtener el moblaje que no poseíamos y las cortinas imprescindibles.

Unos días después de la mudanza, nevaba a destajo. Por el ventanal contemplaba los copos que iban formando una blanda alfombra en el patio trasero y se trepaban lentamente por la tapia del fondo. Un llamado telefónico –el aparato instalado decidimos conservarlo, a pesar de nuestros escasos recursos– me previno de la venida de un periodista. Parecía que retornaba al ritmo normal de lo que había sido mi vida en el exilio: entrevistas a la prensa, programas en tevé, conferencias, desplazarme de un lugar a otro para ir despertando conciencias frente a la escalada mundial de deshumanización en esta sociedad confortable.

Esta vez se trataba de ir a Manchester, a un programa en vivo en T.V. El viaje en tren de cálido ambiente y mullidos asientos, fue hermoso, sobre todo por la travesía de extensos campos nevados.

Esa noche me reuní con el equipo de producción. Como iniciaran un verdadero interrogatorio sobre los pormenores de las torturas que me infligieran, debí precisarles que había asuntos que me negaba a profundizar y que en toda circunstancia permanecerían intocables. Expliqué que aún no me sentía capaz de enfrentar ciertos hechos y que, menos, estaba preparada para exponer públicamente sucesos que habían herido lo más hondo de mi intimidad y mi dignidad de persona, sucesos que, a toda costa, no deseaba que conocieran mis familiares. Expresé que mi posición era intransable y que pedía comprensión y respeto, porque actuaría en consecuencia.

Al día siguiente, en el imponente estudio de TV de Manchester,

sucedió justamente lo que había prevenido a la rueda de periodistas: cuando la entrevistadora insistió ante cámara en hurgar en el tema de los abusos a que fuera sometida, simplemente la fulminé con la mirada —la que Selva llamaba la “mirada terrible de la mamá”— y no pronuncié ni una palabra más en el resto del programa, haciendo fracasar, naturalmente la espectacularidad que la mujer pensaba obtener con detalles morbosos del reportaje. De salida, pedí ser llevada inmediatamente a la estación de ferrocarriles para esperar allí el primer tren que pasara hacia el sur. No abundé en explicaciones a nadie, ni me dirigí a la periodista, quien no había comprendido que la palabra comprometida es un valor todavía vigente para algunas personas. Procuraba siempre ser leal a mis principios: al fin de cuentas, la honestidad era el único legado que podía dejar a mis hijas para enfrentarse a la vida honorablemente.

Una carta y un telefonazo me calmaron la indignación. “Él” estaba en París, presentando su tesis de doctorado; antes de regresar a América, quería vernos, ¿sería bienvenido?

Habían pasado varios años desde que lo tuviera cerca, pero en todo ese tiempo había estado presente en mi vida, facilitándome contactos desde la lejanía —como cuando estuvimos en África—, compartiendo mis inquietudes, sugiriendo, reconfortando, alentando. En cada minuto de mis días, “él” había sido el elemento vital de mi accionar. Era parte de mí, inseparable como la circulación de mi sangre o la respiración que me permitía existir, inspiración y destinatario, “él” era mi vida...

Lo esperé en Gatwick, el aeropuerto al sur de Londres. Temblaba de expectación, insegura de la impresión que causaría, con las sudorosas manos heladas, sintiendo la falda muy corta, la cha-

queta fuera de tono, el cabello demasiado lacio, mi nariz muy fea; con ganas de escapar antes de ser vista con ojos críticos. De pronto, sólo supe de su voz que me llamaba detrás mío, de su mirada enternecida, del afecto de siempre en el abrazo que me levantaba por el aire. Una vez más controlé mis impulsos y correspondí al cariño fraternal con la mentira de mi cariño de amiga. Sentí la inmensa tristeza que empañaba desde el principio cada encuentro, conociendo de antemano la partida, desde que había entendido que lo amaba.

Recorrimos mis rincones predilectos, descubrimos nuevos tallados en la capilla del Merton College, nos asomamos a los pretilos de las exclusas del Isis a lo largo de Oxford, exploramos las praderas enclavadas en medio de la ciudad, subimos a la torre de Carfax y oteamos el horizonte como lo hicieran siglos y siglos antes los conquistadores normandos. Nos apropiamos de la mesita junto a la ventana en el pub medieval, adonde íbamos a parar al final de nuestras correrías. A veces, no hablábamos, sino que enlazábamos las manos y dejábamos pasar la vida a nuestra vera, detenidos en un instante irrepetible robado a nuestras realidades.

No llegaba respuesta concreta de Berlín, respecto al libro sobre Colonia Dignidad: Las cartas de Manuel eran cada vez más evasivas, lo que me producía gran desazón, pero no me detenía en el camino de mi devenir.

El contacto permanente con Wendy me había valido conocer varias revistas literarias de chilenos exiliados, editadas en diferentes lugares. Comencé a enviar cuentos y poemas, que fueron bien recibidos. También aparecieron trabajos míos en inglés, en publicaciones británicas. Escribía mucho, como una válvula de

escape de todo lo que no era capaz de comunicar en otra forma a quienes me rodeaban.

La casa de Lake Street nos ofrecía un agradable pasar, aunque no había conseguido un trabajo remunerado. Buscaba un empleo que, en mi condición física, pudiera desempeñar tras un escritorio. La operación en África me había dejado bastante frágil, lo que sumado a la intervención reciente y el impedimento de las piernas, que no me permitía demasiado trájín, era un serio obstáculo para engancharme en las colocaciones de servicio doméstico que conseguían las demás refugiadas.

No obstante, me las arreglaba, sobre todo debido a la distribución estricta que hacíamos –Selva y yo– de los recursos sociales. El departamento lo habíamos terminado de alhajar con las sobras de nuestras amistades y con el menaje recogido en los depósitos municipales de mobiliario desechado. Ahorrando de uno y otro ítem del presupuesto, logramos alfombrar el living de helado suelo de cemento, y del ejército de salvación obtuvimos artefactos eléctricos básicos, para aliviarnos las tareas domésticas. Destinábamos, incluso, algo para libros y revistas culturales. Claro, el vestuario superfluo y los alimentos delicados no estaban en la lista de prioridades. Vivíamos estrechamente, pero con dignidad, con las necesidades básicas cubiertas y eso era más que suficiente para quienes habíamos conocido el hambre en el Chile de la dictadura.

La casa de Lake Street –como antes en Wood Farm y en Cowley Road– pronto se convirtió en caleta de abrigo para los refugiados solitarios y “amigos gringos”, hechos al calor de la solidaridad con los pueblos oprimidos de Chile y Argentina, para comenzar y Turquía, Filipinas, Malasia, para continuar, así como los movimientos reivindicativos de los trabajadores británicos.

La amistad con Dick se iba consolidando, a medida que encontrábamos más afinidades en relación a la manera de proseguir

la investigación de los desaparecimientos políticos en Chile y, por extensión en toda América Latina. En ese instante visualizábamos ésta práctica como un fenómeno local, sin imaginar que, más adelante, aparecería adoptada universalmente como un hecho corriente del terrorismo de Estado.

SIETE

—Yo creo, Dick, que las huellas de Bill las encontraremos en Colonia Dignidad.

—Sí, ya lo hemos discutido. Me parece bien, puesto que en algún lugar hemos de empezar. Por lo menos, pareciera que comprendemos aproximadamente la dimensión de lo que es ese sitio y de lo que allí pudiera haber sucedido o estar sucediendo. Tú lo sabes muy bien.

—Los antecedentes recogidos por los organismos internacionales de derechos humanos nos están señalando un camino, Dick. Además, esa carta que recibió Diana...

Me refería a Diana Beausire, la hermana de Bill con quien había llegado a sentirme muy cercana en las actividades de denuncia de la desaparición de Bill, como un hecho político de mayor magnitud y que, sumado a la detención de la Dra. Sheila Cassidy, había en su momento interrumpido las relaciones diplomáticas y comerciales entre Gran Bretaña y Chile. Mientras estuve en África, Diana y su familia habían emigrado a Cuba, pero la distancia no hizo sino acercarnos más; fui dejada a cargo de impulsar cualquier acción encaminada a hallar al hermano perdido.

La carta mencionada fue un anónimo que llegó poco antes de la partida a Cuba a manos de Diana, remitido desde Chile. Decía que “Bill estaría en el campo, cerca de Parral como profesor de inglés de LA escuela” podía ser un mensaje críptico que debía-

mos interpretar según los demás antecedentes que iban filtrándose día a día por las redes de la comunicación clandestina de la resistencia chilena. También se decía que Muriel —otra joven desaparecida— había sido vista en la Colonia. Y así, los rumores de los años de fines de los '70 señalaban con insistencia a ese lugar como destino final de muchos DD. DD. (detenidos-desaparecidos) en Chile central.

Cierto, por alguna parte había que empezar la búsqueda, pero sólo los dos, Dick y yo, ambos careciendo de trabajo remunerado, no podríamos con el financiamiento de una investigación. Pedí consejo a Dorothy y ésta, a su vez, conversó con otros amigos simpatizantes de la causa de los chilenos. Hubo varias reuniones y la conclusión fue que debía armarse una organización ad hoc para sostener las demandas financieras de dicha investigación. Esa parte sería responsabilidad de los amigos británicos; la investigación correría por cuenta de un equipo encabezado por Dick y yo. Ahora había que ubicar el lugar físico donde funcionarían.

En una de las frecuentes visitas de Herbert, éste se enteró de mis inquietudes y trajines. No comentó mucho al respecto, pero, unos días después me telefoneó para saber si podía visitarme: con otros monjes, tenía una propuesta que podía interesar al grupo. Invité a Dick y Dorothy a cenar para escuchar y conversar en ambiente más informal con Herbert y Timothy. Esa tarde, con Selva, nos dedicamos afanosamente a preparar una rica comida y a engalanar la mesa de la amplia cocina. A la hora establecida, todo estaba a punto cuando los invitados llegaron.

* * *

Los Blackfriars nos ofrecían el espacio físico que necesitábamos. A la entrada del monasterio había una pequeña habitación que

podía servirnos de oficina. Unos viejos kárdex arrinconados en un pasillo podían ser utilizados para archivo de documentos. Escritorio, mesa y sillas saldrían del sótano; había estantería adosada a los muros; también aparecieron una antigua Underwood y un calentador.

Un equipo liderado por Dorothy se dedicó a buscar patrocinadores entre académicos, profesionales, altos miembros de iglesia, artistas, parlamentarios, etc. Se allegó una lista de cooperadores económicos permanentes y se abrió cuenta bancaria. Contábamos con lo suficiente para mantener la provisión de material de oficina y sufragar gastos operacionales. Para mí era solvencia impensable, luego de mi experiencia en la miseria de las poblaciones de Talca; para los ingleses, frugalidad extrema.

La demanda del trabajo emprendido demostró que se requería la dedicación exclusiva de, por lo menos, una persona. Debí decidir qué deseaba hacer de mi exilio y me encontré con pocas alternativas: trabajar para hacerme de una base económica fuerte para cuando llegara el momento de volver a Chile, o realizar ésta tarea que podía significar el rescate de parte de la verdad sobre los crímenes políticos y dejar antecedentes para la historia que escribirían las generaciones futuras, con la perspectiva más serena de quienes no son responsables del pasado. Me sedujo la proyección de un trabajo tal en el tiempo; elegí ser cesante “consuetudinaria” para las estadísticas oficiales, balanceando nuestro pasar en la línea de la pobreza —que, de todos modos, en la vara europea nada tenía que ver con la indigencia que había tenido que vivir en Chile, ni la miseria vista en África— y dejar que el futuro resolviera como regresaría a mi país.

El “Centro” precisaba de nombre y un logo que lo identificara. Con Dick buscaban cuidadosamente la voz que debía representar el propósito de su quehacer. Ninguna parecía describir a ca-

balidad el sentido profundo de la búsqueda de verdad, de la búsqueda de esos hombres y mujeres que un día no estuvieron más.

–That’s it, Adriana! We are searching... Search! How do you say “search” in Spanish?

–Search? Well: búsqueda.

–“Búsqueda”! That’s to be the name for our documentation and research centre, Adriana!

Dick estaba entusiasmadísimo con su descubrimiento. Yo misma hice posar a Farit como modelo para el logo, para diseñar una mano sosteniendo un farol que alumbraba tenuemente la oscuridad.

La primavera de 1982 se sentía llegar en el aire.

* * *

Poco a poco las repisas se fueron llenando con diarios y revistas chilenas y latinoamericanas que recibían las amistades y que, generalmente, terminaban, hasta ahora, en la basura una vez leídas y circuladas. El Latin American Centre del St. Anthony’s College nos cedía, también, el material obsoleto que se eliminaba de tiempo en tiempo. Desde un principio se vio que la gran diversidad del trabajo a realizar copaba mi capacidad, si había de cumplir con las tareas propias de secretaría y las de investigación. Pensé en el amigo Florencio, de Whorthing.

Florencio tenía tiempo a su disposición y la habilidad académica para el análisis de la información seleccionada en Oxford. Bastarían viajes periódicos para recoger y entregar material y participar en reuniones de trabajo, para incorporarlo. Él se interesaría por que poseía pocas oportunidades –por diversas razones– de desarrollar su potencial de entrega a la causa que lo arrastró en su

desastre a las riberas ásperas del destierro. Médico y jefe de una de las zonas de salud de la capital, había impulsado las políticas de salud pública infantil del gobierno popular. Pagó su compromiso con la persecución y la expulsión del país. Florencio ya no estaba en edad de recomenzar la vida en un medio tan diferente como era el de su profesión en Europa. Se refugió en la vida familiar y en pequeñas actividades voluntarias junto a los desposeídos del lugar donde vivía, aislado, desengañado de la politiquería ambiente del exilio chileno. Era un hombre inteligente, bondadoso y de inusual honestidad: el compañero que hacía falta para consolidar el espíritu de “Búsqueda”. Florencio aceptó, con reconocimiento mi invitación.

Los jóvenes chilenos solían asomarse por el Centro para cooperar en los que les fuera posible, de acuerdo con sus circunstancias y capacidades: Farit transportaba en su auto a los conferencistas; Pedro encontraba tiempo entre turnos de lavado de vajilla en el restorán donde se desempeñaba para ir a despachar la correspondencia en el correo; Jaime, gran andariego, distribuía mensajes y citas montado en su bicicleta armada con piezas de un cementerio de fierros viejos; Lichi recogía los periódicos ofertados; Raúl diseñaba paulatinamente un programa computacional que procesaría más adelante los datos ordenados; Selva llevaba a sus amigas del colegio a ordenar material de lectura. Otros no se dieron por enterados nunca.

A los refugiados adultos, “Búsqueda” no les despertó ni curiosidad ni interés, a no ser que el comentario solapado y malicioso pudiera calificarse de tal; ni se acercaban a cooperar ni participaban de las actividades públicas de denuncia que se emprendían. Era como si la verdad de lo que sucedía en Chile no tuviera más relevancia para ellos; como si Chile fuese una etapa superada en sus vidas. “Hay que seguir adelante amiga”, recomendaban, y en ese “adelante” hasta el comprometido “compañera” se les

había quedado por el camino. Don Edgardo ya no estaba en Inglaterra, para apoyarme con su sabiduría. En cambio, cada vez más, colaboradores británicos se acercaban a “Búsqueda”. En las charlas o conferencias se reclutaban jóvenes estudiantes que querían mayor información o que se ofrecían para ayudar esporádicamente en tareas específicas de la oficina, lo que era muy apreciado, pues la redacción de cartas oficiales y de informativos todavía nos presentaba dificultades idiomáticas a los chilenos. Así fue como llegó Sofía a encargarse de los kárdex y más tarde Jo a redactar y después, Vibha y John a investigar. Dorothy era la secretaria general, Phoebe la tesorera; Wilfred, Bryan, Sidney y otros cumplían de vez en cuando alguna función esporádica.

Dick comenzó a sentirse al margen de la dinámica de “Búsqueda” que se le escapaba. En sus visitas esporádicas desde Londres intentaba readecuar constantemente y reorientar el trabajo de grupo, según el esquema preconcebido y que, en realidad, no funcionaba de ese modo, confundiéndonos a todos. Se enfrentaban percepciones y prácticas opuestas del trabajo en la organización. Yo estaba entre dos fuegos, sobre todo si se tenía en cuenta lo entusiastas y generosos que eran los ayudistas y lo magnífico e incansable analista que era Dick. Finalmente éste se separó de “Búsqueda”, dejándome la penosa sensación de no haber sido capaz de mitigar los roces para beneficio de la investigación.

* * *

Esa primavera, Selva cumplió los 16 años. Era una linda muchacha: espigada, bien proporcionada; gentil, pero de decidida personalidad; tenía gran tesón y mucha alegría de existir. Asistía al desarrollo de mi hija menor con tierno orgullo. Era la razón que justificaba querer estar viva después de haber sentido tan cerca la muerte; Selva era mi alegría.

Ese año, la niña debía rendir los exámenes de “O Levels” y hacer su experiencia laboral. Estudiaba responsablemente, sin omitir sus trabajos ocasionales, no obstante, pues juntaba el dinero que hacía falta para el paseo de ese año con su curso. Ésta vez serían los Alpes Italianos a donde irían a esquiar. Contribuí con lo que pude para los gastos del viaje y el arriendo de implementos de esquí.

En medio de esos afanes, Selva recibió el llamado a realizar su experiencia laboral. Desde pequeñita se había sentido fascinada por los anchos horizontes del periodismo, por lo cual eligió experimentar esas semanas en un ambiente que la acercara a sus sueños. Fue enviada por la escuela a las oficinas del “Oxford Mail”, el diario local, donde fue destinada a un puesto de Junior. A Selva no le importaba barrer papeles todo el día ni trajinar incansablemente por la ciudad en su bicicleta llevando y trayendo encargos del periódico, ni sirviendo las incontables tazas de té que requieren los británicos para poder funcionar. Nada la frustraba, por muy alejada que estuviera del olor a tinta o de los tipos de imprenta. El mero hecho de asomarse a ese mundo la mantenía feliz, aunque por la tarde llegara agotada a casa, a zambullirse en la tina llena de espumas y sales que yo le preparaba. Luego, se sentaba a devorar la merienda mientras me refería en “detallado detalle” todos los pormenores de la jornada. Su entusiasmo arrebatado era conmovedor. Por ese tiempo, Florencio ya alojaba con nosotras cuando iba por su trabajo en “Búsqueda” a Oxford; el interés demostrado estimulaba a Selva, quien encontraba en él, el cariño de padre y abuelo que el mío le mezquinaba. A esa altura del año escolar Selva ya estaba harta del sistema educacional. Su impaciencia por ser adulta para poder ejercer su libertad de opinión y decisión no cabía en los estrechos y rígidos límites de la escuela. Su permanencia allí era un verdadero sacrificio para ella, pero se sometía con tal de traspasar la próxima barrera, que sería los dos años siguientes de preparación de sus “A Levels”, lo

que le permitiría ingresar a la Universidad para calificar para su anhelada carrera de reportear los confines del mundo. Bien la comprendía y siempre estuve apoyándola incondicionalmente – como esa vez que me citaron de la Cherwell para hacerme saber que mi hija Selva realizaba actividades ajenas al quehacer escolar al estar instigando ¡una campaña de información sobre violación de los derechos humanos en Centroamérica!–. “Bueno”, fue mi inaudita respuesta, “¿Y que menos podríamos esperar de ella, señor? Es la hija de una refugiada política de ese continente”. Selva, cada día me regalaba un motivo de orgullo y satisfacción.

Rindió, finalmente, los exámenes para obtener los “O Levels” y pudo reanudar su ritmo habitual de vida de joven inquieta. En ella estaba incluido Jean-Christophe, su primer pololo de adolescencia. Era un muchachito belga, de familia acomodada, que había sido enviado a perfeccionar su inglés a Oxford, como paso previo a su ingreso a la universidad; lo acogíamos con agrado, de verlo tan joven, responsable y prudente. Selva tuvo más tiempo para asistir a las escuelas de cuadros de la juventud del partido, en Londres; así como para embarcarse en campañas solidarias por los derechos humanos en El Salvador y Guatemala. También comenzó a trabajar en un pub estudiantil, por algunas horas en las tardes y menudeó las visitas a Valentina, en Coventry. En ese tiempo, comenzó a leer cuánto libro caía cerca de ella y departía con nuestras visitas, que siempre eran personas interesantes, que iban ampliando su mundo de manera directa y vivencial. Muchos africanos frecuentaban la casa, por entonces, referidos a nosotras por algún conocido de Tanzania, originalmente, y luego, por “los amigos de los amigos de los amigos”.

Constantemente nos estábamos equilibrando sobre la cuerda floja de la escasez económica, pero –algo raro en el ambiente de consumismo que afectaba a los demás refugiados–, eso no nos preocupaba. Habiendo té, café y azúcar en la alacena para

ofrecer a los visitantes, la calidez de la acogida reemplazaba otros manjares. Durante meses íbamos juntando algo de los escasos recursos para enviar ayuda para sufragar los gastos de estudio de Isolda. Para nosotras era éste el único modo de estar presentes en la vida de la hermanita e hija lejana. (Años después sabríamos que ésta nunca conoció de esa preocupación, ya que el dinero reunido con tanto sacrificio fue a dar a la ruleta de un casino, y la destinataria no tuvo ocasión de sentir que no había sido olvidada).

Cuando, al término del año lectivo, los padres de Jean-Christophe viajaron a Oxford para llevarlo de vuelta a casa, quisieron conocer a la amiguita de quién tanto les hablaba su hijo, así como la casa donde se refugió tantas tardes de nostalgia de calor hogareño. La madre del muchacho tuvo el lindo gesto de convidar a Selva a irse con ellos a pasar unas semanas a su pueblo de Charleroi. Tanto insistió y tanto prometió cuidar de ella como de una hija propia, que, finalmente, hube de consentir en dejarla partir. La extrañé mucho, pero ese tiempo sirvió para ir entendiendo que la pequeña crecía y que, cada vez, los lazos que nos unían habrían de ir desatándose hasta que la vida terminara por separarnos. De sólo imaginarlo, el dolor presentido me dominaba angustiosamente. Mi modo de sobrellevarlo era sumiéndome en el trabajo de “Búsqueda”.

Muy temprano por la mañana partía al monasterio, disfrutando del pedaleo en el triciclo. Con lluvia, viento, helada nieve o sol radiante, el placer de estar viva, de ir camino a un trabajo único y necesario, de iniciar un día más en que cada paso sería uno hacia la conquista de la verdad, eran estímulos demás, que me daban fuerza para enfrentar el dolor que rezumaba por cada pliegue la labor investigativa que había emprendido.

Para mí, la búsqueda de nombres, y detrás de cada nombre, pesquisar todos los detalles, sumirme en la lucubración a tientas para lograr un destello de certidumbre; ese recorrer mil veces un camino del que yo escapé a última instancia, ponerse en el lugar del otro —que tan profundamente había vivenciado—, conocer de las palabras y acciones de los seres queridos que seguían esperando... todo eso era tan fuerte que iba estrujando lentamente mi percepción del entorno real. Fuera de mi ocupación en “Búsqueda” quedaba sólo un resquicio de mi existencia para atender a las necesidades de mis padres, para visitar a los nietos y para estar presente en Selva. Ciertamente es que casi siempre estaba rodeada por los demás integrantes del equipo, pero con ellos el tema giraba principalmente en torno al asunto que nos convocaba.

Cada caso escudriñado llegaba a ser tan familiar, que lo comentábamos cual acontecimiento cotidiano, cercano, casi personal. Sucedió que podía estar cada uno frente a su mesa, rodeado de documentos, informes de organizaciones de derechos humanos, material de prensa, cartas y testimonios directos, inmerso en su tarea, para que bastara que alguno exclamara: “Miren, aquí dice que a Exequiel lo divisaron en una camioneta, rodeado de agentes...”, para que los demás supiéramos que se trataba del joven dirigente socialista y que el dato estaba confirmando otros hilos inconexos. Así pudimos trazar las primeras huellas correlativas de algunos “casos” y llegar a establecer la evidencia indelible del hecho de su desaparición como acción concertada del aparato de seguridad estatal de la dictadura.

Luego, estaban los escritos y discursos de descargo de las autoridades, como cuando Sergio Diez, embajador de la Junta ante la ONU, alegó que los “supuestos” desaparecidos ni siquiera registraban existencia legal, según la documentación civil disponible. La persistente constatación del comportamiento sometido y ras-

trero del poder judicial terminaron por producir hasta trastornos psico-somáticos en los miembros de “Búsqueda”; tanta injusticia evidente y sin castigo no podía menos que sublevar cualquier sentido de decencia humana, y los investigadores lo traducíamos en alergias, dolores indeterminados, falta de sueño y ansiedad.

Tal vez por todo ello era que, a veces, reinaba en la pequeña oficina un ambiente de crudo sarcasmo y de chistes irreverentes. Tontamente, reíamos por cualquier motivo, por una chirigota lanzada al desgaire, sin respeto aparente; pero, eran risas que encubrían la tristeza, eran llanto enmascarado. En la desesperación de la impotencia nos defendíamos así, para no dejarnos aplastar definitivamente por la perversión que nos asaltaba desde cada dato que procesábamos y analizábamos.

Había otros días silenciosos, en que cada cual se aislaba en su estudio, cargados de indignación y amargura, muchas veces desconcertados por el abismo insondable de barbarie que se les revelaba. Esas horas eran cuando con mayor solicitud nos cuidábamos mutuamente con pequeñas atenciones y, al momento de separarnos, nos nacía espontáneo el abrazo o el ademán cariñoso y el beso íntimo en la mejilla. Vibha, John, Sofía, Florencio, yo seríamos para siempre los compañeros de un vía crucis vivido en conjunto, por los sufrientes del continente desgarrado y para la historia; compañeros inolvidables de ruta.

No podía dejar de asistir un solo día a la oficina, ni los fines de semana, si lograba eludir los compromisos familiares. Los seres que llegaban hasta mí como meros nombres y que progresivamente iban tomando cuerpo a medida que ahondaba en la búsqueda de sus antecedentes, eran camaradas que se instalaban en mi vida, con los que dialogaba, a los que interrogaba minuciosamente para desentrañar el misterio de su calvario. “No los abandonaré nunca, hermanos”, prometía, “hasta mi último aliento”.

En esas ocasiones, entraba discretamente al monasterio recogido, dejaba entreabierta la puerta de “Búsqueda”, como dejando aviso de mi presencia a los dueños de casa, para que no se sintieran sorprendidos. Si Herbert pasaba por el corredor, asomaría su melena leonina por el intersticio, preguntaría si lo acompañaría a tomar un café en el refectorio y me conduciría allá, a pesar de mis excusas. Conversaríamos de mil cosas distintas, él cogería mis manos y me llamaría “my friend”, conminándome a no dejarme arrebatar completamente por los fantasmas.

—Es que YO soy un fantasma, Herbert; un fantasma que se LES escapó. El sentido de mi vida es esto. A veces creo que fue para esto que se me permitió no perecer.

Herbert asentía con su silencio. Atravesaba varias veces a zancadas de extremo a extremo el largo comedor, se detenía frente a mí, me estrechaba contra su increíble pullover gigantesco y me acompañaba de vuelta hasta la puerta de la oficina. Ahí se agachaba desde su altura y depositaba con solemnidad un torpe beso de despedida en la coronilla de cabellos lacios de mi cabeza. Yo retornaba a mi labor, reconfortada por la tibieza de ese ser humano tan especial y me sabía, al menos por unas horas, redimida del infierno en que me sumergía cada día.

La sociedad británica, en general, era bastante receptiva a las campañas informativas sobre violaciones de los derechos de las personas en otros lugares del mundo. Había un ambiente de escándalo moral ante los atropellos que sufrían los oponentes a los regímenes totalitarios en América del Sur, en parte de Asia, en África central, etc. Se criticaba la instalación desembozada de estados policiales en el Tercer Mundo y siempre se encontraba auditorio dispuesto a escuchar para, luego, efectuar acciones

de repudio contra las injusticias allende los mares. (¿Cómo es aquello que se dice sobre la paja en el ojo ajeno...? Porque de los prisioneros de conciencia en Irlanda del Norte, por ejemplo, poco se hablaba entre los que escuchaban a los conferencistas de “Búsqueda”).

Una mañana gris apareció Diana Tickell por la oficina. Se presentó como la madre de Sofía y dijo que, por los comentarios de su hija, creyó interesante conocer más de dicha organización; además, quería ofrecer su cooperación para cumplir alguna función simple, pues su horario de trabajo, etcétera, etcétera. Tenía ante mí a una mujer aproximadamente de mi edad, muy alta, desgarbada, impositiva, pero muy ansiosa de hacerse comprender, de ser aceptada, ansiosa de saber cómo comportarse frente a esta extranjera precedida de “tanta fama”; la verdad, es que fue Adam, su hijo, quién me había descubierto en una conferencia que dictaba en un salón parroquial, y éste había sido quien entusiasmará a su hermana Sofía para colaborar en “Búsqueda”, la que, a su vez, habló a su madre de ese grupo de gente que pretendía construir archivos de la verdad oculta.

Diana, de pie delante del escritorio, examinaba el mobiliario modesto, las carpetas y archivadores desteñidos y remendados, recogidos de los pertrechos desechados de otras organizaciones, los portalápices confeccionados con cajitas recubiertas con papeles de colores, la planta escuálida en un rincón, las rumas de material impreso clasificado, la bandeja con mugs a medio vaciar, la electric kettle y un paquete vacío de galletas integrales. La mujer que la contemplaba desde su puesto detrás de la mesa se veía pequeña, deslucida, modesta y afable, muy alejada de la imagen de fortaleza que las historias de sus hijos le habían sugerido. Ambas parecíamos sorprendidas por la otra, hasta que el instante mágico de reconocimiento mutuo se produjo en algún rincón y las dos esbozamos además de estrecharnos las manos,

quedamos a medio camino del gesto, nos miramos y rompimos a reír con familiaridad, como si todo hubiera sido un rito archisabido, repetido en encuentros anteriores, en vidas que no recordábamos. Desde ese momento fuimos amigas; sin embargo, la amistad la fuimos construyendo paso a paso, explorándonos con circunspección, jamás invadiendo los espacios privados. Era una amistad que ayudaba a encontrar nuevos aires frescos, nunca una opresión limitante.

Diana se hizo cargo del manejo de las finanzas de “Búsqueda”, pues Phoebe debía irse de Inglaterra por largo tiempo, para servir un contrato laboral en el extranjero. Pasaba por las mañanas a la oficina, en medio de sus trajines cotidianos, antecedida por los sonoros saludos que distribuía a los monjes que encontraba en el pasadizo, con revuelo de sus amplias faldas y el enorme bolso donde acarreaba cientos de papeles arrugados, libretas, lápices despuntados, o chorreando la pasta de los bolígrafos; todo revuelto con cassettes, pañuelos desechables, varios pares de anteojos –bien estropeados, desde luego– bufandas amuñadas, agujas, tijerillas, alfileres –de gancho y de los otros–, líquido corrector, gomas de borrar, pegamentos... Una lista interminable e inimaginable: ¡el mercado persa ambulante de Diana!. Bajo el brazo sostenía, más o menos armada, una pila de libros de todos tamaños y temas. En ese maremágnum no era raro que se le extraviaran las llaves del auto; incontables veces debió despararramar el contenido embrujador de la cartera sobre las mesas de “Búsqueda”, para descubrir a la postre, que se le habían quedado encerradas en el vehículo.

Diana era mujer sin dobles estándares: repudiaba la injusticia, la mentira, la tortura, en todas partes del mundo. Su furia podía ser magnífica condenando los atropellos que sufrían los súbditos de la reina a manos de los “bobbies”. Estaba tan llena de energía vital, de necesidad de luchar por sus convicciones, de

mantenerse siempre alerta frente al mundo, que su contacto era placenteramente revitalizador y estimulante para todos, porque, además, tenía habilidad extraordinaria para rescatar a cualquiera de las simas del desaliento y los disgustos. Para “Búsqueda” fue un puntal de primera importancia para su mantención en el tiempo, por la férrea administración de los recursos con que se contaba. Para mí fue amiga entrañable, camarada de ideales.

Selva había retornado al colegio para preparar las “A Levels”. Su regreso de Charleroi había estado marcado por la tristeza de saber dejada atrás una etapa de su adolescencia; Jean-Christophe desaparecía de su horizonte: él estudiaría periodismo en Bélgica, ella seguía su senda en Oxford. Conocí de los paseos con los primos y primas en el pueblo, de las comidas en los restaurantes de lujo, de la bondad de la señora; pero, Selva no me contó de su pena, tan evidente. Como otras veces antes, hubo mucho de estar juntas calladas, de estar abrazadas, de hacernos cariño sin preguntarnos nada: sabíamos que hay experiencias intransferibles.

Hacia varios meses que la Navidad, nuevamente, se estaba anunciando en las ofertas de las tiendas; desde comienzos del otoño brillaban los adornos pascueros en las vitrinas. Los departamentos de juguetería eran tortura excitante para cada niño que los atravesaba. Cuando paseábamos con Silvita por el centro, preferíamos evitarlos para ahorrarnos el bochorno de las pataletas de la pequeñita, que hubiera querido llevarse toda la tienda al instante mismo. Progresivamente, tupían las nevadas y los parques solían amanecer cubiertos por un manto blanquecino que, al correr de los días, iba compactándose, hasta convertirse en prados helados donde se jugaba a hacer monos de nieve y a deslizarse acucilladas por las pendientes, para descabro de los zapatos. Tía y sobrina partían correteando, a costalazos, mientras

yo, apoyada en mi triciclo, me restregaba las manos enguantadas y hundía la nariz en la enorme chalina color fucsia. Los cuervos negros revoloteaban en busca de cualquier cosa para picotear bajo la luz metálica del cielo anunciador de otra ventisca. Entre soles y nubarrones se acercaba Navidad.

Había que organizarse muy bien para la festividad, con el fin de atender a toda la familia. Decidimos que, en vez de partir después de la visita a los viejos —quienes seguían sin consentir en mezclar su celebración con el resto—, a la casa de Rose Hill, pedaleando jadeantes cuesta arriba, probablemente en medio de frías celliscas, nosotras recibiríamos este año, a “la gente joven” en Lake Street.

Desde unos días atrás, la casa se colmó de aromas de canela, clavo de olor, nuez moscada y frutas confitadas. Revivían los perfumes y sabores del pasado, mezcla de tradiciones de mi infancia sureña y de “chilenidades” incorporadas a lo largo de nuestra vida nómada, allá en la patria. El arbolito adornado —el mismo del primer año en el exilio— se asomaba al ventanal que daba al patio comunitario. Siguiendo la costumbre inveterada, confecionamos pequeños panes pascueros para regalar a los conocidos del barrio y a las familias chilenas y preparamos una canasta con golosinas para los viejos, con los manjares que más se asemejaban a las delicias con que celebraban desde siempre las Navidades.

Cuando regresamos de la visita a los abuelos, donde compartimos con ellos una cena preparada por la abuela y escuchamos con aire comedido los comentarios emocionados de la visita de un grupo de niños luteranos, esa mañana, me sorprendió de ver luz en las ventanas de nuestro hogar. Lichi, en la complicidad de Selva, ya estaba allí, para sorprenderme con todo preparado, la casa calentita, los niños anhelantes, todo a punto para comenzar la fiesta y el reparto de regalos.

—¡Mira, mira, granny, lo que me trajo el Father Christmas!
—¡Mira qué linda la muñeca! ¡Mira su ropita!

Y había que poner cara de asombro ante los elegantes refajos de la muñeca... ¡que la granny misma había estado confeccionando todas esas noches anteriores!

A los minutos aparecieron Pedro y Farit cargados de paquetes y alegría. ¡Cuán distinta parecía ser esta Navidad de la otra, a comienzos del exilio! Sin embargo, a la hora de los brindis, alguien alzó la copa en recuerdo de la patria, de los amigos quedados allá, de los otros desparramados por el mundo, y el alborozo se apagó por largos minutos, cada cual recogido en sus reminiscencias. Sólo la impaciente demanda de atención de Silvia, Victoria y Danielito logró posponer el sentimiento para cuando nos retiráramos en la intimidad.

OCHO

1983.

A principios de ese año, mediando el invierno, una llamada telefónica desde Hamburgo vino a responder mis averiguaciones, a través de Wendy y Helmut, sobre el paradero de un tal Samuel. Este hombre había servido en la DINA como uno de los agentes menores entre el '74 y el '75, hasta que logró eludir su contrato, antes de estar tan comprometido como para que no se le permitiera renunciar a su puesto subalterno. Llegó a Alemania embarcado en un navío mercante; en Hamburgo solicitó ayuda a Amnesty International, a cambio de su horrorizado testimonio de conscripto reclutado para los servicios secretos. Se le concedió asilo político y él cumplió con creces su compromiso de contribuir al conocimiento del funcionamiento del cuerpo represor, sus conexiones organizacionales (con Colonia Dignidad, entre varias más) y del probable destino de algunos D.D. D.D. En el empeño por rearmar el puzzle de lo acontecido a Bill después que fuéramos separados en "La Discothèque", pensé que este Samuel podría ser una fuente importante de informaciones. Había esperado varios meses a que él se comunicara y, como nada sucediera, había perdido las esperanzas de ser contactada.

Por eso, la noche que sonó el teléfono y oyera ESA voz al otro extremo de la línea, mi corazón se aceleró al punto de sentir que se me escapaba por la garganta; la reconocí "de entonces", de cuando estuve prisionera en la casa de la calle Irán 3037. ¡Esas

voces que no lograba olvidar! Estuve a punto de colgar, pretendiendo ocultarme en el silencio, pero estaba tan paralogizada de terror, pensando que la DINA finalmente me había localizado para cobrarse por las actividades de denuncia que realizaba, que no atiné a dejar el auricular sobre la horquilla. La voz me urgíó: –¡Aló! ¡Conteste! Soy Samuel... Adriana, usted me hizo llegar un mensaje con Wendy, ¿recuerda? usted quería que me contactara con usted.

Sí, sí, era Samuel. ¡Claro, Samuel! Lógico, reconocía la voz..., sólo que “entonces” no tenía nombre; era sólo la voz de uno de los carceleros: la voz del chofer que llevaba diariamente el rancho a los guardias y a los agentes de servicio en “La Discothèque” en un furgón, desde el Edificio Diego Portales. En un susurro logré contestar:

–Samuel... ¡Samuel, no corte, por favor!

–¿Se encuentra bien, señora Adriana? ¿Está bien?

(¡Qué extraño que una de ESAS voces me llamara “señora” y me preguntara si me encontraba bien!)

–Sí, sí; no se preocupe. Es que reconocí la voz... No sabía que Samuel era usted... es decir... allá...

–Ya; la entiendo. Cállese, por favor... Y perdóneme por el susto que le he dado.

–...

–Si lo desea, la llamo más tarde u otro día...

–¡No, Samuel! Disculpe. Ya estoy bien. Gracias por consentir en llamarme. (Era locura: yo hablando en ese tono con un ¡agente! ¡Como rogándole y pidiendo disculpas! El mundo era loco... ¿Cómo fue posible que no previera que algo así podría suceder? No, no estaba preparada... y, sin embargo, ese hombre podría ser quién me diera un indicio sobre la suerte corrida por Bill.) Supongo que Wendy lo puso al tanto de los datos que busco...

–Sí, señora. Pero, no estoy muy seguro... No sé si pueda ayudarle.

–Creo que sí puede, Samuel. ¡Son tantas las cosas que necesito

saber!

—Si usted lo dice... Pero, no me gusta usar el teléfono. De conversar los dos, ha de ser cara a cara.

—Comprendo. Yo... ¿puedo ir a verlo? Iría a conversar con usted., si no es inconveniente...

—¡Por supuesto! Yo no me muevo de acá. ¿Cuándo quiere venir?

—No... no sé todavía. (Me asaltaban mil dudas, el miedo se apoderaba de mí, vacilaba.) Tendría que concertar varias cuestiones previamente. Aprovecharía el mismo viaje que tengo programado a Berlín en los próximos días.

—Bueno, Ud. dirá.

—¿Puedo llamarlo para ponernos de acuerdo?

—No; la llamaré yo. ¿Le parece bien en unos tres o cuatro días?

—Sí; en cuatro días. ¿A esta misma hora?

—A la misma hora. Me alegro de oírla. Que esté bien.

—Hasta pronto, Samuel. Gracias.

Eso fue todo. En el fono sólo quedaba el sonido del vacío. La voz ya no estaba más. Permanecí inmóvil un largo rato, luego de reponer el auricular en su sitio.

Volvía a estar tras los postigos de la ventana de la pieza de la calle Irán, un mediodía asoleado de invierno. Como siempre que percibía movimientos afuera, me acerqué a espiar por la hoja entornada cuando escuché abrirse el portón recubierto de planchas metálicas y el ruido de un vehículo ingresando al recinto. El furgón se detuvo justo frente a la ventana. De la cabina salió vivamente un muchacho, zapateando los pastelones de cemento del patio y resoplando en sus manos, como para espantar el frío. Los guardias de la casa salieron a rodearlo, exigiéndole entre carcajadas y palabrotas que abriera el furgón para retirar los fondos de comida.

—Apúrate po' hueón o ¿Creí que no tenimoh hambre?

—¿Qué trajiste hoy, Gato? Mira que estamoh con el diente largo de puro frío.

—Éste hueón ‘tá convenció qu’ es el chef... ¡jajaja! “Jefe hay uno solo, hueón; uno no máh... Y apúrate culiao antes que te haga-moh un “tratamiento” .

Todos reían del chiste agudo del conmlitón. El chofer sonreía como evadiéndose, apresurándose a abrir la portezuela del vehículo. Luego se apoyó con la espalda en el costado que quedaba frente a la ventana, encendió un cigarrillo y echó unas pitadas. Los demás hombres habían entrado a la casa detrás de los fondos y se oía el ruido de ollas y fuentes en que vaciaban el almuerzo. De pronto, el muchacho se tensó en alerta, escudriñando hacia la ventana desde donde yo atisbaba. Seguramente me divisó, pues esbozó una sonrisa e hizo un guiño en mi dirección. Hizo ademán de acercarse, pero en eso irrumpieron dos agentes acarreando los tientos vacíos. Desde esa vez, el Gato siempre miraba a mi ventana, como con curiosidad, como con compasión. En algunas ocasiones, se recostaba en la pared cerca de la hoja entreabierta y dejaba, como al descuido, en el alfeizar, un largo resto encendido de su pitillo, que mis dedos recogían en un rápido manoteo. Se tardaba contestando las cuestiones que planteaban sus colegas y de ahí que registrara su voz como una más de ese período atroz de mi vida. No obstante, recordaba, que cuándo el Gato se recostaba cerca de mi ventana, me sentía menos sola, en presencia de alguien que parecía no desear hacerme daño.

* * *

Con Manuel había concertado ir a Berlín a dar un nuevo ciclo de charlas; también aprovecharía de ver en qué situación se encontraba la posibilidad de publicar mi libro, un asunto que tanto estaba demorando en definirse. Partiría la semana entrante. En conversación telefónica algo adelanté de mi intención de ir a

Hamburgo desde allá. Sí, era posible hacerlo, había buses directos al norte; pero, ¿Estaba segura que no sería riesgoso? También yo tenía dudas al respecto por lo que llamé a Helmut a Bonn para consultarle su parecer. Éste me dio confianza sobre la completa sinceridad de Samuel. Wendy arreglaría lo del alojamiento en casa de una funcionaria de Amnesty en Hamburgo. Días después, premunida del número telefónico de Herta, inicié la primera etapa hasta Berlín.

Desde lo alto, antes de aterrizar, divisé la ciudad que esta vez me esperaba vestida de nieve. Ana y Manuel me encontraron en Tegel, con su afabilidad acostumbrada. Entre buses urbanos y tren subterráneo llegamos ateridos al departamento, situado en el suburbio de compactos bloques de edificios ocupados principalmente por una población de migrantes del mundo subdesarrollado, especialmente turcos, griegos, latinoamericanos, algunos africanos del norte y trabajadores de los países más pobres de Europa central.

En casa aguardaban Anita y Luis Emilio, quienes me acogieron con el cariño anhelante de “sobrinos” improvisados en el desmembramiento del tejido familiar propio del exilio. Anita quiso compartir conmigo su pieza de niña en el umbral de la adolescencia, así que Dormí en esos días tanto con muñecas y peluches, como con secretos estudios de maquillaje, recetas de belleza y revistas de artistas de cine y cantantes populares.

La ronda de charlas fue bien recibida y convocó a diversos grupos de simpatizantes de la causa del pueblo chileno. Algunos refugiados me invitaron a sus casas, así que no hube de recargar tanto con mi presencia constante a la familia de Manuel.

Algo más familiarizada ya con la ciudad, me di maña para salir a vagar por mi cuenta por las anchas avenidas y parques que la

caracterizaban. Aprendí a ir a encontrar a uno de los refugiados –un coterráneo– a la hora de salida de la fábrica y así pude caminar confiada y segura por las luces nocturnas de los barrios del placer de Berlín. Prendida de los brazos de Néstor recorrí los portales del Zoo, asomándome a un mundo de increíble perversión. No supe mirarlo con los ojos de turista, por lo que mi alma militante de ideales se dolió en demasía. Desde esa tarde eludí los ofrecimientos de llevarme a “conocer Berlín”.

Los días pasaban y no se lograba concretar la reunión con el encargado de publicaciones del partido: que estaba ocupadísimo, que se encontraba “al otro lado”, que... cualquier excusa. Habría estallado en indignados denuestos si no hubiera estado en casa de Manuel, mi amigo y camarada de muchos años, y de Ana, tan amable y sencilla en sus atenciones. Por consideración a ellos me guardé de decir lo que a estas alturas era evidente: el partido “se había corrido”; no quería, o no le interesaba, sacar a luz la investigación sobre Colonia Dignidad. Pero no tuvo la decencia ni de admitirlo ni de comunicármelo francamente. El trabajo de investigación realizado no lo lamentaba como vano; no era eso lo que me molestaba, sino que pensaba que era capaz de entender razones, aunque fueran de última hora, por lo que no merecía ser tratada así, por mucho que ya no fuera militante de fila.

Llegó el momento para ir a embarcarse para Hamburgo sin que se hubiera resuelto nada –por lo menos no explícitamente–. Sin embargo, ya adivinaba de más la decisión política adoptada; me habría sentido satisfecha con sólo conocer las razones para ello. Así partí en pos de respuestas a mis angustiosas interrogantes respecto al destino de un hombre desaparecido.

* * *

Una vez en marcha la misma sensación de desamparo que me

embargara en su primer viaje de Londres a Oxford, se apoderó de mí. Iba hacia una situación completamente incógnita; no sabía si realmente me aguardaba solo una entrevista normal o si me esperaba la sorpresa de una trampa.

El viaje fue largo –¡larguísimo!– sobre todo por que mi titubeante alemán no me alentaba a inquirir con el sobrecargo detalles de los lugares que cruzábamos, lo que habría amenizado el trayecto; era como hacer un viaje a ciegas. El camino iba entre murallas de bosques de pino que ocultaban las ciudades y el paisaje de la Alemania Oriental que cruzábamos; el vehículo no se detuvo en ningún lugar; incluso el servicio de comidas se ofreció a bordo. Muy al norte pasamos cerca de la entrada de una armaduría de automóviles; pude leer los grandes letreros de Volkswagen y divisar los patios repletos de vehículos relucientes como la Leyland de Oxford. Cerca del atardecer, llegué al gran estacionamiento de buses interurbanos de Hamburgo: una playa de cemento gris, semidesierta, recorrida por un viento gélido.

Como estaba acordado, me dirigí hacia una caseta de teléfono y marqué el número de Herta. Al otro lado de la línea el timbre llamó y llamó sin resultado positivo. Finalmente, se me ocurrió marcar a Amnesty International y preguntar allí por la mujer. En mi chapurreo vacilante expliqué mi dificultad para ubicar a mis contactos y la respuesta que obtuvo fue:

–Ach, Gott! Herta ist nach Frankreich geflogen. Está con sus vacaciones .

–Oh! Danke schön. Auf Wiedersehen!

¿Y ahora qué hacer? Herta era quien efectuaría el enlace con Samuel. ¿Dónde me alojaría? ¡La gringa...! Seguramente olvidó su compromiso. Pero, ¿Dónde diablos alojaría! Bueno, encontraría un hotel barato; eso era lo menos problemático de todo el lío en que me hallaba metida. Por fortuna, Samuel me había

dado a última hora el fono de su casa, haciendo hincapié en que, generalmente, no estaba allí, sino hasta muy entrada la noche. Sin embargo, debía intentar ubicarlo. No teniendo alternativas mejores, marqué. Pronto contestó la voz de una mujer joven... chilena. Expliqué mi situación y quise dejar recado a Samuel: que lo llamaría esa noche, cuando hubiera encontrado un hotel –¿tenía ella por casualidad idea de uno no muy caro?– para ponerse de acuerdo para la cita. Ahora, me urgía verlo lo antes posible; el dinero que llevaba no me alcanzaría para muchos días. La joven me pidió que volviera a llamarla en cinco minutos. Se me hicieron eternos, sin poder proceder por mi cuenta. Busqué un sitio más resguardado del frío, pero debí regresar de inmediato para telefonar nuevamente. La niña del teléfono se había comunicado con Samuel, entre tanto; me pidió que no me moviera de donde me hallaba, pues iba a mi encuentro.

–Bien, pero no quiero molestarla señorita.

–No es molestia. Hoy es mi día libre y me hará bien salir un ratito a la calle. No se mueva. Estaré allí en menos de un cuarto de hora; la casa está cerca.

Empezaba a oscurecer. Gruesos goterones cayeron pesados sobre el inhóspito estacionamiento de buses. Algunos letreros se iluminaban ya en lo alto de los edificios que rodeaban la playa. Cuando comenzaba a desesperar, surgió de entre los peatones, una muchacha menudita, de cabello negro y grandes ojos oscuros, que recorría con la mirada la enorme extensión abierta hasta que me ubicó frente al teléfono público: entumida, con el bolso en el suelo y el cuello del anorak subido hasta las mejillas. Se me acercó, con un saludo cálido y los brazos extendidos. Estaba confundida con el inesperado recibimiento.

–Ud. es la señora Adriana, ¿verdad? ¡La habría reconocido hasta en la China; Samuel me ha hablado tanto de Ud!

–Sí, claro. Soy Adriana.

–Bueno, yo me llamo Elisa y soy hermana de ese “torrante”.

¿Cómo está? ¿Qué tal el viaje? ¿Se siente muy cansadita? Venga. Aquí está muy helado y el chaparrón ya se va a largar.

Era como un collar de perlitas luminosas derramándose sobre mi corazón, esa muchacha acogedora y vivaz.

—Elisa, gracias por la molestia que se ha tomado. Entiendo que su día de descanso...

—¡Nada! Ya estaba cansada de descansar —rió—. Ahora vamos a casa.

—¡Oh, no! Elisa, no. Quedamos en que buscaríamos un hotel...

—¡Ah, pero Samuel se enojó! Me dijo que cómo era posible que yo le buscara un hotel si en la casa está mi pieza desocupada. Yo ahora vivo en el departamento de mi compañero, ¿Sabe? —confidenció—. Si no la llevo a casa, Samuel me mata.

—Es que... no quiero causar...

—Señora Adriana, si no quiere causarme problemas a mí por favor no se niegue. ¡Ya, vamos! Aquí hace un frío del demonio y usted necesita estar abrigadita y tomar algo calentito.

Cogió el bolso, pasó su brazo por el mío y echó andar sin más preámbulos. Elisa sabía cumplir los encargos de su hermano. Su alegría era como agua trasparente bajando a saltitos al valle por entre las piedras.

* * *

Hacía un buen rato que estaba instalada junto al calentador, con una taza de chocolate espeso en frente, mirando trajinar a Elisa en la preparación de la comida, cuando el ruido de una llave en la cerradura anunció que había llegado el instante del encuentro con Samuel.

Inconscientemente, asumí la actitud encogida de una prisionera; me coloqué con la espalda contra la pared, para protegerme

siquiera por ese flanco, y esperé con la boca seca y la garganta palpitándome desafortadamente. En el marco de la puerta apareció el “Gato”, tal como lo recordaba borrosamente de mis asechanzas subrepticias tras los postigos, en la calle Irán: blue-jeans, camisa leñadora, el jockey hundido hasta las orejas, esbelto, de porte mediano. El paso por la DINA aparentemente le había dejado su marca indeleble: la voz, los modales, la postura; esa seguridad absoluta en si mismo.

-¡Hola, hola! ¡Ya está aquí! ¡Que bien! ¡Cómo está, Sra. Adriana? ¡Hizo buen viaje? ¡La ha atendido bien esta chiquilla? Hice un esfuerzo para tragar saliva y aclarar la garganta, alcé un poco más el rostro y traté de sonreír. No lograba mirarlo a los ojos.

Samuel –mirado con más detenimiento, un Samuel que ya no era el “Gato”– se acercó con aire afable, me rozó los brazos en un ademán indeciso y se quedó mirándome como suspendido en el tiempo. Luego, reaccionó: tomó mi mano y la posó en su mejilla, mirándome con ternura. Murmuró:

–Quería verla...necesitaba verla para saber que está bien...

No pude contestar; estaba helada y temblaba –como una estúpida, diría más tarde. Samuel se acercó más y me estrechó con suavidad. Apoyé la frente sobre su hombro y así permanecemos quietos por un momento hasta que él me reprendió afectuosamente:

–¡Bien, bien! ¡Qué es esto! No vamos a ponernos tristes, ahora. ¡Bienvenida a casa, Adriana!

Me retiré, lo miré a la cara, confundida, y asentí lentamente:

–Cierto, no vamos a ponernos tristes; al fin y al cabo aquí estamos los dos, usted y yo, lejos y a salvo de todo eso. Gracias por recibirme Samuel.

Él me instaló nuevamente en el lugar junto a la estufa y me colocó el tazón con la bebida caliente en el regazo; se volvió para presentarme un hombrón que había permanecido en las sombras de

un rincón, en quien no había reparado.

—Éste es Simón, un amigo. También desembarcó en Hamburgo. Él la cuidará cuando Elisa y yo estemos en el trabajo. Se llama Simón... ¡Saluda hombre! ¡No seas bruto!

El hombrón se inclinó ante mí en una rígida venia sin mover ni un músculo de la cara. Parecía hecho de leño dura.

* * *

Después de la cena, Elisa cogió su cartera y se despidió de mí con un beso en la mejilla. Quedaba sola con los dos hombres. Conversamos sobre lugares comunes de la vida en Europa para irnos luego a descansar. Al día siguiente nos dedicaríamos a resolver las interrogantes que yo traía en carpeta. La presencia de Simón me inquietaba en grado sumo; ¡ese sí que tenía aspecto de cancerbero! Para colmo de males, al intentar asegurar la puerta del dormitorio, me di cuenta que carecía de cerradura.

Me sentí atrapada sin remedio. ¡Cómo se me había ocurrido venir a meterme en la boca del lobo! ¡Y nadie tenía noticias de ello! Estaba cierta de mi exclusiva responsabilidad en la situación en que mi imprudencia me había colocado; terminaría asesinada arrojada en un rincón inmundo de la dársena del puerto. Sentía los pasos lentos de alguien en el hall, de allá para acá, de acá para allá. Más adelante, el carraspeo asmático me indicó que se trataba del hombronazo. ¿A quién vigilaba de no escapar? Ese tipo tenía toda la facha de un torturador: manos anchas, ceño osco, miraba torva, reconcentrado. Seguramente, más que un amigo había sido colega del “Gato”. La noche se arrastró lenta; estuve todas esas horas en vela, alerta, anhelante, esperando esperando... Cerca de las siete A.M. unos golpecitos leves en la puerta me despertaron de un sueño reciente y escuché a Samuel que se despedía en un susurro:

—Hasta la tarde, Adriana. Siéntase en su casa. Simón la atenderá y, si usted quiere, la sacaré a dar una vuelta por los alrededores. ¡Chaíto!

Elisa pasó como a las doce a dejar algo rico para comer y partió. Me entretuve leyendo revistas y oyendo música chilena. Simón, callado, desde su asiento junto a la ventana, me observaba todo el tiempo atento a ofrecerme sus servicios. Samuel llegó antes del anochecer.

Hasta la hora de la cena que preparó Simón, para continuar hasta pasada la medianoche estuvimos conversando del pasado. Fui resolviendo muchas incógnitas surgidas a lo largo de mi trabajo, que hasta entonces no habían tenido solución. Entre ambos preparamos organigramas y mapas, armamos listas de nombres de la jefatura de la DINA, aclaramos situaciones que hasta ahí me habían parecido insondables, seguimos pistas, buscamos posibles respuestas.

Era extraño ese coloquio. Tanto yo como él nos sentíamos a nuestras anchas tratando sin tapujos un tema que nos era tan íntimo y tan prohibido, tan incommunicable al resto de los que nos rodeaban en la vida cotidiana. Desde ángulos opuestos compartíamos el misterio de una misma experiencia horrenda. Era ese horror lo que analizábamos y tratábamos de comprender, apoyados mutuamente en los datos que aportaba el otro. Hubo, también muchos silencios en ese diálogo, silencios que nos reunían más que las palabras.

—Ya, hasta aquí no más “Chica” —dijo Samuel al mirar su reloj—. Mañana seguiremos; trata de dormir y no te preocupes por Simón, es un buen tipo. Él está contento de verte. Se levantó del sillón, me acarició el cabello, me besó en la mejilla y se retiró.

Permanecí un rato acurrucada en una esquina del diván, abraza-

da a un cojín. ¡Era sobrecogedor todo lo que me estaba pasando! El inconsciente cambio de trato de Samuel era impactante: “Chica” era como me nombraban en “La Discoteque”. La “Chica” debió ser una prisionera renombrada entre los agentes, por las circunstancias especiales que conformaban su retención; el “Gato” debió saber de ella a través de los guardias y quizás por esa razón era que dejaba sus cigarrillos a su alcance, para confortar de algún modo a esa mujer desecha que no acababan de decidir si eliminar definitivamente o no. En esas horas de remembranza Samuel volvió a ser el “Gato”, el guardia que ayudaba a paliar la aflicción de los detenidos –a los que trataba de tú–. En cambio ella luego del primer efecto, el día anterior había remontado esa pendiente de regresión y se hallaba en plena posesión de los diversos estadios diferenciados de su existencia.

En esas horas de meditación descubrí que todo el sufrimiento padecido me había entregado la capacidad impensada de dialogar con quienes me habían hostilizado. Si bien la soledad de la prisión había trascendido a mi vida toda, el silencio del dolor me había abierto los oídos para escuchar cuando otro buscaba comunicarse conmigo. Descubría que había aprendido a ponerme en el lugar del “otro” que quería brindarme conmiseración: era capaz de ver desde los ojos y el alma de “otros”. Era capaz de aceptar al “Gato” y a Samuel en su integridad acogéndolo con respeto y hasta con afecto. Me costaba dar el primer paso, pero sí que sabía responder si se me buscaba. Esa noche en Hamburgo aprendí algo nuevo.

* * *

En el bus de vuelta a Berlín iba colmada de los acontecimientos de esos días en Hamburgo. Había estado allí dos días y tres noches a merced de emociones encontradas, de pensamientos y sentimientos que me desconcertaban profundamente.

En lo concerniente a la investigación sobre los detenidos desaparecidos en Chile, en especial, a la probable suerte corrida por Bill, no obtuve datos puntuales, pero sí muchos pormenores accesorios que orientarían mejor mis análisis en el futuro. En realidad, había detalles espeluznantes que no me dejarían en paz por muchos años y que en el tiempo explicarían y confirmarían los descubrimientos que se irían realizando por organismos de derechos humanos dentro y fuera del país.

De Hamburgo traía una figurilla del Hummel —el hombrecito con baldes de la leyenda—, unos vasitos grabados con el escudo de armas de la ciudad, unas pocas tarjetas postales y el recuerdo de la tarde en que Elisa me llevó a pasear por el centro de Altona, a petición mía, en un gesto romántico de recuerdos de mis días universitarios cuando me deslumbré con “Los secuestrados de Altona” de Sartre. Quise conocer el escenario de la obra. En el bolso también venía la cassette grabada por Simón para mí, con canciones de Lucho Gatica y los Huasos Quincheros.

Esta vez, el trayecto se me hizo corto para tanto que tenía que ordenar en mi alma. Manuel y Ana me esperaban en el terminal de buses de Berlín. Esa noche conversamos acerca de la respuesta “del otro lado” sobre la publicación de “La vivimos, la conocemos: Colonia Dignidad”, el libro que me había costado más de un año de dedicación exclusiva. Como ya lo anticipaba, la respuesta era un rotundo NO, sin explicaciones ni excusas. En cambio, “el otro lado” pedía informe completo e inmediato de la entrevista con el ex agente de DINA. Ni siquiera me molesté en explicar o excusar tampoco el NO con que rechacé tamaña demanda. A la mañana siguiente, Ana me acompañó a buscar el pasaje aéreo de regreso a Inglaterra.

Con las primeras luces encendiéndose por Londres aterricé a tiempo para coger el bus que me llevaría de regreso al hogar. Allí

esperaba Selva con su cariño, sus novedades y sopa caliente que nos servimos entre risas y mimos.

* * *

En “Búsqueda” continuaba el trabajo de investigación, trascendiendo los límites iniciales. El cúmulo de antecedentes nos obligaba a expandirnos al estudio de otros aspectos de represión, como eran el uso de la tortura, métodos inéditos de ésta que se iban perfilando a través de los testimonios; estudios estadísticos de distribución geográfica de la represión, o su distribución social, sectorización de agencias represivas, etc. También se acumulaban nuevos datos sobre desaparecimientos masivos en otros países del Cono Sur latinoamericanos. Los pequeños grupos de peruanos, argentinos, bolivianos que estaban en Oxford aportaban antecedentes de sus respectivos países y pedían orientación para procesar los datos que manejaban para documentar sus denuncias públicas y armar una red de repudio internacional que obligaba a variar las políticas de prácticas policiales en sus naciones. A veces, costaba volver a centrarse en lo que era la médula de la actividad del “Centro”: Seguir la pista de las desapariciones políticas en Chile. Raúl ya estaba alimentando el programa que había diseñado en la computadora del Politécnico para analizar, finalmente, la información obtenida.

Cada tantos meses, elaborábamos un boletín informativo para ser distribuido a los patrocinadores, a los ayudistas económicos y a los diferentes organismos de derechos humanos con que estábamos relacionados tanto en Europa como en América. Nuestro trabajo fue haciéndose conocido y siendo considerado, hasta el punto de llegar a ser consultores de organizaciones mundiales en la materia.

Una vez que comenzó el procesamiento de la información, ema-

nada de varias fuentes, el grupo de “Búsqueda” llegó a la convicción de que el caso de William Beausire sólo tenía posibilidades de llegar a ser resuelto por medio de una embestida de la opinión pública, para presionar al gobierno británico a exigir perentoriamente una respuesta veraz de la dictadura militar. La legitimidad incuestionable de dicha presión debía proporcionarla el clamor de los parientes cercanos. Decidimos invitar a Diana Beausire –Diana B, de ahora en adelante, para diferenciarla de Diana Tickell– a ser parte principal en la campaña que desarrollaríamos.

Diana B estaba radicada en la Habana, desde hacía algunos años. Dado el grado de intimidad y confianza nacida entre ambas, no me fue difícil persuadirla de ir Inglaterra por unos meses. Con la ayuda de amigos y colaboradores de “Búsqueda” se hicieron los trámites oficiales para el viaje y los arreglos económicos pertinentes. Finalmente, entre invierno y primavera pudimos abrazarnos encontrado una en la otra al hermano perdido y al compañero de padecimientos.

Desde el momento de su llegada, Diana B se dedicó de lleno al trabajo en “Búsqueda”. Se hicieron contactos de tipo político, social y de organizaciones de derechos humanos con el fin de coordinar acciones complementarias y conjuntas “El caso Beausire” se hizo nuevamente noticia en la prensa comprometida británica. Para ello, el “Centro” laboraba largas horas, desde muy temprano hasta muy tarde. Selva se encargaba de preparar la comida en casa, para que ese tiempo fuera aprovechado por su madre y Diana B en las actividades que se programaban. Ambas llegábamos literalmente a rastras al departamento, cansadas de alma y de cuerpo con el ajetreo constante: apoyando desde la oficina y acompañando a Diana B., quien sostenía el grueso de la acción ante el público.

En esos meses se escribieron cientos de cartas, se contestaron

otro tanto de consultas relacionadas con “el caso”; se atendió y visitó a parlamentarios, autoridades eclesiásticas, dirigentes gremiales, grupos de profesionales y estudiantes. Signos de ello eran los rostros cansados, los cuerpos extenuados, la fatiga intelectual. John y Vibha estaban junto a nosotras apenas sus deberes estudiantiles lo permitían, y Florencio menudeaba sus viajes para prestar mayor apoyo a la labor emprendida; paralelamente, el resto de los ayudistas proseguían con los estudios habituales de “Búsqueda”.

* * *

Cuando llevábamos varias semanas de éste trajín, una tarde Vibha comentó en la oficina que esperaba a John con noticias sobre el uso de unos bonos, aparecidos como promoción en una conocida marca de detergentes, para viajar a París a un costo ínfimo. Hicimos bromas respecto al paseo que darían si el asunto iba en serio. Apareció John alborozado: efectivamente la oferta era real, y ellos habían reunido vales de más, les sobraban. Con las palabras aún en el aire, el muchacho nos miró y a una voz con Vibha preguntó:

—¿Y si los usan ustedes?

—¿Nosotras? Are you crazy? ¿Qué haríamos nosotras en París?

—protesté.

—¡Oye, chica! —intervino Diana B— ¡Lo que haríamos es pasear, qué tú crees!

Entre los cuatro discutimos unos minutos más, el argumento de los jóvenes era suficientemente convincente: se estaba llegando al fin de la campaña, ambas estábamos agotadísimas, ninguna había tenido vacaciones en años, Diana B partiría de vuelta a Cuba sin probabilidades de volver muy pronto a Europa, y, por

tanto, sin oportunidad para aprovechar ese tipo de ofertas y, finalmente, ¿cómo íbamos a desperdiciar esos vales que habían costado tantos lavados para reunir?

—Lo pensaremos —dije, más para cortar el asedio que por reales intenciones de hacerlo.

A la hora de la cena, Diana B contó a Selva y Florencio —que casualmente estaba allí en la ocasión— del ofrecimiento de los muchachos y comentaba cuánto le habría gustado poder aprovecharlo.

—¿Y por que no van? —preguntó Selva.

—Pues... No sé, linda; no me fastidies —le respondí.

De un modo impreciso, sentía que si no tenía una justificación de trabajo o de estar haciendo algo por Chile, no era lícito viajar y pasear. Había visto a demasiados chilenos olvidar la razón que los había llevado a Europa...

—Sí que te fastidio, mamá. Deberían ir. Otra oportunidad como ésta no van a tener tan fácil.

—No, hijita. Ya te dejé sola para ir a Alemania. Ahora se acercan tus pruebas en el colegio, tú debes dedicarte más al estudio y para eso, me toca a mí atenderte: cocinar, hacer el lavado semanal en la laundry... No, Selva; no te metas por favor.

Florencio intervino:

—Bueno, como a mí la capitana no puede ordenarme que no me meta, les daré mi opinión: vayan; las dos se merecen un poco de aventura y darse un gusto. Además, ¡París es tan hermoso!

Días después, nos encontrábamos en el tren que partía de Victoria Station a Dover, a tomar el hovercraft para cruzar el canal y continuar por ferrocarril hasta París. El costo del pasaje para las dos habían sido los bonos, más 40 libras esterlinas. Cada una llevaba otras 20 reunidas con gran dificultad —¡hasta Selva nos

había prestado algo!-, la dirección de una amiga de Diana en la calle Gutenberg en el sur de la capital, donde nos brindarían alojamiento y desayuno y ganas de hacer una locura.

¡Qué locura! París de por sí era una ciudad cara y para nosotras era simplemente inalcanzable, pero así y todo intentaríamos conocerla. Con 20 libras en el bolsillo poco podíamos hacer, pero, adquirimos talonarios para el metro –¡el fabuloso Metro de París!-, nos atiborrábamos de calorías a la hora del desayuno en casa de nuestra anfitriona y partíamos cada día con diferente destino a recorrer las calles típicas del centro, algunos alrededores, a mirar monumentos, contemplar las fachadas de los museos –por que el dinero no nos alcanzaría para pagar las entradas y al mismo tiempo, subsistir por una semana-, caminar por las avenidas mundialmente nombradas, pasear por la Rive Gauche, asomarnos a Notre Dame, acodarnos en un pretil a observar el Sena, sentarnos en los bancos de los boulevares.

–¡Mira, mira! Esto es St. German de Près.

–Sigamos esa indicación; vamos al centro Pompidou.

–¡Oye! La torre...! La torre Eiffel!

–¿Subamos?

–¿Nos alcanzará la plata?

–Ya; tú sabes francés; pregunta al boleterero cuánto cuesta el ascensor.

Nos alcanzó solamente para llegar hasta el primer nivel, donde estaban las tienditas de souvenirs y de donde se veía la mitad de París envuelto en bruma de sol que quiere y no quiere hacer primavera.

Así nos acercamos al Palacio del Louvre, a Los Inválidos, la iglesia de la Madeleine, el edificio de la Ópera, bajo los chaparrones de comienzo de la estación o bajo soles transparentes con aires tibios o grises que nos herían el rostro.

Para cumplir la diaria humorada de tomar café en alguno de los míticos cafecitos de acera, nos sentábamos en una de esas mesas minúsculas y pedíamos UN café –tamaño moca– que compartíamos entre ambas. Si en nuestro deambular tropezábamos con otro establecimiento que nos seducía, volvíamos a ordenar la tacita única para ambas, de modo que así conocimos muchos lugares mientras reposábamos los cansadísimos pies con cierta frecuencia, jugando a ser turistas adineradas. Después del mediodía, cuando el apetito nos asaltaba sin piedad, comprábamos sendas baguettes y nos íbamos comiendo de a pedacitos esos largos panes típicos. Al regresar a casa de Carmen, sólo teníamos fuerzas para darnos una ducha y arrojarnos a nuestras camas a dormir. La última noche en París, los dueños de casa nos invitaron al cine a ver una película de antología clásica (de Bogard) y luego, a un bellissimo Bistró en los Champs-Élysées. Por unos días habíamos apostado a olvidar las tragedias de nuestras vidas y lo habíamos conseguido.

Partimos de madrugada a coger el tren que nos llevó por los campos del norte de Francia al Canal de la Mancha. Arribamos a Oxford a la caída de la tarde. La cerradura del departamento estaba semi-destruida, como si hubiesen intentado forzarla.

* * *

Selva no tardó mucho en regresar a casa después de su jornada escolar y de su trabajo de aseo en casa de una Mrs. White. También se alarmó de encontrar la chapa de la puerta en ese estado. Esa mañana, a su partida, todo estaba normal; definitivamente, había ocurrido en el trascurso del día. Ordenamos, por intermedio de la policía, el cambio de cerradura; unos días después, ésta volvió a ser dañada. La inquietud de nosotras tres era grande; lo más probable era que se tratara de un malandrín de barrio, pero, ¿y si era un asunto relacionado con las investiga-

ciones de “Búsqueda”? Alguien podría estar dejando estas señales para amedrentarlas.

El temor siempre estaba al acecho de los refugiados, convencidos que el brazo largo de la policía secreta de Pinochet seguía vigilando en las sombras, a pesar del tiempo transcurrido. Kena y Oscar, compañeros que se encargaban del envío de fondos para la resistencia, en varias ocasiones, también habían recibido amenazas veladas. Entonces, era entendible que la mayoría de los exiliados, a esas alturas, hubiera optado por reconstruir tranquilamente sus vidas en la tierra que los acogiera en su desamparo, olvidando su compromiso con un ideal como cosa del pasado, como un pecado juvenil y que, a la postre, les habría brindado la oportunidad de medrar al calor del desarrollo económico del Primer Mundo. Por fortuna también había los otros, los que seguían queriendo hacer de este mundo un sitio mejor para vivir.

Diana B. había partido de regreso a Cuba poco después de la “aventura” en París. Todo el esfuerzo desplegado en la campaña de concientización pública, para conseguir la presión política que significara la aclaratoria del misterio del ciudadano británico a manos de la dictadura chilena, no tuvo más trascendencia que el ruido de las cáscaras de nueces: los intereses políticos y económicos son un todo, por lo que siempre se encontrará modo de protegerse entre pares; Pinochet era otro peón en el tablero del nuevo orden político-económico mundial, y el juzgamiento de sus crímenes no lo suscitarían jamás las demás piezas del mismo juego. Era una lección amarga que los oprimidos del mundo no acababan de asimilar.

Con la estación más cálida y soleada y el fin del año escolar, pudimos destinar más tiempo para estar juntas al aire libre.

Solíamos invitar a los viejos a llegar temprano al departamento, para partir desde allí con el triciclo cargado de sillines plegables, chalones y canastos con merienda y jugos de frutas, para ir a hacer pic-nic a orillas del laguito artificial situado al fondo de la corta calle a la que daba nombre: Lake Street. Ya habíamos establecido un lugar favorito, bajo árboles de tenue frondosidad que protegían de los rayos solares, a la vez que permitían disfrutar de la luminosidad del idílico paisaje. La abuela, a pesar de su reserva, demostraba en la placidez del rostro y en la serenidad de su postura, el agrado íntimo que estos sencillos paseos le proporcionaban. El abuelo, mientras hubiera donde hincar el diente, no molestaba con impertinencias. Nosotras gozábamos del regocijo que brindábamos y cuidábamos de no perturbar el cese de fuego implícito entre las generaciones. Estábamos empeñadas en mantener el delicado equilibrio logrado a costa de mucho olvidar, de mucho comprender, de mucho perdonar, también: los viejos en su desvalidez no tenían más familia que nosotras; se acercaban al final del camino y deseábamos ser factor de la paz que debía acompañarlos en esa etapa.

También organizábamos salidas con Lichi y familia. Nos reuníamos a orillas del Támesis, cerca del Donnington Bridge, en la pradera adyacente. Era una delicia contemplar a las chiquitas y a Danelito correteando entre la hierba sobre sus frágiles y torpes piernecitas; perseguían mariposas y saltamontes y cosechaban incontables briznas de pastos, hojitas de plantas silvestres, florecillas del campo, que iban vaciando en mi regazo con alborozados “Look, look, granny!”, cada uno pretendiendo que su tesoro era el más asombroso de todos.

Silvita, siendo la mayor y ya capaz de soportar la separación nocturna de la mamá, a menudo alojaba en el departamento de Lake Street. Le encantaba sentirse “grande”, al compartir con la tía y

la abuela los quehaceres domésticos del fin del día: ordenar la salita, colocar los cubiertos en la mesa, cerrar cortinas, sintonizar el programa infantil de la B.B.C., intervenir en las conversaciones; en resumen, ser persona importante y tomada especialmente en cuenta entre toda esa gente que frecuentaba la casa. El cariño que recibía y ofrecía era mantenido en reserva frente a Lichi, para no provocar sus celos; más de una vez, ésta nos había distanciado al percatarse de la sintonía de la pequeña con nosotras, hecho que nos sublevaba, pero elegíamos simular la ternura con tal de no vernos separadas.

El verano es la estación en que se produce el trasiego de la actividad del ámbito público al privado; se va a vacacionar, preferentemente; se descansa en preparación para reanudar la marcha del universo urbano a la llegada del otoño; sucede en todas las sociedades occidentales. En consecuencia, la actividad de “Búsqueda” también se redujo, ese año, notablemente, con los ayudistas alejados de Oxford y los organismos referenciales en receso estival. Sólo Florencio y yo continuábamos recopilando informaciones, sin gran premura, dadas las circunstancias, hasta que decidimos darnos, también, un descanso, que aprovechamos para visitarnos en plan de entretenimiento y no de trabajo. Con Selva estuvimos unos días en Worthing, recreándonos con tardes en la playa en compañía de Puppy, paseos por la costanera de Brighton y largas charlas en las veladas con amigos ingleses del matrimonio. A su vez, ellos nos visitaron en Oxford.

Por agosto, yo debía participar en la Escuela de Verano de un grupo de cristianos al que pertenecía mi amiga Mary. Desde luego, Selva era de la partida. Nos pasaron a buscar en automóvil y luego de un hermoso trayecto a través de Oxfordshire y Wiltshire, alcanzamos Dorset y allí, Blandford. Desde el colegio

privado donde se desarrollaría la Escuela se divisaba, a lo lejos, los prados circundantes, el espejo del río Stour.

La vetusta mansión campestre rodeada de edificaciones de servicio, propias de su rango, albergaba una elegante escuela para niñas adineradas, donde se les educaba para el rol de damas en una elite privilegiada. Los antiguos salones de cielos artesonados estaban convertidos en salas de clases y bibliotecas; las numerosas habitaciones del segundo y tercer piso servían de dormitorios a las internas. Las escaleras eran anchas, de sobrias balaustradas, patinadas por el roce de manos a lo largo de siglos. Desde la ventana de la mansarda que se nos asignó de dormitorio, veíamos los patios rodeados de caballerizas y establos otrora, puestos a usos diferentes en el presente; en la cúspide de un pequeño campanario, un gallo de veleta danzaba en todas direcciones, según el capricho del viento.

Disfrutamos de esa semana de estudio y relax en medio de la campiña del sur de Inglaterra, en un ambiente cordial y sencillo. Los hijos e hijas adolescentes de las familias participantes tenían actividades y diversiones propias, al igual que los niños menores. Selva, con la facilidad acostumbrada, se integró al grupo correspondiente, pero, igualmente, buscaba mi compañía a las horas de recreo. Esta vez no sufrió el nerviosismo que la enfermara en Kilarney, dos años atrás, cuando esperaba mi intervención, en la Escuela de Verano anterior; ya había aprendido a confiar en mi capacidad y en el respeto que me brindaban los amigos británicos. La mañana en la Escuela en que estuvo a mi cargo la exposición, quiso acompañarme –sin temores, esta vez, de un papelón– y participar en el intenso diálogo posterior. El tema se refería naturalmente a los derechos humanos. En esos días nos reunimos a reflexionar cristianos de todos los rincones del mundo. Había una pareja venida de Nepal, un anciano chino, una aborigen australiana –Mabel, con quien hice buena amistad–,

una siberiana, dos jóvenes esquimales. ¡Todos tuvieron mucho que agregar a lo expuesto por mí!

Para septiembre había llegado una citación al “segundo Encuentro de Cristianos Latinoamericanos en Exilio”, a realizarse en Bruselas. Lo comenté con mi amiga Noël, una religiosa de la orden del Sagrado Corazón, con quien me había unido mucho desde el comienzo del exilio. Noël había estado un tiempo sirviendo en las barriadas pobres de Lima; se había prendado de América Latina. Desafortunadamente, una dolencia la obligó a retornar a Inglaterra y a partir de entonces, siempre estaba a la expectativa de desarrollar trabajos con latinoamericanos. Creó un Centro de acogida social y cultural, al que llamó “Lámpara”, en Londres, adonde acudían muchos colombianos, peruanos, bolivianos, argentinos y algunos chilenos, para socializar y encontrar asesoría laboral y jurídica, ya que un número importante de ellos eran inmigrantes ilegales. Noël se entusiasmó con la idea de acompañarme; así conocería mejor la problemática común a todos los emigrantes y podría orientar mejor el trabajo del Centro.

—Tú me llevas al Encuentro y yo te invito a quedarte en nuestra casa, en Jette, —ofreció.

—¿Estás segura que lo puedes hacer, Noël?

—¡Naturalmente! Es la Casa Central de la orden y cada religiosa dispone de hospedaje allí, cuando viaja a Bruselas.

Quedó acordado el arreglo. Me entusiasmaba esta salida con la amiga; congeniábamos mucho y con Noël siempre se vivían buenas experiencias; cuando debía alojar en Londres, lo hacía en el convento de Hammersmith y ambas lo pasábamos bien en la mutua compañía; en esa Casa, que acogía a las religiosas

ancianas, Noël era un poco “la novicia rebelde”. Haríamos el recorrido por hovercraft y buses. Selva, entretanto, partió a visitar a Valentina , en Coventry.

Llegamos un día antes de la iniciación de la reunión. El barrio de Jette, donde estaba situado el Convento del Sagrado Corazón, era antiguo y hermoso, con muchos jardines públicos de tupido bosque. La casa de la orden formaba parte del Colegio para niñas; esas monjas son, esencialmente, religiosas educadoras.

La alegre acogida de las monjas, felices de volver a ver a la hermana inglesa y de recibir a su invitada, borró todas mis aprensiones. Me encantaron la amplia claridad del comedor y de las salitas de la comunidad, la austeridad con olor a cera y a jabón de los largos pasillos de altos techos y pulcros embaldosados, los arcos del claustro recubiertos de hiedra, la fuente entre los vericuetos del enorme jardín enmarañado, entrecruzado de senderillos que desembocaban en diminutos claros inesperados, como placillas de juegos de gnomos. La cháchara jovial de las hermanas cuando me encontraban por los pasadizos o en el huerto, me hacían sentir bienvenida y grata.

Me destinaron una habitación desde cuya ventana se divisaba el patio de recreos del colegio: las voces y cantarinas risas de las niñas me llenaban de nostalgia por un pasado que, para entonces ya, presentía, con fuerza de convencimiento, no se repetiría para mí. Exonerarme de mi cargo de profesora había sido una cruel pena impuesta por la tiranía; era como haberme interrumpido el vuelo en pleno aire y amputado el alma. Todavía solía sollozar a escondidas, con el pañuelo metido entre los dientes —no para sofocar el ruido, sino para que no se me saliera el corazón por la boca—, cuando cualquier sonido, olor o color, la luz o las sombras, me desencadenaban las imágenes de la vida entre mis alumnos del liceo de Talca, a los únicos que consideraba “mis”

alumnos, porque el paso por Korogwe había sido sólo un abortado remedo, para mi añoranza.

Luego de desayunar en el lindo refectorio, esos grandes tazones de humeante café con leche, los platillos de quesillo y miel, las hogazas morenas de pan casero, las frutas ofrecidas en canastillos tejidos en el convento, partimos a buena hora para llegar con holgura al lugar del Encuentro, ocupando el sistema de transporte combinado de tranvías, buses y metro de la ciudad. Nos alejamos de las calles adoquinadas para atravesar por anchas avenida de moderno pavimento, y volver a cruzar por empedrados hasta arribar al viejo edificio que albergaba las actividades socio-culturales de la colonia latinoamericana en Bruselas. ¡Noël se encontraba con una réplica de su Centro “Lámpara” de Londres!

A medida que la gente iba llegando e inscribiéndose, reconocía a algunos participantes en el Primer encuentro de 1978, al que había asistido invitada por unas coterráneas, también exiliadas, pero en Alemania, y que ahora se encontraban en Nicaragua colaborando con la construcción del proyecto revolucionario. Me acercaba a saludarlos y presentar a Noël. La concurrencia fue numerosa. Los temas fueron tratados con amplitud y tolerancia, ya que los asistentes militaban en distintos partidos políticos, si bien todos de tendencia izquierdista y cristiana. Esta vez no hubo luminarias de la revolución –Nicaragua ya había derrotado la tiranía– que estimularan el entusiasmo y compromiso de los exiliados. Los largos años de extrañamiento moderaban gradualmente el ímpetu de los discursos. Esta vez se dejaban oír “la voz de la razón”, la mesura, la resignación, el desencanto. Todos éramos cinco años más viejos, con cinco años más de cansancio en el espíritu y en el cuerpo. Sentí que estos compañeros ya no eran interlocutores para mi madurada conciencia política. Tampoco respondía a mi profunda inquietud el inopinado entibiamiento de la prédica libertaria –heredada, a mi entender, de

Jesucristo mismo y, más próximamente, de un Camilo Torres o un Gustavo Gutiérrez, por ejemplo— que antes me había reafirmado en mi convicción cristiana. El signo de este “Encuentro de cristianos exiliados” era un recetario para aprender a mejor vivir la circunstancia personal; ya no se trataba de inspirarse en los valores primigenios para comprometerse en la transformación de la sociedad humana. Ello me provocó gran tristeza: sentí que dejaba de pertenecer a esta comunidad... también.

Una vez cumplidos los días del Encuentro, Noël quiso visitar “Brujas”. Yo estaba tan cansada que preferí quedarme en el convento, con la intención de dormir y descansar. Desperté a media tarde, abrigada por los rayos de sol que caían sobre mi lecho. Sintándome mejor, decidí salir a pasear por el mágico jardín del convento. A la salida, en un recodo del hall de la escalera vislumbré los vivos tonos de un vitral. Hacia allá dirigí los pasos. Crucé la cancela de una puerta entornada y me encontré en una silenciosa y solitaria capilla, cuyos ventanales lucían cual escaparates de joyas.

La paz del recinto me invitó a sentarme en un banco frente al altar. En tanto mi vista se acostumbraba a la niebla dorada del sol cayendo a través de los vidrios multicolores, advertí a los pies del altar una urna de cristal y bronce. Me acerqué lentamente, atraída por la insólita armazón; hasta quedar petrificada de asombro: dentro de esa vitrina yacía una mujer con el hábito negro y blanco de las religiosas del Sagrado Corazón. Era menuda de porte, de rostro severo que parecía dormido; sólo la nariz aguzada denotaba rigidez cadavérica. Las manos cruzadas sobre el pecho se veían relajadas, satinadas, de color marfileño, al igual que la tez de la cara. ¡Se la veía tan frágil! Terminé de acercarme, me arrodillé para leer la inscripción de una pequeña placa a los

pies del sarcófago y supe, de sopetón, que me hallaba ante la Santa Magdalena Sofía, fundadora de la congregación. Estaba estupefacta ante la maravilla de la presencia del cuerpo incorrupto de una mujer fallecida hacía muchísimos años.

Súbitamente, me sentí trasgresora y temí ser sorprendida en falta; me puse de pie y salí precipitadamente de la capilla. Aún acezando, llegué al fondo del jardín, donde estaba semioculta por la vegetación la pequeña estatua de una pastorcilla rodeada de sus ovejas.

En el último día en Bruselas, con mi amiga caminamos por el centro antiguo. A la vuelta de una esquina dimos, de pronto, con la famosa estatuilla del “niño meón”, admirado tantas veces en los libros de arte y geografía. Era tan pequeñito... regando por siempre la fuente a sus pies. Más allá nos encontramos con la gran plaza del mercado de flores, ese día inundada de suaves fragancias y coloridos ramos. Un poco más adelante, por una estrecha callejuela, desembocamos en la plazoleta al costado de la extraña arquitectura de la Iglesia de San Nicolás, iglesia de los mercaderes, de vagabundos, de viajeros sin rumbo ni hogar. Entrar a ella fue como penetrar a una feria abigarrada, caótica, donde los muchos altares no parecen estar alineados según un orden; donde cada santo o virgen se patina con la humareda de los cirios encendidos a sus pies; donde oíamos el confuso susurro de los confesionarios en infinitas lenguas, todos al unísono. ¡Una iglesia viva y vivificante, esa de San Nicolás, en Bruselas!

A mi regreso en Oxford, Farit tenía una oferta que hacerme: un amigo vendía su Austin-Mini, del año 80, a muy bajo precio; ¿no querría tener un autito para los inviernos?
—Ay, Farit sabes que no sé manejar. Además, con la poca movili-

dad de mi “pata”, tú crees...?

—Ese no es problema, mujer. Yo te acomodo los pedales a tus posibilidades de movimiento.

—No sé... encuentro que es como...

—¡Ya! Es como “ponerse burguesa y olvidarse del por qué estamos aquí” —me remedó—. No seas tan exagerada. ¡Si no puedes traerte las “callampas” p’acá, mujer! Que tú andes morada de frío en ese triciclo bajo la ventisca en Inglaterra, no le ayuda un pelo a los compañeros en las poblaciones en Chile.

—Mmm. Cierto que sería rico poder acarrear a los viejos al médico en el cacharrito y sacarlos a dar una vuelta, e ir a ver a los niños sin llegar empapada... Selva, ¿qué dices tú?

—Es cosa tuya, mamita. Lo que sé es que no seré yo la que se agarre un reuma patagüino con los fríos; soy un poquito más joven que “otras”.

—Tengo unos ahorros en el banco. Creo que alcanzaría.

—¿Entonces, qué esperas? Ya, atrévete.

—Es que no sé manejar...

—Yo te enseño. ¡No sea tímida, compañera!

Compramos el autito. De a poco, Farit lo fue ajustando a mis necesidades. Entretanto, con paciencia infinita, me iba instruyendo en los misterios de la mecánica, en entender el funcionamiento del motor, y me enseñaba a conducir en su propio auto, apenas ambos teníamos un tiempo disponible. ¡Cuántas brutalidades cometió la alumna! ¡La menor fue acelerar en vez de frenar y comenzar a treparse verticalmente por una muralla! Desde entonces, él me llamaría la “Señora Mosca”.

Ese otoño los atardeceres estuvieron destinados a ir a las playas de estacionamiento en las afueras de la ciudad, vacías a esas horas, a ensayar conducción, cuando las actividades de “Búsqueda” lo permitían. Farit era un agradable y paciente acompañante e instructor. Solía quedarse, a la vuelta, a comer con nosotras, para

comentar jocosamente los incidentes de esa lección. Reíamos de buen humor de tanta aventura estrambótica, aumentada y corregida por el amigo.

Las exigencias financieras que iban imponiendo el cúmulo de nuevos trabajos –gastos en reproducción de documentos, difusión, comunicación postal, transporte a los sitios donde eran solicitados para charlas o paneles– tenían en graves aprietos a Diana para mantener la cuenta bancaria sobre el cero. En reunión administrativa donde se discutía la problemática situación, intervino Selva –quien había llegado casualmente a consultarme algo– para proponer:

–¿Y por qué no hacen un “Jumble”?

Jumble-Sale es la venta de “cachureos”, de objetos en desuso, donados por la comunidad, a la que asisten los mismos vecinos y amigos a comprar objetos dados por otros, y que se efectúan en locales comunitarios (iglesias, escuelas, centros culturales del barrio, etc.) o al aire libre en espacios adecuados, para financiar actividades de grupos y pequeñas organizaciones.

–¡Verdad! ¿Y si hiciéramos un “Jumble”?

¡De tan simple que era, no se nos había ocurrido la idea! Fijamos plazos, solicitamos un salón del barrio, repartimos invitaciones a los conocidos, colocamos avisos en los almacenes e iglesias e iniciamos la recolección de donativos. Siendo una práctica tan común en Inglaterra, la cosa funcionó sin contratiempos.

Selva participaba encantada, recorriendo las calles de los alrededores de Lake Street, golpeando puertas para pedir contribuciones. Alguien regaló un coche-cuna de altas ruedas y gran capota

—¡una reliquia!—; allí acumulaba las demás donaciones hasta el tope. Era un verdadero espectáculo verla avanzar por la calle con su cargamento, bajo las nevadas que ya habían comenzado.

En uno de los paquetes recogidos venía un par de patines para hielo, con alta caña y agudas puntas. Al clasificar los artículos, Selva se fijó en ellos, les dio varias vueltas, los acarició y los dejó de lado, sin atreverse a decir nada. Yo la observaba y recordé: cuando la niña era pequeña y a mí me habían despedido del liceo, los cesantes de la población se organizaron para celebrar la Navidad de los hijos. Reunimos juguetes desechados en hogares más afortunados, los arreglamos y empaquetamos para los chiquitos. La casita de la población estaba convertida en el taller del Viejo Pascual. Selvita se había prendado de una cocinita de latón y terminó rogando que se la asignaran: “... y nada más, compañeros, nada más que la cocinita con el gatito pintado en la puerta del hornito”. Ahora Selva no pediría los patines, le daría “no sé qué”. Los aparté del montón, puse algún dinero en la alcancía de “Búsqueda” y se los ofrecí a mi hija adolescente. A Selva se le iluminó el rostro igual como años atrás se encendió la carita de Selvita.

La venta tuvo gran éxito; con lo que produjo se pudo equilibrar las finanzas del Centro por un tiempo, suficiente para conseguir nuevos adherentes cooperadores económicos.

La última “nueva” adquisición para el amoblado del departamento, ese invierno, se efectuó gracias al descubrimiento de una mesa estrafalaria, pintada de blanco y derrengada, en uno de los recorridos de Selva en busca de donativos para el Jumble-Sale. Ayudada de Farit, la acarreo hasta Lake Street, la limpió y me la ofreció para usarla de escritorio. Yo me emocionaba, por lo que esta actitud denotaba de sencillez y preocupación; Selva era lo más hermoso de mi vida; daba gracias por haber tenido estos

años para disfrutarla.

El último acontecimiento relevante de ese año tan lleno de imprevistos fue la visita de “él”. Un telefonazo desde Irlanda me puso al tanto del viaje que había emprendido con sus padres –inmigrantes irlandeses en América–; ahora que los había instalado con la parentela quería ir a verme. “¿No tienes inconvenientes?” ¡Inconvenientes! Mi corazón danzaba de nerviosidad y alegría. ¡Lo vería otra vez –¡una más!– Cada encuentro había sido así: súbito, inesperado; quizás, el último. Se mezclaban alegría y dolor en ellos: la alegría de la reunión inverosímil, y el dolor de una despedida que podía ser definitiva. El cielo y el averno.

Fui a esperarlo a Gatwick; mi impaciencia me impedía aguardarlo en casa. Como siempre, llevaba mis inseguridades a cuesta, mis ansias, mis temores; pero, por sobre todo, entera era ofrenda a ese amor irrealizable... que debía ocultar. Como siempre, “él” me abrazó, cariñoso y lo dejé hacer, sin atreverme a mostrarle la profundidad de mi sentimiento. Me bastaba con sólo mirarlo, sólo rozarlo, sólo escucharlo. ¡Ay, atesorar cada detalle mínimo para alimentarme con ellos a perpetuidad!

En los días que estuvo en Oxford, “él” quiso acompañarme en mis ocupaciones: “Búsqueda”, la compra de alimentos en el supermercado, conferencias, reuniones. En casa me ayudaba en las tareas domésticas, cocinábamos juntos. Evité llevarlo donde mis padres, dados los comentarios malignos que en una ocasión hicieron. Lo presenté a mis amigos monjes y decidimos tener una cena todos juntos. Paseamos en el autito –donde apenas cabía “él” con sus largas piernas hechas un lío–, visitamos la campiña de los alrededores, caminamos por la ribera del Isis, fuimos a ver a Lichi, jugamos y conversamos con Selva, charlábamos

hasta tarde en las noches. Me tomaba todo el tiempo posible del trabajo en la oficina; John y Vibha, con malicia, se ofrecían a suplirme. Parecía que todos quienes nos frecuentaban asumían que “éramos pareja”, tanta armonía y entendimiento transmitíamos. Una tarde, en un pub, nos encontramos a boca de jarro con Antón; me vi forzada a hacer las presentaciones del caso. Antón se retiró pronto; lo presenté lastimado, a pesar del tiempo que no nos frecuentábamos.

—Adriana, vuelvo a Chile —me anunció.

—¡A Chile! ¿Es seguro volver, para ti?

“Él” me miró en silencio, con aire resuelto.

—¡Por dios, no vuelvas! ¡No todavía! ¡No quiero que te suceda nada malo! —exclamé.

“Él” cogió mis manos, me miró a los ojos y contestó:

—Sí, chicoca, regreso. Las cosas que hay que hacer, deben hacerse, y yo debo estar allá. Me cuidaré, te lo prometo.

—¿Y a dónde te vas?

—A Santiago; es más grande, es más fácil no ser tan evidente allí. A Talca no puedo volver, tú sabes.

—¿Me escribirás? ¿Me dirás, de verdad, cómo estás?

—Te escribiré cada vez que pueda hacerlo. Estos últimos años que he estado “afuera” te malacostumbré a recibir noticias seguidas, parece —bromeó—. Sí te escribiré, pero no debes preocuparte aunque pase tiempo sin que llegue carta. Será porque estaré ocupado. Por lo demás, si algo me sucediera, luego lo sabrías; las malas noticias vuelan.

—Si tú no estás, moriré.

—No, tú seguirás tu camino... así como yo debo seguir el mío.

Esa tarde me llevó abrazada por las calles cuando volvíamos, callados, a Lake Street.

En la víspera de su partida, asistimos a un concierto en el Town Hall de Oxford. El “Adagio” de Albinoni lo escuchamos cogidos

de la mano. A la mañana siguiente, cuando me aprontaba para acompañarlo al aeropuerto, “él” pidió:

—No vayas, Adriana. Aquí nos despediremos; allá será más penoso.

“Él” se marchó y, una vez más, el mundo pareció oscurecerse en torno a mí. Me encerré en la sala de baño para apagar los sollozos en el ruido del agua. Llamaron a la puerta del departamento y los latidos de mi corazón se detuvieron. “¡Ha vuelto, ha vuelto; no se fue!, me dije loca de contento, limpiándome la cara para correr a abrirle. Era Antón, quién abrió los brazos para estrecharme. Lo rechacé, odiándolo en mi frustración.

NUEVE

A principios de febrero se cumplió un nuevo año de destierro, el séptimo. Todavía era invierno cerrado.

Selva cursaba el último año de preparación de “A Levels”. Había dejado la Cherwell School para terminar sus estudios en el C.F.E. en cursos para adultos; el entorno escolar formal la sofocaba por lo que estimé innecesario forzarla a continuar en un medio que se le tornaba conflictivo. Nunca más quise averiguar a fondo cuáles eran los reclamos de la escuela con respecto a mi hija, así es que cuando ésta me pidió que la acompañara a cambiarse de establecimiento, lo hice sin más; confiaba en la madurez de Selva para eludir los peligros obvios de la adolescencia y en su sensatez para juzgar el entorno social en que le tocaba desarrollarse; aunque tuviera temores, los acallaba por respeto a la intimidad y la libertad de mi hija. Mi propia infancia y juventud, estrictamente reglamentadas y reprimidas, me había dejado un amargo recuerdo. Los derechos que tanto había luchado para conquistar para mí, no los conculcaría en los demás; no juzgaba la estatura moral de nadie sino por la globalidad de los valores éticos que orientaban la consecuencia de su accionar. Selva seguía siendo una muchacha responsable, veraz, equilibrada y cariñosa.

La niña había conocido a un joven siciliano, salvavidas en la piscina adonde asistía el alumnado de la Cherwell. De a poco, me fui interiorizando de esa amistad. Era un chico agradable,

estudiante de inglés en Oxford durante esa temporada, para mejorar su desempeño de acompañante turístico por Europa para la empresa siracusana que lo empleaba.

Sentía que la relación con mi hija iba cambiando imperceptiblemente. Ya no era la niñita que se acurrucaba en el silencio tibio de la madre, sino que una adolescente con el misterio de sus descubrimientos que, con extraño pudor, callaba. El tiempo que permanecíamos juntas se fue encogiendo entre estudios y trabajos ocasionales; de contrabando se deslizaban, también, las horas de cita con Michele —el Romeo mediterráneo—. Este idilio no era cosa de “Chicos”, como lo fuera el pololeo con Jean-Christophe; preparaba la mente para admitir lo que mi corazón rehusaba aceptar: la hora de la partida de Selva de mi lado se acercaba; no podía hacer nada para impedirlo, si no quería trizar para siempre el cristal de la cálida amistad filial.

Con este estado de ánimo, llegó el tiempo de presentarse al examen de conducir. John me ayudaba repasándome una y otra vez los reglamentos del tránsito, revisando los conocimientos de mecánica básica enseñados por Farit, acompañándome a ejercitar mis conocimientos teóricos por las calles apartadas y caminos de los alrededores de la ciudad. Luego, volvía a repasar los aspectos débiles con Farit; así, entre ambos, me preparaban para obtener la licencia definitiva. El de mi entrenamiento había sido un tiempo grato, en que recorrí carreteras y senderos vecinales bajo intensas nevazones nocturnas, lluvias torrenciales o días radiantes sobre superficies heladas. Cada salida era una aventura por los caminos de la camaradería. En ocasiones, nos acompañaba Selva; las más de las veces salía sola con el “instructor” de turno.

Por fin la fecha para comparecer al departamento de Tránsito de la Municipalidad de Oxford era al día siguiente. La primavera avanzaba, las horas de luz diurna se prolongaban más y más.

Ese día, John propuso, en una pausa del trabajo en la oficina, aprovechar la tarde para dar unas últimas vueltas de instrucción por las calles de la ciudad. De regreso, en una conjunción de vías, apareció otro automóvil que no respetó las señalizaciones del tránsito y se lanzó por el costado indebido sobre el pequeño Austin-Mini. Alcancé a esquivar parte del impacto, de manera que la carrocería se hundió a milagrosos centímetros del cuerpo de mi amigo, yendo a dar con el vehículo al paredón de piedras del Worcester College. Aún atontada por la impresión, sólo atiné a desconectar el motor y a cerciorarme que John no sufría mayor daño.

Alguien abrió la puerta, me sacó del auto y me abrazó: era el bueno de Antón, quien pasaba casualmente por el lugar y presencié el accidente. Se hizo cargo de mí con ternura y de las diligencias in situ. Pronto llegó la policía urbana, tomando datos, pidiendo documentos; la aseguradora envió grúa para retirar los vehículos que obstruían el tránsito. Antón me había instalado, entretanto, en su automóvil y no bien las gestiones inmediatas estuvieron prontas, nos condujo a los accidentados a nuestros respectivos hogares.

Evidentemente, la responsabilidad del choque era de la joven que conducía el Peugeot. Así lo informó la policía, por lo que la compañía aseguradora reembolsó el valor del “Mini” sin dilación, apenas unos días después. Habría que esperar unos meses, hasta haber adquirido y ajustado otro, con el dinero del seguro.

Este suceso me hizo reflexionar sobre la fragilidad de la vida, mi propia vulnerabilidad, y me dije que habría sido terrible ironía perecer en un estúpido accidente de tránsito provocado por la irresponsabilidad de una joven inexperta, cuando había logrado sobrevivir al terrorismo de Estado en mi país. Supe —una vez más— que la autoimpuesta misión de develar la verdad era im-

postergable y urgente: nadie podía garantizar que a la vuelta de la esquina no estuviese aguardando la muerte, y que, por tanto, mi tarea quedaría sin realizarse, por siempre. Por un instante pensé que no insistiría en conducir un vehículo, para así evitar la repetición de situaciones como la reciente, pero luego decidí que no debía dejarme intimidar por un episodio fortuito.

En mayo Selva aprobó “A Levels”; había estudiado con ahínco. Para celebrar realizamos una excursión en bicicletas hasta el vecino pueblo de Abingdon, a unas siete millas de Oxford. Partimos temprano una mañana, con la cesta de la merienda en el canastillo del triciclo. Nos orientábamos siguiendo la señalización de la carretera y nos deteníamos a descansar y beber agua después de remontar cada empinada pendiente. Por fin alcanzamos la orilla del Támesis, que también atraviesa Abingdon. Allí nos tiramos sobre la hierba a mirar el curso del agua y el cielo azul manchado de nubes blancas y grises, a escuchar el trino de los pájaros y a sentir el cosquilleo de la brisa en la piel.

—Mamá, ¿te acuerdas...?

—Sí, linda, así era en Chile, cuando salíamos a pasear por el “bajo” —por el cajón del río Claro—, cerca de la casita de la población.

Esa celebración tuvo mucho sabor a nostalgias para ambas. Sin embargo, nuestras nostalgias eran diferentes: para Selva era el mero recuerdo de la raíz; para mí, el norte que orientaba mi existencia. Para la una era el pasado definitivo; para la otra, un futuro al cual retornar. Los caminos se comenzaban a separar.

Todo ese último tiempo habíamos hablado con Farit de ir los tres en auto —él, Selva y yo— de vacaciones a España. Hasta entonces, no había hecho ningún viaje de “placer per se”, por lo

que me entusiasmaba la idea de compartir unas semanas de vagabundeo con Selva, antes que ésta comenzara a planificar su vida a partir del término de su etapa escolar. Farit era simpático y amable, por lo que serían unas lindas vacaciones para recordar, cuando la rudeza del camino por hacer precisara de memorias gratas para aliviar la marcha. Sólo faltaba concluir algunos informes pendientes de nuevos estudios realizados por “Búsqueda”, para decretar el receso estival del centro y sentirnos libres de emprender el viaje.

Empero, el proyecto largamente acariciado, no se realizaría. Inesperadamente, Selva manifestó su deseo de ir a Siracusa, a casa de los padres de Michele, por invitación de la madre del muchacho. Me di cuenta de lo absurdo que sería oponerse, si ya antes la niña había estado de visita en Charleroi. En realidad, si apelaba al argumento del “no, porque no”, o a razones que en el mundo en que nos encontrábamos no tenían validez, no había motivo objetivo para no consentir. Ante todo, deseaba ver a mi hija feliz, sin temor ni cohibida por sus juicios eventuales, sino que siempre capaz de expresarle su verdad... aunque me costara asumirla.

Reflexionaba: era sólo por un mes. Quizás a fines de verano todavía alcanzaríamos a pasear juntas por ahí. Mientras, aprovecharía de encontrarme con los demás exiliados —a los que veía muy poco— y de leer y de ir al cine alguna vez. También haría costuras en la antiquísima máquina que habían adquirido con Farit en un bazar de artículos usados. Descansaría. Me levantaría tarde. Pasearía en el triciclo por los senderos para excursionistas, que atraviesan Oxford como una telaraña que une parques, ríos, pueblitos, praderas y callejuelas.

La dejé ir con gran pesar; la mentira de mi optimista programa no necesitaba sostenerla una vez que Selva cogió su bolso, se

despidió con un alegre abrazo y partió con alas en los pies, en pos de la dicha.

Me encerré unos días en mí misma, evitando encontrarme con conocidos. No quería tener que aparentarme tranquila cuando me sentía tan frustrada. Vagué por los caminitos de Oxford, sí, pero lo hice sin regocijo, tratando de matar mi pena, cansándome con el pedaleo furioso, para llegar a dormir como tronco en la soledad del departamento.

Hasta que una tarde, ya más serena, mientras costureaba en la tibieza veraniega de la salita, llegó Farit. Pausadamente, como eran siempre nuestras conversaciones, fuimos deslizándonos de un tema a otro. Él decía:

—Déjate de cosas; vamos de todas maneras a España.

—No; tú sabes que yo quería salir para disfrutarlo con Selva.

—Bueno, lo disfrutamos los dos, compañera. Nosotros no lo pasamos mal juntos...

—Tienes razón, pero tú no tienes por qué cargar con una vieja.

—No seas ridícula; se trata de que somos amigos.

—Sí, claro. Te agradezco que seas tan amable, querido compañero. Pero, para pasarlo bien busca amigos jóvenes, de tu edad.

—No es amabilidad; yo lo paso bien contigo.

—¡Ya! ¡No fastidies! Mejor, ayúdame a probarme este vestido.

Fui a colocarme la ropa que estaba armando y volví con las piezas sujetas con alfileres a mi ropa interior.

—Mira, lo que necesito es que me emparejes el nivel del escote en la espalda. Toma, hilvana los bordes... Please!

Mientras le daba las instrucciones, Farit se acercó riendo, al tiempo que blandía la aguja como quién va a ensartar a un in-

secto, jugando como tantas veces lo habíamos hecho antes.

—Ya, ya, ponte serio, que se me van a empezar a caer las piezas de género —lo urgí.

Él se aplicó a su cometido de sastre; pero, luego dejó de reír y sentí sus dedos rozándome de manera distinta la piel descubierta. Me volví sorprendida, para encontrarme con el rostro demudado del joven camarada. Una enorme confusión me llegó en calientes oleadas de rubor a las mejillas y retrocedí abruptamente, fuera de su alcance.

—Adriana —susurró la voz enronquecida de Farit.
—¡No, Farit, no! Ándate, por favor. Ándate —le rogué.

El muchacho salió presuroso, con la aguja y la larga hebra de hilo aún en la mano.

Pasaron muchos días antes de volvernos a encontrar, en una reunión de chilenos. Nos saludamos de lejos.

El mes previsto para el paseo de Selva se cumplió y volvió cargada de conchitas de las playas de Siracusa, muchas fotos, un obsequio enviado por el padre de Michele, saludos de la señora y una determinación: se iría a Sicilia. Allá viviría en la casa de los padres de Michele, se matricularía en el último año de secundaria para aprender mejor el idioma e incorporarse al sistema educacional —lo que le permitiría, más adelante, postular regularmente a la universidad—, buscaría trabajar dando clases particulares de inglés.

—Pero, darlingcita, eres tan joven...

—¿Y tú, cuando te fuiste a estudiar a Santiago, lejos de tu casa, acaso no tenías la misma edad mía, mamita?

—Sí, pero yo... bueno, mis papás podían proveerme de todo, no tenía que trabajar, no era un país extraño...

—Si es por eso, Inglaterra también es un país extraño para nosotras, mamá; no me gusta la vida aquí. ¡Si tú conocieras Italia...!

—Más bien di: si tú tuvieras un Michele...

—Bueno, es cierto, mamá. Pero, las razones, en orden de importancia son: a) quisiera tener oportunidad de desarrollarme en otro tipo de sociedad; b) Italia me encantó; c) Michele... Michele me tiende este puente para buscar nuevos caminos.

—¿Estás segura, queridita? ¿Y si las cosas no marchan?

—Supongo que siempre podré volver, ¿o no?

—¡Por supuesto, hijita! Siempre estaré guardándote un lugar a mi lado, esté donde esté! Tú lo sabes.

—Lo sé, mamita. Por eso me atrevo a partir... porque sé que hay un puerto a donde regresar.

No podía creer que la separación de Selva estuviera sucediendo. ¡No tan pronto! Tan chiquita...mi niña, mi Selvita... Pero, no ataría las alas de mi hija. Si el momento de volar fuera del nido le había llegado, abriría los brazos para dejarla partir, sin el lastre de pesadumbres ni de culpas.

Así había sido con Lichi —en distintas circunstancias, claro—; de algún modo, así había sido con los hombres de mi vida: nunca reteniendo por la fuerza, nunca imponiendo nada. A ellos les cerré para siempre la puerta de mi vida una vez que partieron; para mis hijas guardaría siempre un sitio de abrigo, si retornaban; para Nana... Un sitio que aún no había sido ocupado ni por Isolda ni por Fidel. Ya llegaría esa hora... o no llegaría jamás, pero yo esperaba... Estaba quedando muy sola, sin razón inmediata para despertar cada amanecer ni atravesar por los días. No estaba cierta de poder vivir sin mi pequeña a mi lado. ¡Por dios,

si ella era lo único que, verdaderamente, me invitaba cotidianamente a la lucha y a la sonrisa! No obstante, no concebía frenar la libertad de nadie. La experiencia de mi propia juventud había sido demasiado dura y amarga y el quiebre con mis padres no se reparó ni con el tiempo ni las circunstancias que nos habían vuelto a reunir. No quería eso para mis hijas. Quería, por lo menos, evitarles el peso del rencor y del desamor.

Seguimos viviendo la cotidianidad de las semanas que nos restaban para estar juntas con tranquila normalidad, preparando paso a paso el traslado de los tesoros de Selva, como si nada singular estuviera por ocurrir. Sin embargo, un episodio vino a perturbarnos:

–Darling, hoy no alcanzaré a donde los abuelos. ¿Podrías ir por ahí esta tarde, antes de entrar a tu turno en el pub?

–No, mamá; no iré.

–¡Vaya! ¿Qué pasa, linda?

No eran habituales en Selva las respuestas ásperas.

–No... nada...

–Bueno, ¿entonces por qué...?

–Mamá –me interrumpió–, no me pidas nunca más que visite a los abuelos.

–¿Qué pasó con ellos, Selva? Algo te...

–Sí; algo me dijeron; algo que no te diré, mamá. No insistas, no volveré más a visitarlos. Eso es todo.

–Está bien; si no quieres contármelo, tus razones debes tener. Lo que sí te pido es que no seas arrebatada y que no estés prejuizando a los viejos.

–No, mamita. Lo pensé mucho. He pensado todos estos años: no merecen que me considere su nieta, así como tampoco merecen que tú te preocupes de ellos. Pero, ese es asunto tuyo; tú seguirás velando por ellos aunque te escupan mil veces...

–¡Querida! ¿Qué pasó que estás tan dolida?

No conseguí que Selva dijera más. Hube de aceptar la postura de mi hija, en la seguridad de que el sentido de justicia de la niña la impediría estar inculcando arbitrariamente a los abuelos, ¡más aún, sabiendo, como lo sabía en carne propia, cuán mordaz y despiadado podía ser el viejo!

A principios de septiembre apareció el número correspondiente de la revista femenina "Woman's World", con la entrevista que me hiciera Pamela Townsend a fines de primavera: "The mother who came back from death..." Una hermosa fotografía de mí y Selva en un rincón del patio comunitario de los departamentos ilustraba a página completa el relato.

Aunque con cierta frecuencia me había tocado aparecer en los diferentes medios de comunicaciones, me cohibí de verme en las páginas de la publicación, quizás, por la simpatía con que la periodista trataba la historia... que —yo insistía en recalcarlo— era la historia de muchos, no sólo en Chile, sino en toda América Latina y en muchas otras partes del planeta. Me cohibía sentirme desnuda frente al mundo, exhibida mi intimidad; sin embargo, me sometía a la exposición, porque había aprendido que era una forma de llegar a la sensibilidad del público, con el fin que entendiera la barbarie que asolaba la humanidad. Tal vez si conmoviendo las conciencias se lograra detener el crimen universalizado, el padecimiento de los pueblos que reclamaban su dignidad.

Lo que no sabía entonces era que la conciencia popular poco puede hacer enfrentada a los intereses del poder, y que la protesta del hombre de la calle no cambia un ápice los lineamientos del orden económico mundial, ni afecta a los instrumentos sobre los que se sustenta. En esos años, creía en el poder de la Verdad,

en la posibilidad de Justicia, en la fuerza de la Dignidad, en la Bondad intrínseca del género humano. Creía que mi sacrificio podría dar frutos benéficos.

En general, los demás chilenos en Oxford no se pronunciaban sobre estas apariciones. Era como si no me consideraran parte del grupo. Sólo Inés me abordaba con espontaneidad en la calle para comentarme al respecto, o Antón lo mencionaba al pasar, ahora que volvíamos a frecuentarnos. Me sentía sola dando batallas que debíamos haber peleado todos juntos.

El día aciago de la partida llegó.

Como siempre en fechas especiales preparé la bandeja del desayuno que llevé al cuarto de mi niña. Entre estirones y bostezos, los párpados hinchados de sueño y el pelo de seda enmarañado. Selva emergió de entre las sábanas haciéndome un gesto para que me sentara junto a ella en la cama. Era como el despertar de otro domingo u otro cumpleaños cualquiera: especial, pero usual. Parloteábamos de cualquier cosa, de todo, esquivando lo que más nos importaba. Terminado el refrigerio, tras otra serie de estiramientos y mimos, Selva entró al baño y yo a la cocina. Una sensación de irrealidad iba envolviéndome. El cuerpo seguía haciendo lo habitual –lavaba los tazones, ordenaba el estante–, mientras mis pensamientos se iban adormeciendo. Cuando Selva dio la voz de partida, la seguí serena, acomodando los bolsos sobre el triciclo –el resto de las cosas las pasarían a recoger unos amigos italianos que viajaban en automóvil por Inglaterra. El trayecto hasta la Coach Station en Gloster Green lo hicimos sin prisa, más bien en silencio, cada una tratando de no soltar las amarras de la pena de la despedida. En los cinco minutos de espera para la salida del bus al aeropuerto, nos dimos las últimas

recomendaciones:

–Gracias, mamá, por dejarme buscar mi libertad.

–Aprovéchala para tu bien y el bien de los demás, darlingcita. La libertad es una tremenda responsabilidad.

–Creo que contigo lo he ido entendiendo. Ahora soy una mujer independiente... ¡Somos dos “mujeres” grandes”, mamita! ¿Te das cuenta que, de ahora en adelante, nuestra amistad tendrá otra calidad?

Sentía demasiada tristeza para responderle. Con alivio observé el trajín de los pasajeros y el chofer.

–Debes subir, Selva. ¡Cúidate... Cúidate, mi amor! Ahora eres tú la única dueña de tu vida. No la desperdicies. No permitas que te hieran. Y no vaciles en llamarme o venirte si las cosas no se dan como lo esperas.

–No vayas a ser lesita, mamá; no llores, no tengas pena. Yo estaré bien y siempre te estaré queriendo.

Desde lo alto de la pisadera se volvió una vez más tirándome besos con los dedos y gritó:

–Tú me das mi libertad, mamá; pero, ahora, tú también estás libre de mí; ahora podrás volver...

Y el bus cerró la puerta y se alejó.

Permanecí largo rato apoyada en el triciclo, en el borde de la acera. Después me dirigí al Folly Bridge por Saint Aldates, para ir a rumiar la angustia por el sendero que sigue el curso del Isis. Flotaba en mi silencio interior, en esa ola que iba creciendo y que aún no acababa de estallar.

En verdad que ahora nada me obligaba a retirarme a horas determinadas de la oficina. Solía llegar cuando la ciudad recién comenzaba a removerse, con unos panecillos tibios que compraba

en un negocio a la pasada, para tomar desayuno en mi escritorio, eirme tarde en la noche, cuando los ruidos del pasillo me indicaban que el hermano Kevin andaba corriendo cerrojos y que el monasterio cerraría la reja de acceso.

Los monjes amigos se asomaban más a menudo a conversar conmigo, interesados en el trabajo que realizaba, y del cual se sentían, de algún modo, partícipes; ellos también sabían mucho de ahogar los sentimientos y ocultar las emociones bajo rumas de papel impreso o por imprimir.

En un principio, nadie mencionaba a Selva, como temiendo reabrir una mala llaga. Pero, como yo misma fuera incorporándola paulatinamente en mi coloquio, a medida que aceptaba la separación, se fueron acostumbrando a esa presencia amorosa en mi vida. Es que la ausencia de mi hija no era una herida —nunca sentí que la niña me agraviara—, era más bien una nostalgia melancólica que me impregnaría para siempre.

Desde Bélgica llegó comunicación de un encuentro que sostendrían los exiliados chilenos cristianos con los obispos, en Roma, con ocasión de la Visita ad Limina, programada para fines de otoño de ese año. Pensé que me gustaría estar allí y volver a encontrar a muchos de los obispos a los que había conocido en los largos meses de nuestra fuga por las casas de religiosos, antes de poder salir de Chile. Volvería a ver, aunque fuera de lejos, al artífice de la red de protección y ayuda que había salvado la vida de miles de chilenos a lo largo de la dictadura, a Don Raúl —el cardenal Silva Henríquez—. Tal vez, podría conversar unas palabras con don Carlos Camus, quien diera la primera comunión a Selva en el refugio de Punta de Tralca; o estrechar la mano de Monseñor González, el obispo que cantaba canciones chilotas para los prófugos reunidos en torno a la fogata junto al mar. Sería como tocar un pedacito de Chile con la punta de los dedos.

En esos días llegó Noël a alojar en Lake Street.

—Deberías ir —me alentó—. Podrías aprovechar de ir a ver a Selva también, ya que estarás más cerca.

Algo del dinero que había pensado destinar a las vacaciones en España todavía estaba disponible, por lo que el factor finanzas no sería obstáculo que me impidiera viajar. La ilusión de estar con mi hija querida y cerciorarme en terreno de la seguridad de su entorno, era motivación adicional para decidirme: iría a Italia.

Desde hacía tiempo había estado recopilando relatos de los refugiados chilenos, referente a los recuerdos de una Navidad especial que les hubiera tocado vivir. En los ratos libres que me permitía en el trabajo de clasificación de documentos, investigación, redacción de informes, secretaría, charlas y conferencias, había ido transcribiendo el material recogido en mi grabadora y ya tenía un borrador más o menos ordenado. Pensé que el librito en que planeaba presentarlos sería un hermoso obsequio para llevar a los obispos. “Búsqueda” ya había hecho publicaciones anteriormente, como complemento a su labor de investigación y difusión: una selección traducida al inglés de los libros clandestinos de poemas de las Madres de Plaza de Mayo, y un libro mío con poesías de exilio. Entonces, ya existía la práctica; lo que faltaba en esta ocasión era tiempo para realizar el trabajo con tranquilidad y eficiencia, porque, de ir, habría de partir dentro de una semana. De todos modos, había que intentarlo.

Con la generosa colaboración de Elena, una amiga peruana, el borrador fue rápidamente digitado en computador y luego comenzó la tarea de reproducción y compaginación. A la postre, el librito estuvo listo la noche anterior al viaje. Sufría de muchas imperfecciones, pero cumpliría el propósito para el cual se había elaborado con tanta prisa.

James, un joven monje amigo, quiso acompañarme para conocer más de cerca sobre la Iglesia de Chile, ejemplar en su compromiso con los necesitados y los perseguidos. Emprendimos juntos el trayecto hasta Roma.

Llegamos de tardecera al inmenso hall de Fiumicino. Nos esperaba un minibus de la casa central salesiana, que nos trasladó hasta Salesanum, donde se llevaría a efecto la reunión. En las horas umbrosas del anochecer no vimos mucho de la Ciudad Eterna. Sólo notamos que nos alejábamos del centro urbano hacia los suburbios, hasta alcanzar un sitio aislado, rodeado de altos muros color ladrillo. En el estacionamiento exterior se alzaba la característica estatua de Don Bosco con los niños. Me recordó la entrada del Colegio Salesiano en Valparaíso, donde había enseñado años atrás. Deseé que esa visión fuera premonitrice de un real reencuentro con la patria lejana.

Una vez instalados cada cual en sus respectivos cuartos, en el sector de hospedaje del moderno edificio, volvimos a reunirnos para ir al comedor, al llamado de una campana. Muchos de los conocidos en Bruselas estaban allí: personas anónimas del exilio chileno en el mundo, junto a personajes políticos, cristianos y no-cristianos.

James se felicitaba de su buena idea de acompañarme, ya que su estado eclesiástico lo colocaba en posición privilegiada para observar ese tablado, donde la mayoría, que eran los exiliados comunes, no tenía idea que no se les asignaba más que un rol de comparsas. Yo lo sentía en la epidermis, intuitivamente, pero no quise comentarlo, por no echarle a perder a nadie la fiesta del corazón. Por los amplios corredores solíamos cruzarnos con los monseñores, quienes con beatífica sonrisa ausente esbozaban

un gesto con la mano y seguían de largo. Por eso, hasta llegué a sorprenderme cuando, en una de las secciones de grupo, aparecieron algunos obispos para saludar a sus ovejas.

Me las arreglé para acercarme a Monseñor Camus y hablarle de Punta de Tralca; lo mismo a don Camilo Vial. Estuve más rato con el obispo Ysert, de Chiloé, y retuve un momento a Monseñor Hourton. Ninguno parecía poder focalizar la mirada en el rostro ansioso de quienes los abordaban. ¿Era el tiempo transcurrido, o el cambio de escenario, lo que los hacía tan diferente de lo que se les había conocido en el pasado? ¿Era, acaso, que el compromiso con quienes habían ayudado a salvar había sido sólo moral, pero que en sus espíritus triunfaba el temor al fantasma satánico del “Marxista-leninista, guerrillero y terrorista”? Me quedé con el acre regusto de que este Encuentro había sido una cruel mascarada para encubrir el “mitin” de la Iglesia chilena con la dirigencia política del exilio, y no la reunión de pastores con su rebaño a que se les había convocado.

Dentro de todo, la misa oficiada por Don Raúl, fue emotiva, conmovedora, con mucho de padre que reconviene a los hijos rebeldes, y poco de hermanos que comparten sus dolores. ¡La Iglesia chilena había cambiado! Imperceptiblemente... pero, de seguro, no era la misma que conocí: discípula de Medellín, mensajera de la Teología de la Liberación. La que nos visitaba hoy era una iglesia cautelosa y amedrentada. No lo comenté y me sentí muy sola con mi secreto. Nada dije a James, porque tuve una vergüenza indefinible, como si lo hubiera estado engañando con las alabanzas a una iglesia que ahora parecía no existir más.

Los tres días de “encuentro” se cumplieron. Hubo un concierto de “Quilapayún”; los exiliados nos dimos una despedida entre nosotros, con ausencia de los obispos a quienes habíamos venido a saludar desde muchos rincones de Europa, y de los líderes

políticos que presumían ser sus portavoces.

A la madrugada siguiente, partí con un grupo que se dirigía al centro de Roma, en busca de la Estación Central de Ferrocarriles, para abordar el tren que me llevaría a Sicilia. En el recorrido en el bus vislumbré una cúpula de forma familiar: ¿sería la iglesia de San Pedro, de Roma?

Fue un hermoso día de transparente sol otoñal. Los vagones amplios, cómodos, limpios, tenían espacio suficiente para que cada cual pudiera aislarse si así lo deseaba, o entablar conversación con el vecino, si lo prefería. Fue un viaje grato, teniendo en mente aquellos trenes africanos, otros hacinados en Inglaterra y los vagones de clases populares en los ferrocarriles chilenos. Mi rudimentario manejo del italiano, por otra parte, no me animaba a inquirir detalles sobre los lugares que atravesábamos. Con un mapa extendido sobre las rodillas trataba de reconocer los nombres de las estaciones que se deslizaban ante mi vista.

A medida que bajábamos por la Bota Italiana, los repliegues áridos de los cerros espinosos me recordaban las cercanías de Santiago por el sur. De vez en cuando, la línea se acercaba a la costa para adelantarme algo del azul mediterráneo que, de Nápoles en adelante, acompañaría constantemente el trayecto. En Nápoles alcancé a divisar, cruzando la parte baja de la ciudad, las largas escalinatas entre balcones, remontándose al cielo en el vuelo de la ropa tendida a secar. (La idea de que hacía falta el cinematográfico trasfondo de canciones típicas, me hizo sonreír.) Por el Golfo de Policastro, fui a estirar las piernas en una caminata al extremo opuesto del carro, junto a una ventanilla abierta. Se me reunió un atento italiano maduro que intentaba explicarme pormenores históricos, al tiempo que me señalaba

los lugares donde se desarrollaron los acontecimientos que citaba. Le respondía con amables gestos, sin alentarle en exceso; iba demasiado ansiosa de estrechar a Selva y de conocer a quienes la habían acogido; por fin disiparía mis inquietudes. Bebía con el alma por los ojos del cuerpo el paisaje que —ya lo presentía— sería el entorno natural de mi niña... tal vez para siempre.

Avanzada la tarde, el tren se detuvo en el estrecho de Messina, para abordar el transbordador por la panza y reaparecer sobre Sicilia, cuando el sol comenzaba a ponerse. De ahí en adelante, todo fue un apresurado film. Me percaté de luces urbanas que corrían a la par del convoy, perfiles de grandes usinas cerca de Catania, la proximidad del mar entre Augusta y Siracusa. Palpitando de cansancio, el expreso paró, por fin, en su destino. Cogí el equipaje, escudriñé el andén desde la ventanilla hasta distinguir la figura de Selva que me buscaba, a su vez, con la mirada inquieta. Me inundó una indecible alegría.

Selva y Michele arrendaban un departamento amoblado en un moderno edificio en el centro comercial de la ciudad. Él, discretamente, se fue a alojar, durante la visita, a casa de sus padres. Así, nosotras tuvimos tiempo y privacidad a nuestra disposición para gozar en esos días de una intimidad recuperada. Por las mañanas, Selva asistía a la escuela secundaria como alumna. Después de almuerzo se convertía en profesora de inglés en un instituto. Algunas noches trabajaba de recepcionista en un restorán. No era la suya una vida fácil, pero ese era el camino elegido por ella misma, y había que respetar su determinación. La madre de Michele, Angelina, la había adoptado en su afecto y atendía sus necesidades domésticas con dedicación de verdadera mamá: lavado y remiendo de ropa, provisión de alimentos frescos, el ofrecimiento de comer en la casa paterna, consejos y compañía. Yo no podía evitar sentirme celosa, pero, al mismo tiempo, agradecida de la buena estrella de mi niña de haber encontra-

do una mujer tan bondadosa que velaba por ella. El padre, un hombre serio y distante, si bien no mostraba la espontaneidad de su esposa, acogía a la extranjera sin aspavientos ni objeciones. Michele parecía un buen muchacho, cariñoso y atento. ¡Ya no necesitaba angustiarme por la suerte de mi hija!

Los días planeados para la visita transcurrieron placenteros. Cuando no estaba Selva, Michele se encargaba de pasearme, o pasaba el rato acompañada de Angelina. La ciudad –hermosísima, repleta de sitios históricos y ruinas que relatan su azaroso pasado de invasiones y sometimiento, así como el florecimiento de culturas superpuestas, de filósofos y estrategas– era el lugar apropiado para tranquilizarme respecto del bienestar de Selva. El teatro griego, en medio de la ciudad, los papiros de la Fuente Aretusa, el fuerte morisco-español, las catacumbas, los altares donde se inmolaron tantas víctimas a la sed de los dioses, las callejuelas serpenteantes del antiguo barrio de Ortiglia, el puerto multicolor, los templos a Olimpo, las esculturas de Artemisa, las viejas iglesias... los olivos, los naranjos y los cipreses del paisaje mediterráneo, las playas de blancas arenas, las aguas translúcidas alrededor de las peñas costeras, el sonido de la campiña, el rumor queado del tibio mar, eran escenario propicio para creer que allí la felicidad era posible.

Había concertado de antemano una audiencia con Philip Du Monceau, el cónsul chileno en Milán, y llegué a tiempo de concurrir a ella. Empecé el viaje hacia el norte mediando la tarde de un día neblinoso. Llevaba el corazón encogido de tristeza; Selva quedaba atrás, en la isla preciosa, cada vez más lejos, más lejos...

A la mañana siguiente, luego del interminable traqueteo del tren

atravesando la oscuridad nocturna, cerca de las once, desembarqué en la estación de Milán. Me pareció tan enorme, que me aplastaba. En una hora más tenía la cita con Du Monceau; había tiempo suficiente para orientarse en la gran ciudad y tomar el transporte conveniente para llegar al consulado. Era primera vez, desde mi arribo al exilio, que entraría a una representación diplomática de Chile; estaba nerviosa. La gente iba apresurada por las calles y yo apenas si comprendía las indicaciones y explicaciones dadas a la carrera. Decidí tomar un taxi para evitar seguir confundíendome. Allá aguardaría sin sobresaltos para acomodar el pensamiento para la entrevista que me esperaba. Entre los testimonios recogidos por Amnesty International para aclarar las circunstancias del arresto de Guillermo Beausire, estaba aquel del joven diplomático que vería en unos momentos. Él y Bill habían viajado juntos hasta Buenos Aires; Philip, destinado a un puesto en la embajada de Ankara; Bill, eludiendo el acoso que la policía de Pinochet estaba ejerciendo sobre su familia en esos días. Esperarían juntos la combinación aérea para Europa y esa noche festejarían el casual encuentro. Sin embargo, en el hall de llegada vibraron los altoparlantes solicitando la presencia del Sr. Beausire en la oficina de informaciones. Philip no volvió a verlo, aunque acudió a la sede diplomática en pos de noticias y de ayuda para ubicarlo. Le advirtieron que no interfiriera; seguramente, Bill tendría algún problema pendiente con la justicia chilena. Nada podían hacer ellos; más valía desentenderse. Du Monceau siguió vuelo a Europa sin conocer la suerte de su amigo. Mucho tiempo, atemorizado, guardó silencio, pero luego, su testimonio anónimo llegó a reforzar la información que ya poseía Amnesty. En los círculos allegados se conocía su identidad. La conocía y ahora, aprovechaba el viaje a Italia para ir tras más detalles que pudieran ayudarme a lograr el reconocimiento, por parte de las autoridades chilenas, de la detención.

Cuando penetré al despacho del cónsul, me sorprendió de en-

contrarme con un hombre cuarentón. En mi retina estaba la imagen de Bill con veintisiete años, en la cima de la edad joven; había imaginado que su compañero de estudios tendría su mismo aspecto. No había tomado en cuenta el paso de los años. Entonces, Bill, estuviera donde estuviera, ¿también habría adquirido ese continente maduro? Nunca antes me había preguntado cómo se vería en el presente mi compañero de prisión —porque había resuelto no dudar jamás de su permanencia en el mundo de los vivos—; no permitía que se me pasara por la mente que podría encontrarme con un cadáver, ni menos, con una osamenta desintegrada. Pero, ahora, sentí todo ese horror aplastándome ahí, de pie junto al escritorio immaculado, en medio del elegante y sobrio amoblado de cuero oscuro de la delegación chilena. Vi la mano estirada para estrechar la mía y respondí al ademán del funcionario de la dictadura de manera automática.

Du Monceau me recibió con exquisita cortesía aprendida en su cargo, pero no agregó ni un minúsculo pormenor nuevo a lo ya expresado en su testimonio. Prometió comunicarme cualquier novedad que se le ocurriera y se despidió amablemente... ¡seguramente con el alivio tremendo de que la entrevista con esta mujer hubiera llegado a feliz término!

Salí defraudada de la linda casa del consulado chileno en Milán. Mi viaje hasta ahí había sido en vano: sabía desde ya que Philip Du Monceau no me buscaría jamás para ayudarme a encontrar a mi amigo —se comete una imprudencia sólo una primera vez...

Me dirigí a la agencia de viajes que me habían señalado, para arreglar mi vuelo de esa tarde, ya comprometido telefónicamente desde Siracusa. Los empleados milaneses no encontraron mi reserva. La próxima disponibilidad de asientos estaba para el jueves venidero; era lunes. Ya acostumbrada a la eficiencia y seriedad británicas, no podía creerlo.

Me quedaba poquísimo dinero en la cartera, algo más de lo suficiente para haber viajado con holgura esa tarde. En mi desesperación me acordé del número telefónico que uno de los exiliados del encuentro de Roma me había entregado “por si acaso, cuando pases por Milán”. Llamé. La esposa italiana me fue a encontrar para conducirme a la pensión de una salvadoreña conocida, que sabría entender la situación y me haría precio especial. Una vez instalada, nos despedimos, yo, muy agradecida del socorro, la otra, prometiendo pasarme a buscar al otro día para llevarme a cenar en casa.

A solas en mi pieza, hice recuento de mis haberes, planifiqué los gastos y elegí no tomarme la irresponsabilidad de la agencia a la tremenda, sino que, más bien, ver modo de sacar provecho de la oportunidad para conocer la ciudad.

Hice la ya recurrida opción entre comida o paseos y partí a recorrer todo lo que me fuera físicamente posible de ese fascinante lugar. La experiencia parisina me servía de antecedente para saber que el placer que ganaba estaba en altísima proporción por encima de los kilos que perdiera.

Premunida de un bono para movilizarme en el tren subterráneo, los viajes disponibles me daban la posibilidad de ir y volver una vez por día en diferentes direcciones: Estuve sentada en los peñaños de acceso al teatro de la Scala, recorrí la lujosísima Galería Víctor Manuel, admirando los mosaicos de su piso marmolino; fui hasta el convento de los Dominicos, que cobija la Última Cena de Leonardo —que no pude ver porque estaba siendo restaurada— y me paseé por los viejos claustros emboscados; bajé a la cripta y me arrodillé antes los santos, medité en un rincón de la Iglesia de Santa María de la Gracia.

Una mañana emergí del tren subterráneo a la plaza donde se yergue “el Duomo”, la iglesia gótica más hermosa jamás vista. A medida que asomaba por la escalera, cientos de palomas revoloteaban a mi rededor, llegando a rozarme en la danza caótica de las que alzaban el vuelo y aquellas que llegaban a posarse sobre los adoquines lustrosos por el trajín de millones de pisadas. Para ese día, mi último en Milán, había guardado la visita a la catedral maravillosa. Me demoré por las anchas naves luminosas, tocando las esbeltas columnas y tanteando las maderas nobles. Luego emprendí el ascenso hacia la techumbre, pisando cuidadosamente en los estrechos pasajes y peldaños señalados, extasiada en medio de esa joya de mármol color rosa pálido, inmersa en el asombroso calado de la filigrana lítica. Anduve hasta entrada la tarde por lo alto del “Duomo”, hasta que el bedel anunció la hora de cierre.

De vuelta en la pensión, me esperaba la salvadoreña, entusiasmada por darme un tour por las tiendas de modas en la avenida elegante. La dejé hacer, en reconocimiento a su generosidad, pero no guardé ni un pequeño recuerdo de esa caminata, demasiado absorta en la mágica experiencia de mi jornada “en la casa de los ángeles”, según mi descripción ulterior.

Veinticuatro horas después estaba abriendo la puerta del departamento de Lake Street. En la maleta venía una sartencita comprada en la feria libre del barrio, en Milán, y un cachivache plástico adquirido en la feria libre de Siracusa. En mi alma había más soledad que nunca y volvía con las manos vacías para hallar a Bill.

El fin de semana lo dediqué a visitar a la familia; primero a los viejos y después a Lichi. De alguna manera, intentaba llenar el

espacio de la ausencia de Selva. Fue por entonces que Silvita comenzó a menudear las visitas a la abuela, cada vez que la autorizaban.

Hacía frío, el otoño estaba por hacerse invierno. La calefacción nocturna ya no la desconectaba en el departamento y a Blackfriars había llevado otro calentador eléctrico.

Era hora de concluir algunos estudios que se prolongaban en la esperanza de acopiar aún más información para entregarlos lo más completos posible. Era el caso sobre Detenidos Desaparecidos en Chile. Hacía tiempo que el balance había alcanzado el número de 881 —cuando cifras que daban organismos como la Vicaría de la Solidaridad eran bastante inferiores—. “Búsqueda” había estado entregando parcialmente el análisis de diversas variables, pero ya se hacía imperiosa la publicación del conjunto, para dedicarse a otros temas dentro del mismo campo.

Se propuso que, mientras el resto del equipo trabajara en los estudios sobre la situación en Perú —la matanza de Ayacucho—, Bolivia y Colombia, Vibha y yo comenzaríamos a redactar el de Chile, dejando abierta la posibilidad de anexar nuevos datos en caso que éstos llegaran. Fue cuando más cercanas estuvimos, compartiendo conocimientos, interrogantes, la indignación y el dolor. Formábamos un buen equipo, las dos, porque la preparación académica de ambas se complementaba y porque nuestros caracteres eran compatibles. Entretanto, John preparaba el postgrado; Raúl, sus exámenes finales; Florencio seguía leyendo y seleccionando documentos; Dorothy colaboraba con las impresiones y la correspondencia; Diana correteaba tras recursos, y otros ayudistas seguían fichando el material impreso y mantenían los archivos, al día.

Farit se asomó un día a la oficina:

–Tengo tiempo –dijo–. Quiero continuar colaborando. El auto está disponible para lo que sea necesario.

Me incorporé del escritorio y fui a saludarlo con cariño. Nadie entendió por qué el muchacho se ruborizó hasta la raíz del pelo.

–Perdóname –me susurró al oído. Le di unos tironcitos en la barba:

–Prométeme que no volverás...

–Te lo prometo, Adriana. Te lo Prometo. Soy un torpe.

–Bueno... ¡Sí! Pero, mientras trates de enmendarte...

–No volverá a suceder. Te aprecio demasiado, compañera.

Tampoco entendieron los demás por qué nos dimos un largo y emocionado abrazo. Así fue cómo volvimos a recorrer juntos Inglaterra, dictando conferencias en universidades, iglesias y sindicatos, o hablando en mítines en lugares abiertos, como esa vez que terminé empapada hasta los huesos bajo el aguacero, en la plaza de Manchester, en una concentración pacifista. Farit cuidaba de mí como de una hermana frágil, respetaba mis silencios y comprendía mi tristeza escondida. A veces, intentaba alegrarme inventando historietas sin pies ni cabeza, o paraba en medio del camino, asumía aires de predicador y me echaba un sermón pomposo y estrambótico para hacerme reír. De lo sucedido en el verano pasado –o de lo que no sucedió– no hablamos, como si sin palabras, el trastabillón pudiera dejar de existir.

En eso iba el devenir de “Búsqueda”, cuando Amnesty de Londres me contactó nuevamente para solicitar mi colaboración con Rex Bloomstein, quién realizaría un documental sobre derechos humanos. “Está bien”, respondí.

Rex llegó uno de los últimos días de otoño, cuando sopla un viento cortante como cuchillo bajo el celeste cielo gélido. En el patio se revolcaban las hojas de los arbustos y los árboles que orillaban la tapia del fondo. Los pájaros piaban ateridos en las ramas desnudas y el gato del departamento de arriba se arqueaba contra los ladrillos apenas tibios de la entrada asoleada. Sonó el timbre y acudí. Ante mí se hallaba un gringo de talla mediana, ni joven ni viejo, semicalvo, de limpios ojos azules y suave sonrisa jugueteando por las facciones, exhibiendo esa cortesía sencilla y abierta de los europeos.

—¿Adriana Bórquez?

Asentí con un gesto

—I am Rex Bloomstein, from Thames Television.

—Oh, Mr. Bloomstein, come in, please. Hello!

Sabía que el mejor modo de rellenar momentos inciertos era ofreciendo una taza de té o café. Las galletas debían ser integrales, desde luego: la gente que iba conociendo, en esta ruta de los Derechos Humanos resultaba ser, casi siempre, “progresista” (de liberales hacia la izquierda): naturistas, vegetarianos, ecologistas y pacifistas. Tratándose de una mujer, había que agregar: feminista. Al parecer, una opción conlleva a las demás —era “Paquete cerrado” —. Mientras acarreaba la bandeja previamente preparada, desde la cocina, Mr. Bloomstein descargaba sus hombros de los bolsos en que traía sus herramientas: cámara, grabadora, cassettes, blocs para apuntes, muchos lápices y bolígrafos.

—Here, Mr. Bloomstein; tea is ready.

—Thanks, Adriana. But...! Please, call me Rex.

—O.K., Rex.

Nos medíamos con amabilidad, conscientes, ambos, que de esos

primeros minutos de encuentro dependía el desarrollo de toda la entrevista. Si congeniábamos, todo andaría bien. Si se producía algún signo antagónico, sería difícil salir del bache.

Rex preparaba un largo documental sobre atropellos flagrantes de los derechos de las personas y las consecuentes secuelas en las víctimas, como material de apoyo a un programa educativo de la División de Derechos Humanos de las Naciones Unidas; sería difundido por toda Europa. Antes ya había participado en la producción de “Holocausto”, un documental conocido mundialmente, sobre la matanza de judíos bajo el régimen nazi. Los antecedentes de su valer me cohibían un tanto. No obstante, la llaneza de trato, la moderación y el equilibrio que mostraba mi huésped, me fueron tranquilizando a medida que dialogábamos.

Tres días de sucesivas conversaciones habían exprimido mi intimidad. Guiada gentilmente por las palabras y los silencios del periodista, había ido explorando en mi interior las vivencias del arresto, tortura y prisión. Nunca antes había alcanzado la profundidad de autoanálisis, como entonces. A la par que el inmenso dolor de revivir lo que me había prohibido recordar, iba experimentando un gran alivio.

En la mañana del tercer día, Rex se me quedó mirando callado. Yo regresaba de lavarme prolijamente las manos en la cocina adyacente.

—¿Por qué te lavas las manos, Adriana? — preguntó con suavidad.

—¿Me lavo TANTO? — me asombré.

—Sí; a cada rato. No bien tocas algo desagradable o, ¿te has dado cuenta?, cada vez que abordamos puntos que te molestan o conurban.

—¡Vaya! No me había percatado. Perdona, si es que te ha molestado esta manía.

Rex me miró detenidamente y luego, calmadamente y acentuando cada palabra dijo:

—Cuando entrevisté mujeres para el documental “Holocausto” observé el mismo fenómeno. Se trataba de mujeres que habían sufrido terribles agresiones sexuales... Mujeres que habían sido violadas.

No contesté, abrumada. El horror, nuevamente, había sido traído al presente. El secreto que tan cuidadosamente no había verbalizado nunca, hasta ahora, lo había revelado un acto inconsciente.

Poco después, Rex recogió sus aparatos y papeles y se despidió.

Se arrastraron algunas semanas; habían comenzado las ventiscas y los días grises eran constantes. Mi ánimo estaba deprimido. Las llamadas dominicales de Selva no lograban levantar mi espíritu; por el contrario, apenas colgaba el teléfono, sollozaba incontinentemente por horas. Me sentía muy sola, y ahora, desamparada: Rex no debió haberle puesto palabras a su descubrimiento; me había dejado desnuda frente a mí misma.

El círculo de afecto que me rodeaba debió reparar en mi desaliento. Sorpresivamente, vino Noël desde Londres para invitarme a pasar unos días en las montañas de Gales. Su congregación poseía una casa de monjas en retiro ahí, que solía recibir huéspedes.

—Te haría bien, my dear —me dijo—. Mis hermanas viven en un hermoso lugar, en una altura desde donde se domina el pano-

rama de todo el valle. Tienen cabras para obtener leche y elaborar queso; hilan los vellones de sus propias ovejas; amasan su pan. Hay bosques y prados por donde pasear... ¡y la capillita la acondicionaron en una antigua chanchera! Nadie te molestará. Si quieres callar, respetaremos tu deseo; si deseas hablar, siempre habrá alguien con quién hacerlo.

Nos fuimos una mañana de persistente llovizna, en auto, por los Midlands; atravesamos el río Seven por Gloucester; entramos a Gales por Monmouth y orillamos el Usk hasta Brecon. Desde allí subimos a las montañas. Me recordaron los turgentes lomas de la Cordillera de la Costa de mi Osorno natal. Pasamos varios días con las monjas ermitañas.

Yo aparecía muy temprano por el corral para ayudar en la ordeña de las cabritas. Luego, partía a la amplia cocina para amasar pan. A las ocho y media, sentada en un alto taburete, en el rincón de la ventana que miraba al valle, calentaba las manos en el tazón de espumosa leche hirviente, mientras me deleitaba con un humeante y blando trozo de pan con mantequilla batida por las religiosas. Pasaba largos ratos en la intimidad de la capillita. Volvía sin aliento de mis excursiones solitarias por el bosque, canturreando en sordina, húmeda de lluvia. Lentamente, los colores volvieron a mis mejillas. Noël me observaba, dejándome reencontrar sola mi ritmo vital.

Regresamos a Oxford cuando pude decirle a mi amiga que sentía que podía seguir adelante. Las monjas nos despidieron con un abrazo de cálida amistad. ¡Gracias, Noël, por haber comprendido!

DIEZ

Con renovados bríos, me entregué al trabajo de “Búsqueda”. El final de 1984 y principios de 1985, vieron frutos tangibles de años de esfuerzo en el Centro. Se publicaron los informes finales del estudio del estado de quebrantamiento de los derechos humanos en Chile, Perú, Colombia, Argentina, El Salvador y Guatemala, centrados, cada uno, en diferentes aspectos del problema. Estos análisis contribuirían a enriquecer el trabajo de otros; eran parte del archivo histórico de la humanidad. Saberlo era la más gratificante retribución a la entrega con que el equipo entero había trabajado.

Sin embargo, ésta era una etapa en mi vida que se estaba agotando. Sabía que podía continuar haciendo lo mismo por el resto de su tiempo –violaciones a los derechos de los hombres habría siempre, en tanto intereses antagónicos se disputaran la hegemonía del poder–, pero no quería eso: necesitaba dar el próximo paso hacia la meta que me fijara. Hasta ahora había realizado el diagnóstico de la situación del desaparecimiento político en varios países; de Chile se había obtenido una lista de víctimas y victimarios, tenía una descripción de hechos y podía señalar responsabilidades directas. Mi labor había logrado establecer una base de datos a partir de la cual otros, podrían seguir investigando, a su vez, y un esquema y metodología de trabajo que serviría a quienes vinieran detrás; había sembrado mi conocimiento para que, en diferentes contextos, repitieran y mejoraran mi experien-

cia. Ya no era necesaria y era tiempo de dejar el espacio a otros.

No obstante, existían innumerables zonas de sombras en el estudio sobre Chile, y no había conseguido dar con el paradero de Bill. Debía seguir mi camino hasta desenmascarar a la Colonia Dignidad, conocer el destino de mi compañero de prisión, señalar a los culpables. Para ello la seguridad del monasterio en Oxford, la comodidad de mi entorno, el reconocimiento de lo realizado por “Búsqueda” y el aprecio de quienes me frecuentaban, no eran suficientes ni adecuados para mis fines. Partir era el convencimiento que lentamente iba tomando cuerpo en mi mente, porque en mi espíritu siempre lo estuvo.

El movimiento social de disidencia con el establishment había ido en aumento en los últimos años en gran Bretaña. O, quizás, era que estaba más identificada con el acontecer público y por eso me pareció mejor y más próximo. Paulatinamente, había ido incorporando esas luchas reivindicativas a mi ámbito de interés y a mi práctica cotidiana.

Con las feministas, en incontables ocasiones serví mi turno de guardia delante del acceso a las tiendas pornográficas de Oxford, distribuí panfletos con llamados a dignificar el rol y la imagen de la mujer, participé en foros y seminarios; allí conocí a Norah y Erik.

Cuando el trabajo de “Búsqueda” lo permitía, participaba en las protestas pacifistas y antinucleares. Estuve en Greenham Common, en el campamento de mujeres vigilantes, cerca de Newbury. Formé parte de la cadena humana que rodeó, con las manos unidas, el recinto de la base militar yanqui en Berkshire y manejé las herramientas para cortar las alambradas.

A lo largo de 1984, fui miembro de los grupos de apoyo a los mineros del carbón del norte, cuando el cierre de las minas –las “colleries”– era inminente. Asistí a los mítines, donde alcé la voz y los puños; marché por las calles, porté estandartes y arranqué a morir de la agresión policial en las manifestaciones.

Estuve en las vigilias contra el cierre del hospital River Mead para enfermos psiquiátricos de Oxford. La Nochebuena del 84, de vuelta de la consabida visita a mi dividida parentela –los viejos, por un lado, Lichi y los suyos, por el otro– pasé a quedarme con los trabajadores, familiares y amigos de pacientes, que montaban guardia a la entrada del hospital para prevenir el desalojo, alrededor de un fogón improvisado en un tambor vacío. Compartí con ellos las canciones, los sándwiches, el frío y el ánimo combativo, hasta que la línea gris en el horizonte hacia el oriente y ráfagas de ventolera abrieron paso al amanecer del día de Navidad.

Había formado parte de las caravanas que seguían, por las noches, por caminos extraviados de los Midlands, los convoyes de traslados de cabezas de misiles nucleares de una estación militar a otra, a espaldas de la ciudadanía.

En Hyde Park estuve en las convocatorias de protesta contra la xenofobia progresiva de esos años. Lloré el asesinato de la familia de refugiados de Bangladesh y el incendio inaudito de un vecindario de asiáticos.

Había abrazado las causa de los sin poder, de los discriminados, de los marginales. Tuve miedo que ellas llenaran mis días a tal punto, que la lucha por la libertad y la justicia de mi pueblo se difumara en la niebla del acontecer cotidiano del pueblo que me había acogido tan generosamente.

Por esos meses las gestiones que había estado realizando para trasladar a mis padres a un entorno más protegido, dieron resultados positivos. Los instalé en un departamentito en St. Lukas House, en Headington, barrio residencial de Oxford. Era éste un complejo habitacional con atención y servicios centralizados, para ancianos y personas discapacitadas.

El bloc de departamentos, situado en una apacible callecita arbolada con viejos olmos que la aislaban de los ruidos del tránsito de la concurrida London Road, estaba rodeado de jardines y prados. Quién quisiera de los residentes podía cultivar sus flores preferidas y cuidar de ellas con la libertad de un dueño de casa. Mi padre plantó un gancho de matico de la antigua vivienda y una matita de chilco. Existía un gimnasio con implementos y equipamiento adecuados a los requerimientos de los usuarios. Había casino y cafetería que expendía alimentos apropiados para la dieta de los clientes y un servicio de comidas preparadas, cuando éstos no querían ir al restorán ni cocinar en su departamento. El amplio living común, en la planta baja, servía de salón de reuniones para la comunidad, o de salón de eventos, charlas, funciones de cine, actividades sociales comunitarias o particulares. Lavandería automática, taller de carpintería y taller de costura bien equipados, en el sótano, invitaban a los ancianos a retomar hobbies y actividades que, en algún momento creyeron que no volverían a realizar más. Incluso, una capilla, al fondo de la galería, permitía la práctica de diferentes devociones en días alternados. Los viejos decidieron renovar su moblaje para la mudanza. Eso los mantuvo entretenidos en inacabables discusiones por varias semanas, hasta que terminaron de alhajar el que esperaban sería su hogar definitivo en lo que les restaba de vida. Los acompañé en todos los trajines, les enseñé el manejo de la nueva casa y establecí el modo de comunicación con sus veladores. Pro-

veí todo lo necesario para la tranquilidad material de mis padres en el contexto de una sociedad que había incorporado el cuidado de los viejos y de los minusválidos a la práctica colectiva diaria.

Desde hacía un tiempo, mi madre estaba sometida a regulares controles médicos. En el invierno del 83-84 había sido la primera vez que ambas debimos internarnos juntas en el John Radcliff Hospital, para hacer los primeros sondeos para un diagnóstico concluyente. Doña Haydée no sabía una palabra de inglés, así es que necesitaba constantemente de una intérprete a su lado para comunicarse con médicos y enfermeras. Por otra parte, percibí que sentía mucho miedo de eso desconocido que se estaba apoderando de su existencia, por lo que no dudé en acompañarla el tiempo que fuera necesario.

Esos largos ratos en la antesala de Rayos X, o esperando un scan o que le extrajeran muestras de fluidos en el laboratorio, cuando ambas escondían sus temores a la otra, esos ratos, aunque nos acercaron, no lograron cimentar la confianza en nuestra relación. Tenía inmensa nostalgia de un cariño materno que me acogiera incondicionalmente; por eso, talvez, no supe entender el amor disfrazado de reproches de mi madre. Seguramente, la anciana también anhelaba encontrarse plenamente con la díscola y debe haber sufrido por no lograrlo.

Ahora, desde el nuevo hogar, era más fácil el manejo de las situaciones médicas que cada vez se hacían más frecuentes. Reiteradamente fuimos a parar al hospital, hasta que, por último, terminé encarando al médico tratante para exigirle explicitar sus conclusiones. Se trataba de un cáncer de la vejiga en progresión. No, no podía establecer plazos: en una paciente de edad el avance era extraordinariamente lento; en otras, muy rápido. Sólo restaba estar vigilantes, para controlar los efectos colaterales de la enfermedad.

Me las arreglé para componer la preocupación y la pena del rostro y presentarme sonriente y bromeando, como siempre con mi madre.

—A ver, señora, esta tarde nos volvemos a casa. Ud. ya ha regalado suficiente en este hotel de cinco estrellas.

—¿Hablaste con el médico? ¿Qué dijo?

—Uuuuh... dijo... dijo que lo que tienes es muy frecuente en jovencitas de su edad, señora: un prolapso. Con algunos ejercicios que aprenderemos con la kinesióloga, iremos corrigiendo de a poco ese defectito. No te preocupes, vieji, ya te irás mejorando.

Mi madre me miraba entre incrédula, dudosa y esperanzada. Le conocía bien el miedo secreto de toda su vida: llegar a enfermar de cáncer. Cuando vi distenderse el ceño de inquietud que le había estado cerrando el rostro todos esos meses, supe que nunca sería capaz de confesarle la verdad. A esas alturas de la vida, pasados los ochenta años, simplemente no podía angustiarla con su fantasma hecho realidad, antes que las evidencias se lo revelaran. Esta noticia la recibí cuando Selva ya había partido; debería cargar sola con el secreto, ya que la única persona con quién lo hubiera compartido, sin temor a ser delatada, ya no estaba cerca.

Después de esa Navidad —la primera que pasaba sin Selva, en toda mi vida— Lichi permitía que Silvita visitara con bastante frecuencia a la granny Adriana. Ambas parecíamos florecer en la mutua compañía. Silvita ocupaba la pieza de tía Selva, lo que la hacía sentirse absolutamente adulta. Acarreaba algunos libros infantiles, sus muñecas y animales de peluche desde su casa, para armar acá su reino. Era una niñita soñadora, rebosante de fantasías. A mí me tenía de comprensiva interlocutora que sabía acomodarse a sus imperceptibles traslados del plano de la realidad al

de su alma imaginativa.

Suponer una salida con los elfos del parque del extremo de Lake Street, si preparábamos una cestita con manzanas, panes y huevos cocidos, era lo más natural. En cosa de segundos, el botellón de bebida de soda se transformaba en ambrosía divina de rubíes fundidos con pétalos de rosas: Los cisnes del embalse eran escuadras de gnomos enemigos que venían a raptar a la princesa de este reino: una determinada flor del prado donde se habían aposentado bajo un arbusto (un dosel, por supuesto!) Y si, con suerte, el pic-nic se nos interrumpía con un súbito chaparrón, éste, desde luego, era intervención de los dioses para impedir la alevosía. Entonces, recogíamos apresuradamente platos y servicios, manteles y comensales —las muñecas y osos y perros de trapo— y partíamos a la carrera de vuelta al departamento. Allí, secar la ropa, vestida con el batón de la abuela, era otra fiesta para Silvia.

Otro entretenimiento socorrido era jugar a ser “la niña Adriana”. Consistía en hacer cosas que la granny acostumbraba con su abuela Eudo, cuando había sido pequeña. Una de ellas era fabricarse cachirulos con tiras de papel y género enrolladas en el pelo, antes de acostarse, para que amaneciera ondulado. Mucho no duraba este arreglo, porque, poco después del desayuno, el cabello de Silvita volvía a lucir tan lacio como el de la abuela en la infancia.

Aunque la niña apenas sí conocía algunas palabras en castellano, yo le enseñaba las canciones tradicionales que, a su vez, mi abuela me había enseñado a mí y que venían de cuando la madre de ésta mecía la cuna de su hija.

Las dos nos sentíamos complementadas estando juntas, encontrando en la otra lo que buscábamos vanamente en los demás:

sueños y compañía, amor sin condiciones. Sabía que entregarme al cariño que sentía por esa nieta me comprometía con el dolor que conlleva la entrega, pero así y todo, no le ponía barreras: amaba a Silvita con la misma ternura que marcó mi relación con Selva. La vida, también a nosotras nos separaría.

A fines de marzo de ese año, finalmente, la acumulación de acontecimientos hizo explosión en mí y en un segundo se perfiló una decisión definitiva: el regreso a Chile. El detonante lo constituyó el arribo de un paquete de periódicos enviado por un cura amigo, que nos había visitado en Oxford y que prometió corresponder a nuestras atenciones con noticias frescas. Entre otras publicaciones venía la edición de “El Mercurio” de Valparaíso, con todos los detalles de los efectos del terremoto del día 3. Había sido devastador.

En semanas previas, “Búsqueda” había recibido documentación del testimonio entregado por un agente de seguridad en Venezuela, con el relato descarnado de los actos de barbarie cometidos por los organismos policiales secretos para eliminar a los disidentes a quienes hacían “desaparecer”.

Se me volvió intolerable mi situación protegida y cómoda. Como fuera, quería compartir la suerte de mi pueblo: persecución, miseria, muerte, catástrofes. Ya nada podría retenerme lejos.

Tiempo atrás había acompañado a mi padre a realizar unos trámites en la Embajada Chilena. El cónsul, que fuera alumno mío en Osorno, en reconocimiento a la maestra, ofreció su colaboración para cualquier servicio que precisara.

—Por favor, ¿podrías averiguar cuál es mi situación en Chile, con respecto a la DINA-CNI?

–Déme tiempo; lo haré –me prometió.

Meses después, el exalumno me llamó para asegurarme que nada había encontrado en los archivos de los organismos de seguridad. Tenía suerte: cuando se produjo el cambio de identidad del aparato represivo, muchos archivos fueron eliminados, o trasladados fuera del alcance de la CNI. Seguramente, la carpeta con mis antecedentes habían tenido ese destino. Lo cierto era que él podía asegurarme que no había referencia alguna que me pusiera en la mira de la policía política, ahora. Además, ofreció procurarme un pasaporte “limpio”.

Veía el camino libre ante mí.

Sin embargo, ahora que había llegado a este cruce, supe que no sería éste un camino fácil de emprender. Me habían crecido raíces en este país, a pesar que siempre tuve presente que mi estadía aquí era sólo de tránsito. Pero, la acogida de la gente, la cultura social de este pueblo –el respeto a las diferencias, la altura de miras, la generosidad con el desamparado–, las amistades verdaderas que habían estrechado mi mano y mi espíritu, las hijas diseminadas por ese continente, los nietos nacidos ingleses, los padres desvalidos, las costumbres nobles (y las no tanto, también), todo eso y mucho más, habían construido “home” allí para mí... aún a mi pesar.

En las antípodas estaba lo que llamaba “mi historia” –como si esos casi diez años de exilio no fueran ya parte de mí–, la historia de lucha junto con mi pueblo, por la clase por la que había optado cuando abandoné la casa paterna en la juventud. Chile eras los sueños, los ideales que se abren en la flor de la vida; eran las largas noches de discusiones tras la huella del Ché, el encan-

tamiento de la promesa de Fidel; era la acogida a los refugiados de la tiranía brasileña; los trabajos voluntarios con los alumnos, la alfabetización en las poblaciones marginales, los meses recorriendo los caminos de la reforma agraria; el panamericanismo de Bolívar, la Escuela Santa María, Recabarren por los senderos áridos del desierto, los comunistas escondidos por mi padre durante la traición de González Videla. Chile era mi lenta e inalterable marcha por la conciencia de mi ser mujer, de mi ser protagonista de la edificación de una morada diferente para el hombre, donde todos se cobijaran hermanados.

Chile también era el sol y la lluvia bajo su cielo... el cielo que lo cubría a "él", era la corrida continua de volcanes blanqueados a lo largo de las viñas y los trigales y detrás de los bosques... que "él" debía mirar cada día, en algún momento de su recogimiento. Chile era el lugar donde se me habían extraviado Fidel (mi hijo) e Isolda en el tráfago de la existencia y de la muerte, de las urgencias y de la mentira, del amor y de la felonía.

El desgarramiento no encontraba respuestas.

En esas semanas de ansiedades encontradas, las amigas estuvieron siempre presentes, escuchando mis reflexiones y consideraciones con atención y paciencia.

—¿Qué hago, Diana?

—¿Qué piensas tú, Dorothy?

—¿Qué me aconsejas, Mary?

—Dear friend, you, and you alone, must find the answer. I'm here with you only to support your choice, whatever you decide.

Era cierto: únicamente yo debía encontrar la respuesta final... si conseguía, alguna vez, equilibrar los anhelos del alma con la voz de la razón.

Un atardecer a principios de esa primavera me dije que no resistía prolongar esta angustia y que –no sabiendo hacerlo de otro modo– mi opción sería lo que mi corazón clamaba. Había estado dialogando imaginariamente con “él”, reproduciendo las eternas discusiones del pasado:

–Ayúdame a pensar, por favor. ¿Qué debo hacer?

–Tú sabes hacerlo sola, Adriana –me reprendía.

–Claro, pero no muy bien; siempre “meto las patas”. Además, dos cabezas piensan mejor que una sola. No seas burro, dime ¿qué crees tú?

“Él”, en esos casos, me miraba con la ternura limpia de sus ojos celestes, me revolvía el cabello y rodeaba mis hombros.

–Tú lo sabes ya, Adriana; a fin de cuentas, decidirás lo que sientes... jamás, lo que te dicte la razón.

Y terminábamos riendo a carcajadas porque era la verdad.

Ahora había que enfrentar lo más difícil para mí: comunicarle a la familia mi decisión de partir.

Lichi me observó severamente y comentó con acidez:

–Le harás falta a tus nietos. Les dolerá tu partida.

–No, necesariamente, si se les explica bien lo que hay envuelto en esta separación. Ellos están en edad de aceptar... y aceptar con alegría, si alegría hay en lo que se les explica.

–Siempre estás huyendo, mamá, de tus responsabilidades.

–¡Eso no es cierto, Lichi!

–Sí; lo es.

—¿Pero...! ¡Tus hijos son responsabilidad tuya, hija, no la mía!
¡Ellos tienen una mamá y un papá!

—Así es, gracias a dios, porque yo no tuve esa suerte. Pero no tendrán abuela.

—Bueno, si es por cuestión de afecto, ellos saben que los quiero mucho. Mi rol de abuela no involucra la restricción de mi existencia como persona. Por otra parte, pienso que podré venir a visitarles cada tantos años. Y, algún día, ustedes irán a verme a mí, supongo.

—Supones mal. Yo no volveré nunca a Chile.

—Está bien, si esa es tu decisión, pero ello no significa que yo tampoco deba ir... porque tu no desees hacerlo, hijita.

—De todas maneras, recuerda que si yo llegué aquí fue por seguirte. Es por ti que estoy aquí.

—Tú lo elegiste libremente —murmuré dolida por la inculpa—
ción—. Fue tú decisión, Lichi. Yo no te lo pedí; estabas viviendo con tu padre, en ese tiempo.

—Mira, mamá, si hubieras tenido otra clase de vida, no te habrías metido en líos. Es tu pura culpa... y ahora no tienes derecho a dejarme botada.

—¡Tienes tu propia familia, hija! Y, diría que botada, yo a ti, nunca te he dejado, Lichi. Refresca la memoria: nos dejaste para irte con tu padre, después del golpe, cuando las cosas se pusieron difíciles; en Londres, a la llegada, tampoco fuimos nosotras...

—Pero, tú te fuiste a aventurar a África...

No había imaginado el resentimiento oculto que abrigaba Lichi en mi contra. Preferí no seguir discutiendo, conociendo lo frágil de nuestras relaciones; no quería arriesgarme a romperlas irremediablemente.

Unos días más tarde, Raúl apareció por el departamento, en cortísima visita.

—Quiero decirle, Adriana, que yo respeto su determinación. Si yo pudiera, haría lo mismo. Usted es libre; ya no carga con la

responsabilidad de una familia joven. Deseo que le vaya bien en lo que intente emprender... y que no le pase nada malo.

Me abrazó con cariño y se fue apurado, como avergonzado de haber manifestado su opinión y su afecto. Lo sentí entrañablemente cercano.

Mis padres nada comentaron. Se mostraron resignados ante un hecho inevitable. Esa sumisión me hacía dudar aún más que la oposición confrontacional de Lichi, pero seguí preparando la marcha. Me ocupé de dejar previstas todas las posibles circunstancias de mis padres y de proveer de antemano lo necesario para su atención. Busqué en el voluntariado social quienes pudieran acompañarlos y guiarlos en las consultas médicas y de previsión, para el caso que no encontraran disponibles a chilenos de su confianza, cuando hiciera menester. Inés y Héctor ofrecieron estar pendientes, al igual que Raúl. Lichi los visitaría con frecuencia. Otros chilenos también aseguraron que no los descuidarían. Los Servicios Sociales quedaron prevenidos de la situación. Nana viajaría más seguido desde Grecia. Me aseguré de dejar cubierto el rol asistencial que cumpliera con mis padres durante esos años. Ellos no aceptaban más que eso de mí, ni nunca me habían otorgado otro papel más íntimo en sus vidas. Ese compromiso, entonces, quedaba saldado con mis medidas precautorias. Debí reconocerlo con bastante amargura y tristeza.

Entretanto, había escrito a Chile, buscando ubicar un espacio de servicio. Fue el amigo cura de Valparaíso quién contestó ofreciéndome acoger mi colaboración para el trabajo social de la parroquia. Por otra parte, “él” me buscaría hospedaje por un tiempo con unas misioneras amigas, así como se encargaría de ir a encontrarme al aeropuerto y de avisar a Fidel de mi llegada. Con cada nuevo detalle resuelto, la esperanza de retornar a la patria se hacía plausible.

Había sido en marzo que me había dicho: “Vuelvo”. Entonces, también dije que en seis meses estaría partiendo. Era el tiempo que necesitaba para finalizar todos los trabajos y atar y desatar los cabos que habían hecho mi vida allí. Porque este viaje no era un “ir a Chile” sino un “irme”; era —una vez más en mi existencia— un viaje que significaba “quemar las naves”, según lo expresara Sartre alguna vez.

El equipo de “Búsqueda” no encontró factible seguir trabajando sin contar con mi presencia. Los jóvenes, que eran los hacedores del trabajo de compilación e investigación, eran en su totalidad estudiantes que estaban a fines de su paso por la Universidad de Oxford, por lo que sería preciso renovar ese grupo, lo que envolvía formar y sintonizar nuevos jóvenes con el espíritu de la organización. Los adultos estimaron que no estaban preparados para asumir dicha labor. Así, ¡el “Centro de Documentación e Investigación sobre Detenidos Desaparecidos en América Latina” se cerraba por alejamiento de su creadora! Consideré que mi gestión, en el sentido de despersonalizar la dirección de “Búsqueda”, había sido un gran fracaso y eso me dolió en el alma.

Los últimos meses en el viejo monasterio se dedicaron a dar término a todos y cada uno de los estudios y trabajos inconclusos. Se ordenaron los archivos de fichaje de casos individuales y se compaginó toda la documentación organizada en áreas específicas y de referencias cruzadas. Paulatinamente, el rincón donde se iban apilando las cajas selladas se llenaba y el montón se elevaba recostado en el ángulo de las paredes, invadiendo los espacios entre el amoblado de la oficina, hasta que, finalmente, los estantes y kárdex estuvieron vacíos y sobre el escritorio sólo quedaron los dos jarros de café con que Florencio y yo habíamos entibiado la última tarde de embalaje.

—¡Listo! —dijo él, con un temblor en la voz.
—¡Listo! —respondí, en un sonido apenas audible.

Los dos, que habíamos evitado conversar de nuestros sentimientos en esos días, nos miramos con tremenda desolación: el compañerismo que nos había unido todos esos años llegaba a su fin. Eso tan hermoso que habíamos compartido mediante el trabajo se acababa en el encintado de la última caja que habíamos sellado. No tuvimos rubor que el otro viera llenárenos los ojos de lágrimas y de llorar y suspirar con las manos cogidas a través de la mesa... sin palabras, porque eran innecesarias entre estos entrañables amigos.

En los días previos a comenzar a desarmar la instalación de la oficina, habíamos tenido allí un ágape de despedida los trabajadores, colaboradores y amigos más íntimos de “Búsqueda”. Había querido que guardaran la imagen cotidiana del lugar que acogió los ideales y el esfuerzo de cada cual. Se hicieron recuerdos y balances de los años pasados entre esas paredes, desentrañando la orgía de crímenes del desenfreno del totalitarismo militar en Latinoamérica. Cada cual sentía que había puesto su granito de arena en el monumento de la memoria colectiva de esos pueblos; aunque nadie sería capaz, en el futuro, de individualizarlos, sin ellos la historia se escribiría de manera diferente. Estábamos orgullosos de ser parte de ese porvenir. En esos momentos, sólo tenía corazón para sentir la inmensa pena de la separación inminente. “Búsqueda” había sido el sentido de mi exilio, el cariño que lo había hecho más soportable; su gente, la familia propia que no pude reconstruir, los camaradas en la lucha por mi pueblo y la verdad. Ese día brindé por todos ellos.

Las semanas restantes las pasé finiquitando los detalles de la par-

tida. La documentación clasificada cuidadosamente en cajas, fue bajada al sótano al extremo del corredor a donde se abría la puerta de “Búsqueda”. Quedó apilada entre viejos candelabros abollados y púlpitos carcomidos por el paso del tiempo y las polillas, baúles con cortinajes raídos y santos de yeso que generaciones de frailes habían relegado allí. “El tiempo dirá qué se hará con esto; entretanto queda bajo vuestra custodia”, les dije a los monjes.

Se organizó la venta del menaje del departamento. Todo lo que sería reservado para Selva fue al ático de Diana; lo que no llevaría conmigo, se vendería, con el fin de reunir dinero para iniciar la vida en la patria. Las amistades y las amistades de las amistades compraron hasta las plantas que adornaran el hogar de Lake Street. La alfombra, que costó tanto adquirir, se la llevó Helen; las cortinas, que había regalado Tina, las compró Rosemary; las camas fueron a parar al nuevo dormitorio de los chicos de Maggy y Peter; el estante fabricado por Farit, lo quiso Harry. Al final, las libras esterlinas obtenidas las reduje a algo más de seiscientos dólares americanos.

—¡Por dios, Adriana, no puedes volverte a empezar una nueva vida en Chile con sólo seiscientos dólares de capital!

—Eso es lo que hay, my friend. Con eso iniciaré la vida allá. Si piensas que llegamos acá sin nada...

—¡Pero, no seas absurda! Aquí las esperaba una infraestructura social de apoyo; allá no tendrás nada más que a ti misma!

—¡Exacto! Este capítulo lo asumo yo solita —me reía.

Alguien pensó que, puesto que el WUS (World University Service) financiaba el pasaje de regreso a sus antiguos becarios, y que, si yo gozaría de ese beneficio, bien podría postular a una “beca retorno”. A última hora, borroneé un vago proyecto de servicio a la comunidad en Chile para enviarlo a Compton Terrace, en Londres, para que Susan Carters —la encargada de oficina bri-

tánica— lo evaluara y lo presentara al consejo del organismo. Si este proyecto era aprobado en diciembre, mi futuro económico se aclararía al año venidero. Consistía en un subsidio de sobrevivencia, por un año, a cambio del desarrollo de algún programa de servicio social en la comunidad, supervisado a distancia por el WUS. En caso de no obtener esa beca, los 600 dólares deberían alcanzar para subsistir hasta encontrar un empleo que me permitiera ganar el sustento. Con ese incierto panorama, habría de cruzar el mundo para compartir la suerte incierta de mi pueblo.

Nunca había frecuentado tantos restaurantes en mi vida en Oxford. Los amigos británicos querían tener conmigo una última cena íntima, regada y conversada, y llena de promesas de eterna amistad. Entre Woodstock Road, Little Clarendon Street e Iffley Road, hacia el sur, probé todas las exquisiteces de la comida china, india, turca, griega, francesa, mexicana, naturista, cargada de colesterol o rebosante de vitaminas, acompañadas de vinos, zumos o aguas minerales.

Cené una última vez en la compañía de los Blackfriars en el largo refectorio, ayudé a lavar la vajilla, como siempre y, por turno, fui a tomar cafecito, un bajativo, o para un último coloquio, a las habitaciones de cada uno de mis amigos religiosos. Tarde, casi en la madrugada, Herbert me llevó de vuelta en su poderosa moto negra hasta la puerta del departamento semi-vacío.

—All my best wishes, Adriana. God be with you, my dear —dijo el oso hirsuto, mientras la ahogaba en un abrazo lleno de afecto y bendiciones.

—Adios, Herbert. Adios, my friend. Thank you for everything you've done for us! I'll never forget you.

—Adiós —contestó, con su cómico acento gringo; se puso el casco,

dio media vuelta y se perdió en la esquina del patio.

La mañana anterior al viaje, me cité con Lichi, como tantas veces lo habíamos hecho, en Cornmarket, para subir a “Bracense”, una íntima cafetería naturista instalada en los altos de una casa secular. Ninguna quería despedirse llorosa, así es que conversamos de mil fruslerías, intentando despojar de dramatismo esa separación y partida.

Por la noche, recibí el llamado de Selva desde Siracusa, en casa de Dorothy, donde pernoctaba en esos días. Se cerraba así un ciclo que había empezado cobijada bajo el techo de esa misma mujer.

A media mañana de un día de principios de septiembre de 1985, Diana Tickell pasó a buscarme en su auto para llevarme a Heathrow. Allí nos encontraríamos con Noël.

Iba en silencio absorbiendo con la mirada los colores desteñidos del verano que tocaba a su fin, en los suaves ondulados de los lomajes de Oxfordshire. El día me regalaba el celeste de un cielo límpido, los rebaños diseminados por las extensiones verdes bordeadas de setos vivos. Mi corazón se desgarraba entre la tristeza de dejar ese país amable al que había aprendido a querer tanto y la impaciencia de reencontrarme con la ruda tierra que me viera nacer. El uno representaba la seguridad, el equilibrio, la tranquilidad, mientras la otra era lo incógnito, la inestabilidad, el riesgo. Para volver a encontrarme con los hijos ausentes debía alejarme de mis retoños en Europa. Estos me conocían y cada uno me amaba según su entender; aquellos, ni siquiera sabía si me acogerían. No obstante, debía intentar recapturar el tiempo y el espacio y los hijos que la dictadura me robara; tenía que

retornar al seno de mi pueblo: era un deber al que había que responder, si, verdaderamente, convivía en mí una consecuencia con mi código de moral revolucionaria.

En el aeropuerto aguardaba Noël. Luego de los trámites de embarque del equipaje, fuimos a sentarnos a uno de los salones de té próximos a la barrera correspondiente de policía internacional. El gesto ansioso y preocupado de las amigas lo llevaría en la retina, como seña del cariño que nos unía. Bebiendo un último té juntas, los minutos parecían no transcurrir; la espera se hacía eterna en el juego de no permitir dejar aflorar los sentimientos; las tres éramos mujeres que nos jactábamos del control absoluto sobre nuestras emociones. Sin embargo, cuando los altavoces llamaron a los pasajeros del vuelo British Airways con destino a América latina, nos despedimos con lágrimas corriendo por las mejillas, en abrazos mudos, porque decir las palabras las convertiría en sollozos. Por último, unos bruscos murmullos reemplazaron mil peroratas:

–Take care of yourself, Adriana, be careful... Keep in touch!

–I shall. Don't worry; I'll be alright.

–If things go wrong...

–I know; I'll come back.

–Bye-bye, dearest.

–See you, my friends. Thank you for all...!

Volar había dejado de ser aventura, hacía mucho, desde que comenzara a cruzar el firmamento de Europa en mi denuncia de la dictadura de mi patria. No se debía a eso mi inquietud anhelante: lo era que sentía que no sólo planeaba entre cielo y tierra, sino que mi vida entera estaba suspendida entre el ayer lacerante y un mañana abisal. En mi incertidumbre, los recuerdos recientes atesorados eran mi única fortaleza, pero no me permití ni un instante de duda respecto de la rectitud de mi opción.

Viajamos a través de la noche –una noche larga, que se prolongaba de Este a Oeste–, para amanecer en la llovizna gris de Ezeiza. Hundida en mi butaca, no pude sino, recordar que había sido allí que Bill había sido secuestrado. Pensé si él, cuando su avión Lan tocaba la loza, habría visto lo mismo que yo en esos momentos. Un nudo se me instaló debajo del diafragma.

Luego de recogidos nuevos pasajeros en Buenos Aires, vino el desayuno en bandejas de plástico y la distribución de diarios chilenos. El avión se llenó del pastoso y engolado acento de la clase alta chilena, de aspaviento de mujeres que hablaban fuerte del auto, el fundo o la empresa, del matrimonio de la Pochi y Juan Andrés, de la reciente gestión exitosa de “mi general”. Sabía que ese no era el Chile al que volvía, pero, me acercaba al otro –tal vez por contraste– y escuché con ansia sedienta la palabrería.

De pronto, ya estábamos sobre el macizo cordillerano: azul profundo y albura, grises oscuros y tules de niebla, alturas y simas, pliegues apretados y la vastedad del aire enrarecido, por los picachos. Me alcé del asiento con los ojos humedecidos y la garganta apretada. Recordé el ocaso de la partida al exilio, adentrándonos en la oscuridad, y mi dolor... mi dolor... En este viaje al revés, cruzaba los Andes por la mañana soleada, pero no sentía la alegría esperada: me aguardaban demasiadas incógnitas, demasiados fantasmas, demasiada memoria de muerte, y llevaba dentro de mí las ausencias de quienes quedaron atrás, en Europa.

En el trajín del desembarco se me perdieron las emociones. Había que recoger los bolsos y paquetes de mano, caminar por el estrecho pasillo entre filas de butacas y emprender el descenso hacia la tierra madre por la escalerilla arrimada al aparato.

Me parecía un sueño sentir la brisa del septiembre chileno despeinando mis cabellos y rozándome el rostro. Quería abrir cada poro de la piel para recibir el beso del aire y el sol de la patria; no sabía cuánto duraría: conocí de muchos casos de exiliados que al retornar fueron rechazados por las autoridades del país a la llegada, no logrando pasar de las oficinas de policía del aeropuerto, para ser reembarcados de regreso al lugar de partida.

Ingresé al edificio del terminal de pasajeros; fui al hall de equipaje a retirar mis maletas y avancé con el carro a la ventanilla de ingresos. El ceño adusto y la palabra cortante me indicaron fuera de toda duda de cuál lado del vidrio se hallaba el poder. Luego de un hostil interrogatorio y miradas inquisitivas a la pantalla del computador, el golpazo de un timbre manejado agresivamente estampó en mi flamante pasaporte el fin de mi extrañamiento. Con dedos temblorosos recogí la roja libreta y, a tropezones, avancé tras la fila de viajeros hacia el espacio abierto frente a las puertas de cristal de la salida.

Desde allí lo divisé: alto, atlético, inquieto. Alcé una mano para hacerme notar y “él” me ubicó enviándome una sonrisa ancha y cálida. Cuando, finalmente, traspuse la última frontera para llegar a “casa”, no pude encontrarlo con la mirada. En cambio, me sentí arrebatada por el abrazo y los besos de un hombre joven, de barba rubia y ojos de agua-marina. “Mamá”, murmuraba el muchacho, “mamá” ¡Era mi hijo: Fidel!

Los primeros días en Santiago los pasé en la vivienda de Fidel, en un conventillo de la calle Copiapó. “Él” nos acompañaba muchas horas, haciendo más fácil el encuentro de estos dos seres que desconocíamos, prácticamente todo, el uno del otro.

A la hora de una comida, Fidel anunció:

–Mamá, hay alguien que quiere verte.
 –¿Sí? ¿Quién será? ¿Dónde...?

No necesité inquirir más. El quicio de la puerta enmarcó la figura de una muchacha alta de largo cabello color miel y estrafalario atuendo con reminiscencias de mis años hippies. La mirada hosca y el rostro duro no lograban contener el temblor del mentón delicado. La reconocí de inmediato: ¡Isolda! La niña irrumpió en el pequeño comedor con agresiva arrogancia, riendo y hablando fuerte, como para disfrazar las emociones encontradas: amor y rencor, anhelos y rechazo anticipado.

–¡Hola a todos! ¿Eres tú mi mamá? Vine a ver cómo es una mamá, después de tanto tiempo...

Todos asistíamos enmudecidos a esta avalancha; por mucho tiempo, Isolda había demostrado un rechazo tajante a la sola idea de reencontrarse conmigo. Me levanté y dejé mi sitio para acercarme a mi hija. Con ternura alcé la mano y le acaricié el pelo.

–Ven –le dije–, ven para darte un beso. ¡Qué linda eres!

Algo pareció trizarse en el interior de Isolda. Se inclinó para que alcanzara a besar su mejilla y, de pronto, me abrazó con todas las ansias de su orfandad acumulada en tantos años de separación.

–Ven, ven, queridita. Pasa a sentarte a mi lado –dije, haciendo un espacio para colocar otra silla junto a la mía.

–Mamá, tú también eres linda; tan chiquitita...

Nos llevó muchas semanas hasta que Isolda terminó admitiéndome sin reservas. Una vez aclarados y rectificados muchos hechos y la información retorcida dada por el padre, reconocimos

que habíamos sido víctimas de engaños y manipulaciones ruines. Por fin volvíamos a encontrarnos.

Mientras esperaba el arribo de mis cajas de libros y otros bultos por carga aérea, fui a vivir con las amigas de “él”, en una barriada pobre de los extramuros de Santiago. Todos los días iba al centro de la ciudad a deambular por las calles, a reencontrar los olores, a escuchar la melodía del hablar de los chilenos. Me emocionaba con las canciones de los niños que pedían limosna en las micros; me extasiaba ante las flores de un puesto callejero; miraba la cordillera nevada, bordeaba el Mapocho por el Parque Forestal. Una mañana me descubrí gritando a pleno pulmón: “¡Chile... estoy en Chile”, en la concurrida esquina de Bandera y Alameda. Cogí a un señor del brazo y lo hice dar unos pasos de baile conmigo. Los transeúntes retardaron la marcha, me sonrieron y una viejecita me dijo: ”¡Bienvenida a tu patria, mujer!”.

Iba a esperar a Fidel en la puerta de la universidad, pasábamos a servirnos un bocado, paseábamos en un auto que él conseguía para tal propósito. Visitamos los barrios misérrimos y las largas y anchas avenidas del barrio alto. Estuvimos en los tugurios de Franklin y en los malls que surgían desbordantes de riquezas.

Otros días hacía cita con Isolda. Me encantaba verla surgir entre la muchedumbre, con el violín al hombro, el pelo suelto y los agujeros en los codos de la chompa artesanal. Fue largo y amoroso proceso el domarla: tejerle otra prenda, remendar los múltiples desgarrones de sus faldas indias, comprarle un pañuelo de vivos colores para reemplazar el desteñido con que ceñía su frente. A menudo salíamos los tres, amontonados en el pequeño vehículo, para rehacer caminos que nunca antes tuvimos la oportunidad de andar juntos. En la presencia de estos hijos, se me hacían aún más dolorosamente patentes la ausencia y la lejanía de las otras.

Fui a Valparaíso a visitar al cura Pedro.

—Véngase cuando quiera —me dijo—; la parroquia la espera.

A las tres semanas de estar de regreso en Chile, retiré mis cajas del depósito de carga aérea, compré dos tazones, platos, una fuente, una ollita y la tetera, y partí, acompañada por Fidel, a Valparaíso, a buscar un lugar para hacerme un nido en Chile. En la tarde de ese día me instalaba en el cuarto interior de una vieja casa-pajarera, en la subida Ecuador, del puerto. Cuando mi hijo se despidió, me volví a contemplar mi “casa”, con un dejo de susto, con otro tanto de ilusión: sobre el piso recién encerado se extendía la colchoneta que sería mi lecho; en un rincón, sobre un cajón manzanero, se ordenaban los trastos de cocina. Más acá, a lo largo de las paredes, sobre unas tablas halladas en el patio y acomodadas sobre trozos de ladrillos, los libros formaban hileras de arco-iris; los bolsos y las maletas con su contenido de ropa servirían de asientos para recibir amistades que irían haciéndose con el tiempo.

Al día siguiente, en el grifo del patio lavé mi cara, me peiné, llené la tetera para preparar té, y partí a coger la micro que me trasladaría cerro arriba, hasta San Judas Tadeo.

El sol inundaba las laderas bordadas de casitas multicolores y espejeaba sobre el mar, “él” vendría, algún día, a visitarme, lo había prometido. ¡Por fin había anclado la barca de mi existencia!

EPÍLOGO

Hace mucho que no oía esta música. En la última visita a Oxford descubrí esta cassette en el ático de Diana, donde quedaron las cajas con libros y papeles que no cupieron en las maletas para el viaje de retorno a Chile. El estuche sin título despertó mi curiosidad, así es que la saqué del embalaje para escucharla.

La misma pena infinita de esa tarde, cinco años atrás, me invade ahora, llenando mis espacios. Es mi música de exilio, esa que fui rescatando de por ahí y por allá, de los amigos y conocidos, de otros exiliados, en el mundo ancho y ajeno que nos ahogaba con su “extrañedad”. Entonces, de vuelta en Oxford, me provocó un intenso dolor irracional –pero, ¿cuándo el dolor ha sido racional, si surge de lo más recóndito de nuestra sensibilidad? –, que hoy se repite, cuando estoy inmersa entre los cerros de pinares y las olas del mar en este rincón de Chile.

Es el dolor del exilio: ese desgarramiento interior por la pérdida de la lucha que orientó la existencia, por la lejanía del entorno amado, por las ausencias, la historia extraviada. ¿Qué ha sido el “retorno a la patria” si no la reiteración de lo que viví antes lejos del terruño, allá, hasta que ese nuevo territorio me fue incorporando a su cotidianidad y a su acontecer? Lejanía, nuevamente, de lo que aprendí a amar, otras ausencias, otra rutina perdida, ajenidad, estupor de no reencontrar lo que tanto se añoró.

Descubro que desconsuela el recuerdo del dolor; duele la frustración de las esperanzas; angustia la imposibilidad de hacer realidad los sueños; aflige el fracaso personal en un proyecto social y político que nos sobrepasa. Descubro que todavía no he encontrado el camino hacia la utopía tras la que he corrido mi vida entera y que me va quedando menos tiempo, menos energías, para alcanzar la ilusión que se me escabulle. Descubro que mi exilio presente no es de territorios, sino de ideologías y de contemporizaciones. Descubro que “patria” es donde el ser humano crece, se desarrolla y es parte; descubro que perdí mis patrias cuando retorné del exilio a la marginalidad y a la indiferencia que me ofrece este rincón del planeta que ya no me pertenece.

Ha de ser por eso que la música que escucho me provoca tanto sentimiento...

Pelluhue, agosto de 1997.

ÍNDICE

	PÁG.
INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULOS	
UNO	9
DOS	33
TRES	55
CUATRO	74
CINCO	93
SEIS	119
SIETE	143
OCHO	160
NUEVE	195
DIEZ	224
EPÍLOGO	248

COLOFÓN

E D I C I O N E S

UN EXILIO © ADRIANA BÓRQUEZ ADRIAZOLA, RPI N° 249.246, ISBN 978-956-9301-08-7, FUE EDITADO Y DISEÑADO EN EL PUERTO DE VALPARAÍSO ENTRE CERRO ARTILLERÍA Y PLAYA ANCHA. PARA LOS INTERIORES SE UTILIZÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G Y PARA LA PORTADA CARTÓN DÚPLEX DE 220 G. LA CORRECCIÓN DE ESTILO ESTUVO A CARGO DE PATRICIO SEREY Y DEL DISEÑO SE ENCARGÓ PAMELA ROMÁN BECERRA. EN LA EDICIÓN ESTUVO FELIPE MONCADA. SE IMPRIMIERON 250 EJEMPLARES EN EL MES DE ENERO DEL AÑO 2015.

I N U B I C A L I S T A S

